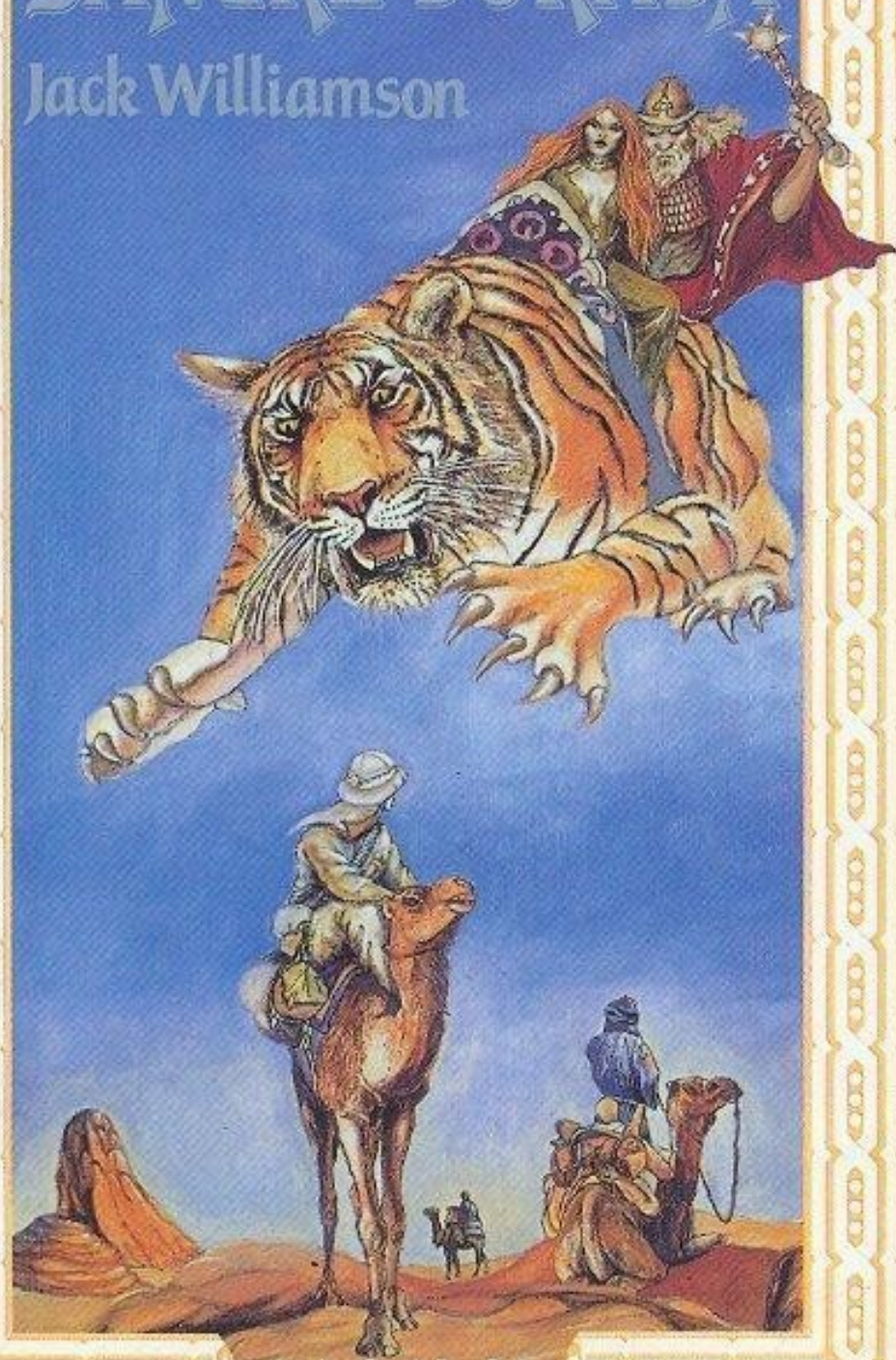




SANGRE DORADA

Jack Williamson



ANAYA

Sangre dorada
Jack Williamson

Jack Williamson

Sangre dorada

Sangre dorada
Jack Williamson

Título Original: *Golden blood*
Traductor: Martín Lalanda, Javier

1

LA LEGIÓN SECRETA

En Arabia, a mediodía, el sol se parece curiosamente al claro de luna. Su cegador brillo, como el de la luna, elimina todos los colores, en un despiadado contraste de blanco y negro. Los sentidos se obnubilan ante su penetrante llama, y lo que los árabes llaman kaylulah, la siesta, viene a ser un tiempo de supina rendición ante el superno día.

Price Durand, tumbado en el abrasador puente de la goleta bajo una toldilla descolorida por el sol, se encontraba en ese curioso duermevela en que uno sueña a sabiendas de que está soñando y contempla las propias visiones como si se tratase de un espectáculo. Pero Price, o al menos la parte consciente de su mente, se sorprendía de lo que veía.

Pues estaba contemplando Anz, la ciudad perdida de la leyenda, en el mismo lugar en que se levantara, oculta, en el corazón del desierto. Imponentes murallas ceñían sus arrogantes torres y a sus pies se extendían los verdes palmares del gran oasis. En su sueño veía abiertas las puertas de Anz, de sólidos batientes de bronce. Un hombre salió de ellas, montado en un gigantesco dromedario blanco, un hombre con una brillante cota de malla de oro que llevaba una pesada hacha de metal amarillo.

El guerrero franqueó las puertas, pasó entre las altas palmeras del oasis y penetró en medio de las leonadas dunas del desierto de arena. Se dirigía en busca de algo y sus dedos cogían firmemente el mango de la gran hacha. El dromedario blanco estaba asustado.

Una mosca comenzó a zumbar alrededor de la cabeza de Price, quien se incorporó con un bostezo. ¡Aquel sí que era un sueño condenadamente extraño! Había visto la antigua ciudad tan vívidamente como si la hubiese tenido delante de los ojos. Su subconsciente debía de haber estado trabajando a partir de la leyenda, pero en ella no se decía nada de un hombre con armadura dorada.

A fin de cuentas, hacía demasiado calor para preocuparse por un sueño, demasiado calor incluso para pensar. Se enjugó el sudor del rostro y miró a su alrededor, entornando los ojos para protegerse de la claridad cegadora.

El mar de Arabia llameaba bajo el implacable sol, era una llanura de vidrio fundido. El inflamado cielo estaba teñido de cobre; un calor seco y punzante se derramaba de él. Una leonada línea de arena marcaba el horizonte norte, donde las desoladas y cambiantes dunas de Rub'Al Khali se encontraban con el mar incandescente. La goleta Inés, tan furtiva y siniestra como su negruzco patrón, originario de Macao, permanecía inmóvil sobre el cálido y acerado océano a una

Sangre dorada
Jack Williamson

milla de la costa, mientras sus velas sucias y flácidas arrojaban enjutas e inútiles sombras sobre los grasientos puentes.

Price Durand, echado debajo de su andrajosa toldilla, se hallaba saturado de la obsesiva soledad del tórrido mar y de las ardientes arenas. La indefinida y melancólica hostilidad de aquel desierto desconocido, tan próximo, fluía a través de él como una corriente tangible, silenciosa y siniestra.

Durante aquellos largos días sus emociones habían llegado a encontrarse singularmente contrapuestas, pensaba, desde que la goleta dejara el mar Rojo, como si dos fuerzas luchando dentro de él, se disputasen su persona.

Price Durand, soldado de fortuna maltratado por el mundo, tenía miedo de aquel desierto, el más cruel y el menos conocido de todos los del planeta, pero por supuesto no hasta el punto de querer abandonar la expedición; no era de ese tipo de gente capaz de renunciar por miedo. Por eso luchaba contra el leonado y melancólico poder del desierto, ferozmente determinado a no ser dominado por su silencioso sortilegio.

La otra parte de él, la que se acababa de despertar, daba la bienvenida al obsesivo espíritu del desierto, entregándose a él alegremente. La auténtica soledad le hacía señas, la oscura crueldad se concretaba en una muda llamada. La misma hostilidad severa de la región que había asustado al antiguo Price Durand atraía de manera fascinante al nuevo.

—Ahí viene Fouad —resonó la voz tranquila de Jacob Garth desde el puente de proa—. Puntual al día de nuestra cita. El lunes nos pondremos en marcha hacia el interior.

Price miró a Jacob Garth. Era un hombre inmenso y enorme, de barba roja, con una engañosa apariencia de blandura que encubría su fuerza de hierro. Su piel se veía blanca y tersa; no parecía quemada ni bronceada por el sol, que había tostado la de los demás hasta darle el color del chocolate oscuro.

Sin soltar los prismáticos con los que había estado escrutando la roja línea de la costa, Jacob Garth se volvió lentamente, pero con soltura. No evidenciaba excitación alguna; sus pálidos ojos azules eran fríos y desprovistos de emoción. Pero sus palabras despertaron a la goleta de su sueño lleno de sol.

Joao de Castro, el atezado eurasiático de ojos oblicuos, escoria de la degenerada Macao, salió de su cabina y comenzó a hacer, con evidente excitación y chillando, todo tipo de preguntas en portugués y en un inglés descompuesto. De Castro era pequeño, físicamente insignificante, y sólo conseguía imponer su autoridad a la tripulación por la fama de asesino que tenía. Price no sentía gran simpatía por ninguno de aquellos extraños compañeros de aventura; pero Joao era el único al que realmente odiaba. Aquel odio era natural e instintivo; había brotado de algún profundo pozo dentro de su naturaleza nada más verle; y Price sabía que el hombrecillo de Macao le correspondía cordialmente.

Jacob Garth acalló las enfebrecidas preguntas del patrón con una simple palabra, que pareció retumbar:

Sangre dorada
Jack Williamson

—¡Allí!

Pasó los prismáticos al hombrecillo, señalando la línea de ondulantes arenas, al otro lado del rielante e inflexible mar.

La atención de Price recayó en Garth. Al cabo de tres meses no sabía más de aquel hombre que el día en que se había encontrado con él. Jacob Garth era un constante enigma, un acertijo que Price no había conseguido resolver. Su ancho rostro, blanco como el sebo, era una máscara. Su espíritu parecía tan reflexivo e imperturbable como grande era su cuerpo. Price jamás le había visto manifestar la menor sombra de emoción.

Presumiblemente, Garth era inglés. En cualquier caso, hablaba inglés sin acento y utilizando el vocabulario de un hombre educado. Price se imaginaba que quizá podía tratarse de un miembro de la aristocracia arruinado por la guerra, que intentaba con aquella fantástica expedición recobrar su fortuna. Pero tal suposición no había sido confirmada.

Resultaba extraño, y casi divertido, observar a Jacob Garth tan inmóvil e inmutable como un Buda, mientras la excitación que había creado con sus palabras se extendía por el barco como una llama.

Los hombres se levantaron de un salto de los lugares en donde habían estado echados sobre el puente, o echaron a correr por las escaleras para alinearse a lo largo de la borda entre gritos y empujones, olvidados ya del sol abrasador mientras escrutaban el horizonte de arena.

Price examinó la formación con ojo crítico. Un puñado de gente ruda, aquella veintena de aventureros endurecidos por la vida, que se denominaban a sí mismos la “Legión Secreta”. Pero un puñado de gente ruda era precisamente lo que exigía aquella empresa; allí no había sitio para novatos remilgados.

Cada hombre de la “Legión Secreta” había servido en la Gran Guerra. Aquello era esencial, vista la naturaleza real del cargamento de la goleta, oficialmente calificado de “maquinaria agrícola”. Ninguno tenía menos de treinta años y unos pocos pasaban de la cuarentena. Sólo uno, además de Price, que había sido granjero en Kansas. Nueve eran británicos, elegidos por Jacob Garth. Los otros representaban a media docena de países europeos. Todos los hombres estaban entrenados en el uso de los “artículos” del cargamento; y todos eran del tipo de gente capaz de usarlos con desesperación y valentía mientras buscaban el fabuloso tesoro que Jacob Garth les había prometido.

A simple vista, los hombres alineados cerca de la barandilla no podían ver nada. A regañadientes, Price se puso en pie y cruzó el ardiente puente hasta el lugar donde estaba Garth. Sin mediar palabras, el hombre obeso cogió los prismáticos de las temblorosas manos del capitán y se los pasó a Price.

—Eche un vistazo por encima de la segunda línea de dunas, señor Durand.

Ante las lentes desfilaron interminables filas de altas crestas de arena roja. Después, Price vio dromedarios, una línea de puntos

Sangre dorada
Jack Williamson

oscuros arrastrándose por el amarillento flanco de una larga duna, que descendían hacia el mar en interminable procesión.

—¿Seguro que son sus árabes? —preguntó.

—Desde luego —contestó Garth, con su voz atronadora—. Como verá, esto no es una carretera principal. Ya he hecho antes otros tratos con Fouad. Le he prometido doscientas cincuenta libras de oro al día por cuarenta guerreros montados y doscientos dromedarios extra. Sabía que podría contar con él.

Pero Price había oído hablar antes de Fouad el Akmet y de su banda de renegados, compuesta de beduinos harami o salteadores de caminos, y sabía que poco se podía contar con el viejo jeque, excepto para cortar tantos cuellos como fuese posible en cuanto se presentase la ocasión.

El lacerante sol condujo bien pronto a los hombres al amparo de las exiguas sombras. Un silencio opresivo cayó de nuevo, y la soledad vasta y hostil del Rub'Al Khali —la “Morada Vacía”— anegó una vez más la pequeña goleta con su claridad cegadora e implacable.

Al atardecer del día siguiente, los más de cuarenta hombres de Fouad habían desembarcado de la goleta los últimos embalajes y cajas, y los habían llevado playa adentro, fuera del alcance de las olas. Las pilas de cajas, cubiertas de lonas embreadas, se levantaban dentro del campamento, rodeadas de tiendas y de dromedarios arrodillados.

Price, que vigilaba aquel depósito con una automática al cinto, sonrió al pensar en la consternación que sufrirían ciertos círculos diplomáticos si llegasen a saber que la “maquinaria agrícola” de aquellos embalajes había sido utilizada para fines privados.

Mentalmente, pasó revista al inventario riéndose por lo bajo.

Cincuenta fusiles nuevos Lebel de calibre 315, de cinco tiros, alcance de 2.400 metros, con una munición de 50.000 cartuchos.

Cuatro ametralladoras francesas Hotchkiss refrigeradas por aire — algo importante a considerar en la guerra en el desierto—, también de calibre 315, provistas de trípode, con una munición de 60.000 cartuchos en cargadores metálicos de treinta cartuchos.

Dos cañones de montaña Krupp que tenían más de veinte años y que habían estado en servicio en varias guerras balcánicas, y quinientas granadas del tipo shrapnel de alta potencia explosiva.

Dos morteros de trinchera stokes y cuatrocientas granadas de diez libras para los mismos.

Cuatro docenas de automáticas de calibre 45 con su correspondiente munición. Diez cajas de granadas de mano. Quinientas libras de dinamita con mechas y fulminantes.

Y descansando cerca de él, al lado de una pila de bidones de aceite y gasolina, el arma más ambiciosa de todas: un carro de combate ligero de tres toneladas, provisto de dos ametralladores y equipado con cadenas anchas especialmente designadas para operar en terreno arenoso.

Sangre dorada
Jack Williamson

Price había querido llevar, además, un avión. Pero Jacob Garth se había opuesto a la sugerencia sin aducir buenas razones, excepto que los aterrizajes y despegues serían difíciles en el desierto de arena. Por una vez, Price había cedido, sin sospechar los motivos de la oposición del otro.

Muchas semanas de precauciones y ansiosos esfuerzos, así como muchos miles de dólares —del dinero de Price— habían sido pagados por toda aquella parafernalia de la guerra moderna con que se iba a equipar a la pequeña banda de individuos malencarados que se llamaban a sí mismos la “Legión Secreta”.

Desde el lugar donde se hallaba, cerca de las cajas cubiertas con lonas embreadas, Price vio que Jacob Garth se alejaba de la vacía goleta a bordo de una lancha. Observó con curiosidad que Garth llevaba consigo a todos los hombres incluso a Joao de Castro, su sombrío y desmirriado capitán picando de viruelas. Cuando la lancha se acercó a la arena, vio que Garth y De Castro estaban discutiendo; o más bien que el menudo eurasiático estaba gritando invectivas estridentes contra el hombrón, quien parecía ignorarle plácidamente.

Mientras Price se preguntaba por qué no habían dejado a bordo ninguna guardia, la goleta anclada se estremeció abruptamente. Una detonación apagada salió de ella y se propagó por el mar en calma. Price vio elevarse lentamente del puente fragmentos del maderamen, mientras un humo amarillo comenzaba a brotar de portillas y escotillas.

Con una lentitud y silencio singulares, la Inés se escoró hacia babor, levantó por los aires su negra proa y se sumergió por la popa.

En aquel momento, la voz atronadora de Jacob Garth ahogó la vehemente protesta del rabioso capitán:

—No necesitaremos el barco en el desierto. Y no quería que tentase a nadie con el pensamiento de volver atrás. ¡De Castro, cuando encontremos el oro, podrá comprarse el Majestic, si quiere!

2

LA ESPADA AMARILLA

Tres meses antes, Jacob Garth había abordado a Price Durand en un bar de Port Said..., un hombre gigantesco, tremendamente adiposo, con el pálido y ojeroso rostro cubierto de una maraña de barba rojiza. Sus ropas, antaño blancas, estaban sucias y empapadas de sudor; el salacot con que se tocaba estaba echado hacia atrás, deformado y embebido de sudor.

El hombre poseía una fuerza sorprendente. En sus ojos azul pálido, profundamente hundidos, había algo duro y frío, un extraño centelleo de voluntad y poderío. Su mano, grande y ancha, no era blanca como Price había esperado; su apretón era aplastante.

—¿Durand, no es así? —había dicho a Price, a guisa de saludo, con su profunda voz de ricas sonoridades. Sus pálidos ojos estudiaron con interés el robusto cuerpo, de más de seis pies y dos pulgadas, y la rojiza cabellera de Price; sus fríos y penetrantes ojos se encontraron con los de Price, azul oscuro y de mirada tranquila.

Price le estudió a su vez, encontrando algo que picó su curiosidad. Asintió con la cabeza.

—¿Podría decirse que usted es un soldado de fortuna?

—Quizá —admitió Price—. He cultivado cierta afición a las cosas excitantes.

—Tengo algo que podría interesarle.

—¿Sí? —Price pasó a la expectativa.

—¿Ha oído lo que se cuenta de Anz en el desierto? No me refiero a la ciudad de Anz, en Arabia del Norte, sino a la Anz del Oasis Perdido, al otro lado de la cordillera de Jebel Harb.

—Sí, conozco las leyendas árabes que se refieren a Mahainma y a otras ciudades perdidas del desierto central. Unas nuevas “Mil y una noches”.

—No, Durand —Garth bajó su melosa voz—. Las historias que los beduinos cuentan de Anz, por fantásticas que sean, se basan en hechos auténticos. Lo mismo pasa con la mayor parte de los cuentos folklóricos. Incluso las “Mil y una noches” que usted menciona tienen un núcleo de autenticidad. Pero poseo algo más que datos de oídas. Si tiene la amabilidad de acompañarme a mi goleta, le daré los detalles. La Inés..., en la dársena exterior, cerca del rompeolas.

—¿Por qué no aquí? —Price señaló hacia una mesa que estaba en un rincón.

—Hay ciertos artículos que quiero enseñarle, a modo de evidencias. Y... bueno, no me gustaría que nos oyesen.

Price había oído hablar de la reputación de la Inés y de su siniestro patrón, oriundo de Macao..., y siempre mal. Toda empresa en la que estuviesen implicados suponía una aventura un tanto dudosa. Pero en su actual condición, inquieto y cansado del mundo, aquello no le

molestaba. Así que asintió con la cabeza a la propuesta del hombretón.

Joao de Castro recibió a Price a bordo con una sonrisa torva en su atezado rostro, tan roído por la viruela que carecía de barba. Los oscuros y oblicuos ojos del menudo eurasiático miraron fugazmente a Jacob Garth, y Price captó una pregunta furtiva en ellos. El hombre grande pasó antes que él, un tanto bruscamente, y le mostró el camino hacia una sórdida cabina, en el centro del navío.

Cerrando la puerta tras de sí, se volvió a mirar a Price con ojos pálidos y duros.

—Está claro que no contará nada de esto, a no ser que acepte mi proposición.

—Muy bien.

Estudió nuevamente a Price y asintió con la cabeza.

—Confío en usted.

Invitó a Price a sentarse mientras disponía una botella de whisky y dos vasos encima de la mesa de la cabina. Price rehusó la bebida, y bruscamente Jacob Garth dijo:

—Supongamos que me dice lo que sabe de Anz..., la Ciudad Perdida de Anz.

—Bueno, pues no sería nada más que la historia de siempre. Que antaño el desierto interior era fértil o, al menos, habitable. Que estaba gobernado por una gran ciudad llamada Anz. Que los desiertos, al irse extendiendo, aislaron la ciudad del resto del mundo, hará ahora unos mil años. Esto es exactamente lo lógico, considerando la imaginación de los árabes y el hecho de que Arabia del Sur es la mayor zona deshabitada del planeta, además de las regiones polares.

Jacob Garth habló lentamente, a su manera, sin énfasis:

—Durand, esa leyenda, tal y como usted la ha esbozado, es verdadera. Anz existe. Aún está habitada... o, al menos, lo está el antiguo oasis. Y es la ciudad más rica del mundo. Botín para un ejército.

—Ya he oído a muchos hombres decir cosas como ésa —observó Price—. ¿Me ha comprendido?

—Juzgue la evidencia por usted mismo. He explorado los límites del Rub'Al Khali durante doce años... desde la guerra. He vivido con los beduinos y escuchado mil leyendas. Pero la mayor parte de ellas resultaron ser versiones simplemente distorsionadas de la leyenda de Anz. Y, Durand, he llegado hasta la cordillera de Jebel Harb.

Aquella declaración incrementó la estima que Price sentía por aquel hombre. Sabía que aquellas montañas eran consideradas tan míticas como la propia Ciudad Perdida. Si Jacob Garth las había visto, debía de ser algo más que la abultada masa de carne que parecía.

—Disponía de cinco hombres —prosiguió—. Llevábamos fusiles. Pero no pudimos franquear el paso de Jebel Harb. ¡Esas montañas estaban guardadas! Me imagino que los habitantes de Anz saben más del mundo exterior que nosotros de ellos. Y no deben de estar ansiosos por reanudar los contactos.

Sangre dorada
Jack Williamson

“Teníamos fusiles. Pero ellos nos atacaron con armas que... bueno, los detalles son más bien difíciles de creer. Pero los cinco que me acompañaban eran hombres valientes, por lo que regresé solo, aunque no con las manos vacías. Ésta es la evidencia de que le hablaba.

Moviéndose con una especie de agilidad felina a pesar de su gran tamaño, Jacob Garth abrió un armario y entregó a Price un rollo de pergamino..., una larga y estrecha banda de piel curtida, seca y quebradiza, cuya escritura aparecía medio borrada por el paso de los siglos.

—Una pizca desvaído, pero aún legible —dijo Garth—. ¿Lee el español?

—En cierta manera. Español moderno.

—Esto está en un castellano excelente.

Price lo cogió con dedos impacientes, desenrollándolo cuidadosamente, y estudió los antiguos caracteres.

Estaba fechado en “Mayo del año 1519”.

El manuscrito era una breve autobiografía de un tal Fernando Jesús de la Quadra y Vargas. Nacido en Sevilla hacia 1480, se había visto obligado a huir a Portugal a los veintidós años, a causa de unas circunstancias que no detallaba.

Tras ingresar en la armada del rey Manuel, fue miembro de la expedición portuguesa al mando de Alfonso de Albuquerque que, en 1508, conquistó la costa este de Arabia. Una vez en ella, y al hallarse implicado por segunda vez en un asunto que no describía, desertó de Albuquerque, siendo inmediatamente capturado por los árabes y reducido a esclavitud.

Después de algunos años, tras escapar de sus captores y no atreviéndose a regresar a los asentamientos portugueses, decidió cruzar Arabia a lomos de un dromedario que había robado, con dirección hacia su España natal.

Así decía el pergamino:

“Grandes dificultades me aguardaban a causa de la falta de agua, en medio de un país pagano donde el Dios verdadero es tan desconocido como el profeta del infiel. Durante muchas semanas sólo dispuse para beber de la leche de mi dromedaria, que se alimentaba de los espinos del cruel desierto.

No tardé en llegar a una región de cálidas arenas, donde la dromedaria murió por falta de agua y alimento. Yo proseguí a pie y, por la gracia de la Virgen María, llegué al País Dorado.

Pude confortarme en una ciudad que se encontraba cerca de un palmar. Encontré a las gentes que dicen llamarse los Beni Anz sumidas en la más infernal de las idolatrías. Adoran a seres de oro vivientes que se aparecen por la montaña próxima a la ciudad y que moran en una casa de oro en el corazón de dicha montaña.

Aquellos seres, la Gente Dorada, me llevaron cautivo a la montaña, donde vi sus ídolos, que son un tigre y una gran serpiente; y entrambos están vivos y se mueven, aunque sean de oro amarillo. Un hombre de

Sangre dorada
Jack Williamson

oro, que es el Sacerdote de la Serpiente, me interrogó y después me arrancó la lengua, haciendo de mí su esclavo.

Durante tres años trabajé en la montaña y, por la gracia de Dios, maté a mi guardián con su propia espada de oro que llevo conmigo. Una vez más, con un dromedario que me vino de la bondad de la Virgen, me dirigí hacia el mar, a lo largo de una ruta que se halla jalonada de calaveras humanas.

De nuevo fui perseguido por la sed y por el maligno poder de los dioses de oro. El dromedario ha muerto y yo me encuentro tullido; de suerte que jamás podré abandonar estas montañas, en las que he encontrado una fuente. Moriré en esta caverna, pero no sin antes rezar para que la venganza de Dios se abata cuanto antes sobre el País Dorado, purgándolo de su idolatría y maldad.”

Price se quedó mirando al reseco y quebradizo pergamino, intentando reconstruir en su imaginación la epopeya de la desesperada aventura que en su desvaída escritura resumía. Aquel viejo español tenía agallas para hacer lo que había hecho y curtir la piel del dromedario, fabricar tinta y escribir sus memorias —empujado por algún oscuro impulso de egotismo—, a pesar de haberse resignado a morir.

La profunda voz de Garth rompió la magia de aquellos instantes:

—¿Qué le parece?

—Interesante. Muy interesante. Pero podría ser falso, desde luego. Hay muchos pergaminos como ése que acaban de ser escritos.

—Éste lo encontré —dijo Garth— al lado de un esqueleto humano, en una cueva de Jebel Harb.

—Eso no aclara mi objeción.

Garth sonrió inexorablemente.

—Quizá ahora sí lo consiga. Esto no es tan fácil de falsificar.

Regresó al armario de antes y extrajo de él la espada amarilla. Refulgía portentosamente en aquella cabina poco iluminada; el rubí llameaba en la boca de la serpiente. ¡Un yatagán de oro, con una gema incrustada!

—¡Vea esto! —dijo, con su voz atronadora y grave, que casi se imponía hipnóticamente—. ¡Oro! ¡Oro puro! ¡Y templado con la dureza del acero! ¡Véalo!

Le hizo describir un círculo, que hendió el aire, y se lo tendió a Price.

Era un arma extraña, pesada, de hoja curva, cortante como una navaja. Price pasó el pulgar por ella y comprobó que su filo no habría podido conservarse si hubiera sido de oro ordinario o si éste formase parte de la aleación. La empuñadura adoptaba la forma de una serpiente enroscada de oro blanco, que tenía entre sus fauces un gran rubí, del mismo color que la sangre.

Inclinado sobre la mesa, Jacob Garth poseía la misma apariencia extraordinaria que el arma: grueso de cuerpo, inmensamente ancho de espaldas, piel tan tersa y blanca como la de un niño, ojos fríos que brillaban extraños e implacables por encima de la maraña de rojizos bucles de su barba.

Sangre dorada
Jack Williamson

—Sí, es oro —admitió Price. Era algo imposible de negar... lo mismo que el hecho de que fuese más duro que todo el oro que había visto a lo largo de su vida—. Y el rubí es genuino.

—¿Está convencido? —preguntó Garth.

—Convencido de que usted tiene algo fuera de lo corriente... El manuscrito era bastante fantástico en algunos pasajes. Pero... ¿cuál es su proposición?

—Estoy organizando otra expedición. Voy a reunir una fuerza lo suficientemente fuerte para romper las líneas de defensa que guardan el desfiladero, y desde luego para aplastar cualquier resistencia que pueda ofrecer la gente de Anz. Un pequeño ejército, si quiere llamarlo así.

—La Arabia Central jamás fue conquistada..., a pesar de que en los últimos cincuenta siglos muchas fueron las naciones que lo intentaron.

—No será fácil —recordó Garth—. Pero la recompensa será incalculable. Recuerde lo que el español decía de la “casa de oro”. Conozco el desierto; usted también. No somos unos novatos.

—¿Y su proposición?

—Necesito unos 140.000 dólares americanos para acabar de equipar a la expedición. Sé que usted se halla en disposición de adelantar esa suma.

—Es posible. ¿Y qué tendría a cambio?

—Sería el segundo en el mando... Yo soy el jefe, desde luego, y De Castro el tercero. La mitad del botín se repartiría entre los hombres. El resto lo dividiríamos en doce partes, de las que cinco serían para mí, cuatro para usted y tres para De Castro.

El dinero en sí mismo no significaba nada para Price. Su propia fortuna, que no se había preocupado de incrementar, se aproximaba a cuatro millones de dólares. Pero, a los treinta y un años, se sentía como un vagabundo, aburrido de la vida, atormentado por un tedio mortal, impulsado por vagos e inciertos deseos que no comprendía. Durante una década había errado sin tregua ni propósito a través del Oriente de los trópicos, buscando... algo, aunque sin saber qué.

El sombrío y hostil misterio del árido desierto de arena, enmarcado de montañas, el Rub'Al Khali —la “Morada Vacía”, que incluso los propios beduinos temen y evitan—, suponía para él un oscuro desafío. Había aprendido el árabe; conocía algo de la vida en el desierto; había visto las márgenes del desierto aún por conquistar.

El señuelo del tesoro no le atraía. La promesa de la acción, sí. La lucha contra la más cruel de las naturalezas. La batalla —si es que la historia de Garth resultaba cierta— contra los extraños poderes que reinaban en el Desierto Central.

La aventura le atraía como si se tratase de una competición deportiva, como algo difícil y arriesgado, que todavía no había conseguido ningún hombre. Y el oro del que hablaba Garth no tenía más valor que un trofeo.

Price se había apasionado de repente, y se sentía más interesado y lleno de entusiasmo que lo que había estado desde hacía varios meses. La decisión le llegó instantáneamente. Pero algo en su interior

Sangre dorada
Jack Williamson

se rebelaba ante la idea de tener que ocupar el segundo lugar en cualquier cosa, de tener que recibir órdenes de otro.

—Debo estar al mando —dijo—. Y podemos hacer partes iguales: cuatro y media para cada uno de los dos.

Pálidos y duros, los ojos de Jacob Garth escrutaron el rostro de Price. Su profunda voz sonó casi con cólera:

—Ya oyó mi proposición —y añadió—: No vaya a pensar que encierra deshonestidad alguna. Usted mismo puede administrar el dinero. Creo que comprenderá que no me arriesgaría a penetrar en el Rub'Al Khali si no creyera en lo que hago.

—Si no soy el jefe —replicó Price, sosegadamente—, no puedo aceptarla.

Finalmente, Garth acabó por rendirse.

—De acuerdo. Usted tomará el mando y haremos partes iguales.

Durante dos meses, la Inés se deslizó furtivamente por los puertos de Europa Oriental y de Levante, mientras Price y Jacob Garth reunían, gracias a las tortuosas negociaciones que siempre requieren tales empresas, el cargamento reseñado en las declaraciones como “maquinaria agrícola”, y la veintena de hombres que se llamaban a sí mismos la “Legión Secreta”.

Una vez realizadas las transacciones y con el cargamento a bordo, la goleta franqueó el canal de Suez y bajó hasta el mar rojo, dirigiéndose al Este, contorneando la costa de Arabia, hasta el lugar que Jacob Garth había fijado como punto de encuentro con sus dudosos aliados árabes.

3

LA RUTA DE LAS CALAVERAS

El jeque Fouad al Akmet pareció dolorosamente sorprendido al enterarse de que debía acompañar a una expedición hasta el corazón prohibido del Rub'Al Khali. Jacob Garth, al parecer, había comprado sus servicios con la promesa de doscientas cincuenta libras de oro al día, y de un rico botín, sin especificar adónde había que ir a conseguirlo.

—iSalaam aleikum! —exclamó, empleando la antigua fórmula del saludo en el desierto, que sirve para desear la paz, cuando Price Durand y Jacob Garth entraron en su negra tienda, la noche que siguió al hundimiento de la Inés.

—iAleikum salaam! —le respondió Price, pensando al mismo tiempo que el piadoso saludo del viejo beduino tendría poco significado, llegado el momento de tener una posibilidad de atacar a sus aliados farengi, o sea, ellos.

Price y Garth se sentaron sobre las gastadas alfombras dispersas sobre la arena y tiradas encima de las sillas de montar dromedarios. Fouad se sentó enfrente de ellos, acompañado de una docena de los renegados que eran sus secuaces, sentados en cuclillas, formando un semicírculo. Uno de los árabes trajo un recipiente de cobre, del que sirvió un café espeso y viscoso, sin azúcar, en una única y minúscula copa, que fue pasando de mano en mano.

Price se humedeció los labios en el café, retrasando la apertura de las negociaciones; el rostro pálido e inexpresivo de Garth era inescrutable. La chispa de la curiosidad ardió más fuerte en los huidizos y negros ojos de Fouad, hasta que, finalmente, fue incapaz de contenerse.

—¿Saldremos enseguida? —preguntó.

—Seguro —asintió Price—. Pronto.

—¿Incursiones contra el pueblo de El Murra? —sugirió el viejo jeque—. Tienen muchos dromedarios, de la magnífica raza Unamiya —le brillaban los ojos—. O, ¿quizá vayamos a guerrear contra los farengi?

La mano de Jacob Garth descansó en la funda de piel que llevaba al cinto. Lentamente, desenvainó la espada dorada y la empuñó.

—¿Qué piensas de esto? —preguntó en un árabe tan fluido como el de Price.

Fouad al Akmet se levantó, echándose hacia delante, con el brillo de la hoja dorada reflejándose en sus ojos.

—¿Oro? —preguntó. Después, al observar el motivo serpentiforme de la empuñadura de la espada y el gran rubí que se encontraba entre los colmillos de la serpiente, retrocedió súbitamente, con una exclamación ahogada—: iBismillah!

—Sí, es oro —ratificó Garth.

Sangre dorada
Jack Williamson

—¡Esa cosa está maldita!— exclamó—. ¡Proviene del País Prohibido!

—Entonces, quizá sepas por dónde cae la Ruta de las Calaveras —preguntó Garth, imprimiendo un tono monocorde y lento a su sonora voz—. Quizá hayas oído hablar de los tesoros que se encuentran al final de esa ruta, más allá de Jebel Harb.

—¡No, por Alá! —exclamó el viejo beduino, con tanta vehemencia que Price supo que mentía.

—En ese caso, yo te mostraré el camino —dijo Garth—, pues vamos a saquear esa tierra hasta que no quede nada en ella.

—¡Alá lo prohíbe!

El jeque hurgaba nerviosamente con uno de sus dedos en su escasa y rojiza barba; el miedo se leía en sus ojos.

—¡Cada uno de sus dromedarios estará cargado de oro! —predijo Garth.

—Al creyente le está prohibido sobrepasar Jebel Harb —exclamó el jeque con un fervor religioso poco habitual en él, acariciando el hijah que llevaba suspendido al cuello—. Más allá hay una tierra de extraña maldad; Alá y sus profetas son desconocidos en ella.

—Entonces... ¿por qué no emprender una jihad, una guerra santa? —comentó Price maliciosamente.

Un susurro nervioso recorrió la línea de hombres sentados en cuclillas. Price oyó que hablaban de yinns e ifrits.

—¿Qué es lo que hay que temer al otro lado de las montañas? —preguntó.

—No lo sé —contestó el jeque—. Pero los hombres hablan en voz baja de las cosas extrañas que hay en la “Morada Vacía”.

—¿Y qué son esas cosas extrañas? —insistió Price.

—Por supuesto que yo no creo en ellas —dijo Fouad, renegando a regañadientes de su superstición—. Pero los hombres dicen que más allá de Jebel Harb hay una gran ciudad, que ya era antigua cuando llegó el Profeta. Sus pobladores, aunque árabes, no son creyentes, sino que veneran a una serpiente dorada, y no son gobernados por hombres, sino por unos diabólicos yinns amarillos de forma humana.

“Los yinns amarillos cabalgan montados en un tigre enorme, para cazar a los que cruzan las montañas, y usan sus cráneos para jalonar el camino que sus diabólicas caravanas siguen para llegar hasta el mar. Y viven en un castillo de oro resplandeciente, que se levanta en una montaña negra, llamada Hajar Jehannum.

“Eso es lo que se cuenta en el desierto, pero, desde luego, yo no creo en ello —insistió nuevamente Fouad, cuando ya era evidente todo lo contrario.

—Ahora veo —comentó Price, en un aparte a Garth, al oír hablar de la Roca del Infierno, que era la traducción de Hajar Jehannum— de donde sacó nuestro viejo amigo español el material para su fantástico diario.

—He visto cosas extrañas en el Jebel Harb —dijo el otro—. La historia de Fouad es más verídica de lo que usted se imagina. Nada de cuestiones sobrenaturales, se comprende. La ciencia moderna nació en esta parte del mundo, cuando Europa estaba sumida en la

Sangre dorada
Jack Williamson

barbarie. Mi teoría es que tendremos que vérnoslas con un ejemplo de la civilización árabe preislámica, asentada en un oasis perdido.

Price se volvió hacia Fouad el Akmet, quien se había vuelto a sentar encima de su tapiz y miraba fascinado el yatagán de oro.

—Estábamos hablando de la malignidad de la “Morada Vacía” —explicó en árabe—. Nuestros aliados no tienen nada que temer, ya que traemos con nosotros las armas de los farengi. Incluso si más allá de las Montañas Prohibidas hubiese esas cosas de las que habla la gente, podríamos destruirlas.

—Mañana os mostraremos nuestras armas —añadió, afablemente, Garth.

Él y Price se levantaron y regresaron a sus respectivas tiendas, dejando al viejo jeque murmurando, presa de incertidumbre, obviamente indeciso, a causa del miedo a los inciertos terrores del desierto y a la avidez que despertaban en él sus tesoros, igual de inciertos.

Al atardecer del día siguiente, cuando el aire había vuelto a ser relativamente fresco, Price cabalgó sobre un dromedario prestado, al lado del viejo beduino y de un grupo de sus hombres, hasta una duna desde la que se dominaba el campamento. Jacob Garth se había quedado detrás, para officiar de director de ceremonias.

—Tenéis fusiles —dijo Price, indicando las armas de avancarga que llevaban los árabes—. Pero, ¿son como éstos?

Movió un brazo, y las cuatro ametralladoras Hotchkiss, montadas en sus trípodes, entonaron un staccato, mientras su granizada de balas levantaba nubecillas de arena a lo largo de la playa.

—Vuestros fusiles son rápidos —admitió Fouad—, pero, ¿qué más les da a los yinns vuestros fusiles?

—Tenemos grandes cañones —y Price agitó nuevamente el brazo.

Los morteros Stokes y el par de viejos cañones de montaña dispararon al tiempo. El estruendo de las detonaciones y el silbido de los fragmentos de las granadas, así como los agujeros que abrían en la dúctil arena, resultaban impresionantes, incluso para Price. Los más precavidos de los hombres de Fouad hicieron retroceder a sus dromedarios al amparo de la duna.

—¡Y ahora nuestro carro de la muerte! —exclamó Price, haciendo una nueva señal.

El tanque, que los árabes aún no habían visto en movimiento, cobró vida con un rugido y comenzó a escalar la pendiente de la duna, como si fuera un monstruo antediluviano gris, rechinando y crujendo, entre el feroz tableteo de sus ametralladoras. Durante un momento, los espantados árabes se quedaron en el sitio; después, como un solo hombre, lanzaron sus dromedarios a una apresurada fuga.

—Lamento —fueron las palabras con que les saludó Garth a su vergonzoso regreso al campamento— que no os hayáis quedado para ver el resto de nuestras armas.

Sangre dorada
Jack Williamson

—Los dromedarios se asustaron —explicó Fouad—, y no pudimos dominarlos.

—Lo mismo que les pasará a los que montan guardia en el desierto —dijo Price—. ¿Seguiremos mañana la Ruta de las Calaveras?

El viejo jeque dudó mientras seguía rezongando para su capote.

—¿Pagaríais el oro prometido, aunque no encontráramos el tesoro? —preguntó finalmente a Garth.

—Sí —le aseguró éste.

Price estaba dispuesto. Dio una orden, y cuatro hombres salieron del campamento, vacilando por el peso de una gran caja de madera de teca. Silenciosamente, la depositaron en la arena enfrente de Price. Éste, deliberadamente, sacó la llave, abrió la cerradura y mantuvo levantada su tapa para exhibir el esplendor de los relucientes soberanos de oro.

Dos hombres hubieran bastado para llevar la caja con facilidad; pero su interior contenía cinco mil libras esterlinas en oro, lo que venía a suponer otro adelanto, salido del bolsillo de Price. Echó la tapa hacia atrás, para que los árabes devorasen el contenido con sus ávidos ojos.

—Por cada día os pagaremos lo que ahora os entregamos —contó doscientas cincuenta monedas que dispuso en varios montones y dejó que Fouad las palpase con sus temblorosas manos—. Nos llevaremos el tesoro —añadió— al carro de la muerte, y os lo pagaremos todo junto cuando hayamos regresado al mar.

El viejo jeque regateó, insistiendo en que se les pagase a diario. Pero Price se mantuvo en sus trece, y aquella noche, en la ronda del café, Fouad se dio por vencido.

—Wallah, effendi. Mañana emprenderemos el viaje, y que Alá se apiade de nosotros.

Al día siguiente, de madrugada, una curiosa procesión abandonaba el lugar donde habían desembarcado. El jeque Fouad el Akmet abría la marcha, montado en su magnífico hejin blanco, o dromedario de carreras. Era un hombre alto, de barba rala y nariz aguileña, con un destello de depredador en la mirada que no desmentía su reputación de indeseable.

Tras él iban los dromedarios que llevaban la impedimenta, cargados de cajas etiquetadas como “palas”, “motocultores” o “maquinaria agrícola”.

Los árabes cabalgaban entre la impedimenta; la mayor parte eran hombres delgados, como si hubiesen sido desecados y curtidos por el sol del desierto, de rostro sombrío y severo, labios delgados y curvados y ojos penetrantes. Como Fouad, llevaban en la cabeza unos flotantes kafiyehs de tela blanca y cubrían su cuerpo con vestiduras negras más gruesas, abbas, de pelo de dromedario.

La mayor parte de los blancos iba en la retaguardia, pues, a excepción de Price y de Jacob Garth, no estaban acostumbrados a montar en dromedario y continuamente se quejaban de que sus monturas se encabritaban y los zarandeaban.

Sangre dorada
Jack Williamson

El tanque cerraba la marcha, despidiendo un rugido de motores y una vaharada de gasolina quemada. Los dromedarios se asustaban de él... y los árabes le miraban como dudando que perteneciese a la caravana. “Avivaría la incierta lealtad de Fouad —pensaba Price—, especialmente si el oro iba en él.”

Se habían levantado antes del amanecer, para cargar los quejumbrosos dromedarios y desayunarse a toda prisa: los árabes, dátiles y galletas medio cocidas; y los demás, bacon, café y galletas de munición.

Price se había situado cerca de la cabeza de la larga hilera de bestias de carga que comenzaba a escalar la primera línea de dunas, alejándose del mar y adentrándose en el corazón de gran desierto desconocido, la “Morada Vacía”, en pos de una aventura desesperada.

Todo aquello era lo que constituía el fuerte vino de la vida: la tonificante y fresca brisa de la aurora; la gloria del amanecer escarlata, encantando al desierto con el misterio de su púrpura; la marcha firme y alerta del bello animal que cabalgaba; los gritos de los hombres... incluso los malhumorados gruñidos de los dromedarios.

¡La caravana de una extraña aventura! Ante él flotaban visiones vagas y prometedoras. Veía el País Dorado del manuscrito del español, la Ciudad Perdida de Anz, al otro lado de las Montañas Prohibidas. La desilusión y el aburrimiento se alejaron de él. Se sentía joven, libre y poderoso. Y supo que no había vivido en vano, pues aún le quedaban por hacer portentosas hazañas.

Pero aquel breve arrebató fue extinguiéndose a medida que el sol fue subiendo por el horizonte. La ilimitada extensión de las dunas en forma de media luna, de tonos rojo oscuro y amarillo, oscilaba y temblaba a causa del calor, irreal. El aire se fue haciendo cada vez más bochornoso, casi irrespirable, cargado de polvo alcalino del camino, que formaba sofocantes nubes de color azafrán.

El sudor bañaba su cuerpo y el polvo abrasivo se adhería a él. No tardó en sentirse sucio y miserable. Los ojos, irritados por el polvo, le dolían a causa de la intensidad de la luz en la arena y difundiéndose por todo el tórrido horizonte.

Aunque el aire reseco le quemaba la garganta, se negaba a utilizar el agua de su cantimplora porque Jacob Garth había dicho que el primer pozo estaba a tres días. La silla comenzaba a producirle escozor. Los labios le sangraban en aquellos puntos donde el sol y el polvo alcalino los habían agrietado.

Pero, a pesar de todo aquello, el extraño impulso que había sentido no murió del todo. Cada vez que alcanzaba la cresta de una nueva duna conocía la feroz alegría de la conquista.

Cuando acababan justamente de perder de vista el mar al otro lado de la virgen extensión ondulante de arena, el viejo Fouad llamó la atención de Price al indicarle, no sin cierta aprensión, un objeto menudo y blanco que relucían ante ellos, en medio de aquella aridez rojiza.

Sangre dorada
Jack Williamson

A regañadientes, el viejo beduino dirigió su dromedario hacia el objeto. Cuando estaban más cerca, Price vio que se trataba de un cráneo humano blanqueado por el sol, colocado en el extremo de un alto poste hincado profundamente en el suelo. Al llegar a él podía percibirse otro a simple vista, quizá una milla delante.

—¿Quién lo habrá puesto aquí? —preguntó Price al jeque, movido por la curiosidad.

—¿Cómo voy a saberlo? —contesto Fouad, nervioso—. Los hombres dicen que los yinns del País Maldito dejan aquí las calaveras de los hombres que han atraído a la perdición. Quizá señalen la ruta hacia Iblis.

Price cabalgó hacia el poste. Su dromedario se mantuvo apartado del objeto poco familiar; desmontó y se acercó a él a pie. El poste, de unas tres pulgadas de diámetro, era de una oscura madera rojiza, muy dura. Pero, aunque el cráneo estaba a unos diez pies por encima de su propia cabeza, consiguió distinguir en él restos de cabello y cartílagos adheridos a su superficie.

El árabe prosiguió su camino, y Price esperó a Jacob Garth.

—¿Qué sabe de estas calaveras? —le preguntó.

—Que forman una línea ininterrumpida desde aquí hasta el desfiladero de Jebel Harb, donde encontré los huesos del español. Presumiblemente, conducen a Anz... No conseguí llegar más allá de las montañas. Por lo menos debe de llevar unos cuatrocientos años, ya que De la Quadra y Vargas los menciona en su manuscrito.

—¡Este cráneo no tiene cuatro siglos! —protestó Price—. ¡Mírelo!

—Es evidente que no. Ha debido de ocupar el puesto de otro más viejo.

—¿Pero quién se ha preocupado de cambiarlo?

—Creo que ya le he dicho que, según mi opinión, los habitantes del País Prohibido sabes más del mundo de fuera que lo que este último sabe de ellos. Supongo que querrían mantener el trazado de la ruta que conduce hasta el mar.

—¿Pero por qué usan como balizas calaveras humanas?

—Porque resultan duraderas y son fáciles de ver, supongo... además de baratas.

A lo largo de aquel día, Price recorrió la línea de la caravana varias veces, para hablar con los hombres. La mayor parte de ellos no sabían nada de dromedarios. Desconfiaban de aquellos animales que no les resultaban familiares y estaban despellejados y doloridos por las vacilantes sillas de montar. Se quejaban de la falta de agua y del calor y de la cegadora llama del incandescente cielo.

Cuando la temperatura del día era más elevada, se detenían y dejaban que los dromedarios se arrodillasen sobre la desnuda y ardiente arena para descansar. Por la tarde, se ponían nuevamente en marcha, hasta que estaba tan oscuro que no podían encontrar las calaveras por las que se guiaban.

El día siguiente fue parecido, lo mismo que el que le sucedió.

A la mañana del cuarto día llegaron a una estrecha llanura de grava, una sombría cicatriz que surcaba las dunas de arena roja. Allí encontraron un pozo... de forma cuadrada, a cielo abierto, del que

Sangre dorada
Jack Williamson

extrajeron agua para beber ellos y los animales, con ayuda de cubos de cuero y cuerdas de pelo de dromedario. Un agua cenagosa, amarga, salobre, casi no potable.

Poco antes de la tarde, cuando el último de los dromedarios se había saciado y no quedaba ningún odre por llenar, se reanudó la marcha, con el chirriante tanque a la retaguardia, hacia otra nueva zona de fina arena roja.

Otras dos noches más acamparon entre dunas. A la mañana del sexto día de haber abandonado la costa, volvieron a encontrar grava dura, que rodaba bajo sus pasos y que se extendía hasta una lúgubre y escarpada muralla de áridas montañas.

—El Jebel Harb —comentó Jacob Garth a Price—, donde antaño tuve que detenerme. Tendremos problemas antes de cruzarlo... y no sé lo que encontraremos después.

En la diáfana atmósfera del desierto, las montañas parecían muy cercanas. Las salientes empalizadas de granito negro surcadas de ásperas gargantas y hostiles y marcados salientes, rabiosamente coronados con diferentes capas de arenisca roja y pináculos de piedra caliza, brillaban con un color leproso. Una muralla de muerte ribeteada de basalto. Los desnudos y torturados farallones y picos parecían tan callados y repulsivos como huesos blanqueados. En los cañones ceñidos por tan impresionantes escarpaduras no se veía ni rastro de verdor. La sombría y cruel escarpadura seguía ininterrumpida por todo el horizonte, una siniestra barrera que defendía el País Maldito.

El desierto es engañoso. Aquella barrera parecía muy cercana, pero, cuando iba a terminar el día y a empezar el crepúsculo, la caravana todavía se encontraba en las gravosas laderas desprovistas de agua e, incluso, de los usuales setos dispersos de acacias enanas y de raquíticos tamariscos.

Sin lugar a dudas, Fouad era un individuo aprensivo. Abandonando su puesto habitual al frente de la caravana, se dirigió hacia la retaguardia para acercarse a Price y a Jacob Garth. Sin él para guiarlos, sus hombres se detuvieron, echando miradas de miedo no disimulado a las siniestras e impresionantes escarpaduras de granito.

—Sidi —comenzó a decir el jeque, quien a causa de su nerviosismo se había vuelto nuevamente más respetuoso—, Alá nos prohíbe ir más lejos. Ante nosotros se encuentran las montañas de la Tierra Maldita, que Alá entregó a las potencias del mal. Al otro lado nos esperan los yinns, para poner nuestras cabezas en el extremo de sus postes.

—¡Bobadas! —dijo Price—. ¿Acaso no viste las armas de los farengi?

Fouad rezongó para sus adentros y, astutamente, pidió que le pagaran los siete días que se le debían, para distribuir el oro entre sus recelosos hombres y así darles ánimos.

—Eso sólo los animaría a desertar —contestó Price, con dureza—. ¡Ni una moneda hasta que no hayamos regresado de nuevo al mar!

Sangre dorada
Jack Williamson

—En las montañas hay agua —dijo la voz resonante de Garth—. Ya sabes que la necesitamos.

—Bisshai —asintió Fouad—. Los odres están vacíos y los dromedarios sedientos. Pero incluso así...

—En marcha —zanjó Price.

Y así, finalmente, el viejo beduino regresó gruñendo a la cabeza de la columna. Poco antes del crepúsculo ya habían cubierto la mitad de la distancia que al principio los separaba del elevado desfiladero que se encontraba ante ellos, entre las impresionantes y resquebrajadas masas de granito negro, rematadas con bandas de fuertes tonos rojizos y de blancos rabiosos.

Cuando el sol ya se había puesto, observaron el primer fenómeno inusual que preludiaba el futuro conflicto con los poderes desconocidos del País Prohibido.

4

EL TIGRE EN EL CIELO

Una vez más, Price aguijaba a su cansado dromedario hacia la cabeza de la caravana para cabalgar al lado del viejo Fouad y mantener viva la valentía del beduino. Jacob Garth se había quedado atrás, con el resto de los hombres. Como de ordinario, los dromedarios avanzaban en fila india; entre la cabeza y el tanque que cerraba la marcha, chirriando y traqueando sobre la pista de dura grava, había una milla de distancia.

Pero apenas a pocas millas de la cabeza de la caravana, los colosales y escarpados precipicios de granito negro se precipitaban hacia lo alto, para formar dos torres gemelas blanquirrojas de arenisca y piedra caliza que guardaban siniestramente el desfiladero.

—¡Ya Allah! —gritó extemporáneamente el árabe renegado, presa de terror—. ¡Sé misericordioso!

Entonces sacó de su oscuro abba un brazo enflaquecido, que no paraba de temblar, y señaló con él algo que estaba encima del desfiladero.

Al mirar hacia arriba, Price divisó algo extraño en el cielo, al otro lado de la boca del abismo, sobre las sombrías y caóticas rocas que aparecían con tonos encarnados bajo el rojo relumbrón del atardecer.

Unos delgados rayos de luz se elevaban hacia lo alto, formando un enorme abanico desplegado que se recortaba contra el azul violeta del cielo oriental. Delgados y pálidos haces de luz rosa y azafrán, que parecían ser emitidos por un único foco, oculto bajo la negra cordillera.

Price se sintió sobrecogido; había algo en aquella manifestación luminosa que parecía extrañamente artificial. Sobreponiéndose al miedo del momento, se volvió hacia el tembloroso Fouad, que estaba todo lo blanco que le permitía el color de su piel.

—¿Qué es eso?

—¡El diabólico yinn del País Maldito que se levanta al otro lado de las colinas!

—¡No seas absurdo! Sólo son los rayos del sol a través de una nube, que parecen converger por la distancia. Es un fenómeno natural...

Rápidamente, Price escrutó el cielo en busca de una nube que pudiese probar su teoría, pero la bóveda de color índigo estaba tan despejada como de ordinario. Dudó y prosiguió al punto:

—Quizá un espejismo. Siempre los vemos por la mañana y por la tarde. A veces son extraños. En cierta ocasión, cuando estaba en el desierto de Sin, a cientos de millas del mar, vi un barco de vapor. Con las chimeneas, el humo y todo lo demás. Incluso distinguí los botes salvavidas colgados de sus costados. Simple reflexión y refracción de la luz en la atmósfera...

Sangre dorada
Jack Williamson

—iBismillah wa Allahu akbar! —gemía el viejo jeque, demasiado abrumado para escucharle.

Entonces Price vio que por encima del abanico de rayos de color cobraba forma una imagen, como si fuese proyectada en el cielo desde una colosal linterna mágica. Sin embargo, parecía curiosamente real, estereoscópica.

Lo que veía no tenía sentido. Sabía que tenía que ser un espejismo, una grotesca quimera, una ilusión. Podría haberse tratado de una alucinación, la simple proyección en el cielo de los miedos de los árabes. Pero él sabía que no era eso, pues estaba seguro, sin saber cómo, de que se trataba de una simple reflexión de algo real.

—iEl tigre del País Maldito! —gritaba Fouad—. ¡La mujer amarilla del espejismo, cuya fatal belleza atrae a los hombres hacia el desierto, para morir en él! ¡Y el dios dorado, el rey de los maléficos yinns!

Súbitamente, el viejo beduino levantó la aguijada y gritó algo a su montura, que dio media vuelta dispuesta a emprender una rápida huida.

Haciendo caso omiso a la aparición del cielo, Price desenfundó su automática y llamó al árabe con voz amenazadora:

—¡Alto! No vas a salir corriendo de aquí. Puedo acabar contigo antes de que lo hagan todos los ifrits de Arabia.

Fouad farfulló y maldijo, pero detuvo su dromedario blanco. Sus oscuros ojos, dilatados por el miedo, volvieron a mirar hacia el desfiladero.

Un tigre había aparecido en el cielo, por encima de los rayos teñidos de rosa y topacio. Tan inmenso como una nube, su imagen era increíblemente vívida y real. Una fiera enjuta y poderosa, de un tamaño descomunal, flotando sobre los abruptos picos. Sus flancos estaban rayados de brillante y rojizo oro. Amplios músculos se revelaban en sus sólidos miembros. Desde lo alto del cielo miraba hacia abajo a través de sus felinos y terribles ojos, reducidos a negras hendiduras.

Una curiosa silla de madera negra, en forma de caja, había sido enjaezada sobre el lomo de tan sobrenatural animal, como el howdah que llevan los elefantes. En ella había dos personas.

Una de ellas era hombre, de barba dorada, piel amarilla, vestido con ropajes rojos y tocado con un casquete carmesí. Su rostro, hosco y cruel, estaba marcado por el sello de un siniestro poder. Balanceándose sobre sus rodillas, llevaba una gran maza erizada de puntas, de metal amarillo.

La otra era una mujer, vestida de verde, reclinada en una actitud de voluptuosa calma. Su piel también era amarilla; y su largo cabello, que ondeaba libremente, era de oro rojo. Su delgado cuerpo, ceñido de verde, era esbelto y grácil, y su rostro era de una peligrosa belleza.

Sus ojos, levemente sesgados, eran de un color entre verde y marrón, muy parecidos a los del tigre. Sus párpados estaban oscurecidos, como si en ellos se hubiese aplicado kohl. Sus labios eran carmesíes, sus doradas mejillas tenían un asomo de arrebol, las

Sangre dorada
Jack Williamson

uñas de sus delgados dedos habían recibido el rojo toque de la henna. La suya era una belleza exótica y siniestra.

El furtivo movimiento de Fouad atrajo de nuevo hacia sí la atención de Price. Vio que toda la caravana se había detenido. Incluso ya no se escuchaba el estruendo metálico del tanque. Sintió el electrizante miedo que recorría la caravana, de hombre en hombre, un miedo que en cualquier momento podía convertirse en desastroso pánico.

—Detente —le avisó Price—, o te mato.

Estaba seguro de que el peligro no era inmediato y sabía que los árabes no desertarían sin su jefe.

Volvió la mirada a la imagen en el cielo, silenciosa y espantosa por su tamaño, infinitamente terrible por su sobrenatural extrañeza. Los astutos y cautelosos ojos del hombre amarillo escrutaban la caravana. Y a Price le pareció que, al mirar hacia abajo, la mujer le sonreía, a él.

Pero no era una sonrisa cortés, sino más bien misteriosa, enigmática, burlona. Su evasivo desafío suscitó en Price un malestar vago e indefinible; pues, por lo que fuese, aquella exótica belleza despertaba levemente sus deseos.

El rostro ovalado y áureo era adorable y atrayente, aunque sutilmente malicioso. Los ojos pardo-verdosos hablaban de tórridas pasiones, de ardientes deseos y fulminantes odios, de caprichos que no refrenaban ni miedos ni leyes. Reflejaban la sabiduría de un antiguo saber que no era completamente inocuo. Poseían la osadía que da un poder ilimitado ejercido sin trabas. Miraban a Price, especulando respecto a él, tanteándole...

El hombre de barba dorada se movió. Con ambas manos levantó la dorada maza erizada de púas y la blandió por encima del desfiladero, con un gesto claramente hostil y amenazador. Sobre su endurecido rostro se leía la advertencia... y el odio.

La mujer sonrió a Price, con un desafío en sus ojos pardos, y deslizó sus finos dedos entre la dorada masa de sus cabellos.

—¡Mira, Howeja! —exclamó Fouad, casi sin resuello—. ¡Nos ordena que regresemos!

Price no contestó. Su mirada seguía puesta en el cielo, en los enigmáticos ojos de la mujer, respondiendo al desafío con desafío. Su mirada era dura. De repente, para evidente sorpresa del viejo árabe, se rió burlón, largamente y sin delicadeza, se rió de la mujer y le dio la espalda.

“Una Lilith moderna, ¿eh? —se dijo para sus adentros—. Bueno, vete preparando. Podemos comenzar a jugar cuando quieras.”

En ese momento, tan lentamente como había aparecido, la imagen se fue difuminando, acabando por desaparecer en el oscuro cielo amatista. El abanico de sutiles rayos que se erguía sobre el desfiladero desapareció con ella.

Los negros contrafuertes de cordillera de Jebel Harb parecieron hostiles al recortarse sobre el cielo oscurecido.

Price permaneció sentado en su dromedario, apuntando con su automática a Fouad el Akmet... y comenzó a reflexionar sobre lo sucedido.

Sangre dorada
Jack Williamson

Así que, después de todo, los seres fantásticos del País Maldito no eran una ficción. Había gente viviendo al otro lado de aquellas montañas, gente que tenía la piel del color del oro..., no amarillo oscuro, como los individuos mongoloides, sino dorado; gente que había domesticado al tigre y que eran capaces de gobernar los extraños poderes de la ciencia.

La aparición, estaba seguro, había sido una forma de espejismo. Recordó la "Fata Morgana", que, en una ocasión, habían contemplado en el estrecho de Mesina; le vino a la memoria lo que se decía del extraño fenómeno luminoso que ocurría en las montañas de Alemania, conocido con el nombre de "Espectro de Brocken", y que consiste en la proyección sobre las nubes de unas sombras colosales. ¿Quizá aquella raza perdida dominaba las leyes del espejismo? ¿Gobernaba la ilusión?

Si habían sido recibidos con aquel delirio fantástico, entonces... ¿qué se encontrarían al otro lado de las montañas?

5

EL SIGNO DE LA SERPIENTE

—No olvidéis esto —dijo Price—: Si cualquier hombre decide volver, le perseguiremos con el carro de la muerte y dejaremos que su cráneo sirva de refugio a los escorpiones.

Fouad el Akmet murmuró por lo bajo y se retorció la barba rala con un dedo. La noche anterior, los árabes se habían negado a seguir, e incluso protestado por la idea de acampar en aquel lugar. En aquellos momentos, en la mañana del día siguiente, el viejo jeque se oponía en vano a cualquier nuevo avance.

—Sidi, bien sabes que la sombra era una advertencia. Aún podemos salvar nuestras vidas del rey dorado de los yinns...

—¡Sólo si seguimos hacia delante y los vencemos!

—En el paso hay agua —dijo Garth—. Un pozo de agua clara y dulce. Y tú sabes que las aguas amargas del último pozo están a varios días de nosotros. Muy pocos de los tuyos conseguirían vivir para probarlas.

Fouad dudó de manera evidente.

—Acordaos del carro de la muerte —insistió Price—. Y el oro que hay en él ya es vuestro si os quedáis.

—¡Wallah! —exclamó finalmente el beduino, aunque sin gran entusiasmo—. Franquearemos el paso.

Las escabrosas masas de la cordillera del Jebel Harb se dibujaban, escarpadas y negras, sobre el pálido y perlado resplandor del Este, mientras la caravana progresaba dificultosamente sobre los deslizantes contrafuertes, púrpura oscuro en la aurora.

La larga línea de dromedarios penetró en el desfiladero, entre elevadas y ciclópeas paredes de simple granito. El trozo de cielo que se encontraba ante ellos se convirtió en una altísima cortina de llama escarlata; el desierto, a su espalda, estaba iluminado de tonos pastel, azafrán y lavanda.

Price cabalgaba al frente, al lado de Fouad, para mantener viva la incierta llama del valor del viejo. Garth iba detrás, con los hombres; el tanque, como de ordinario, detrás.

La parte baja del desfiladero era una titánica garganta, una cicatriz gargantuesca en medio de la roca viva. Sus amenazantes paredes, que marchaban más o menos paralelas, parecían cerrarse por arriba sobre el escarpado suelo, sembrado de cantos rodados. Tanto Price como el viejo árabe habían tenido la precaución de tomar un camino adaptado a las frágiles extremidades de los dromedarios. El sol se levantó hasta tocar los altos riscos con una pincelada de fuego escarlata, pero el cañón siguió cubierto de sombras.

Escrutando las estrechas paredes que se encontraban ante él, Price vio un brillo resplandeciente en la base de una columna de arenisca,

Sangre dorada
Jack Williamson

una milla más lejos dentro de la garganta. Instintivamente, puso su dromedario a cubierto tras una gigantesca piedra de granito caída.

—El paso está vigilado —dijo Fouad—. He visto el reflejo de una espada más adelante. Tus hombres harían mejor en ponerse a cubierto.

El viejo árabe gimió.

Price vio que el viejo jeque, inmovilizado por el terror, miraba fijamente al hombre que cabalgaba justamente tras él.

Se trataba del árabe Mustafá, un joven guerrero que montaba una dromedaria negra, de cuyo caminar y resistencia estaba particularmente orgulloso. Desde su abrigo, tras el megalito caído, Price vio a Mustafá quedarse súbitamente como congelado en una extraña inmovilidad.

El joven árabe y su dromedaria negra estaban tan rígidos como estatuas. La dromedaria, en el mismo acto de ir al paso, con una extremidad adelantada. El hombre, inclinado hacia delante, con una pregunta muda en su delgado rostro y una mano extendida, como si quisiese proteger su vista. El oscuro abba y el flotante kafiye blanco estaban tan tiesos como si fuesen de metal fundido.

—¡Ya, Mustafá! —exclamó con un aullido, el viejo Fouad, presa de terror.

Un extraño y rápido cambio se operó en la figura inmóvil. Cubriendo a hombre y animal aparecieron unas brillantes nervaduras blancas. En segundos, una película de escarcha los recubrió a los dos. Aquello parecía una blanca estatua ecuestre, brillando con los reflejos del hielo.

Mientras contemplaba lo sucedido con estupor e incrédula admiración, Price oyó unos bruscos crujidos que llegaban de la estatua. Un soplo de aire, tan frío como una ventisca ártica, azotó su rostro, helando el sudor de su frente.

¡Entonces lo comprendió! Por supuesto que no había caído en ello en el momento en que sucedió, sino más tarde: ¡Mustafá había sido congelado hasta morir! Por algún método extraño, la temperatura de su cuerpo había bajado súbitamente muy por debajo de cero. Hacía tanto frío que la escarcha se condensaba en el aire que le rodeaba.

Durante un momento, Price se sintió aturdido por el descubrimiento, con todo lo que implicaba respecto a futuros peligros. Después, una mente y un cuerpo entrenados para enfrentarse a emergencias insospechadas, respondieron al momento, casi de manera automática.

—¡Deprisa! —llamó a los hombres que estaban tras él—. ¡Resguardaos en la pared, fuera de la vista! —e hizo un gesto.

Una veintena de beduinos y unos pocos occidentales habían estado suficientemente cerca para contemplar la portentosa tragedia. Cuando las palabras de Price rompieron el encantamiento de terror que los atenazaba, emprendieron la huida en masa, obligando a sus dromedarios a correr lo más deprisa que podían. En vano les gritó que se detuvieran, hasta que desaparecieron en el cañón.

Desmontando rápidamente, se asomó por encima de la roca que le protegía y observó cuidadosamente la garganta que se extendía ante él. No vio moverse nada; el ominoso silencio pendía, expectante, entre las hostiles paredes. Estudió la base del monolito de arenisca, donde había visto el furtivo y revelador reflejo que le había salvado de correr el mismo destino que Mustafá y estimó rápidamente la distancia.

A continuación, sin pérdida de tiempo, deshizo el camino andado y encontró a toda la caravana reunida, en completo desorden, alrededor del tanque, en el mismo lugar donde Jacob Garth había conseguido detener a los árabes en fuga. Los gritos de miedo cesaron en cuanto apareció.

—Refrigeración en enésimo grado— explicó sucintamente—. El hombre ha sido congelado... instantáneamente. El color blanco es debido al hielo. A lo lejos, en el cañón, vi el reflejo del aparato que lo hizo.

Ni el pálido y graso rostro de Jacob Garth, ni sus fríos y hundidos ojos revelaron extrañeza o miedo.

—Nos vieron la última noche —dijo con voz grave—, con aquel... espejismo. Están preparados... lo mismo que antes.

—Entonces les pagaremos con la misma moneda —anunció Price. Se volvió hacia sus hombres y comenzó a darles órdenes precisas—: Müller, coja a su equipo y emplace los Krupp en batería. Apunte a la base de aquella formación de arenisca —y precisó—: Alcance cuatro mil yardas.

—¡A la orden señor!

El pequeño teutón, que había sido capitán de artillería en el ejército austro-húngaro, saludó enérgicamente y corrió hacia los dromedarios de la impedimenta que llevaban los cañones de montaña.

Rápidamente, Price ordenó que las ametralladoras fuesen desembaladas y situadas en posición, para cubrir a las viejas piezas de artillería. Repartió fusiles y automáticas y apostó francotiradores para que abatiesen a cualquier enemigo desconocido que pudiese aparecer.

Cuando las armas fueron desembaladas, envió los dromedarios a la retaguardia, junto con los árabes que los cuidaban. Los animales debían ser guardados a toda costa, ya que su pérdida supondría la ruina inevitable.

Jacob Garth esperó en silencio a que Price terminase de impartir sus órdenes, sin que su seboso y blanco rostro mostrase señal alguna de satisfacción o desacuerdo.

—Vigile a Fouad —le dijo Price, en voz baja—. Si nos abandona, llevándose los dromedarios, estamos listos. Me voy al tanque, ya que desde él podré observar mejor los resultados de nuestro fuego e indicar las correcciones.

Mientras los pequeños cañones de montaña disparaban sus primeros proyectiles de prueba, Price dio las últimas instrucciones, saltó al blindaje del tanque y se deslizó por la escotilla abierta hasta el asiento del artillero. Habló rápidamente al flacucho Sam Sorrows,

del estado de Kansas, que conducía el vehículo, y éste se puso en marcha con un rugido.

Avanzó por el desfiladero, adelantó a la tropa de árabes asustados, que aún no habían desmontado, vigilados por Jacob Garth, y dejó atrás los pequeños cañones de montaña que seguían escupiendo fuego, así como las ametralladoras Hotchkiss y los francotiradores que las protegían.

Al llegar al megalito caído, cerca del cual Mustafá seguía blanco y tan rígido como una estatua, Price saltó del tanque y se arrastró por el suelo para observar de nuevo la parte superior de las paredes de la garganta. No había enemigos a la vista. Divisó los estallidos amarillos de polvo y humo cerca de la base de la columna de arenisca, a medida que las granadas explotaban, e informó a Sam Sorrows, que seguía en el tanque, de las correcciones necesarias, para que las comunicara a la dotación de la batería.

Veinte granadas llegaron silbando, pero el enemigo siguió sin dar la cara.

Price volvió al ataque.

—Dícales que dejen de disparar —dijo—. Posiblemente, lo único que estamos consiguiendo es malgastar munición. Avancemos un poco, a ver qué podemos ver. ¿No le parece?

—Usted es el capitán —contestó el otro, con una mueca.

—Será arriesgado. No sé con lo que nos encontraremos. Quizá nuestros cañones les hayan hecho huir; o quizá estén esperándonos. La cosa que alcanzó a Mustafá...

Sam Sorrows estaba subiendo al tanque.

—Para mí los riesgos son cosa de rutina, pues de lo contrario ya me habría vuelto a Kansas —comentó—. ¡Adelante!

Price subió tras él, sonriendo. ¡Aquél sí que era un hombre! El mismo Price jamás se esforzaba demasiado por evitar los peligros; tenía una especie de fe fatalista en lo que llamaba la “suerte de Durand”. Su filosofía era simple: sigamos el juego, y que las cartas decidan el destino, kismet, como lo llamaban los árabes. Por eso se alegraba de haberse encontrado con otro individuo hecho de madera más bien dura como él.

Vacilando y haciendo un estruendo metálico, mientras sus cadenas pasaban por encima de la desnuda roca, el tanque se lanzó rugiendo entre las paredes de granito que se iban estrechando, en dirección al pilar de arenisca. Y los helados dedos del miedo estrujaron el corazón de Price: ¡Las granadas se habían quedado cortas!

Algo metálico brillaba a más de cien yardas al otro lado del agrupamiento de cortantes y humeantes cráteres creados por las explosiones de las granadas, un artefacto fantástico, compuesto de rutilante metal y cristal reluciente, rematado por un enorme espejo con forma de paraboloide elíptico, que resplandecía con fulgor plateado.

Un único hombre, vestido de azul, estaba inclinado detrás de la máquina.

Aquel extrañísimo mecanismo, como Price bien sabía, era el que había acabado con Mustafá. ¿El ligero blindaje del tanque sería

Sangre dorada
Jack Williamson

protección suficiente contra el tremendo frío que había congelado vivo al árabe en una fracción de segundo? Él pensaba que no.

Se quedó entumecido por el miedo más mortal que jamás había conocido. Un espasmo helado fue subiéndole por la espalda. Un sudor glacial perló su rostro. Tenso por el peligro, se inclinó hacia la ametralladora.

Su áspero balbuceo se impuso a la canción del motor, al máximo de revoluciones. Pero, moviéndose de un lado para otro en el tanque traqueante, que parecía a punto de desarmarse, Price no podía apuntar. Fragmentos de roca parecían bailar alrededor de la extraña máquina resplandeciente, pero el anciano vestido de azul que se escondía tras ella parecía invulnerable.

De repente, una luz violeta destelló en el espejo con forma de paraboloide elíptico. Y el aire del interior del tanque se hizo mortalmente frío. El aliento de Price casi se congeló cuando lo expulsó en un involuntario sobresalto de terror.

Con las manos entumecidas, siguió disparando la ametralladora. Por fin, una de sus ráfagas consiguió alcanzar la brillante máquina. Un vívido resplandor de luz púrpura la rodeó, una explosiva erupción de llamas que sólo dejó un montón retorcido de metal fundido y cristal roto. Proyectado hacia atrás por la onda expansiva, el hombre de azul cayó al suelo y quedó inmóvil.

Cuando salieron del tanque y fueron a su encuentro, aún vivía, a pesar de haber sufrido quemaduras a causa de la explosión y haber sido alcanzado por las balas. Yacía en sus ropas ensangrentadas, y miró fijamente a Price con una roja mueca de odio.

De joven había sido alto. Sus rasgos eran del tipo árabe usual, de nariz aguileña y labios delgados y crueles. Podría haber sido confundido con cualquier beduino, ensangrentado y agonizante.

Price se acercó a él. Sus ojos negros se velaron de odio, mientras susurraba, en un extraño árabe, con las inflexiones de un dialecto desconocido:

—Me muero. Pero sobre ti, intruso, caerá la maldición de la Gente Dorada. ¡Por Vekyra, por el Tigre y la Serpiente, y por Malika, el Maestro... tú me seguirás!

Escupió sangre y murió, con un rictus de sangriento horror pintado en el rostro.

Sólo cuando cesaron sus últimos espasmos, encontró Price el Signo de la Serpiente... grabado sobre su frente, oculto hasta entonces por la capucha de su albornoz azul, que era toda su vestimenta. De color dorado sobre su piel oscura, tenía la forma de una serpiente enroscada. Parecía tatuada o grabada al fuego en la piel, indeleble.

Price la estudió con una especie de extrañeza muy próxima al horror. ¿Qué significaba aquello? ¿Sería el hombre muerto algún miembro tatuado de algún siniestro culto a la serpiente?

—Atravesemos el desfiladero —sugirió de improviso Sam Sorrows.

—Buena idea. Quizá podría haber más.

Volvieron a subir al tanque, que estaba revestido de una plateada y brillante armadura de hielo donde el rayo del mortal frío le había tocado. El desfiladero, que hasta entonces se estrechaba, fue

Sangre dorada
Jack Williamson

ensanchándose, de suerte que fueron a dar a una elevada meseta de arenisca.

Entonces vieron lo que había al otro lado de las montañas.

Price había esperado ver un oasis fértil y habitado, pero la interminable llanura que se extendía hasta más allá del Jebel Harb, rielando a través de una humeante bruma de calor, era una desolación lúgubre y sin vida.

Dunas de arena roja, tremendamente largas, como inmóviles océanos de muerte. Áridas graveras sombrías. Espantosas vetas de arcilla amarilla. Placas de sal, con un fulgor blanco leproso. Colinas, de lívidas rocas calcáreas y negro basalto, rebajadas por la edad; esqueletos de antiguas cordilleras.

¡En efecto, el País Maldito! Su vasta extensión oscura no mostraba un signo de vida. Nada se movía en ella, salvo el incesante y silencioso temblor del calor, como las olas de un mar fantasma. O, quizá, cuando soplaban el viento, las rojas y antiguas arenas, susurrando secretos del pasado inmemorial.

Y la Ruta de las Calaveras atravesaba aquella desolación. Gracias a sus prismáticos, Price pudo distinguir a lo largo de muchas millas los blancos destellos de los macabros mojones, adentrándose en la muerta soledad del País Prohibido.

¿Qué encontrarían al final de aquella ruta? Eso, pensó, si vivían para verlo. Los peligros de una ciencia ajena..., el encuentro que habían tenido en el paso le hacían pensar en ellos. El peligro augurado por el agitar de la maza del hombre amarillo, en el espejismo ocurrido sobre las montañas. Y el peligro que Price había leído en los ojos provocativos y pardo-verdosos de la mujer dorada.

Jacob Garth fue a su encuentro, solo y a pie, cuando el tanque regresó trastabillando de la garganta. Una aprensión espantosa había caído en el corazón de Price como agua helada, antes de que hablase. Los pálidos ojos de su adiposo y grueso rostro eran más fríos e inescrutables que nunca; su profunda y suave voz no expresaba ni inquietud ni reproche para sí mismo cuando dijo:

—Durand, Fouad ha huido.

Con la garganta súbitamente seca, Price consiguió susurrar:

—¿Y los dromedarios?

—También han huido. Nos hemos quedado solos. Lo mismo que el español.

La desesperación de Price dio paso a una llama de fútil cólera:

—¡Le dije que le vigilara! ¿Cómo...?

—Observamos el tanque. Cuando se quedó blanco y se paró, los árabes dieron media vuelta y emprendieron la huida antes de que pudiéramos detenerlos. También se llevaron los dromedarios con las provisiones. Tendremos que ir a pie.

Price tenía las críticas en la punta de la lengua, pero se las calló. No habrían servido para nada. En aquellos momentos, nada serviría para nada. Sólo les quedaba luchar desesperadamente; pero no contra los hombres, sino contra el desierto más cruel del mundo.

6

EL DROMEDARIO BLANCO

EL macizo de Jebel Harb, de negro granito, estaba a seis días de viaje a sus espaldas. El orden del avance era el de siempre: el viejo jeque Fouad el Akmet, montado en su hejin, conducía la caravana a lo largo de la Ruta de las Calaveras; la interminable línea de fatigados dromedarios le seguía, transportando a los beduinos renegados, a los occidentales de la “Legión Secreta” y a la parafernalia de la guerra moderna; el rugiente y estruendoso tanque cerraba la marcha.

Habían permanecido durante dos días en el pozo que se encontraba entre las montañas; los occidentales pasaron la primera noche amargados, solos, sin monturas, desamparados. Pero la aurora había traído consigo a los fugitivos árabes, que volvían de su precipitada huida, avanzando con cautela para observar el desenlace de la batalla. Su situación era casi tan desesperada como la de los otros, puesto que tanto hombres como dromedarios sufrían por la falta de agua, viendo que les resultaría imposible cubrir la distancia que los separaba del último pozo de aguas alcalinas. El viejo Fouad convencido, con gran asombro, de que los occidentales habían resultado victoriosos al enfrentarse con el malvado yinn del País Maldito, se sentía contento de volver a la expedición.

Desde que abandonaron la cordillera, la Ruta de las Calaveras los había conducido, en dos ocasiones, a unos pozos de agua salobre y amarga. Pero no habían visto nada vivo en el dominio de muerte que se extendía en aquel lado de la barrera montañosa.

Las ágiles gacelas, las hienas y los chacales furtivos, los ocasionales avestruces de las márgenes del desierto, habían quedado muy atrás. En aquella tierra sin vida, incluso los tamariscos, la acacia y la hierba seca que comen los dromedarios se echaban en falta. Los omnipresentes insectos del desierto, hormigas, arañas, escorpiones, eran raros. Los rakham, los buitres de alas negras que ominosamente, los habían seguido desde las montañas, habían desertado desde hacía tiempo.

Cuando la tarde estaba acabando, y la larga caravana atravesaba una de las bandas de arena roja que cada vez iban siendo más frecuentes en dirección al lugar que habían escogido para pernoctar, Price vio el dromedario blanco.

Un animal magnífico, de un blanco inmaculado, que recordaba los dromedarios Unamiya, criados por la gente de El Murra en los límites de Rub’Al Khali, permanecía inmóvil en lo alto de una duna rojiza, a dos millas de la marcha de la caravana. Su jinete, una figura delgada, vestida de blanco, parecía vigilarla.

Price se apresuró a coger sus prismáticos, pero cuando, a duras penas, había conseguido enfocarlos, el desconocido jinete desapareció silenciosamente detrás de la duna roja.

Sangre dorada
Jack Williamson

En aquel momento, Price, en calidad de jefe de la expedición, estaba ocupado, junto con el viejo jeque, en resolver una de las dificultades que habían surgido, debido a la inclinación al latrocinio de los árabes y a los nervios en tensión de los occidentales. Mawson, un menudo cockney que manejaba una ametralladora, había atacado a puñetazos a Ahmed, uno de los árabes, acusándole de sacarle de los bolsillos un reloj de oro y otras chucherías mientras dormía. Ahmed, incapaz de negar que poseía los artículos en cuestión, juró que se los había encontrado tirados en el suelo, después de que levantasen el campamento por la mañana, y presentó varios testigos perjurados para dar cuerpo a su historia.

Era un asunto de rutina, pero que precisaba bastante diplomacia para mantener una armoniosa disciplina en la expedición. Dio tiempo a montar las tiendas en una llanura de esquisto bordeada de arena, antes de que el asunto quedase definitivamente zanjado. A Mawson le devolvieron sus bienes y Ahmed quedó en libertad tras una amonestación.

Sólo entonces, Jacob Garth informó a Price de que había enviado a tres árabes en persecución del jinete solitario que habían visto.

—No queremos que nuestra llegada sea conocida —dijo el hombre grueso—. Prometí a los hombres que podrían repartirse el botín.

Los tres beduinos ya estaban de regreso con el dromedario blanco, que era un animal inapreciable, y su jinete. Habían capturado a una mujer.

—Es una auténtica belleza —añadió Garth—. No puedo culpar a De Castro por desearla.

—¿Qué han hecho con ella? —preguntó Price.

—Se dividieron el botín en tres partes, y lo echaron a suertes. A Kanja le tocó la joven. Se sintió engañado porque a Nur le había tocado el dromedario, que es mucho más valioso. La parte de Alí consistió en lo que llevaba la joven: la silla, los vestidos, y un largo cuchillo de oro, una especie de jambiyah de hoja recta. Kanja no estaba especialmente contento con lo que le había tocado. Pero De Castro vio a la mujer, mientras hacían el reparto. Al parecer, había suscitado sus deseos, así que se la cambió a Kanja por sus prismáticos. Debe de haberse encaprichado con ella... ya sabe cuánto apreciaba sus gemelos.

—¿Dónde está ella ahora?

—Joao la tiene atada en su tienda.

—¡Cómo! —exclamó Price—. ¡No podemos tolerar una cosa semejante!

Formaba parte de la naturaleza de Price el simpatizar con las víctimas, con cualquiera que fuese maltratado o sometido a cualquier vejación, u oprimido simplemente por el hecho de que su opresor fuese el más fuerte. La narración de Jacob Garth a propósito de la joven esclavizada había suscitado en él una sorda cólera. Y debido a que Price Durand era esencialmente un hombre de acción, aquel resentimiento tenía que concretarse en algo físico.

Sangre dorada
Jack Williamson

—Estamos muy lejos de las leyes de los hombres blancos —observó Garth, plácidamente. Los ojos pálidos y el largo, blanco y suave rostro no expresaban sentimiento alguno.

—¡Pero seguimos siéndolo! —insistió Price con animosidad. Entonces, viendo que su interlocutor seguía sin inmutarse, comenzó a buscar argumentos—. E incluso dejando a un lado el honor y la decencia, no es una manera sabia de tratar al primer ciudadano de este país con el que nos encontramos.

—Quizá ella no sea un ciudadano muy importante —replicó Garth —, pues en ese caso no habría estado sola, medio muerta de sed.

—De cualquier manera, si la tratamos amablemente podrá darnos valiosas informaciones.

—Nos las dará —dijo tranquilamente el hombretón—. Por el momento estaba malhumorada y se niega a hablar. Pero Joao de Castro es un artista en desatar lenguas difíciles.

—¡No querrá decir que sería capaz de torturar a una mujer!

—Usted no le conoce.

—Voy a verla —dijo Price con tono decidido.

—Sería mejor que la dejase sola —advirtió Garth, con la voz inexpresiva de siempre—. Joao se irritará si le interrumpe la diversión. No podemos permitirnos más problemas.

Sin responderle, Price se alejó en dirección a la tienda de De Castro, con una pequeña y ardiente llama de cólera en el corazón.

Un pequeño grupo de hombres, occidentales y árabes, estaba reunido frente a la tienda. El dromedario blanco capturado estaba atado cerca. Allí enseñaba orgulloso su parte del botín —un abba de suave lana blanca, un Kamis y un cherchis de fina seda, y una delgada daga dorada cuya forja, así lo declaraba excitado, era tan buena como la del acero—. Nur, con gestos y elaborada pantomima, estaba contando la historia de la persecución y de la fiereza con que se había defendido la joven; y se descubrió un costado para mostrarles una herida en la piel, infligida por la daga amarilla.

Kanja se sentaba aparte, mientras acariciaba, encantado, los prismáticos recientemente ganados, haciendo muecas de placer infantil mientras fisgaba a través de ellos, primero desde un extremo y después desde el otro.

Price atravesó el grupo hasta detenerse al lado del eurasiático, quien estaba de pie cerca de la entrada de su tienda, con su negruzco rostro picado de viruela ardiéndole de lujuria. A su lado se encontraba su secuaz, Pasic, natural de Montenegro, quien fuera su primer oficial en la Inés, la goleta de Joao. De tez oscura, peludo, potente como un toro, hacía honor a su usual mote de “Mono Negro”.

—Desearía —dijo Price—, ver a su prisionera, De Castro.

—Esa zorra es mía —dijo el hombrecillo de Macao, con aires más bien beligerantes, en su incierto inglés.

Durante un momento sostuvo la mirada de Price, pero sus maliciosos, furtivos y oblicuos ojos no pudieron resistirse a los severos y azules de Price. Se hizo a un lado.

Sangre dorada
Jack Williamson

La joven descansaba sobre el rudo esquisto sobre el que se apoyaba la tienda. Había sido despojada de la mayor parte de sus vestidos —que formaban parte del botín de Alí—, y sus puños y delgados tobillos habían sido atados con groseras cuerdas de pelo de camello. Price había comprendido que debía de ser atractiva para tentar al eurasiático a desprenderse de sus preciados prismáticos. Pero su belleza le dejó estupefacto.

Era joven; no debía de tener más de dieciocho años, pensó. La piel de su cuerpo fresco y liso era más blanca que la suya. Incluso el óvalo de su rostro no estaba apenas bronceado; lo achacó a que, usualmente, debía de usar velo.

Atada como estaba, la joven no podía levantarse. Pero cuando Price miró al interior de la tienda, ella se incorporó a medias y le miró con rabia regia. Enmarcado por una desordenada cabellera oscura, su rostro era delicadamente recio, de labios rojos. Sus ojos eran de un azul-violeta oscuro, y desprovistos de miedo.

Sin detenerse a analizar sus emociones —algo que raramente hacía —, Price supo de repente que no podía dejarla en manos del eurasiático. Y, al mismo tiempo, pensó que Joao sería capaz de causar todo tipo de problemas, con tal de no perderla.

Se precipitó impulsivamente en la tienda, para aflojarle las ligaduras. Ella acercó su cuerpo semidesnudo hacia él e hirió su mano con unos fuertes y blanquísimos dientes.

De Castro le agarró del brazo, sacándole de la tienda antes de que pudiese reaccionar. Los sombríos y oblicuos ojos le bizqueaban por la pasión de los celos.

—¡Es mía! —siseó—. ¡Maldito sea, fuera de aquí!

—De Castro —dijo Price—, quiero que la deje en libertad.

—¿Dejarla en libertad, cuando he dado por ella mis buenísimos prismáticos? ¡Al infierno!

—De acuerdo. Le pagaré lo que le costaron los prismáticos. O le daré los míos, si lo prefiere.

—¡Lo que quiero es a ella, no sus malditos prismáticos!

—Le daré quinientos dólares...

—¡Y una mierda! ¿Qué importa aquí el dinero?

—Escuche, De Castro —dijo Price, imprimiendo a su voz una nueva nota de autoridad. Había comprendido que se había equivocado al recurrir a los buenos modos—. Estoy al frente de esta expedición y le ordeno que suelte a la joven.

—¡Dios! —exclamó el eurasiático, amenazándole con el puño en un acceso de pasión.

—Entonces yo lo haré por usted.

Price entró de nuevo en la tienda. La amarillenta mano de De Castro se perdió en el interior de su camisa. Una navaja se agitó, subiendo y después bajando.

Pero Price, consciente de la familiaridad que la gente de la calaña de Joao tenía con esas armas, estaba alerta. Esquivó la relampagueante hoja y lanzó un pesado puñetazo al rostro picado de viruelas. Le invadió una salvaje alegría al sentir el ruido apagado que hacían los dientes del otro al romperse por efecto de su golpe.

Sangre dorada
Jack Williamson

Con un mugido de toro, el montenegrino cargó para ayudar a su compinche. Arrojándose sobre Price, quien no se lo esperaba, le rodeó con sus largos y simiescos brazos, estrechándole salvajemente con ellos, mientras que con las rodillas le asestaba unas traicioneras patadas en las ijadas.

Retorciéndose furiosamente, aunque sin poder librarse del abrazo del “Mono Negro”, Price golpeó su chato y piloso rostro, pero en vano. Los árabes formaron un corro, aplaudiendo entusiasmados.

Pasic echó los hombros hacia atrás, levantando del suelo a Price, inerte y medio ahogado por el simiesco abrazo que estaba dejándole sin resuello. El montenegrino le arrojó al suelo, cambiando diestramente de llave, y Price supo que estaba a punto de lanzarle por encima de su cabeza, probablemente para que al caer se rompiese la espalda.

Luchó desesperadamente para conseguir aprisionar su pierna, no lo consiguió, y lanzó en vano varias patadas a las piernas de Pasic. Entonces, con un súbito y salvaje tirón, consiguió liberar el brazo izquierdo de aquel aplastante abrazo. Acto seguido, sin perder ni un instante, hundió el codo, con un movimiento seco y brusco, en el plexo solar del montenegrino.

El hombre boqueó; la opresión del abrazo se aflojó durante un instante. Price se soltó de los terribles brazos y dio un salto, cobrando distancia para poder golpearle.

El “Mono Negro”, más rico en fuerza y salvajismo que en ciencia, cargó nuevamente, moviendo el aire con sus largos brazos. Un rápido izquierda-derecha contra aquel brutal cuerpo, y éste se paró en seco, con una expresión de extrañeza pintada en su chato rostro. Otro golpe a la mandíbula, deliberadamente calculado e impulsado por las ciento ochenta y dos libras de Price, y las rodillas del hombre flaquearon. Se desplomó pesadamente cerca del aullante euroasiático.

Price entró en la tienda.

7

AYSA DEL PAÍS DORADO

LA joven atada le miró amenazante, un furioso odio brotándole de sus ojos violetas. No retrocedió ante Price; no manifestaba ningún miedo: sólo ardiente ira. Su blanca dentadura relampagueó nuevamente ante sus manos. No les prestó atención y se preocupó de deshacer los prietos nudos de las cuerdas que la retenían.

De repente, ella se calmó; la rabia de sus ojos se mudó en una silenciosa pregunta.

Aflojadas las cuerdas, le aplicó un masaje en puños y tobillos para restablecer su circulación; a continuación, pasó uno de sus brazos por detrás de sus hombros y la ayudó a levantarse del áspero suelo de esquisto sobre el que la habían arrojado.

Ella siguió mirándole, con la curiosidad y las ganas de preguntar brillando en sus ojos violetas.

—¡Aíee, Alí! —exclamó Price, desde la entrada de la tienda.

El árabe se aproximó, con los vestidos que le había tomado a la joven aún entre sus manos.

—Dame la ropa de esta mujer —ordenó Price.

El árabe comenzó a gimotear, en tono de protesta. Price repitió la orden en un tono más apremiante, y el árabe, a regañadientes, le entregó los vestidos. Siguió con la daga de oro al cinto y permaneció cerca, ávido.

—¡Ahora, vete! —dijo Price, sin más.

Se volvió y entregó las ropas a la joven. Con los ojos violetas muy abiertos, de mudo asombro, las aceptó mecánicamente. Él miró su cuerpo blanco y joven. Con un débil grito, ella comenzó a vestirse, rápidamente y sin timidez.

Price esperó a que terminara, escuchando los gemidos de De Castro y de Pasic fuera de la tienda, y el excitado clamor de la muchedumbre que se iba congregando. Sabiendo que el eurasiático comenzaría a crear problemas en cuanto recobrase el conocimiento, Price tenía prisa por alejar cuanto antes a la joven de la proximidad de aquel individuo.

Cuando estuvo lista, la tomó de la mano y la condujo fuera de la tienda. Después de haberle dirigido una mirada de interrogación, ella le siguió voluntariosa. Sin embargo, al salir fuera y ver a quienes la habían acosado recientemente, la rabia se apoderó nuevamente de ella. Soltándose de su mano, se abalanzó sobre Alí y cogió de su cintura la daga dorada. En un momento estuvo encima de Joao, que gemía, e intentó sorprenderle.

—¡Bismillah! ¡Laan'buk! —juró Alí, saltando hacia ella para recuperar la daga, de la que se había prendado a causa de la fenomenal dureza de su metal amarillo. Cogiéndola del brazo en el

Sangre dorada
Jack Williamson

preciso momento en que la joven levantaba la hoja encima del eurasiático, se lo retorció, haciéndole daño.

Un grito de dolor, apenas reprimido, escapó de los labios de la joven; su rostro palideció. Dejó caer el arma en el preciso momento en que el puño de Price se estrellaba contra la mandíbula de Alí.

El beduino retrocedió titubeando y escupiendo sangre. La joven se mordía los labios; el brazo retorcido pendía inerte. Pero el otro se dirigía a coger la daga dorada.

La garra amarilla de De Castro se le adelantó.

Price pisó con uno de sus pies el puño de Joao, se agachó y arrancó el arma de su mano. Tomando firmemente a la joven de los hombros, la condujo, sin que ella se opusiese, a su propia tienda.

Varios de los espectadores comenzaron a seguirlos. Volviéndose, les ordenó bruscamente que se dieran media vuelta. Se agruparon alrededor de Joao, ofreciéndole su simpatía. Aunque Price había conseguido liberar a la joven, comprendió que su victoria era momentánea; la posición de la muchacha seguía siendo precaria.

Como de costumbre, el tanque estaba estacionado cerca de la tienda de Price. Sam Sorrows, el enjuto aventurero de Kansas que lo conducía, montaba guardia muy cerca de él.

—Problemas en el campamento, Sam —le informó Price brevemente.

—¿A causa de la mujer?

Price asintió.

—Ya me parecía. Éste es un lugar bastante extraño para una mujer. Pero lo cierto es que una como ella los crearía por donde pasase.

—No es culpa suya.

—Nunca lo es.

—Sam, me gustaría que se metiese en el tanque y vigilase desde él con las ametralladoras listas durante algún tiempo. Esto me huele a motín.

—O. K., señor Durand.

Aquel larguirucho, bastante entrado en años, hizo una mueca, como si la perspectiva del combate le agradase, y subió al tanque.

Price condujo a la joven hasta su tienda, y le indicó que podía entrar. Durante un momento, ella estudió su rostro, con los ojos violetas llenos de asombro. Después sonrió y se deslizó en su interior.

Por espacio de unos instantes, Price estudió la desorganizada confusión del campamento que le rodeaba, levantado en la pequeña llanura rodeada de dunas de arena roja. Se encontraba cerca de su centro. Tiendas, montones de provisiones, sillas de montar y dromedarios arrodillados se encontraban dispersos a su alrededor. La muchedumbre que comenzaba a congregarse cerca de De Castro iba en aumento. A Price se le puso el corazón en un puño cuando comprendió lo inevitable del conflicto. De los setenta hombres que le rodeaban, Sam Sorrows era el único en quien confiaba.

Cogiendo una cantimplora, Price entró en la tienda. Dentro, la joven estaba expectante, tensa, pálida. Destapó la cantimplora, la

Sangre dorada
Jack Williamson

agitó, para que el agua sonase en su interior y se la ofreció. Ella se la llevó ávidamente a los labios y bebió, hasta que Price, temiendo que le sentase mal beber agua en exceso, se la retiró.

Ella rió, mientras le miraba, interrogándole; él hizo una mueca que quería parecer una sonrisa.

Entonces sucedió lo inevitable: los torturados nervios de la joven acabaron por ceder. Rompió a llorar súbitamente, en una tormenta de lágrimas. Consciente de que sólo era una reacción natural para calmarla, y no sabiendo qué hacer, se acercó a ella y la tomó de los hombros compasivamente.

Sacudida por sollozos incontrolables, la joven sepultó confiadamente su rostro entre sus hombros. Su cabello oscuro, suave y fragante, le acarició el rostro. Y entonces se encontró entre sus brazos.

La tempestad de lágrimas cesó tan bruscamente como había comenzado. La joven se apartó de Price, compuso sus vestiduras y se secó los ojos con la punta de su charchis. Viendo que parecía exhausta, Price extendió una manta en el suelo de la tienda y la invitó, con un ademán, a sentarse encima; ella lo hizo con una mirada de gratitud.

—¿Hablas árabe? —preguntó Price gentilmente.

Ella dudó durante un momento; después, la comprensión se dibujó en sus ojos violetas.

—¡Sí! —afirmó—. Es la lengua de mi pueblo, aunque tú la hablas de forma rara.

El árabe de la joven era claramente comprensible, aunque poseía una curiosa inflexión. Era evidente que debía de estar más cerca de la forma clásica que de la moderna conocida por Price. Pero sus construcciones eran más arcaicas, incluso, que las clásicas. ¡La joven hablaba un árabe que tenía una antigüedad de muchos siglos!

—Eres bienvenida —dijo Price—. De veras que lamento profundamente que hayas sido tratada de esta manera. Espero poder repararlo.

—Birkum —contestó ella, dándole las gracias, adaptándose con tanta facilidad al acento moderno que Price pudo seguirla fácilmente—. Te estoy muy agradecida por haberme rescatado.

A punto estuvo de decirle que aquel rescate estaba lejos de haber terminado. Pero no sería cortés, pensó, preocuparla innecesariamente con la auténtica gravedad de la situación. Sonrió y se limitó a preguntar:

—¿Tu gente vive cerca?

Ella señaló hacia el Norte y dijo:

—En esa dirección se encuentra El Yerim. A tres días de dromedario.

—No te preocupes. Haré todo lo posible para que regreses a él sana y salva.

Sus ojos violetas se dilataron por el miedo.

—Pero no puedo volver —exclamó—. Me entregarían a la Gente Dorada.

—¿Tienes otros problemas además de éstos?

Sangre dorada
Jack Williamson

Ella asintió con la cabeza.

—Háblame de ellos.

—Sois extranjeros. ¿No conocéis a la Gente Dorada?

—No. Venimos de un país lejano.

—Bueno —comenzó a explicar—, pues la Gente Dorada son seres de oro que moran en una montaña cerca de El Yerim. Malikar, que es un hombre de oro... o un dios; Vekyra, que es... bueno, su mujer. El Tigre Dorado, al que montan cuando salen de caza. Y la Serpiente Amarilla, que es el dios más antiguo y más poderoso de los cuatro.

—Comprendo, continúa.

—En cada cosecha, Malikar baja hasta El Yerim, montado en el Tigre, para escoger el grano, los dátiles, los dromedarios jóvenes y las esclavas que deben ser ofrecidas al Dios-Serpiente.

“Llegó hace cinco días. Toda la gente de El Yerim había sido convocada por Yarmud, nuestro rey. Y Malikar había pasado en medio montado en su tigre, eligiendo a quienes tomaría por esclavas. Me vio y ordenó que fuese enviada junto con los camellos y el grano al día siguiente.

“aquella noche, mi casa estuvo guardada. Aunque los sacerdotes dicen que es un honor ser ofrecida a la Serpiente, muy pocos piensan como ellos —la joven sonrió cansinamente—. Eludí a los guardias y me deslicé en la noche. En el campo encontré el dromedario de mi padre y me interné en el desierto.

“Cabalgué durante cuatro días. No había podido llevarme gran cosa de agua o de alimentos.

Price se sentó en cuclillas y encendió un cigarrillo —operación que la joven observó con evidente extrañeza—, mientras meditaba en lo que ella le había contado. Su historia excitó sobremanera su curiosidad; pero creyó que sería una indelicadeza seguir haciéndole preguntas, dado que se la veía cansada. No obstante, se sintió en la necesidad de hacerle una pregunta.

—El Tigre y la Gente Dorada... ¿son realmente de oro? ¿De metal vivo?

—No lo sé. Es raro que aquel metal pueda poseer vida. Pero ellos son del color del oro. Son más fuertes que los hombres. No mueren... Viven desde la época en que Anz era grande.

—¿Anz?

Price sintió una gran impaciencia al oír el nombre de la ciudad perdida de las leyendas. A fin de cuentas... ¿sería posible que Anz no fuera un mito, sino la mera realidad?

—Anz —explicaba la joven— fue la gran ciudad donde antaño vivía mi pueblo; aún siguen llamándose los Beni Anz. Hace mucho tiempo, las lluvias llegaban todos los años y las tierras que abarcaba estaban cubiertas de verde. Pero hace mil años, el desierto conquistó Anz y las arenas la cubrieron, y mi pueblo tuvo que irse al oasis de El Yerim.

Y añadió:

—Yo estaba buscándola.

—¿Por qué, si está desierta?

Ella dudó, sin decidirse a hablar. Le estudió con sus ojos fatigados.

Sangre dorada
Jack Williamson

—No importa... —comenzó a decir Price, pero las palabras de ella le interrumpieron rápidamente.

—Pensarás de mí que estoy loca..., pero existe una profecía. El último gran rey de Anz fue Iru. Un bravo guerrero y un hombre justo. Alto, como tú —sus ojos violetas se posaron en Price—. Y sus ojos eran azules como los tuyos, y su cabello rojo. La leyenda habla de esas cosas, pues la mayoría de mi gente es morena —explicó.

—¿Y la profecía?

—Quizá sea una historia sin fundamento —nuevamente hizo una pausa y prosiguió, atropellándosele las palabras—, pero, según la leyenda, Iru no está muerto. Aún duerme en las salas de su palacio, en la Ciudad Perdida. Y espera que alguien vaya a despertarle. Entonces volverá de nuevo, con su gran hacha, y matará a la Gente Dorada, liberando a los Beni Anz.

—¿Tú crees en la leyenda? —preguntó Price, sonriendo.

—No —contestó—. Aunque no lo sé. Podría ser cierta. En la leyenda se dice que una mujer que se llama igual que yo, irá a despertar al rey —y añadió—: Cuando abandoné El Yerim no tenía otro lugar donde ir.

La muchacha movió tristemente la cabeza, se echó hacia atrás, irguiéndose, y sonrió con cansancio a Price.

—Sólo una cosa más y te dejaré dormir —dijo—. ¿Cómo te llamas?

—Aysa —musitó—. Y yo debo llamarte...

—Price Durand —y dijo, muy bajo—: Aysa, Aysa del País Dorado.

Ella sonrió y se quedó dormida de repente, medio sentada como estaba. Price se levantó y la acomodó en las mantas, dejándola en una posición más confortable. No se despertó cuando la movió, pero sonrió vagamente en su sueño.

—Escuche, Durand. Tenemos que acabar con este feo asunto antes de que dé lugar a más complicaciones —dijo Jacob Garth a Price cuando salió de la tienda.

Joao de Castro y Pasic estaban justo a su espalda, pasándose la mano por los magullados rostros y murmurando entre ellos de manera poco tranquilizadora. Fouad les seguía junto con una muchedumbre de individuos, occidentales y árabes, quienes, por lo general, miraban a Price con hostilidad no disimulada.

Price avanzó a su encuentro, intentando aparentar un aplomo que no tenía.

—Desde luego —concedió—, no queremos complicaciones.

—Tendrá que devolverle la mujer a Joao —dijo Garth, con voz sonora, átona e inexpresiva. Su rostro abotargado, que seguía estando tan blanco como el sebo, como si el sol del desierto no le hubiese tocado, era tan vacío como el de una máscara. Sin pestañear ni mostrar el menor sentimiento, sus diminutos y pálidos ojos miraban fijamente a Price.

—La joven no es de su propiedad —declaró secamente Price.

—¡Dios! —aulló De Castro—. ¿Es que no he pagado por la zorra, para que me la roben?

Sangre dorada
Jack Williamson

Jacob Garth agitó una mano blanca, como de trapo.

—Todo va bien, Joao. Vamos a resolver esto... Durand, él ha pagado por esta mujer. Usted no puede quedarse con ella de manera tan despótica. Los hombres no lo consentirán.

—No estoy dispuesto —dijo Price— a que nadie maltrate a la joven.

Garth se echó pesadamente hacia delante, y su voz tronó, persuasiva:

—Escuche, Durand, lo que está en juego es importante. Nos aguarda una fortuna. ¡Muchas fortunas! Un golpe mucho mayor de lo que jamás soñara hombre alguno. Tenemos que permanecer juntos; no podemos permitirnos ninguna diferencia.

—Estoy de acuerdo en hacer cualquier cosa que sea razonable. Le pagaré a De Castro la suma que usted crea que le corresponde.

—No es una cuestión de dinero, con el oro prácticamente al alcance de la mano. Seguro que no querrá acabar con nuestras esperanzas a causa de una mujer. ¿Qué es una zorra indígena comparada con el botín del País Dorado?

—¡Le ruego que no se refiera a ella en esos términos! —exigió Price bruscamente—. A fin de cuentas, sigo siendo el jefe de la expedición. ¡Si digo que aparten de ella sus sucias zarpas, tendrán que obedecerme! ¡De Castro no tendrá a la joven!

Inmediatamente se arrepintió de aquella llamarada de cólera, ya que provocó en los hombres todo tipo de miradas torvas. Para reparar el daño, se volvió al pequeño grupo de occidentales y comentó, con ánimo de convencerlos:

—Escuchad, amigos, quiero hacer las cosas como deben ser. No quiero tratar descortésmente a De Castro. Le entregaré mis prismáticos a cambio de los que él dio por la chica. Yo no la quiero para mí...

Una grosera risotada brotó del grupo. Intentando disimular su naciente cólera con una sonrisa, prosiguió:

—Seguro que no querréis ver maltratada a una mujer indefensa...

—Ya es suficiente —le interrumpió Garth—. Debe comprender que está tratando con hombres, y no con niños de la escuela dominical.

—Suponía que eran hombres y no animales.

Su oferta no suscitó simpatías. Aquellos individuos eran gente dura: nadie que no lo hubiera sido se habría decidido a intentar aquella incursión desesperada en el corazón del desierto. La vida dura, el miedo y la codicia habían destruido cualquier sentimiento caballeresco que hubiesen podido albergar.

Un imperceptible esbozo de sonrisa sardónica cruzó la plácida y pelirroja faz de Jacob Garth.

—¿Se le ha ocurrido pensar, Durand —hizo una pausa deliberada—, que ha dejado de sernos útil como jefe? Es posible, fíjese, que pudiéramos prescindir de usted... ahora que ya no hay que firmar más cheques.

—Así que doble juego, ¿eh? —dijo Price con desprecio.

Garth se encogió de hombros, que eran impresionantes.

Sangre dorada
Jack Williamson

—Si lo prefiere... He venido a este infernal desierto a por el oro. Ninguna mujerzuela indígena podrá detenerme. Ni ningún convencionalismo trasnochado.

—De Castro no tocará a la joven mientras yo viva —dijo Price tranquilamente, con voz fría como el acero— ¿Qué dice ahora?

—No deseo derramar sangre, Durand. Y veo que Sorrows nos está apuntando desde el tanque. Haremos un pacto pacífico.

—¿Cuál?

—Podrá quedarse con ella esta noche. He convencido a De Castro para que usted la poseyera el primero. Por la mañana tendrá que devolvérsela.

—No haré nada semejante.

—Piénselo —le aconsejó Garth, con su inexpresiva voz—. Si no decide ser razonable, se la quitaremos. Odio tener que separarme de usted, Durand. Es un hombre válido y eso es lo que necesitamos. Pero no puede terminar con la expedición. ¡Piénselo!

8

LA SIWA HU

Price Durand no era del tipo de hombre que se rinde por las buenas, ni incluso frente a un enemigo numeroso. En ocasiones había deseado poder ceder dócilmente a las circunstancias, como tantos otros; en más de una ocasión, aquello le habría hecho la vida más llevadera. Pero por alguna oscura razón, profundamente arraigada en su manera de ser, se había convertido en un luchador. El hecho de que algo se le resistiese, suscitaba en él una rabiosa determinación a no ceder.

La sumisión no formaba parte de su naturaleza. Cuando encontraba alguna oposición, le resultaba imposible hacer cualquier cosa excepto luchar con todas las fuerzas de que disponía. Tampoco era dado a sopesar las consecuencias de una derrota. Su fe fatalista en la suerte de Durand era suprema. Y aquella suerte jamás le había fallado..., probablemente porque jamás había carecido de una ilimitada fuente de recursos.

Cuando los hombres se fueron, Price se asomó a su tienda. Aysa seguía echada encima de las mantas, respirando profundamente. Su rostro ovalado estaba medio vuelto hacia él, fresco, adorable, con los labios del color de la granada entreabiertos. Largas pestañas de tonos oscuro-rojizos descansaban sobre sus pómulos.

Una mirada le bastó para afirmarse en su decisión de no entregársela al insidioso eurasiático. La sangre le hervía ante el pensamiento de que aquella belleza dormida fuese violentada por el atezado De Castro. No, no iba a entregársela. Tenía hasta la mañana siguiente para encontrar un medio de salvarla... a no ser que Joao de Castro, mientras tanto, encontrase una oportunidad para matarle.

La luna amarilla, en cuarto menguante, se encontraba cerca del cenit cuando sobrevino el crepúsculo. Durante la primera mitad de la noche, Price esperó impacientemente en su tienda, cerca de la dormida y exhausta joven.

Sam Sorrows se había ofrecido amablemente a montar guardia en el interior del tanque. Price aceptó encantado, dándole, como dudosa prueba de confianza, la llave de la caja de oro que estaba en el tanque. Price había decidido abandonar la caravana llevándose a la joven; le parecía la mejor salida, excepto una vergonzosa sumisión: dos hombres no podían luchar contra toda la expedición.

El campamento pareció quedarse gradualmente dormido, hasta que le único movimiento fue el de los centinelas usuales, dos occidentales y dos árabes, que hacían su ronda al otro lado de los camellos arrodillados, llamándose entre sí ocasionalmente.

Al filo de la medianoche, la enrojecida luna se hundió tras las ondulantes dunas, con lo que se desvaneció su breve resplandor; entonces Price se dispuso a poner en práctica su plan.

Sangre dorada
Jack Williamson

Susurrándole algo a Sam Sorrows, se deslizó sin hacer ruido en la oscuridad tachonada de estrella. Furtivamente, ensilló su propio dromedario, que estaba arrodillado cerca, se hizo con dos odres llenos de agua y los colgó en los resaltes de la silla, junto con una pequeña bolsa de grano para el animal.

Al volver a la tienda, llenó sus alforjas. Chocolate. Galletas de munición. Carne seca. Rollos de la pulpa dura y seca de albaricoque que los árabes llaman “piel de burra”. Botiquín de primeros auxilios. Prismáticos. Munición extra para el fusil y la automática.

Cuando todo estuvo dispuesto, permaneció sentado escuchando la respiración pausada de la joven, sin decidirse a despertarla. Al final, no se atrevió a demorarlo por más tiempo. La despertó con suavidad, advirtiéndole que guardase silencio.

Totalmente a oscuras —pues una luz habría puesto en alarma a todo el campamento—, le dio de comer y de beber. En ocasiones, sus manos en movimiento rozaban las suyas; él encontró aquel contacto vagamente excitante.

—Los hombres que me acompañan dicen que debo entregarte a aquel de quien te libré —susurró—. Como no puedo luchar contra todos, vamos a huir.

—¿Adónde?

—¿Quizá a Anz? Tú ibas hacia allí.

—Iba. Pero Anz está muerta, es una ciudad de fantasmas. Ningún hombre vivo la ha visto jamás —su leve susurro se hizo más grave—. No quiero que mueras por protegerme. Déjame que vaya sola.

—No, te acompañaré para protegerte. Pero no hables de morir. Puedes contar con la suerte de Durand.

—Pero mis enemigos son muchos... y poderosos. Mi propio pueblo me dará caza, para escapar de la ira de la Gente Dorada. Y Malikar me está buscando, montado en el Tigre Amarillo, persiguiéndome con... ¡la sombra!

—Vámonos —dijo Price.

Cogió las alforjas y se deslizó de la tienda. Aysa le siguió en silencio, empuñando su daga dorada.

Price hizo una pausa para dirigir a Sam Sorrows una silenciosa y cordial despedida y condujo a la joven hacia donde estaba arrodillado su dromedario.

—Monta —susurró.

—Espera —objetó Aysa—. Quizá pueda encontrar a mi propio animal. ¡Escucha!

Durante varios minutos permanecieron inmóviles. El campamento estaba a oscuras, bajo la pálida luz de las estrellas del desierto. Aquí y allá se recortaban las oscuras tiendas. Dromedarios, arrodillados o echados de manera grotesca. Formas vagas de hombres que dormían al raso, envueltos simplemente en sus abbas.

Un misterioso murmullo de sonidos flotaba en las tinieblas. La respiración de los hombres. Los lúgubres y sordos gruñidos de los dromedarios dormidos. Los gritos distantes de los centinelas. El

Sangre dorada
Jack Williamson

ocasional tintineo de las campanillas de uno de los animales. Pero bajo todo aquello se distinguía un extraño sonido, pues se había levantado el viento de la aurora, y la arena musitaba al reptar sobre las dunas que rodeaban el campamento, con un irreal y apagado susurro.

Aysa, moviéndose repentinamente, murmuró:

—¡La campanilla de mi dromedario!

Se deslizó en medio de las tinieblas, sin hacer ruido, guiada por el débil tintineo que ni siquiera Price había conseguido oír.

Apunto estuvo de seguirla, alarmado. Después se volvió hacia su propia montura, tenso, escuchando, esperando. Los amortiguados sonidos de los que dormían en el campamento le rodearon, lo mismo que el tenue silbido seco de la arena moviéndose, como si los fantasmas de aquella tierra muerta hubiesen sido despertados por el viento de la aurora.

Price no se dio cuenta del dominio que Aysa, en muy pocas horas, había conseguido ejercer sobre sus sentimientos, hasta que el apresurado grito de alarma de Nur hizo añicos el silencio hecho de murmullos del adormilado campamento. El sonido le traspasó como la hoja de una espada. Sintió debilidad, casi cansancio físico, inducidos por el miedo y la desesperación. Durante un momento, se echó a temblar a causa de la seguridad de la joven, agitado por un escalofrío que jamás había sentido por sí mismo.

Entonces, la fuerza y la determinación volvieron a él. Saltó a la silla de su dromedario, le obligó a levantarse de un golpe y amartilló su automática.

Nur, el árabe, según suponía él, debía de haber estado durmiendo cerca de su recién adquirida montura, y debía de haberse despertado cuando Aysa se preparaba a montar en ella.

En cosa de un momento, el campamento se llenó de estruendo. Los hombres se levantaron de un salto, gritando. Los dromedarios gruñeron alarmados, se incorporaron y comenzaron a correr por todas partes, cojeando. De las tiendas de los occidentales brotaron haces luminosos. Disparos peligrosamente tirados al azar subrayaron las maldiciones de estupor en varias lenguas europeas, y las apasionadas llamadas a Alá hechas en nombre de su Profeta.

A través de toda aquella confusión, surgió un dromedario blanco montado a pelo por Aysa, que blandía la daga de oro utilizada para cortar sus ataduras.

—¡Aíee, Price Durand! —gritó, y a Price le pareció distinguir una exaltación salvaje en su voz.

Colocó su hejin al lado del suyo, y ambos echaron a correr hacia fuera del campamento.

—¡Shaytan el Kabir! —exclamó Nur, lanzándose en su persecución—. ¡Tras ellos! ¡Mi camello! ¡Effendi Durand y la mujer!

Tranquila y reverberante, la voz de Jacob Garth dio una orden a los centinelas:

—¡Müller, Mawson! ¡Detenedlos!

Una bala silbó cerca de la cabeza de Price, mientras oía los gritos chillones y excitados de Joao de Castro:

Sangre dorada
Jack Williamson

—¡Capturarlos! ¡Al ladrón!

Price y Aysa franquearon al galope los límites del campamento. Los centinelas, a pie, corrieron hacia ellos, buscándolos con sus linternas eléctricas, disparando a ciegas.

—¡Agáchate! —dijo Price a la joven—. ¡Y galopa!

Le contestó una risita ahogada. Y su voz clara lanzó una despedida con sorna a sus enemigos:

—¡Wa'salem!

—¡Montad! —era la voz del viejo jeque Fouad, aullando tras ellos—. ¡Bismillah! ¡Perseguidlos!

—¡Entregaré mi fusil —gritó De Castro— al que me devuelva a la zorra!

Cabalgando juntos, Price y Aysa habían dejado atrás a los centinelas. Ante ellos, bajo la luz de las estrellas, se extendía el misterioso desierto. Hicieron correr a sus dromedarios hacia la salvación momentánea que suponía la oscuridad rosácea.

Tras ellos avanzaba una confusión de gritos, dominados por el “¡Yahh! ¡Yahh!” con que sus perseguidores aguijaban sus monturas, y las rápidas pisadas de muchas patas de dromedario.

Price se volvió en la silla. A la luz de las estrellas podía ver vagamente la oscura masa de sus perseguidores, sólo unos pocos cientos de yardas a sus espaldas. La mitad del campamento iba tras ellos, abriéndose en un gran abanico.

El corazón se le encogió de desesperación. Había pocas posibilidades de escapar, y lo sabía, con sus perseguidores tan cerca. Incluso si era capaz de posponer el momento en que los alcanzasen hasta que fuese de día, los árabes, habilísimos en el arte del “asar”, o sea, de seguir la pista del enemigo, los atraparían enseguida.

Galopando siempre codo con codo, alcanzaron la cresta de la primera duna. En el momento en que sus siluetas se recortaban contra las estrellas, crepitó tras ellos una salva desordenada de disparos.

Cuando sus monturas bajaban la pendiente, Price hizo una cosa que le sorprendió hasta a él. Inclinandose hacia la joven, exclamó:

—Aysa del País Dorado, debo decirte algo, porque no tendré otra oportunidad: ¡Eres hermosa... y valiente!

Ella se rió.

—¡Jamás nos cogerán! ¡Tenemos todo el desierto! ¡Son perros cazando águilas!

En aquel momento, Price oyó el rugido del motor del tanque, despertando a la vida; el estruendo de sus cadenas metálicas, cruzando como un trueno la llanura rocosa; la crepitante música de sus ametralladoras.

¿Acaso el viejo aventurero de Kansas se habría unido a sus perseguidores? ¡Claro que no! Sam Sorrows estaba haciendo lo único que podría salvarlos.

—¡El bueno de Sam! —exclamó Price—. Les está proporcionando algo de qué preocuparse.

Los árabes, como bien sabía, seguían teniendo un miedo mortal al tanque. Su carga súbita en medio de ellos debía de haberlos

Sangre dorada
Jack Williamson

dispersado, presa de terror frenético. Y ninguno de los occidentales cabalgaba lo suficientemente bien para constituir una seria amenaza.

El gemido del motor, el tableteo de las ametralladoras y el griterío de los hombres ya sonaban muy lejos cuando alcanzaron la cresta de la segunda duna de importancia. Después de franquear la tercera, el único sonido que escucharon fue el seco roce de la arena arrastrándose en el frío viento del amanecer, fantasmales murmullos del mundo muerto que se extendía a su alrededor.

El primer fulgor rojizo del día del desierto árabe encontró a ambos fugitivos marchando juntos a lomos de sus monturas. Sus cansados dromedarios atravesaban lentamente una llanura alcalina muerta, de un blanco leproso, que crujía bajo su paso con el mismo sonido que haría la nieve.

Ante ellos se extendía otra lúgubre línea de desnudas e irregulares dunas de arena roja, que tomaba tonos ensangrentados bajo la luz del amanecer. A lo lejos, colinas bajas y negras, esqueletos graníticos de antiguas montañas. Interminables millas de muerta marea arenosa. Estériles placas de sal reluciendo irreales, como los fantasmas de los lagos que una vez fueron.

Ya los humeantes horizontes palpitaban con las interminables ondulaciones del calor, y los plateados y falsos lagos del espejismo matutino fluyeron a través de las infernales y temblorosas llanuras, retorciéndose en las promesas, dignas de un Tántalo, de fríos refrescos, para salir huyendo y fundirse en el brillante cielo.

El campamento quedaba a muchas millas a su espalda y las rampantes arenas impulsadas por el viento de la aurora ya habían disimulado su pista. Incluso habían perdido de vista la ruta de la caravana, señalada con calaveras. Los dos estaban solos ante la rosada e invicta desolación, luchando contra la mortal y hostil soledad de la "Morada Vacía".

—¡La Siwa Hu! —murmuró Price, refiriéndose a la expresión que los árabes aplican al desierto y que viene a decir lo siguiente: "Allí donde no hay nadie, sino Él".

9

LA CIUDAD DE ARENA

Era la tarde del tercer día y avanzaban dificultosamente por un interminable y ondulante océano de arenas amarillo-rojizas. Los dromedarios medio muertos, los odres casi vacíos, Price y Aysa seguían adelante en su búsqueda de la ciudad de Anz. Tenían la boca seca y hablaban poco puesto que el aire reseco era como arena ardiente en sus gargantas. Pero, a pesar de todo, Price miraba con frecuencia a la joven, quien seguía aferrada a su hejin, cansada, pero llena de una determinación invencible.

El ovalado rostro bajo el blanco kafiye había estado lleno de ampollas, los labios plenos, agrietados y sangrantes, por el sol y el polvo alcalino, los cansados ojos violetas, inflamados por la radiación de la luz cegadora. Pero Aysa seguía siendo bella y su rostro cansado le sonreía con valentía.

¡Cuán crueles habían sido aquellos tres últimos días! Sin embargo, Price sólo se lamentaba de ello por las rudas pruebas que la joven había sufrido con tanto estoicismo. Una extraña satisfacción le embargaba; su antiguo y amargo tedio había muerto. La compañía de Aysa suponía algo precioso, que valía tanto como la vida misma.

Ella hacía de guía, encontrando el camino gracias a oscuras referencias que sólo conocía por la tradición. Al atardecer se volvió hacia él, turbada.

—Anz debería estar ante nosotros —susurró con voz rendida por la sed—. Deberíamos haberla visto al subir la última cresta.

—¡No te preocupes, pequeña! —dijo, intentando darle ánimos, pero su voz sonaba falsa y hueca—. La encontraremos.

—Anz debiera estar aquí —insistió—. Mi padre me enseñó los signos antes de morir, como su padre le enseñó a su vez. Debiera estar aquí.

Quizá, pensó Price, la Ciudad Perdida estaba allí. Según la historia de Aysa, nadie de su pueblo la había visto en mil años. ¡Podía encontrarse debajo de ellos, completamente enterrada! Pero se guardó aquel pensamiento para sí.

—Prosigamos —dijo. Y quiso hacerse el sorprendido al descubrir que en su odre aún quedaba un poco de agua... que no había consumido la última vez que se habían detenido para beber. Después de un largo trago, ella intuyó el heroico subterfugio y no quiso tomar más.

Animaron a los cansados dromedarios a proseguir la marcha, mientras que el inflamado y malhumorado ojo del sol se apagaba. Y continuaron si detenerse, en un mundo fantasmagórico iluminado por la pálida luz de la luna, a veces caminando y arrastrando tras de sí a los exhaustos animales, hasta que se derrumbaron, por la sed, la fatiga y la desesperación, y se quedaron profundamente dormidos.

Sangre dorada
Jack Williamson

Al llegar la aurora, vieron Anz.

Las negras murallas, de ciclópeos bloques de basalto, se levantaban a media milla. Las arenas, impulsadas por los vientos de incontables eras, habían dejado en ellas profundos surcos. Aquí y allá se habían desplomado, convirtiéndose en colosales ruinas, como un rompeolas roto por los embates de un amarillento mar de arena. Rosáceas y ondulantes dunas se apilaban contra ellas en crestadas olas, en ocasiones cubriéndolas completamente. Dentro de las murallas se elevaban ruinas desoladas, a punto de desplomarse, medio enterradas, sombrías y misteriosas al amanecer, emergiendo, lúgubres y desoladas, de las sombras de la noche, como si lo hicieran de las brumas de inmemoriales siglos.

Price despertó a Aysa para enseñarle todo aquello. Pero sus esperanzas se desvanecieron rápidamente tras la excitación de los primeros momentos del descubrimiento. Realmente, Anz era una ciudad de muerte, olvidada y cubierta por un sudario de arena. Pensó que en aquella negra necrópolis había muy pocas posibilidades de encontrar el agua que reclamaba a gritos cada fibra de sus cuerpos.

Aysa parecía llena de nuevo entusiasmo.

—¡Entonces no me había perdido! —exclamó—. ¡Franqueemos la muralla!

Obligaron a sus dromedarios poco decididos a levantarse y se pusieron lentamente en marcha hacia Anz.

La negras murallas se enfrentaban con la arena conquistadora, tremendas, severas. Las puertas, poderosas planchas de bronce cubiertas de una pátina oscura, seguían cerradas bajo las torres de guardia, cubiertas por una acumulación de arena tan alta que ni siquiera el empuje de mil hombres habría podido abrirlas.

Conduciendo los vacilantes dromedarios hasta la cresta de una duna que sobrepasaba la muralla, pudieron contemplar la ciudad que albergaba en su interior. Era una ciudad tan extraña como un sueño. Una ciudad muerta enterrada en la arena.

Por allí emergía una torre en ruinas, inclinada sobre la arena roja, como la extremidad de un hueso pudriéndose. Por allá, una destrozada bóveda de blanco mármol, como una calavera blanqueada por las eras. O una cúpula de metal corroído, que coronaba algún edificio enterrado.

Sobre los silenciosos montículos de la ciudad invadida por las arenas, Price sentía planear el melancólico espíritu de una antigüedad adormecida, el fantasma suspendido de un pasado olvidado. Durante un instante, en su imaginación, vio nuevamente intactos los arruinados edificios, vio las amplias calles, libres de la arena, magníficas avenidas atestadas de multitudes muertas desde hacía eones. Vio a Anz como antaño fuera, antes de que la muerta Petra fuese tallada en las rocas de Edom, antes de que Babilonia se elevase a orillas del Éufrates, antes de que los primeros faraones erigieran sus imperecederos mausoleos a orillas del Nilo.

Durante un momento, vio viva a Anz. Después, sus ruinas, vencidas por la arena, destrozadas por el tiempo, le afligieron con un melancólico sentimiento de muerte y disolución.

Sangre dorada
Jack Williamson

Aysa suspiró desesperanzadamente.

—Entonces, la profecía es una falacia —susurró—. Anz está realmente muerta. Ilru no podría estar esperando a nadie! ¡Es una ciudad de arena!

—Pero en ella podemos encontrar agua —Price intentaba mostrarse animado—. Podría haber pozos o depósitos.

Hicieron bajar a sus cabalgaduras de la duna y entrar en la ciudad, dando comienzo a la pesada y, al parecer, fútil búsqueda en aquella selva de ruinas.

Era casi mediodía cuando se acercaron a un inmenso montón de trozos de mármol, que yacía sobre una vasta plataforma de titánicos bloques de basalto, no cubierta totalmente por la omnipresente arena. Los extenuados dromedarios se negaron a subir la blanda pendiente arenosa que conducía a la plataforma, por lo que Price y Aysa los dejaron y fueron a explorar la construcción, en busca de un pozo.

Casi al instante, Price se maldijo por no haber cogido el fusil y la pistolera con su automática, que seguían colgados del pomo de su silla. Pero estaba demasiado cansado para ir a recogerlos. Por otra parte, Anz parecía una ciudad tan completamente muerta que no pensaba que en ella hubiese ningún tipo de enemigo, al menos vivo.

Subieron hasta la plataforma que se desmoronaba y se detuvieron bajo los restos de una columnata. Aysa estudió una inscripción en el arquitrabe, medio borrada, y se volvió hacia Price, con renovada energía, musitando:

—¡Esto era el palacio de Iru! ¡El rey de la leyenda duerme en él!

Pasaron entre las columnas, franquearon el arco de la entrada y penetraron en el patio del palacio.

—¡Al Hamdu Lillah! —exclamó Price, sin aliento, incrédulo ante lo que veía.

En el patio, rodeado de altas paredes, que la arena no había cubierto, sus sentidos recibieron la fresca y verde fragancia de un jardín interior. Dentro del recinto se encontraba un pequeño y espléndido oasis, un maravilloso jardín tropical en el corazón de la desolación más siniestra, tan verde que era como una bendición.

Con la más dulce de las músicas, un hilillo de agua cristalina caía de una fuente festoneada de piedra que se encontraba a un extremo del patio, para correr entre una espesa jungla de palmeras, higueras, granados, viñas y arbustos de flores olorosas.

El jardín estaba salvaje, nadie lo cuidaba. Desde hacía mil años, según la historia de Aysa, ningún ser humano lo había visto; aquellas plantas debían de haberse reproducido por sí mismas a lo largo de generaciones.

Durante un momento, Price permaneció incrédulo. ¡Aquella maravilla de verdor, aquel canto de agua que caía era imposible! Un producto de los febriles sueños del desierto.

Después, con un grito áspero y estrangulado, cogió a Aysa del brazo y ambos bajaron corriendo los arruinados peldaños de granito, que nadie usaba desde hacía mil años, hasta llegar al nivel en que se encontraba el jardín secreto. Juntos cayeron de rodillas al borde de la

Sangre dorada
Jack Williamson

fuelle, se quitaron el amargo polvo que les cubría la boca y bebieron hasta saciarse de aquella agua dulce y fresca.

Para Price, la hora que siguió fue un sueño de felicidad: una enloquecida avalancha de deliciosas sensaciones, de beber agua clara, de lavar de su cuerpo el pegajoso polvo del desierto, de saciarse con frescas y deliciosas frutas, de permanecer al lado de la alegre y risueña Aysa, bajo la relajante sombra, llena de verdor.

Entonces se acordó de los dromedarios, por lo que ambos fueron al encuentro de los extenuados animales, para llevarlos a aquel paraíso del desierto. Un involuntario grito de consternación brotó de los labios de Price cuando llegó al borde de la plataforma y dirigió la mirada hacia los hejins arrodillados.

Los animales seguían donde los habían dejado. Pero las alforjas habían sido abiertas sin miramiento alguno, y parte de su contenido tirado encima de la arena. El fusil y la automática, que Price había dejado colgados de la silla, no estaban.

10

EN LAS CRIPTAS DE ANZ

EL pillaje de las alforjas se convirtió en un misterio. A pesar de buscar por toda la ciudad muerta, después de haberlo descubierto, Price no consiguió divisar ningún ser vivo. Un silencio opresivo los rodeaba, tenso, expectante..., pero nada sucedió.

Descartando la impresión de un peligro inminente, Price y Aysa centraron su atención en los dromedarios. Con algo de dificultad, Aysa tiró de los ronzales, mientras Price, empujándolos y aguijándolos por detrás, conseguía que fuesen subiendo, uno tras otro, por la plataforma, tras lo cual pudieron conducirlos al jardín que se encontraba debajo.

Entonces, Price tomó la daga dorada de Aysa, la única arma que les quedaba, y talló con ella un pesado garrote de una de los árboles del jardín.

Descansaron nuevamente, tumbados cerca de la fuente, hasta el crepúsculo, y entonces se aventuraron en el exterior, para ver si podían hallar algún rastro de las armas robadas. Más frescos, aunque empujados por un miedo obsesivo, exploraron minuciosamente las ruinas amontonadas y cubiertas de arena de la Ciudad Perdida, sin encontrar ni habitantes ni el menor indicio de lugar habitable.

Sin embargo, la desaparición de las armas resultaba un hecho innegable.

Al anochecer, cuando regresaban al jardín interior, Aysa se cogió al hombro de Price con fuerza inducida por el terror, y señaló en silencio.

Una extraña figura huía por la columnata que estaba antes de la entrada... Era un hombre alto, tan delgado como un árabe del desierto, vestido con un traje largo con capuchón a la manera de albornoz, y de un color azul muy peculiar. Mientras corría por la plataforma, para dirigirse hacia la arena, Price observó que llevaba el fusil robado.

Se detuvo un instante para mirar hacia atrás. Sobre su frente, rematando su cruel rostro en forma de cuchillo, resplandecía una marca dorada, la imagen amarilla de una serpiente enroscada. Después desapareció detrás de una columna rota.

—Un hombre-serpiente —musitó Aysa, con voz alterada por el miedo.

—¿Un qué? —preguntó Price, cogiendo una de sus temblorosas manos y mirando en sus asustados ojos violetas.

—Un esclavo de la Serpiente, a las órdenes de Malikar. El hombre de oro debía de conocer la profecía que cuenta cómo una mujer llamada Aysa despertará a Iru. Ha adivinado que me dirigía a Anz y ha enviado al sacerdote a capturarme.

Sangre dorada
Jack Williamson

Price seguía mirándola fijamente, un tanto extrañado. Una Aysa asustada suponía una nueva experiencia para él. Cuando era una prisionera desvalida del euroasiático De Castro, no había mostrado miedo. Ahora le resultaba chocante verla palidecer y temblar, con sus ojos violetas desmesuradamente abiertos a causa del terror que sentía.

Aunque estaba muy preocupado por la pérdida de las armas, no pensaba que se encontraran en peligro inmediato. El individuo vestido de azul acababa de huir de ellos.

—Valor, pequeña —dijo—. No creo que la cosa sea tan grave. Aunque todo vaya mal, siempre nos quedará la suerte de Durand.

Se acercó un poco hacia él, quien la rodeó con uno de sus brazos, sin dejar de estar alerta ante la penumbra que comenzaba a caer rápidamente sobre el destrozado esqueleto de la Ciudad Perdida. Ella se arrimó aún más, murmurando suavemente: “¡M’almé!”.

A partir de aquel momento, hasta el final, estuvo temerosa y aprensiva. Las sombras de un extraño temor no dejaron de merodear por sus ojos violetas. Intentó olvidar, reír con Price. Pero su alegría era forzada, artificial, febril.

Pasó una semana y no volvieron a ver al hombre-serpiente. Ambos estaban muy cerca de la suprema felicidad. El oasis era un jardín maravilloso, que satisfacía todas sus necesidades físicas. No les habría importado olvidar el mundo exterior y quedarse a vivir en él para siempre. Cada uno de ellos encontraba en el otro una alegría jamás sentida anteriormente, un éxtasis aún más intenso por la intrusión de las tinieblas de la ansiedad.

Uno de los muros del patio presentaba una entrada bajo arco a un largo pasadizo de granito, que conducía de nuevo a las ruinas, caídas y cubiertas por la arena, del antiguo palacio. Cerca del jardín todavía se veía bastante, gracias a la luz de cristales. Sin embargo, la arena invasora había cubierto completamente la parte de detrás, convirtiéndola en un sombrío túnel que conducía a las misteriosas y enterradas ruinas.

Lo habían explorado hasta donde se veía, y ya que venía a ser el único techo disponible, decidieron vivir en la parte de su entrada.

Al otro extremo del pasillo se alzaba una torre de piedra, aún en pie, tan alta que dominaba las murallas de Anz. Price conseguía subir por sus escaleras medio hundidas. Lo hacía varias veces al día, para observar las ruinas de Anz y el desierto de los alrededores, en busca de los enemigos de Aysa.

La mañana del noveno día, hacia el Norte, divisó un minúsculo punto oscuro arrastrándose en medio del ondeante océano de dunas amarillo-rojizas. Estuvo observándolo durante una hora, hasta que se fue convirtiendo en un pequeño animal de color amarillo, con una mancha negra en el lomo, que corría en dirección a la ciudad sepultada.

Sangre dorada
Jack Williamson

—Acabo de ver al Tigre Amarillo que se dirige hacia nosotros —dijo Aysa, cuando se reunió con ella en las verdes sombras del jardín de paredes de mármol.

Pudo comprobar que aquella información suscitaba en ella un terror extremo. Palideció y se echó a temblar, aunque intentó mantener la compostura.

—¡Es Malikar que viene a capturarme, montado en el tigre! —dijo, en un susurro—. ¡M'almé, debemos ocultarnos! ¡Sin tus armas no podremos luchar contra el hombre de oro! ¿Dónde...?

Price indicó el extremo del largo pasillo.

—¿Por qué no ahí? De cualquier modo tenía ganas de explorarlo.

La joven negó con la cabeza.

—No, estaríamos atrapados dentro, en la oscuridad —comentó, y resultó evidente que se le ocurrió una nueva idea, pues añadió—: ¡No importa! ¡Apresurémonos!

Cogieron, cada uno, las rústicas antorchas que habían confeccionado —simples hojas secas de palmera, atadas entre sí—, y se adentraron en el pasadizo.

El suelo, cubierto de arena roja, tenía una anchura de veinte pies; el techo arqueado una altura de treinta. A lo largo de varias yardas dispusieron de suficiente luz, que se filtraba de la entrada y de las ventanas superiores. Después entraron en la sala principal del palacio, una montaña de ruinas caídas y cubiertas de arena.

Encendiendo las antorchas, prosiguieron en medio de las tinieblas y del opresivo silencio de una ciudad enterrada. Sus pies marchaban sin hacer ruido sobre la arena; instintivamente, sólo hablaban en voz baja.

Unos pasillos, estrechos y sombríos, se abrían a intervalos a partir del largo pasillo central. Se detuvieron para estudiarlos uno tras otro. La mayor parte estaban cegados por la arena que les había caído desde arriba; algunos se encontraban bloqueados por las paredes que se habían desplomado.

Finalmente, a varios cientos de pies de la entrada, aquel pasillo central se terminó en un muro de piedras exento. Price se sintió desanimado; no habían encontrado ningún aposento secreto ni ninguna estancia protegida; aquel pasillo no parecía ser otra cosa que una trampa tenebrosa. Aysa le guió, animada, por el último de los pasillos laterales.

Era pequeño y bastante bajo, aunque prácticamente libre de arena. Cuando habían caminado por él unos cien pies, pasaron por un montón de madera podrida que antaño había sido una puerta. Más lejos, una escuálida escalera conducía hacia abajo. Una oscuridad total y un silencio que quitaba la respiración parecían burlarse de ellos desde las profundidades.

Price no pudo evitar que en su imaginación tomaran forma las más disparatadas fantasías mientras bajaba a oscuras por aquella escalera, que conducía a las entrañas de una ciudad que llevaba perdida mil años. Dudó, y sólo cuando Aysa estuvo a punto de adelantarle, siguió caminando.

Trescientos pies más abajo, entraban en las criptas.

Sangre dorada
Jack Williamson

Un tenebroso laberinto bajo la ciudad sepultada; largos pasillos, de trazado complejo, tallados en la negra roca. El aire estancado era acre, cargado del olor a polvo de la tumba, pero no era peligroso, como comprobó Price, al ver que las antorchas seguían ardiendo.

Se detuvieron al pie de la escalera, escrutando los alrededores con bastante aprensión. La luz de las antorchas era demasiado débil para iluminar las amplias salas. Unas sombras grotescas fluctuaron y saltaron hacia ellos, como demonios bailarines.

—Creo que preferiría salir fuera, al encuentro de Malikar —susurró Price—. ¡Supón que se apagasen las antorchas!

Las sombras bailaron como demonios por los tortuosos pasillos, sostenidos por columnas, y un eco burlón repitió, en tono de mofa:

“... Se apagasen las antorchas...”

—¡Estamos en las criptas de Anz! —exclamó Aysa—. ¡Las tumbas de los grandes de la antigüedad! ¡Aquí duerme Iru!

Y unos ecos fantasmales susurraron:

“... Aquí duerme Iru...”

Price sintió un escalofrío. Arriba, a la luz del día, resultaba fácil reírse de la profecía que hablaba de un antiguo rey que podría volver a la vida; pero en aquellas húmedas y espeluznantes catacumbas, cuya tiniebla rampante no hacía más que luchar contra la luz de las antorchas, la cosa parecía siniestramente posible.

Más bien a regañadientes, Price acompañó a Aysa para efectuar una inspección de las paredes, deteniéndose a estudiar las inscripciones en las estrechas y verticales losas de piedra negra que eran las puertas de las tumbas.

—¡La tumba de Iru! —exclamó la joven de repente, y Price se sobresaltó.

Era una puerta de piedra, baja y estrecha, con un pomo de oro deslucido. Ella lo giró, e hizo una seña a Price para que empujase con uno de sus hombros. Él dudó y entonces ella le dio a entender que lo haría sin su ayuda.

Cuando Price se apoyó sobre la puerta, ésta cedió hacia dentro, girando sobre goznes silenciosos, con más facilidad de lo que cabía esperar. Así que cayó al interior de la tumba. Aysa le siguió, inquieta, en respuesta a su grito de sorpresa. Era una pequeña cámara cuadrada, tallada en la oscura roca. En una especie de largo nicho que se abría en la pared del fondo se encontraban los restos de Iru.

Para la tranquilidad de Price, el viejo rey estaba muerto del todo. Sólo quedaban de él los mismísimos huesos.

Al final de la repisa reposaban sus armas: una camisola doblada, de cota de malla, finamente trabajada en oro; un escudo circular, no muy grande, que debía llevarse en el brazo izquierdo; y una gran hacha de combate.

De manera apresurada, Price cogió el hacha: a fin de cuentas se trataba de un arma. Su pesado y macizo mango era de oro, sin mácula. Su afilada y curva hoja, la mitad de larga que su mango, estaba grabada, como la espada de oro templado en posesión de Jacob Garth, con inscripciones en una lengua que Price fue incapaz de leer.

Sangre dorada
Jack Williamson

El corto y delgado mango era de ébano, o de alguna madera similar, negra y dura. Parecía perfectamente conservado. Moldeado por el uso, o esculpido adrede, en él había la impronta de una mano, con una depresión redondeada para cada dedo.

Price levantó el hacha, como si fuese a lanzar un golpe con ella. Y aquellas depresiones se amoldaron perfectamente a sus dedos, como si el hacha hubiese sido hecha a medida de su mano, y no a la del esqueleto que yacía a su lado, muerto desde hacía mil años, o más.

—¡Qué extraño! —murmuró—. Se adapta perfectamente a mi mano.

—Es cierto —susurró Aysa—. Pero... ¿realmente es extraño?

Intrigado por una inflexión de su voz, miró a la joven. Cabía justo dentro de la pequeña tumba excavada en la roca, con las llameantes antorchas en sus manos. Sonreía, recortándose contra la negrura de las criptas, con los ojos violetas llenos repentinamente del misterio de algún pensamiento enigmático.

A Price jamás le había parecido tan bella como entonces, en medio de la oscuridad de las catacumbas. La absoluta hermosura de la joven le daba dolor de cabeza; tenía ganas de tomarla de nuevo entre sus brazos y besarla; lleno de desesperación, quería apartarla de los extraños peligros que se agazapaban a su alrededor, y dejarla en algún lejano remanso de paz y seguridad.

—Salgamos de aquí —murmuró.

Aysa se volvió y permaneció inmóvil con un suspiro de horror cuando la luz de las antorchas iluminó el rostro de un hombre que se encontraba en la entrada, a su espalda... ¡Un hombre alto, con rostro de cuchillo y un tatuaje dorado, resplandeciendo en su frente, con la forma de una serpiente enroscada!

Price saltó hacia el intruso, girando la dorada hacha de guerra, que seguía llevando en la mano. Pero si Aysa había manifestado espanto, el hombre-serpiente demostraba un terror abyecto. Se quedó boquiabierto. Sus rasgos nítidos y crueles se distorsionaron por efecto del más intenso de los horrores que Price jamás había contemplado sobre rostro humano alguno. Aullando y levantando los brazos, retrocedió titubeando y se perdió en las negras y laberínticas catacumbas.

—Un esclavo de la Serpiente —musitó Aysa—. Malikar le envió para buscarme.

—¿Por qué se espantó de esa manera? Parecía como si hubiese visto algo..., no sé qué.

—Creo que lo sé —dijo Aysa, pausadamente—. Vio a Iru vuelto a la vida.

—¿Iru vuelto a la vida? ¿Qué quieres decir?

—¡Que la profecía se ha cumplido en ti! —exclamó, con los ojos violetas brillándole—. ¡Tú eres Iru, que ha vuelto para vencer a la Gente Dorada y liberar a los Beni Anz!

—¿Yo? ¡Claro que no! ¡Qué disparate!

Sangre dorada
Jack Williamson

—¿Por qué no? Eres alto, como Iru, con cabello rojo y ojos azules. ¿Acaso no se ajusta el hacha a tu mano?

Desde luego que había alguna coincidencia. Pero Price siempre había mirado con cierta desconfianza las teorías de la reencarnación. Le parecía que una vida ya era de por sí bastante carga, para tener que asumir además las de otras anteriores.

—De cualquier manera —añadió Aysa, con espíritu práctico—, que el hombre-serpiente piense que tú eres Iru puede servirnos de ayuda. ¿Por qué no te pones la cota de malla?

—Amor mío, haría cualquier cosa para sacarte de esto —aseguró Price.

—Y quizá debas aprenderte la “Canción del Hacha” que está en la hoja —sugirió—. Iru siempre la cantaba en el combate.

A la luz de las antorchas, ella se la leyó. Su ritmo extraño y cantarín conmovió de un modo extraño su sangre:

iTaja!
iJusticia de la batalla!
iEnemiga de toda maldad!

iHiere!
iHija del yunque!
iForjada por el trueno!

iHiende!
iKorlu, la que golpea!
iTemplada por el rayo!

iAsesina!
iKorlu, el hacha de guerra!
iQue bebe sangre vital!

iMata!
iKorlu, la perdición roja!
iGuardiana de la puerta de la muerte!

Price se vistió con la cota de malla. Sobre su cuerpo, que no estaba acostumbrado a ella, la sintió fría, tiesa y pesada, pero se adaptaba a él extraordinariamente bien. Tomó el escudo circular y aferró ferozmente el mango del hacha.

Nunca amó más a Aysa que durante los amargos momentos de aquella irreal vela en la tumba de Iru, cuando el aire frío y húmedo de las catacumbas los rozaba con sus alas blandas y los minutos se estiraban en horas, mientras, sentados juntos, esperaban la llegada de Malika.

Una luz verdosa palpitó escaleras abajo, y cinco hombres entraron en las criptas. Cuatro llevaban vestiduras azules, con capucha; dos iban armados con largas picas, mientras que los otros dos sostenían unas antorchas que ardían con llamas extrañamente verdes.

El quinto era el hombre de oro que Price había visto montado en el tigre. Gigantesco, ancho de espaldas, poderoso de brazos. Llevaba un casquete rojo y un voluminoso traje carmesí. Apoyaba en uno de sus hombros su enorme maza, erizada de púas de metal amarillo.

Condujo a sus hombres derecho hacia la tumba de Iru.

Una expresión de triunfo malvado se dibujó en su rostro amarillo, de rasgos duros y barba de oro. Un infame regocijo brilló en sus ojos, pardos y poco profundos. Ojos de edad y sabiduría inhumanas, que albergaban los sombríos secretos de un pasado perdido.

Price aguardaba en la sombra, empuñando fuertemente la antigua hacha.

Los hombres vestidos de azul, lo vio claramente, estaban asustados. Arrastraban los pies. Sus rostros aparecían pálidos y llenos de aprensión. Malika pasó brutalmente por delante de ellos, pero tuvo que detenerse a la entrada de la tumba.

—¡Ven, mujer! —exclamó rudamente.

Aysa no le contestó.

El hombre amarillo arrancó a uno de sus temblorosos acompañantes la antorcha de las manos y entró sin miedo en la tumba. Price dio unos pasos para encontrarse con él.

Durante un instante, aquellos superficiales ojos amarillos mostraron un estupor incrédulo. Entonces Malika, esbozando una mueca, avanzó.

—¡Kalb ibn kalb! —exclamó, en el mismo árabe de inflexiones extrañas que hablaba Aysa—. Así que Iru no puede descansar... ¡Pues yo le haré dormir de nuevo!

Lanzó su antorcha al suelo, en el espacio que le separaba de Price, donde su llama verde siguió ardiendo, sin extinguirse. Con ambas manos levantó la pesada maza erizada de púas.

Price golpeó con el hacha amarilla, haciéndole describir un corto arco de circunferencia que debía acabar en el casquete rojo. El hombre de oro dio rápidamente un paso hacia atrás, para refugiarse en la puerta. La reluciente hoja del hacha pasó, inofensiva, frente a su rostro, pero su propio ataque quedó anulado; no podía maniobrar con su maza en el estrecho espacio de la entrada.

El hombre de oro cargó nuevamente a través de la puerta, y Price comenzó a entonar la “Canción del Hacha” que Aysa le había enseñado poco antes. De nuevo volvió a ver el miedo en aquellos ojos poco profundos y leonados. Uno de los individuos de azul dejó escapar un vívido grito de terror.

Tras unos instantes de duda, Malika se lanzó hacia el interior de la tumba.

Moviéndose al ritmo de su canción, Price se echó a un lado, esquivando la peligrosa maza, blandió el hacha de guerra y la abatió

Sangre dorada
Jack Williamson

con todas sus fuerzas sobre el casquete rojo. ¡Realmente aquel fue un golpe poderosísimo!

Escuchó el ominoso crujido del mango reseco por el tiempo, mientras caía el hacha, y supo lo que había sucedido en un instante de tragedia.

Un crujido fatal, y el mango que tenía entre las manos no era más que un palo inservible y frágil. La afilada hoja del hacha resonó al caer al suelo de la tumba, mientras Price retrocedía, consternado, y la “Canción del Hacha” moría en sus labios.

Un extraño pesar se abrió paso en su corazón. Se sintió defraudado. La suerte de Durand acababa de fallarle.

Con una desagradable mueca de inesperado triunfo en su amarilla faz, Malikar se lanzó hacia delante, levantando deliberadamente su tremenda maza erizada de puntas para aplastar el cráneo de su enemigo desarmado.

Con un agudo chillido de dolor y rabia, Aysa se lanzó bajo la maza que caía. La delgada daga relampagueó en sus manos.

Malikar esquivó el golpe, proyectó uno de sus macizos brazos dorados, cubierto de rojo, y capturó el puño alzado de la joven. La daga cayó de sus dedos inermes, resonando en el suelo, y Malikar lanzó a Aysa, sin miramiento alguno y con una fuerza brutal, fuera de la tumba, donde esperaban los hombres de azul.

Price saltó hacia el hombre amarillo, lanzándole un directo con el puño. La maza se abatió sobre su cabeza. Fue un golpe corto, maniobrado con un único brazo. Price lo esquivó y levantó el escudo. La maza penetró a través de su defensa y entonces vio las estrellas.

Price se levantó en medio de la fría y húmeda negrura de la tumba subterránea. Las antorchas se habían apagado. Tenía mucha sed; había un sabor amargo y metálico en su boca. Y supo que debía de haber estado inconsciente durante muchas horas.

Se movió a tientas. En la tumba no había nadie más vivo, aparte de él. Pero tocó algo voluminoso, suave y vagamente esférico que rodó ruidosamente por el suelo.

Luchando contra un pánico helado, se dirigió hacia la entrada. Una superficie suave y continua de fría piedra se opuso a su salida. Frenético, deslizó los dedos a lo largo de la piedra bien ajustada. Entonces recordó que la enorme puerta de piedra de la cripta se había abierto hacia dentro y que allí no había ningún pomo.

¡Estaba encerrado en la tumba de Iru!

11

LA PISTA DEL TIGRE

AL cabo de un momento, Price cesó en sus frenéticos intentos de forzar la cerrada puerta de la cripta y se dejó caer de espaldas, agotado, sobre el frío suelo de piedra de la antigua tumba.

El pánico no se hallaba lejos de él, ni la roja y ciega locura del terror. Su cuerpo era un puro temblor, húmedo por los sudores súbitos. Se sorprendió de encontrarse golpeando con sus puños la pulida y fría piedra, al tiempo que la cripta se llenaba con sus inútiles y roncós gritos.

Una voz tranquila resonando en el interior de su cerebro le dijo que se sentara, que no malgastase sus fuerzas y que pensara. Su situación era extrema, casi melodramática..., encerrado en una tumba, en las catacumbas de Anz, en lo profundo de una ciudad conquistada por las arenas hacía siglos. Hacer esfuerzos frenéticos no le serviría de nada. Debía concentrar sus sentidos dispersos y pensar.

No quería ilusionarse esperando ninguna ayuda del exterior. Malikar y sus acólitos, al marcharse con la cautiva Aysa, le habían dejado allí, obviamente, para que muriera. Tendría que abrir la cripta por sus propios esfuerzos. Y no le quedaba mucho tiempo para conseguirlo, ya que el aire se encontraba viciado. Sus pulmones lo aspiraban a grandes bocanadas en aquella atmósfera lóbrega. La cabeza le zumbaba y le daba vueltas. Todavía medio asfixiado, seguía doliéndole del golpe final que le había propinado Malikar.

Cogiéndose entre las manos la dolorida cabeza, Price intentó pensar. Debía inspeccionar su prisión, por si pudiese encontrar alguna herramienta.

Buscó las cerillas, ansiosamente, hasta que encontró la caja. Con un suspiro de tranquilidad, encendió una y echó un vistazo a la pequeña estancia de planta cuadrada. Lo primero que vio entre los desperdigados huesos humanos fue el mango roto del hacha y, después, ya cerca de la puerta, su resplandeciente hoja amarilla. El escudo circular no estaba lejos, y la pesada cota de malla amarilla aún seguía cubriendo su cuerpo.

Sintiendo repentinamente vértigo por el dolor penetrante que procedía de su cabeza, se apoyó en la fría pared y encendió un cigarrillo con la cerilla moribunda. El humo le despejó un poco, ya que ocultaba el olor a sepulcro y a moho de la tumba. Pero la cabeza seguía doliéndole y tenía la boca seca y llena de un sabor amargo.

Cuando terminó de fumarse el cigarrillo, encendió otra cerilla y examinó la puerta, una espesa losa de granito pulimentado, tan bien encajada que disimulaba la cerradura y los goznes. Fuera había un pomo dorado, pero su negra y lisa superficie interior era homogénea.

Obligándose a pensar y a moverse sin apresuramientos, recogió del suelo la hoja dorada del hacha. Envolviendo un pañuelo alrededor del

Sangre dorada
Jack Williamson

filo, para protegerse los dedos, atacó la puerta con la punta del extremo opuesto.

Suponía que el mecanismo oculto de la cerradura debía de estar encerrado en una cavidad de la piedra, a la misma altura que el pomo dorado. La capa de granito que lo protegía debía de ser relativamente delgada, por lo que, sin duda, no sería difícil romperla.

La piedra era bastante dura, y su herramienta poco manejable. El dolor martillaba su cabeza y el aire se iba haciendo cada vez más irrespirable. Dando boqueadas, vacilaba mientras trabajaba, y ocasionalmente encendía una cerilla para ver qué tal iba su trabajo.

Durante un tiempo, que le pareció una eternidad, siguió trabajando con ahínco en una situación donde cualquier otro hombre hubiese acabado por maldecir y arrojar su herramienta, tirándose al suelo en espera de la muerte. Pero la idea de derrota, de fracaso, no entraba en la naturaleza de Price Durand. Tenía gran confianza en que la suerte de Durand —a pesar de que recientemente le hubiera defraudado— acudiese en su ayuda, siempre que siguiera luchando.

Pensar en Aysa suponía mayor acicate para él que preocuparse por su propia seguridad. Sabía que amaba a la morena fugitiva, alegre y valiente. Era suya, por alguna ley de vida inmutable. El hecho de que estuviese cautiva le llenaba de salvaje resentimiento.

La capa de granito comenzó a sonar a hueco bajo los impactos del pico del hacha y finalmente cedió. Entonces, casi al mismo tiempo, cayó al suelo. Manteniendo una cerilla en la mano izquierda, manipuló con la otra los resortes y tiradores de bronce de la antiquísima cerradura.

Peleando a oscuras, fatigado y asfixiado, corrió el gran cerrojo, hizo girar la puerta hacia dentro y se abalanzó por la abertura en busca del aire más puro del exterior.

Delirando de alegría, inhaló aquel aire, que antes le pareciera oler a moho y a viciado, hasta que pudo conseguir encender una de las antorchas que él y Aysa habían llevado a las criptas. A continuación, después de coger el hacha y el escudo, encontró la escalera y subió por ella, vacilante, hacia la superficie.

Price rió, débilmente y con voz incierta, de pura alegría, cuando llegó, bajo la cálida y blanca luz del mediodía, al jardín oculto. Durante un instante, se quedó inmóvil bajo el sol, medio cegado, bebiendo la brillante luminosidad y el aire cálido y puro.

No tardó en acercarse, titubeando, hasta la fuente para mojarse la boca y beber. Derrumbándose encima de la hierba que la rodeaba, se quedó dormido, totalmente agotado.

En el amanecer de un día despejado y tranquilo, se despertó con un hambre de lobo. Nuevamente tenía las ideas claras, y la contusión producida por la maza de Malika parecía haber remitido. Mientras encontraba las escasas reservas que le quedaban y se alimentaba de ellas, su pensamiento se hallaba centrado en el rescate de Aysa.

Era característico de Price que no se detuviera a preguntarse si podría liberar a la joven. Su único problema era el cómo.

Sangre dorada
Jack Williamson

Después de comer, descubrió las pisadas del tigre en la tierra blanca donde se derramaba el agua de la fuente. Cuando las vio, no supuso de quién serían, de lo inusualmente grandes que eran. Aunque tenían la forma de las de cualquier felino, eran tan grandes como las de un elefante.

Se apresuró a seguir las profundas huellas a lo largo de uno de los lados del jardín, salió del patio interior y fue a parar al amasijo de ruinas de Anz, cubiertas por la arena. El viento aún no había desplazado la arena suficiente para borrarlas.

Inmediatamente, decidió seguir la pista del tigre. Ése sería, seguramente, el camino más corto para encontrar a Aysa. No se detuvo a considerar los peligros y las dificultades que aquello podría acarrearle, sino a prepararse para vencerlos. No consideraba que pudiese fracasar; la dilación no se encontraba en su naturaleza, pues Price era un hombre de acción.

Un retraso podría significar el desastre. La fina arena roja, corriendo casi como un líquido bajo el viento, no tardaría en borrar las huellas. Pero tenía que hacer algunos preparativos antes de emprender el viaje.

En primer lugar, buscó en el oasis un palo de madera dura; talló en él un nuevo mango y lo ajustó a su hacha de oro, que en aquellos momentos constituía su única arma.

Después ensilló los dos dromedarios, que habían recuperado la mayor parte de sus perdidas fuerzas gracias a la abundante vegetación del oasis, y cargó en el de Aysa los odres llenos de agua y un saco de forraje verde.

Montado en su propio hejin y tirando del ronزال del otro, salió del oasis oculto donde había encontrado el cenit de la felicidad y el nadir de la desesperación, pasó entre el amasijo de ruinas de Anz, la ciudad vencida por las arenas, y franqueó una duna amarillenta que se había elevado por encima de sus negras murallas.

Durante todo el día siguió las gigantescas huellas. Le condujeron hacia el Norte, a través de un océano ondeante de colinas redondeadas. Al principio, la pista fue fácil de seguir. Pero, después del ardiente mediodía, se levantó un soplo de viento tan cálido como el de un horno, y la arena comenzó a borrar las huellas.

A la puesta del sol, la pista era escasamente reconocible. Una docena de veces Price la perdió al franquear las dunas, sólo para volverla a encontrar en las depresiones subsiguientes. Al anochecer, tuvo que detenerse.

Los dromedarios estaban cansados. No se habían recuperado del todo del terrible viaje a Anz. Y Price, en la desesperación de su prisa, les había hecho avanzar sin descanso. Les dio de comer del forraje verde, comió y bebió con impaciencia y se envolvió en una manta, deseando que el viento cesase.

Ocurrió lo contrario, que aumentó en intensidad. Durante toda la noche, las secas arenas susurraron con la fantasmal voz del desierto, en tono de burla, como si se chanceasen de la suerte que corría Aysa en manos del dorado Malika. Mucho antes de la aurora, la pista se había borrado completamente.

Poco antes de salir el sol, Price ensilló nuevamente los hejins y avanzó en la misma dirección en que le había llevado la pista, conduciendo a los agotados animales hasta el límite de su resistencia.

Al atardecer de aquel día, su montura se derrumbó sobre la cálida arena y murió. Dio la mayor parte del agua que quedaba al dromedario de Aysa y se montó en él, avanzando hacia el desconocido Norte. Desde lo alto de la siguiente duna miró hacia atrás, a la forma blanca que yacía al sol: un animal valiente; le había servido bien y lamentaba tener que dejarlo así tirado... y franqueó la cresta.

En cierto momento del día siguiente —cuando la sombra de la locura del desierto se abatía nuevamente sobre él; jamás supo si era por la mañana o por la tarde— dejó atrás las dunas y llegó a una vasta llanura de arcilla amarilla.

Entonces pensó, con ese tremendo esfuerzo mental que precede al delirio, que unas huellas gigantes no habrían podido ser totalmente borradas por el viento. Después de una hora de avanzar hacia delante y hacia detrás, encontró de nuevo las enormes huellas y las siguió obstinadamente a través de la llanura de arcilla.

Aquella noche agotó el agua. Se tumbó cerca del dromedario, en un wadi seco. Tenía la boca hinchada y seca; estaba demasiado sediento para poder dormirse. Pero si no pudo dormir, al menos soñó. Soñó que había vuelto con Aysa al oasis perdido, y bebía del pozo con reborde de piedra y recogía frutos frescos. Los sueños fueron mudándose paulatinamente en realidad. Se sorprendió de estar hablando con Aysa y se despertó, con un sobresalto, en medio de la soledad.

Cuando se hizo de día, se puso nuevamente en camino. Las febriles ensoñaciones no cesaron. Había vuelto a Anz, con la adorable Aysa. Se encontraba con ella en las profundidades de la tumba de Iru, luchando contra Malika. Había vuelto al campamento de la Ruta de las Calaveras, y la liberaba de las zarpas de Joao de Castro.

Pero, a través de todas las visiones de su cuasidelirio, una única idea aparecía con nitidez en el cerebro que le daba vueltas. Y por eso urgía a su cansado camello a seguir hacia el Norte, a lo largo de la pista dejada por el tigre gigantesco.

Nuevamente, la pista resultaba difícil de seguir. La arcilla era compacta, más dura; las grandes extremidades sólo habían dejado en ella unas débiles improntas. Poco después del mediodía, la llanura amarilla y dura dio paso a una extensión desnuda de lava negra, una meseta volcánica cuyas rocas, afiladas y retorcidas por la acción del fuego, resultaban un terreno difícil de seguir por el dromedario, de blandas extremidades; y lo que era peor, el tigre de oro no había dejado marca alguna en ellas.

De tal suerte, la pista había quedado irremisiblemente perdida. Price abandonó cualquier intento de encontrar huellas de las enormes patas y atravesó en línea recta el terreno rocoso hacia el Norte. Llegó la noche, y con ella una tiniebla sin luna. Y siempre seguía obligando

Sangre dorada
Jack Williamson

al dromedario medio muerto a avanzar en la dirección de la Estrella Polar, que brillaba, pálida, sobre el desértico horizonte.

La Polar bailoteaba, le llamaba, se burlaba de él. Extrañas imágenes de demencia surgían y desaparecían a la luz de las estrellas en el desierto. Y Price seguía adelante. A veces perdía la razón y se preguntaba qué era lo que encontraría bajo la estrella. Pero seguía cabalgando.

12

LA ROCA DEL INFIERNO

Price se despertó al alba, helado y temblando de frío a pesar de su manta. El enflaquecido hejin se había echado a su lado. Se levantó a duras penas, intentando en vano recordar cuándo se había detenido, y entonces vio la montaña.

En el frío e inmóvil aire del desierto, parecía muy cercana, a sólo unas pocas millas al otro lado de la árida y negra llanura volcánica, y su forma se asemejaba a un cono truncado, de paredes abruptas y accidentadas. En su cumbre se apreciaba una corona brillante, una cresta dorada que estalló en un resplandor titilante cuando la tocó el primer rayo del sol.

Lo primero que pensó Price fue que debía de tratarse de un espejismo o de una alucinación; pero, como gracias al frío de la aurora había recobrado, al menos momentáneamente, la cordura, comprendió que aquella montaña no era un sueño y que, por otra parte, era demasiado pronto para que se produjera un espejismo, pues la montaña parecía demasiado inmóvil y real.

Recordó la vieja leyenda de los árabes que hacía referencia a una montaña negra, Hajar Jehannum, o Roca del Infierno, donde los yinns moraban en un palacio de metal amarillo.

El pergamino del viejo soldado de fortuna español, De la Quadra y Vargas, le vino a la memoria, con su fantástica descripción de la Gente Dorada —“ídolos de oro que viven y se mueven”— que moraba en “la casa dorada”, encima de una montaña, y era adorada como si sus miembros fuesen dioses por quienes vivían en el oasis que se levantaba en sus estribaciones.

Todo aquello le había parecido imposible. Pero el hecho es que había visto con sus propios ojos el tigre dorado y sus jinetes amarillos, había luchado contra Malika y seguido la pista del tigre durante largos y penosos días. Y acababa de divisar la montaña, con su corona de oro. ¿Imposible? Quizá. ¿Pero no pasaría con ella como con las demás cosas imposibles, que habían resultado ser verdad?

Obligó al hejin, que gruñía y titubeaba, a levantarse; se encaramó en su silla y se fue hacia la montaña. Sabía que Aysa había sido llevada a ella, a lomos del tigre dorado, por su captor amarillo. Por eso se iba a acercar hasta allí, en su busca. No sería fácil dar con la joven y liberarla, pero tenía que hacerlo. Si fracasaba, sabía que aún podría contar con la suerte de Durand.

Durante todo el día se dirigió hacia la montaña. En ocasiones, el dromedario tropezaba y titubeaba. Entonces, ponía pie a tierra y proseguía caminando llevando al animal de las riendas hasta que éste conseguía recuperarse.

La lúgubre meseta de lava parecía extenderse a medida que avanzaba. Pero, a la puesta de sol, pudo distinguir las torres y

Sangre dorada
Jack Williamson

chapiteles del resplandeciente castillo, brillando, espléndidos, y atrayéndole con una fascinación irresistible.

Prosiguió su marcha a duras penas, hasta bien entrada la noche. Al amanecer, la roca negra no parecía más cercana, sino simplemente más grande. Sus lúgubres y negras paredes de basalto cristalizado le miraban con hostilidad desafiante. Parecían imposibles de escalar. Price, en los momentos más lúcidos de su febril avance, se preguntaba cómo podría llegar hasta el castillo.

Una almenada muralla de piedra negra remataba la cumbre de las escarpaduras —una muralla aparentemente inútil, puesto que bajo él se extendía media milla de escalofriantes precipicios—. En el interior se levantaba la masa del inalcanzable castillo. El llameante fulgor del oro y el blanco brillante del alabastro. Torrecillas y cúpulas retorcidas. Gráciles torres. Minaretes con balconadas. Anchos tejados y espiras apuntadas. Oro amarillo y mármol blanco.

El empinado castillo no era totalmente de oro. Pero aun así, el valor del metal dorado que resplandecía en él era incalculable. El tesoro que tenía ante su vista habría podido rivalizar en valor con el oro amonedado que contenían las cajas fuertes de todo el orbe.

Pero en aquellos momentos, el oro no significaba nada para Price Durand. Seguía rechazando las brumas de la locura, batallando contra visiones y delirios, ignorando las torturas del agotamiento, de la sed que reseca todo su cuerpo. Estaba buscando a una joven. Una joven con alegres ojos violetas cuyo nombre era Aysa.

De nuevo avanzaba a lomos de su dromedario. El encarnizado e implacable sol se levantó, una vez más, a su derecha, e inundó la llanura de lava con su cruel luz. La breve cordura de la aurora se desvaneció, y la locura de la sed volvió nuevamente al asalto, cabalgando en los dolorosos agujijones del violento sol.

Poco después, en el transcurso de aquel mismo día, el hejin estiró su blanco y serpentiforme cuello y miró hacia el Este, con mayor vitalidad que la que había mostrado hasta entonces. A partir de aquel momento, intentó continuamente volverse hacia aquel punto. Pero Price, con su inmisericorde mas'hab, le guiaba hacia la montaña.

Al cabo de un momento, pudo distinguir unos hombres en lo alto de la imponente y negra muralla. Minúsculos muñecos de azul. Poco más que pequeñas chispas azules moviéndose. Pero él pensó que se chanceaban de él y le desafiaban a liberar a la cautiva Aysa, ellos, que se encontraban a salvo tras sus murallas en lo alto de los riscos. Y se sorprendió al ver que comenzaba a maldecirlos, con voz que parecía un graznido ronco.

Después, cuando estuvo más cerca de la montaña, otros hombres acudieron a su encuentro. Hombres vestidos con ropajes azules, provistos de capuchón, montando blancos dromedarios de carreras. Nueve de ellos iban armados con largas picas, cuyas extremidades eran de color amarillo, y yataganes dorados.

Price obligó a su vacilante hejin a avanzar hacia ellos, mascullando maldiciones dictadas por la locura. Sabía que todos llevaban la marca de la Serpiente Dorada, que eran los esclavos humanos del hombre de oro, de Malikar, el secuestrador de Aysa.

Sangre dorada
Jack Williamson

Se detuvieron en la desnuda lava, frente a él, y le esperaron.

Con brazo adormecido, levantó el hacha de oro que colgaba del pomo de su silla. Intentando, en vano, que su dromedario se pusiera al trote, fue a su encuentro, entonando con voz ronca las estrofas de la "Canción del Hacha" de Iru.

De repente, los nueve hombres dieron media vuelta, como asustados, ante aquel enjuto guerrero, cubierto de oro, que montaba un esquelético dromedario, huyeron en retirada hacia la montaña y la contornearon.

La montura de Price seguía intentando desviarse hacia la derecha, pero él siguió a los nueve. Se distanciaron de él, pero, al final, contorneó la formidable excrescencia de basalto cristalino que se proyectaba en colosales columnas hexagonales hacia el brillante castillo, y alcanzó el flanco Este de la montaña.

Cuando Price contorneó la montaña, pudo ver de nuevo a los fugitivos, montados en sus dromedarios y mirando con aprensión hacia atrás. Hacían un breve alto y proseguían su camino. Se dirigieron directamente al interior de la montaña.

Price continuó su persecución. En la cumbre de una pendiente menor vio un oscuro túnel de sección cuadrada excavado en la pared, la abertura de una entrada horizontal al interior de la montaña basáltica.

Comenzó a subir por la pendiente de lava. El hejin cayó blandamente de rodillas y se negó a levantarse. Price bajó de la silla, cogió el hacha de oro y el escudo amarillo y prosiguió a pie.

Un fuerte sonido metálico resonó en sus oídos, y vio que la boca del túnel había desaparecido. En su lugar se encontraba una placa cuadrada de oro brillante, encajada en la negra pared montañosa.

Era una locura. Sabía que había llegado más lejos que cualquier hombre. Sabía que ya no podía fiarse de sus sentidos. Quizá, después de todo, allí no hubiera ningún túnel. Los hombres que habían salido huyendo quizá fueran producto de su delirio.

Pero seguía escalando la pendiente, con la brillante cota de malla de Iru, el hacha y la rodela del antiguo rey de Anz.

Llegó hasta el cuadrado amarillo encajado en el flanco de un túnel. Las puertas de oro lo habían cerrado. Veía la línea de unión en el medio, los sólidos goznes a cada lado. Enormes paneles de oro amarillo, de veinte pies de altura, lisos y tan pulidos que podía ver en ellos su imagen reflejada.

Se detuvo un instante, extrañado. ¿Aquel era Price Durand? ¿Aquella enjuta y grave figura, de ojos que no pestañeaban, hundidos y vidriosos, de labios renegridos e hinchados, de rostro lúgubre y salvaje, sobre el cual se leía la locura y la muerte? ¿Era Price Durand ese enjuto espectro con malla de oro, que llevaba las armas de un rey convertido en polvo desde hacía siglos?

Aquel interrogante sobre su persona llegó y se fue, como el resto de las ideas que se le ocurrían a su cerebro, presa de la locura del

Sangre dorada
Jack Williamson

desierto..., como cualquier idea, excepto la única que no cambiaba, el pensamiento inmutable de que debía encontrar a Aysa.

Entonces, su voz ronca exigió en árabe que le abrieran las puertas. Escuchó unos movimientos furtivos al otro lado de los xánticos paneles, pero éstos no se movieron.

Musitó la "Canción del Hacha" de Iru, y golpeó con su hacha de guerra las insolentes valvas de oro. Pero siguieron sin abrirse.

Siguió golpeando las puertas, mascullando maldiciones con voz reseca, y graznando el nombre de Aysa. Pero un resplandeciente silencio se burló de él.

Entonces, el principal empeño que le había conducido hasta aquel lugar, a lo largo de aquellos días terribles, se quebró. Su razón encontró un santuario en la locura, huyendo de los sufrimientos de una tierra demasiado cruel para vivir en ella. Y Price fue presa del delirio.

13

EL PAÍS DORADO

Durante varios días, Price fue pasando indolentemente de la locura temporal a una lenta lucidez. Estaba entre árabes. Árabes que vestían de una manera extraña y hablaban un curioso dialecto arcaico. Eran sus amigos o, más bien, sus temerosos adoradores. Le llamaban Iru. Recordaba vagamente haber oído antes aquel extraño dialecto. Incluso el nombre de Iru. Pero necesitó varios días antes de recordar las circunstancias en que lo había oído.

Estaba echado encima de alfombras y cojines en una amplia habitación, oscura y fría, con paredes de adobe cubiertas de enlucido. Una escolta de aquellos extraños árabes siempre estaba cerca de él. Y el hombre que debía de ser su jefe había acudido a verle muchas veces.

Yarmud era su nombre. Un árabe típico, grande, de labios delgados y nariz aguileña. A Price le caía bien. Sus ojos negros tenían mirada franca y penetrante. Se comportaba con dignidad, sencillez y reserva. Sobre su rostro delgado y moreno se leía una fiereza y un orgullo severos, casi regios.

Resultaba evidente que Yarmud era el dirigente de aquellos árabes, sin embargo, parecía respetarle como si se tratase de un gran potentado.

Price dormía la mayor parte del tiempo. No hacía ningún ejercicio, salvo para beber agua o leche de dromedaria, o para tomar la comida sencilla que sus huéspedes le llevaban al lugar donde reposaba. No intentaba hacerles ninguna pregunta, ni siguiera pensar. Por lo demás, las pruebas de su terrible marcha en pos de la pista del tigre le habían llevado a las puertas de la muerte. Poco a poco, su cuerpo torturado y su imaginación enfebrecida se fueron recobrando.

Así pues, una tarde, cuando Yarmud entró en la habitación, digna y augusta figura en su largo abba negro de extraña factura, Price se despertó. Su mente estaba recuperada y nuevamente lúcida. Se levantó a saludar al viejo árabe, aunque sintiese debilidad en las piernas.

El viejo Yarmud tuvo una sonrisa resplandeciente al ver que se levantaba.

—Salaam aleikum, señor Iru —dijo. Y para extrañeza de Price, se arrodilló ante él.

Price le devolvió el inmemorial saludo del desierto y Yarmud se irguió, preguntándole, solícito, por su estado de salud.

—Hace cinco días, tu dromedario —o el dromedario de la doncella Aysa, que acudió a despertarte—, regresó al lago. Tú, Iru, estabas atado al animal con una soga que rodeaba tu cuerpo y terminaba en los pomos de la silla.

Sangre dorada
Jack Williamson

Entonces Price comprendió que debía de encontrarse en la ciudad de El Yerim, de donde Aysa había huido. Aquella gente le había tomado por el legendario rey de Anz, vuelto nuevamente a la vida para liberarlos de la esclavitud de la Gente Dorada. Era algo que no le extrañaba, dado que había salido del desierto vistiendo las armas del antiguo monarca y con aspecto más de muerto que de vivo.

—La montaña donde viva Malikar —preguntó—, ¿está cerca?

—Hacia el Oeste, a medio día de viaje —dijo Yarmud, señalando con uno de sus delgados brazos.

Price comprendió entonces que cuando su hejin, el último día de su viaje a la montaña, no hacía más que desviarse, lo único que intentaba era dirigirse hacia el oasis. Supuso que después de haber dejado de aporrear como un demente la puerta de oro, debió de quedarle la lucidez suficiente para montar nuevamente en el dromedario y atarse a la silla, aunque no recordaba nada de todo aquello. Y el leal animal le había conducido hasta allí.

—¿Y Aysa? —preguntó, un tanto excitado—. ¿Sabes dónde puede estar?

—No. Fue elegida por Malikar para ir a la montaña, acompañando al tributo de la Serpiente. Escapó, no sé cómo —el viejo árabe miró a Price, con una sugestión en la voz que equivalía a un guiño— y fue en busca de Anz, la Ciudad Perdida, para despertarte. ¿Así que no sabes dónde está?

El corazón de Price se llenó de simpatía hacia Yarmud, al tener la certeza de que había contribuido a la fuga de Aysa.

—No. Malikar llegó y se la llevó. Me dejó encerrado en las antiguas catacumbas. Salí y seguí la pista del tigre, que me condujo hasta la montaña.

—La liberaremos —dijo Yarmud— cuando destruyamos a la Gente Dorada.

Al ver que Price estaba fatigado, el viejo jefe no tardó en marcharse, para dejarle que adoptase una decisión sobre el problema que acababa de plantearse. Era obvio que aquellos árabes tomaban a Price por su antiguo rey, milagrosamente resucitado. Así pues, no había duda de que estarían dispuestos a seguirle en una guerra contra la Gente Dorada.

Dado que llevaba las armas del antiguo rey —cota de malla, hacha y escudo se encontraban junto a su cama—, le resultaría muy fácil seguirles el juego. Pero Price era de natural franco y leal. Todo en él se revolvía contra la idea de adoptar un disfraz.

A la mañana siguiente se sentía más fuerte. Y ya había tomado una decisión.

Cuando Yarmud entró nuevamente, y estuvo a punto de arrodillarse, Price le detuvo.

—Aguarda. Tú me llamas por el nombre del rey de la perdida Anz. Pero yo no soy Iru. Mi nombre es Price Durand.

Yarmud le miró, boquiabierto.

Sangre dorada
Jack Williamson

—He nacido en otro país —explicó Price—. He llegado hasta aquí atravesando el mar y las montañas.

El árabe se recobró y objetó, muy excitado:

—¡Pero tú tienes que ser Iru! ¡Eres alto, tienes los ojos azules y el cabello llameante! Aysa fue a buscarte y te encontró. Tú mismo dices que saliste de la tumba. Volviste a Anz con el hacha de Iru y canturreando su “Canción del Hacha”.

Price comenzó a explicarle su vida, la expedición al desierto y cómo había conocido a Aysa.

—Sí, esos extranjeros están aquí —reconoció Yarmud—. Han acampado al otro lado del lago. Toman nuestros alimentos, pasean sus dromedarios por nuestros pastizales y no nos pagan por ello. Desean que mis guerreros los acompañen para luchar contra la Gente Dorada. Pero ninguno es, como tú, imagen de Iru.

Finalmente, Price no consiguió convencer a Yarmud de que no era el antiguo rey que había regresado de nuevo. Como Aysa, el anciano admitía su historia de buen grado, pero insistía en que era Iru, renacido. Y aunque Price se sintiera poco inclinado a admitir la teoría de que era la reencarnación de un rey bárbaro, no encontró argumentos eficaces para oponerse a ella.

—Prométeme que no volverás a decir que no eres Iru —pidió finalmente Yarmud, con tono astuto—, pues mis guerreros están impacientes por seguirte contra la Gente Dorada.

Y Price, en interés de Aysa, se sintió contento al prometérselo. A fin de cuentas, quizá hubiera algo de cierto en las afirmaciones de Yarmud. No tenía intención de devanarse los sesos por tal cuestión. Los problemas de una vida ya eran suficientes para, además, tener que cargar gratuitamente con los de otra.

Aysa, como Price llegó a saber, era la hija del hermano de Yarmud, quien había sido jeque de los Beni Anz hasta que Malika acabase con él dos cosechas antes, por negarse a enviar el tributo anual a la Serpiente. Así pues, su sucesor, Yarmud, era tío de Aysa..., otro hecho que hizo crecer aún más la simpatía que Price sentía por aquel anciano gobernante, severo y orgulloso.

Aquel mismo día, poco después de que el sol comenzase a declinar, Price salió por primera vez de la larga habitación en la que se había despertado.

—Después de escaparse Aysa, Malika aumentó el tributo de la Serpiente —explicó Yarmud—. Un dromedario cargado de dátiles y grano, además de otra doncella. Los hombres-serpiente han venido hoy para llevárselo.

Price le preguntó si podría asistir a la partida de la caravana que volvería al castillo con el tributo.

—Claro que puedes —convino Yarmud—, pero tendrás que vestirte como uno de mis guerreros. Sería aconsejable que Malika no supiese que estás aquí, o, al menos, no antes de que le ataquemos.

Vistió a Price con un largo y flotante gumbaz, que se lleva por dentro, un abba oscuro y un kafiye de vívido color verde, que ocultaba su cabello rojo; le armó con una larga espada de bronce de dos filos y una lanza de amplia hoja y astil de madera.

Mezclándose con una veintena de hombres vestidos como él, Price salió a la ciudad de El Yerim.

Se encontró en medio de las calles irregulares y llenas de polvo de una ciudad medio oculta por palmares. Los arracimados edificios de adobe, bajos, más bien rechonchos, pertenecían a ese tipo de arquitectura compacta y simple, tan vieja como Babilonia. Las calles estaban desiertas, salvo por algunos grupos de guerreros árabes; una atmósfera de temeroso silencio pendía sobre ellos.

Dirigiéndose sin pérdida de tiempo hacia el Norte de la ciudad, siguiendo las paredes de oscuros adobes, la dejaron atrás y fueron a dar a la orilla de grava de un pequeño lago. Su agua cristalina hervía a borbotones en el centro, como resultado de la violencia de las caudalosas fuentes que lo alimentaban... y que hacían posible la existencia de aquel vergel en medio del desierto, al que De Quadra y Vargas llamara País Dorado.

Palmeras empenachadas de verde se alineaban en la orilla opuesta, y debajo de ellas Price vio el campamento de la expedición con la que había llegado al desierto. Las bien alineadas y pulcras tiendas de color caqui de Jacob Garth y del resto de los occidentales. Las hejras de piel de dromedario negro del jeque Fouad el Akmet y sus beduinos. La silenciosa masa gris del tanque militar. Pequeños grupos de hombres, de pie bajo las palmeras, miraban en una dirección; entre ellos reconoció al voluminoso Jacob Garth y a su enemigo, Joao de Castro.

Entonces, los ojos de Price siguieron la dirección en la que estaban mirando los otros.

A doscientas yardas del lugar donde él y los guerreros árabes se encontraban, a lo largo de la amplia banda de desnuda grava que separaba la ciudad de adobes del pequeño lago, había una docena de dromedarios blancos. Hombres vestidos de azul, armados con yataganes de un amarillo resplandeciente, estaban montados encima de cinco de ellos, llevando a los demás de los ronzales. Uno estaba cargado con grandes cestas que, según supuso, debían de ser parte del tributo.

Un tenue lamento de agonía pareció brotar de las casas bajas de adobe. Y los seis hombres-serpiente que faltaban aparecieron, dos de ellos llevando consigo una joven que llevaba atadas las manos a la espalda. Tras ellos avanzaba una mujer huraña, que gritaba y se golpeaba el enflaquecido pecho.

La joven parecía sumisa, paralizada, quizá por el miedo. No se defendió cuando la entregaron a uno de los jinetes, que colocó su cuerpo inerte frente a él, poniéndolo atravesado sobre la silla. Los restantes hombres montaron en sus dromedarios y les hicieron darse la vuelta, faltándoles poco para atropellar a la mujer sumida en la desesperación.

Price se echó hacia delante, impulsivamente, cuando los once hombres tomaron el camino que contorneaba el lago, uno de ellos tirando del dromedario cargado. Yarmud le cogió del brazo, deteniéndole.

Sangre dorada
Jack Williamson

—Espera, Iru —susurró—. Aún no estás lo suficientemente fuerte para montar. Ni nosotros listos para la batalla. Si intervenimos, Malikar vendrá y bañará en sangre El Yerim. Y Vekyra... idará comienzo a su cacería humana! Espera a que estemos dispuestos.

Price se detuvo, comprendiendo la sabiduría que encerraban las palabras del jeque. Pero la rabia ardiente le dominaba, el ferviente resentimiento que siempre sentía cuando veía al débil maltratado por el fuerte. Y su cuerpo se llenó de la fría determinación de destruir totalmente los seres de oro —ya fuesen humanos o de metal vivo—, que habían sometido a aquella raza a tan baja esclavitud. Antes habría podido contentarse con liberar a Aysa. Pero en aquellos momentos, sentía la fría y desapasionada necesidad de aniquilar a los seres que se la habían llevado de su lado.

14

LA AMENAZA DEL ESPEJISMO

EL Price Durand que cinco días después contorneó el pequeño lago para penetrar en el campamento de los farengi en compañía de Yarmud y de cuarenta guerreros de los Beni Anz, no era el mismo viajero inquieto que, varias semanas antes, llenas de azarosas molestias, había dejado atrás el mar de Arabia en compañía de la expedición.

En aquellos momentos, se sentía completamente recuperado de los sufrimientos de su último viaje, excesivamente cruel, y estaba tan embargado de la ardiente impaciencia de medir sus fuerzas con Malika, que no toleraría ningún retraso.

El sol del desierto había tostado su piel, dándole el color moreno de un árabe y absorbiendo de su cuerpo cualquier gota superflua de humedad. Una nueva fortaleza de hierro le habitaba, surgida del desierto contra el que había luchado, vencíendolo, y una resistencia incansable.

Su espíritu se había endurecido lo mismo que su enjuto cuerpo. Se había unido a Jacob Garth, no en busca de oro, sino como un individuo inquieto y descontento, como un deportista insatisfecho en busca de un nuevo juego, como un vagabundo que recorría el mundo, impulsado por vagas y oscuras aspiraciones, por un indefinible deseo de contemplar extraños paisajes.

En el Rub'Al Khali había encontrado a Aysa, una joven extraña y adorable, que escapaba de un peligro fuera de lo corriente. Y había huido con ella a través de las mudables arenas... y la había amado en el jardín oculto de una ciudad perdida... y le había sido arrebatada por un poder que aún no era capaz de comprender.

En aquel momento, estaba decidido a encontrarla y liberarla, a aniquilar a los seres que se la habían llevado. Era como si la vida en el desierto hubiese cristalizado toda la energía de sus inquietudes en una única fuerza motriz que no cedería ante ninguna oposición, ni admitiría ningún fallo.

Sabía que peligros demasiado reales e inmediatos obstaculizarían su empresa. Los poderes de la Gente Dorada, tal y como había vislumbrado, eran vastos y ominosos, espantosos. Pero no estaba en la naturaleza de Price tomar en consideración las consecuencias de la derrota, salvo como preludio para otra batalla.

Jacob Garth salió de su tienda para ir al encuentro de Price y de su guardia personal. Tan enigmático como siempre, aquel voluminoso hombre no había cambiado. Su rostro hinchado, blanco como el sebo, era como de costumbre blandamente plácido, como una máscara; sus pálidos y fríos ojos mantenían su mirada fija e insensible por encima del revoltijo de los rizos de su barba rojiza.

Sangre dorada
Jack Williamson

Se detuvo y examinó a Price durante un momento; entonces, su voz lanzó una fórmula de saludo, cargada de sonoridad y exenta de sorpresa:

—Hola, Durand.

—Buenos días, Garth.

Price miró hacia abajo, desde lo alto de su hejin —un regalo de Yarmud— al grueso individuo, que rebosaba calma bovina e iba vestido de caqui empolvado. Sintió los fríos ojos que se fijaban en su resplandeciente cota de malla, en su brillante escudo, en el hacha amarilla.

—¿Dónde ha estado, Durand? —bramó Garth de repente.

Price mantuvo su inquisidora e inescrutable mirada.

—Tenemos muchas cosas de que hablar, Garth. ¿Por qué no nos sentamos en algún sitio resguardado del sol?

—¿Quiere venir a mi tienda, que está ahí enfrente, bajo las palmeras?

Price asintió. Desmontó y entregó las riendas de su dromedario a uno de los hombres de Yarmud. Tras informar brevemente al viejo jeque, siguió a Jacob Garth a su tienda, entrando antes que él. Garth señaló una manta extendida en el suelo de grava y ambos se sentaron sobre ella.

El hombretón le miró fijamente en silencio, más bien con aire siniestro, y dijo de sopetón:

—Supongo que comprenderá, Durand, que no volverá a ocupar su antiguo puesto de jefe de la expedición. Desconozco, incluso, la suerte que querrán reservarle los hombres después de su... deserción.

—¡Lo ocurrido fue un motín contra mi autoridad! —exclamó Price—. ¡Y contra todas las leyes de la decencia humana! ¡No soy un desertor! —y recobrando el aplomo añadió—: Pero no tenemos que llegar a esos extremos. Y sus hombres no serán invitados a disponer de mi persona.

—Parece estar en buenos términos con los indígenas —observó Garth.

—Me han aceptado como su jefe. Estamos planeando un ataque a la montaña de la Gente Dorada. He venido a ver si deseaba unirse a la expedición.

Jacob Garth pareció más interesado.

—¿De veras le seguirían? —preguntó—. ¿Contra sus dioses dorados?

—Así lo creo.

—Entonces quizá podamos llegar a algún acuerdo —aquella voz profunda era como siempre, suave, monocorde—. Llevamos aquí desde hace semanas. Los hombres están descansados y dispuestos para la acción. Hemos hecho maniobras. Y explorado la región.

“Ya nos habríamos puesto en marcha hacia la montaña, pero los indígenas se niegan a unirse a nosotros. Y no me parecía una buena estrategia avanzar y dejarlos con el control del agua. No confiamos en ellos.

Sangre dorada
Jack Williamson

—Estoy seguro —dijo Price— de la lealtad total de los Beni Anz, o al menos de su jeque Yarmud, hacia mí. Propongo que unamos nuestras fuerzas... hasta que aplastemos a la Gente Dorada.

—¿Y entonces?

—Usted y sus hombres podrán servirse a su antojo de lo que haya en el Palacio de Oro. Todo lo que yo quiero es a Aysa sana y salva.

—¿Se refiere a la mujer que le quitó a De Castro?

Price asintió.

—Bueno, supongo que Joao tendrá algo que decir al respecto. Le prometí que podría elegir entre cualquiera de las mujeres que capturásemos. Pero, por mi parte, acepto sus términos.

—¿Entonces somos aliados?

—Hasta que hayamos acabado con el poder de la Gente Dorada.

Jacob Garth extendió su blanca y blanda mano. Price la estrechó, sorprendiéndose como antaño de la aplastante fortaleza que se ocultaba bajo aquella piel blanda y suave.

Al amanecer del día siguiente, un verdadero ejército avanzaba a través de los palmares de El Yerim, alejándose del campamento y de la ciudad al borde del pequeño lago. El ruidoso tanque abría la marcha. Tras él avanzaban los hombres montados en sus dromedarios, en una prieta columna de a dos.

Jacob Garth y el negruzco Joao de Castro, con ojos como endrinas, iban a la cabeza de los farengi, una veintena de aventureros endurecidos, cuyos animales de carga transportaban ametralladoras, artillería de montaña, morteros Stokes y explosivos.

El jeque Fouad el Akmet cabalgaba al frente de sus cuarenta nakhawilah, o renegados, quienes ceñían fieramente sus relucientes cartucheras e iban armados con los nuevos fusiles Lebel.

Price Durand, resplandeciente en la dorada cota de malla de Iru, cabalgaba al lado de Yarmud, a la cabeza de los cerca de quinientos guerreros, los más valientes de los Beni Anz.

Cuando la interminable hilera de combatientes dejó atrás los vedes palmares del fértil valle y se adentró en la desolada meseta, nacida del fuego, quedó a la vista la Hajar Jehannum, o Verl, como los Beni Anz llamaban a la montaña..., una masa basáltica de escarpadas pendientes, el núcleo de un antiguo volcán, coronada por un palacio lleno de torres, que resplandecía con una miríada de destellos de blanco y oro que se abrían en abanico.

Un estruendo de vítores recorrió las columnas, a medida que cada uno de los sucesivos grupos de jinetes llegaba a la vista de la montaña y de la brillante promesa de su corona de mármol y de metal amarillo.

El corazón de Price se llenó de entusiasmo. Involuntariamente, obligó a su hejin a marchar más deprisa, acariciando el duro mango de Korlu, la gran hacha. Aysa debía de estar presa en el interior de aquel castillo resplandeciente. Aysa, la bella y valiente hija del desierto.

Sangre dorada
Jack Williamson

—¡Grande es el día! —exclamó Yarmud, cerca de él, aguijando su dromedario hasta que se puso al paso del suyo—. Antes del crepúsculo, el castillo de Verl será nuestro. ¡Por fin, la Gente Dorada morirá...!

El miedo apagó su voz. Silencioso, repentinamente pálido, apuntó a la lúgubre montaña, que aún distaba de ellos quince millas. La larga columna se había detenido con sorprendente sincronidad; un sordo murmullo de terror la recorría.

—¡La sombra de la Gente Dorada! —exclamó Yarmud, con voz ronca por el miedo.

Un brillante abanico de rayos luminosos se elevaba en el cielo índigo, encima de ellos. Estrechos haces de luz, rosa y topacio, se mezclaban en una espléndida pirámide invertida de llamas. El vértice de la pirámide tocaba la torre más alta del castillo. Los rayos coloreados eran emitidos desde ella.

Por encima del espléndido abanico azafrán y rosa apareció una imagen. Vaga al principio, como una sombra gigantesca proyectada sobre la bóveda de los azules cielos, rápidamente cobró forma, color, realidad.

Una gigantesca serpiente, tan grande como una nube, se enroscaba en el aire de encima de la montaña. Un cúmulo de anillos amarillos, la maligna cabeza erguida como una columna esbelta, áurea y reluciente. Una serpiente de oro. Cada una de las refulgentes escamas relucía como metal pulido. La cabeza, desde el más elevado de sus anillos, miró hacia abajo, y sus ojos, que brillaban negros e insidiosos, se posaron en la columna que se había detenido presa del miedo.

Al lado de la serpiente estaba una mujer... la misma que Price había visto montada en el tigre, en el espejismo que había tenido lugar sobre el desfiladero. Un anillo amarillo, tan grueso como su cuerpo, descansaba a sus pies, y ella estaba medio reclinada en el siguiente, que acariciaba con uno de sus brazos.

El cuerpo de la mujer era igual de amarillo que el de la serpiente, y tenía algo de su gracia esbelta y sinuosa. Una túnica adherente de color verde lo ceñía, sin ocultar ninguna de sus curvas. Rojizo-dorado, flotando suelto y abundante, el cabello le caía sobre los amarillos hombros.

La mujer los miraba desde lo alto del cielo, con una sonrisa burlonamente maléfica en su rostro ovalado y exótico. Sus labios plenos, carmesíes, eran voluptuosos y crueles; los párpados de sus ojos, pícaros y oblicuos, estaban resaltados por una línea negra; el iris de aquellos ojos era pardo-verdoso.

Price observó aquellos oblicuos ojos verdosos que recorrían la expedición, inquisidores, antes de fijarse en él. Al parecer, la mujer le veía con tanta nitidez como él a ella, a pesar de lo extraña que fuese la industria de aquella proyección. Le miraba desde las alturas, provocativamente. En su mirada había una curiosa intimidación.

De repente, el asombro y una vaga expresión de alarma asomaron en aquellos ojos leonados, en el momento en que repararon en la malla de oro, la rodela y el hacha amarilla. Pero no por ello dejaron de

Sangre dorada
Jack Williamson

expresar un desafío burlón y, también, una promesa enigmática, aunque extrañamente turbadora. El delgado cuerpo amarillo se abandonó en medio de aquella reunión de serpentinos y dorados anillos. Unos dedos rematados en unas uñas pintadas de rojo agitaron la cabellera de oro rojizo, que ondeó en una cascada deslumbrante.

Price se sintió invadido por un impulso de feroz deseo hacia aquel cuerpo sinuoso, lleno de curvas. Experimentó la urgente necesidad de sostener la mirada burlona de aquellos ojos verdosos y sesgados. Lujuria, no amor. Nada espiritual, nada reverencial.

Se rió mientras miraba a la mujer, chanceándose. Bruscamente, ella echó hacia atrás la sedosa y dorada red de su cabellera y la ira relampagueó en los ojos leonados. No había duda de que le había visto.

Price volvió la mirada hacia la serpiente. Incluso por comparación con la amenazante sombra de la mujer, era grande, y su cuerpo de escamas doradas, más grueso que el de ella. Como una ominosa nube, pendía del cielo que se encontraba sobre la montaña negra, encima del desplegado abanico de flechas luminosas. Plana, triangular, repelente, su gran cabeza los miraba.

Sus ojos rutilantes eran terribles; negros con una pincelada de púrpura, sin parpadear, ardiendo con fría luz. El pulso de Price se hizo más lento, debido al miedo instintivo que sintió cuando se encontró con aquella mirada, y a lo largo de su columna bailaron unas agujas de hielo. Los ojos de la serpiente eran pozos de fría maldad, que refulgían con una sabiduría siniestra, más antigua que la humanidad. Eran hipnóticos.

Price se había preguntado en ocasiones lo que siente un conejo, congelado en el fascinado trance que sufre mientras avanza hacia él, ondulante. En aquel momento lo supo. Sintió el choque frío y mortal de una potencia maligna e irresistible, algo intangible e inexplicable, pero terroríficamente real.

Haciendo un esfuerzo, apartó su mirada de aquellos ojos inmóviles e hipnóticos. Se sorprendió al comprobar que su cuerpo estaba tenso, cubierto de sudor helado.

Volviendo la cabeza hacia atrás, para mirar a la expedición, vio que se había abatido sobre ella una extraña quietud, un silencio casi de muerte. Todos los hombres contemplaban, fascinados, el espejismo. Los comentarios se habían acallado. No se oía ningún grito, ni siguiera de asombro o de miedo.

—¡Atención! —exclamó. Y, después, en árabe—: No miréis a la serpiente. Daos la vuelta. La serpiente no tiene poder sobre vosotros, a no ser que poséis vuestros ojos en ella.

A su lado hubo un profundo suspiro. Era la voz de Yarmud, que decía:

—La Serpiente nos amenaza. Nuestra victoria no será fácil. Sus ojos pueden destruirnos.

—Vamos —Price hizo avanzar a su montura.

—Entonces entona la “Canción del Hacha”. Los hombres tienen miedo.

Sangre dorada
Jack Williamson

Price fue subiendo la voz a medida que desgranaba la canción guerrera del antiguo rey bárbaro cuya armadura llevaba. Una oleada de aclamaciones recorrió la columna; débiles e inseguras al principio, fueron creciendo en intensidad.

Y la larga caravana reanudó su lento avance.

LOS ESPEJOS DE LA MUERTE

A medida que iban pasando las horas y la columna de dromedarios progresaba hacia delante, el sobrenatural espejismo seguía suspendido, ominoso, en el cielo que se encontraba ante ellos, y los ojos pardo-verdosos de la mujer dorada y los globos negro-púrpura de la serpiente no dejaban de mirarla. En ocasiones, el fenómeno parecía curiosamente cercano. A medida que la expedición avanzaba, daba la impresión de que se había ido apartando, de suerte que, en aquel momento, se mantenía a distancia constante.

Price especulaba sobre posibles explicaciones científicas sin llegar a conclusiones satisfactorias. Sabía que el espejismo no debía de ser otra cosa que la colosal reflexión de unas criaturas reales, producida por la aplicación de leyes ópticas que el mundo exterior ignoraba.

Sin embargo, el efecto hipnótico o paralizante de los ojos de la Serpiente le resultaba más desconcertante. Suponía que el reptil dorado poseía sencillamente el leve poder de fascinación de una serpiente cualquiera, aumentado en proporción a su tamaño, y quizá intensificado o amplificado de la misma manera según la cual el espejismo aumentaba su cuerpo.

Los hombres seguían transidos y espantados. El coraje de Fouad y de sus beduinos sólo se mantenía vivo por su confianza en el tanque y en las demás armas invencibles de la banda de farengi. Los Beni Anz se veían sostenidos de un modo similar por la fe en Price, como su libertador sobrenatural.

En muchas ocasiones, la columna detenía su avance. Price, Jacob Garth y Yarmud iban continuamente de la vanguardia a la retaguardia, para animar a los hombres y advertirles que no mirasen al enloquecedor espejismo suspendido frente a ellos, ya que los ojos de la serpiente que formaba parte de él relucían con la fría y mortal fascinación de una antigua y siniestra sabiduría.

Cuando se acercaron a la montaña, Price envió exploradores.

A cinco millas de la negra masa basáltica, el frente de la columna llegó al margen de la depresión de un wadi, un valle de mil yardas de ancho. Cuando tres exploradores, montados en veloces hejins, estaban en medio de aquella superficie, las pequeñas colinas negras coronadas de lava de la margen opuesta, cobraron una amenazadora vida.

Varias docenas de hombres vestidos de azul aparecieron sin saber de dónde, empujando hacia la cresta de la colina más elevada unos espejos con forma de paraboloides elípticos que brillaban al sol, sostenidos por armaduras metálicas, como el que, en el desfiladero, había matado al árabe Ahmed con un invisible rayo de frío.

Los grandes paraboloides oscilaron y relucieron al sol. De ellos brotaron unos extraños relámpagos violetas, que, curiosamente, hacían daño a la vista.

Nada más divisar al enemigo, los tres exploradores volvieron grupas y emprendieron una alocada huida, que no fue lo suficientemente rápida para permitirles escapar de los espejos. El dromedario que iba al frente tropezó y cayó. Jinete y montura se hicieron añicos al chocar contra el suelo, debido a que sus cuerpos se habían enfriado súbitamente, hasta el punto de convertirse en quebradizos. Los fragmentos no tardaron en quedar plateados por el hielo.

Un instante después, el segundo hombre cayó, en un torbellino de copos de nieve. Y después el tercero, rompiéndose como si fuese de cristal.

El miedo barrió la columna que permanecía en las bajas colinas de lava que dominaban el wadi. Habían podido soportar la permanente amenaza del espejismo porque estaba lejos, y sólo era real a medias. Pero aquellos espejos congeladores eran tan terroríficamente extraños como inminentemente peligrosos. Los beduinos y los Beni Anz se agitaron, incómodos; pero, viendo que Price y Jacob Garth seguían al frente, mantuvieron sus posiciones.

La defensa fue organizada rápidamente. Garth dejó escuchar su profunda voz, al impartir órdenes precisas. Los cañones de montaña Krupp, las cuatro ametralladoras Hotchkiss y los dos moteros Stokes fueron desembalados rápidamente y situados en posiciones cubiertas a lo largo de la cresta de la colina.

Los hombres del jeque Fouad el Akmet se agruparon detrás del tanque para seguirle en la primera carga. Los cuatrocientos cincuenta guerreros de los Beni Anz, armados, salvo un centenar de arqueros, sólo con largas espadas y lanzas, permanecerían en retaguardia, pues formaban la reserva.

Los dos pequeños cañones comenzaron a disparar con regularidad, vertiendo sobre el otro extremo del wadi un diluvio de sibilante shrapnel. Las ametralladoras Hotchkiss rompieron a cantar con su tableteante música, y los francotiradores, tumbados en el suelo, hicieron ladrar a sus fusiles.

Durante algunos minutos más, los espejos relampaguearon con un cegador resplandor violeta. Pequeños torbellinos de ventisca aparecieron en el aire que rodeaba a los artilleros, y varios hombres cayeron, castañeteándoles los dientes, temporalmente paralizados. Pero, al parecer, la distancia era demasiado grande para que los espejos resultasen efectivos. De nuevo fueron llevados detrás de la cresta de lava, fuera de la vista.

Price y Jacob Garth, cerca de donde estaban los cañones, observaron con sus prismáticos el extremo opuesto del wadi. Una docena de formas inmóviles, vestidas de azul estaban desperdigadas por el suelo, víctimas de las balas y de las explosiones del shrapnel. Pero las que quedaban vivas habían desaparecido.

Sangre dorada
Jack Williamson

—Ahora nos toca a nosotros —observó Garth, tan sereno e inexpresivo como siempre—. No podemos permitirnos dejarles la iniciativa. Y la munición de los Krupp no nos durará toda la vida.

Se volvió y comenzó a impartir órdenes.

El tanque de blindaje gris franqueó pesadamente la cresta de la colina. Bajó su pendiente a toda velocidad y pareció a punto de desarmarse mientras pisaba el pétreo suelo del wadi, con las ametralladoras tableteando. Tras él iban a la carrera los beduinos de Fouad, con sus nuevos fusiles Lebel.

En una carga carente de disciplina, pero espléndida, los árabes se lanzaron en pos del tanque, disparando sus armas en el transcurso de su larga carrera. Cuando habían cruzado la mitad del valle, los espejos congeladores fueron emplazados en la colina que se alzaba enfrente de ellos, saliendo de unas trincheras ocultas.

Un árabe cayó, junto con el animal que montaba, en un amasijo congelado de fragmentos pulverizados. Otro, y dos más, cayeron en medio de nubes de reluciente hielo. Instantes después, el tanque quedó bañado de blanco, resplandeciendo con tonos plateados.

Durante unos pocos segundos, siguió avanzando. Price esperó que su blindaje hubiese podido resistir el efecto del rayo; recordó lo cerca que había estado de congelarse dentro de él, tiempo atrás, en el paso de Jebel Harb. El rugiente motor vaciló y murió. El tanque patinó, mostró uno de sus flancos al enemigo y se quedó silencioso e inmóvil, como un fantasma plateado de lo que había sido. Durante un breve instante, Price sintió pena por el viejo Sam Sorrows.

Aunque los Krupp y las ametralladoras seguían lanzando su lluvia de muerte sobre las dotaciones de azul de los espejos, el fracaso del tanque acabó con la moral de los árabes. Haciendo volver grupas a sus dromedarios, lanzados a la carrera, emprendieron una huida desordenada, en el transcurso de la cual cayeron otros dos más.

El desastre estaba desagradablemente cercano, pensó Price. El arma más poderosa de los farengi había sido víctima de los espejos congeladores. Otro fracaso como ése, y los árabes huirían presa del pánico.

—¿Quiere intentar una carga con sus indígenas, Durand? —preguntó Garth—. Es nuestra última posibilidad. Estaremos inermes cuando se nos haya acabado la munición.

Price miró al otro lado del wadi, entornando los ojos. Costaría muchas vidas ganar la colina de enfrente; pero, si se retiraban, entonces los Beni Anz jamás volverían a tener el valor de avanzar de nuevo.

—De acuerdo —dijo a Garth.

—Buena suerte. Los cubriremos —el hombre obeso le estrechó la mano con su blanda zarpa que era sorprendentemente fuerte.

Cinco minutos después, Price bajó al wadi, haciendo girar el hacha dorada y levantando la voz mientras entonaba el bárbaro canto de Iru. Tras su hejin de carreras marchaban los guerreros Beni Anz, en largas e irregulares filas y en grupos dispersos, separados a propósito.

Sangre dorada
Jack Williamson

Media milla delante se encontraba la colina baja, coronada de lava, resplandeciente por la decena de enormes y móviles espejos que se encontraban en su cumbre. Alrededor de ellos se hallaban varios hombres vestidos de azul; aunque muchos caían por el fuego de Garth, otros salían de las trincheras ocultas para reemplazarlos.

Las patas del dromedario golpearon el suelo de piedra con un vasto sonido hueco, que parecía un trueno. Entonces brotaron ardientes y exultantes gritos, que repetían algunas estrofas de la “Canción de Hacha”: “Mata... Korlu, la perdición roja... que bebe sangre vital... guardiana de la puerta de la muerte”.

Los espejos parabólicos oscilaron y giraron, relampagueando con el doloroso tono violeta.

Price no miró hacia atrás. Repitiendo con un rugido la “Canción del Hacha”, cargó de frente; pero escuchó los gritos de terror y los nítidos sonidos de algo haciéndose añicos, como si una miríada de cristales de ventana se partiesen al unísono... Era el sonido de hombres y dromedarios helados, quebrándose en mil fragmentos entre las rocas.

Una bofetada de aire helado le alcanzó en el rostro, llena de una bruma de minúsculos cristales de hielo en suspensión... sofocándole. Un rayo congelador había caído peligrosamente cerca.

Prosiguió avanzando. El salvaje martilleo de cascos que le seguía no se debilitó.

Finalmente, el dromedario de Price se lanzó hacia lo alto de la colina, en dirección al espejo más próximo. El paraboloide elíptico, grande y resplandeciente, se volvió hacia él: una placa de metal plateado de seis pies de altura, instalada sobre un delicado y complejo mecanismo.

Dos túnicas azules se encontraban detrás de él, con la reluciente marca de la Serpiente sobre sus frentes. Mientras uno de ellos hacía girar el espejo, otro manipulaba una pequeña llave.

Price vio un aura violeta vibrar alrededor del metal plateado.

Pero ya había lanzado su dromedario contra la máquina. Ésta cayó al suelo, con un estruendo de metal aplastado. También el hejin se cayó a todo lo largo. Price saltó rápidamente de la silla y se lanzó hacia los dos individuos ataviados con túnicas azules, empuñando la gran hacha.

Todo aquello tuvo lugar con la desordenada rapidez de un sueño.

En un instante, una docena de hombres-serpiente vestidos de azul habían rodeado a Price, armados de amenazantes yataganes de hoja amarilla y doble filo. En el siguiente, la carga de los Beni Anz los derribó como una ola infatigable.

El fuego de los Krupp y de las ametralladoras cesó en cuanto alcanzaron la cresta. Y los espejos de frío dejaron de funcionar a medida que sus dotaciones iban siendo neutralizadas por los guerreros montados en dromedarios.

El salvajismo de la batalla hizo estragos durante unos pocos minutos a lo largo de la cresta de la colina, en la que no se dio ni recibió cuartel. Doscientos de los Beni Anz yacían muertos sobre el suelo del wadi, pero los que consiguieron sobrevivir y llegar a la colina se cobraron un precio terrible por sus camaradas caídos.

Sangre dorada
Jack Williamson

Un breve momento de confusión. Los hombres-serpiente con ropajes azules se congregan alrededor de los espejos. Los dromedarios avanzan entre ellos, aplastando, coceando, mordiendo con sus amarillentos colmillos. Hombres y animales caen ante flechas, yataganes y lanzas.

Price, a pie firme, resistía. La gran hacha bebía sangre y el bárbaro canto de Iru seguía sonando.

Y entonces, abruptamente, sorprendentemente, se ganó la batalla.

A lo largo de la cresta de la colina se levantaban los grandes espejos, retorcidos, destrozados. A su alrededor y en el suelo de las trincheras poco profundas excavadas en la lava, yacían inertes gran número de cuerpos, con ropajes azules, ensangrentados: los siervos de la Serpiente, que habían luchado hasta el último hombre. Aquí y allá se veían dromedarios muertos o moribundos. Los supervivientes de los Beni Anz, que no llegaban a más de la mitad de los que habían comenzado la carga, desnudaban a toda prisa a los muertos, cargando el botín en sus dromedarios.

Tras ellos se extendía el siniestro suelo negro del wadi, salpicado de blanco, los fragmentos de lo que habían sido hombres y dromedarios, además del plateado y silencioso tanque.

Price miró hacia la montaña.

Cinco millas más lejos, en medio de la lúgubre y sombría desolación de los campos de lava, se levantaban sus formidables formaciones basálticas; negros y ciclópeos pilares y columnas, elevándose hasta más de dos mil pies, rematados por el reluciente esplendor de la blancura marmórea y del bruñido gualda del palacio de la Gente Dorada.

Desde la cúpula de la más alta y resplandeciente de sus torres seguía brotando el abanico de los haces luminosos de tonos rosa y topacio. Por encima de ellos, el sobrenatural espejismo continuaba en el cielo. Desafiando a los hipnóticos ojos de la serpiente, Price se aventuró a mirarlo de nuevo.

La mujer amarilla, siempre al lado de la serpiente gigante, a la que seguía acariciando, se enfrentó a su mirada con una sonrisa burlona, de desdén, y encogió sus esbeltos hombros amarillos, como si dijera: “Quizás hayas vencido, pero... ¿y después?”.

—¡Malikar! —gimió uno de los árabes, presa del terror súbito—. ¡Viene Malikar! ¡Montado en el tigre dorado!

Apartando sus ojos del espejismo, Price vio al tigre dorado cruzando la llanura de lava, como si viniese de la montaña. Un animal gigantesco, que daba la talla de un elefante adulto, llevaba encima el howdah de ébano, en donde se encontraba sentado Malikar, el hombre de oro.

Aun a varias millas de distancia, el felino gigante reducía las distancias a una velocidad sorprendente. Obviamente aterrorizados, los guerreros Beni Anz reunieron a toda prisa el botín que les quedaba por recoger y comenzaron a conducir sus cabalgaduras hacia el wadi.

16

LOS EXTRAÑOS OJOS DE LA SERPIENTE

Era mediodía. La implacable llama blanca del sol se abatía sobre la estéril llanura volcánica, detrás de cuyos límites se acercaba a la carrera el tigre amarillo, y hería las escarpadas pendientes de lava que se encontraban bajo el imponente cono basáltico de la Hajar Jehannum. No soplaba el viento; el aire temblaba bajo el lacerante calor.

Tras unos instantes de reflexión, Price decidió retirarse al wadi, que acababa de cruzar al precio de tantas vidas humanas, para esperar la llegada de Malika. No le gustaba retroceder ante un solo hombre. Pero como no estaba seguro de que Malika lo fuera, quería encontrarse cubierto por los cañones de Jacob Garth.

A medio camino del suelo rocoso, donde los macabros montones de restos blancos se estaban volviendo rojos, hizo detenerse a los árabes y aprovechó para enviar un mensaje a Jacob Garth, en el que le informaba de la victoria de la colina, previniéndole de la inminente llegada de Malika.

Muy pronto, el tigre amarillo apareció sobre la colina, entre los destrozados espejos congeladores y los cadáveres de azul. Durante un instante, la gigantesca fiera permaneció inmóvil, mientras Malika, sentado en el howdah, miraba a su alrededor.

Entonces los cañones Krupp comenzaron a disparar de nuevo. Price escuchó el silbido de los shrapnel por encima de su cabeza. Y vio una nube de humo blanco elevarse cerca del tigre inmóvil, allí donde estaban cayendo las granadas de gran poder expansivo.

Entonces sucedió algo extraño.

Malika se levantó del howdah y se volvió para mirar el espejismo que aún permanecía en el cielo de encima de la montaña negra. Acto seguido, alzó los brazos, como si ordenase algo.

La mujer amarilla miró a la serpiente y pareció que hablaba con ella.

Gigantesca, increíble, con las brillantes escamas resplandeciéndole con tonos metálicos de amarillo jantina, la gran serpiente se agitó en el cielo. El extremo de su cabeza, plano y en forma de cuña, se irguió sobre la delgada y reluciente columna de oro de su cuello, y comenzó a oscilar de un lado para otro, lenta y regularmente, con un resplandor hipnótico en sus ojos de color negro-púrpura.

Price intentó apartar sus ojos de la serpiente... ¡y no pudo! Extraños y fríamente maléficos, aquellos oscilantes e hipnóticos globos le sumían en una siniestra fascinación. Tenía paralizado todo el cuerpo. Apenas podía respirar. La cabeza le latía con tremendo dolor; su garganta estaba seca y contraída; sentía frío en los miembros.

El sonido de los disparos de los cañones, al otro lado del wadi había cesado; Price supo que los demás también habían sido presa de aquella increíble parálisis.

De un brillante negro-púrpura, los ojos de la serpiente relucían con la fría fuerza de la maldad absoluta. Un siniestro saber se encontraba en su interior..., más viejo que las razas de los hombres. Una avasalladora e irresistible voluntad.

Price hizo esfuerzos para moverse. Una parálisis mortal se había apoderado de él. Un peso en el cerebro le impedía pensar; la cabeza le daba vueltas. Se ahogaba. El frío se iba abriendo paso por sus miembros, que se le iban quedando entumecidos.

Pero no iba a rendirse. No iba a dejar que le hipnotizase una serpiente. Ni aunque fuese una serpiente de oro, en un espejismo de locura. Era una cuestión de voluntad. ¡Nadie iba a sojuzgarle!

Su cabeza se volvió, involuntariamente, para seguir los oscilantes ojos de la serpiente. Tensó los músculos del cuello, luchando para mantener la cabeza inmóvil, para mirar hacia el suelo.

Entonces, todo su cuerpo permaneció en tensión. Tuvo la increíble sensación de que la serpiente, consciente de sus esfuerzos aumentaba la potencia hipnótica que le encadenaba. Price apretó las mandíbulas y agachó la cabeza.

Tuvo que poner en aquel empeño toda su voluntad. Y una cuerda de maldad pareció romperse. Estaba libre. Débil, temblando, con una sensación de náusea en el hueco del estómago... ¡pero libre! Se atrevió, incluso, a volver a mirar a los ojos de la serpiente. Y la espantosa parálisis no volvió. Acababa de demostrar que era el más fuerte.

Price se volvió, titubeando. Y vio un espectáculo indescriptible.

A su lado, de pie como él, se encontraba una veintena de guerreros Beni Anz. Todos se habían quedado rígidos por efecto de la parálisis, mirando fijamente al espejismo. Un terror mudo e impotente se leía sobre sus rostros pálidos y cubiertos de sudor. Sus ojos estaban vidriosos y respiraban débilmente, casi ahogándose. Y Malika los estaba matando.

El gigante dorado había desmontado del tigre amarillo, que se encontraba a cuarenta yardas de distancia. Rápidamente, pasaba de uno a otro de aquellos hombres, inmóviles en su parálisis, mientras les hundía en el pecho, metódicamente, una larga espada de doble filo.

Los hombres seguían con la rigidez de su parálisis, mirando fijamente al fatal espejismo, girando la cabeza ligeramente para seguir los oscilantes e hipnóticos ojos de la serpiente. Un horror desnudo e impotente se leía en sus rostros, no eran conscientes de la proximidad de Malika.

El hombre amarillo trabajaba rápidamente, hundiendo su hoja con diestra pericia en los desprotegidos pechos, retirándola de un tirón cuando empujaba hacia atrás a sus víctimas, para hacerlas caer entre borbotones de sangre roja.

Indignado, a punto de enfermar del horror que le producía ver aquello, Price gritó algo y saltó hacia él.

Sangre dorada
Jack Williamson

Malikar se volvió súbitamente, con sus rojas vestiduras mojadas de sangre fresca. Durante un momento, pareció alarmado, y se quedó inmóvil, con un miedo inconfundible en sus ojos pardos, carentes de profundidad. Entonces se dirigió al encuentro de Price, blandiendo su espada manchada.

Price bloqueó la estocada con su rodela dorada e hizo ondear el hacha. El hombre amarillo se echó hacia atrás; pero, cuando la hoja del hacha le arañó en un hombro, la espada ensangrentada se le escapó de los dedos, cayendo sonoramente al suelo.

Price se lanzó hacia delante en aquel suelo rocoso para aprovecharse de su ventaja. Pero la suerte estaba en su contra. Pisó una piedra suelta y resbaló, cayendo pesadamente de rodillas.

Mientras titubeaba e intentaba ponerse de pie, Malikar se alejó de un salto, cogió un pesado bloque de lava y se lo lanzó. Price intentó, en vano, esquivarlo. Sintió el impacto del proyectil en su cabeza; al mismo tiempo, una llama carmesí pareció explotar, abrasando todo su cerebro.

Cuando Price se incorporó con un gemido, el sol acababa de ponerse. El frío viento que le había despertado soplaba desde la negra montaña que se encontraba al norte de aquella extensión de lúgubre lava. Bajo la rosada y evanescente luz, el palacio de blanco y oro que se erguía sobre las amenazadoras paredes se asemejaba a una esplendorosa corona. Y el espejismo había desaparecido.

Price se despertó en el lugar donde Malikar le había derribado. El pétreo suelo del wadi aparecía rojo del amasijo de carne tajada y huesos rotos. Cerca de él estaba la veintena de hombres, ya cadáveres, que Malikar había atravesado mientras se hallaban indefensos y contemplaban con terrible fascinación la serpiente, y sus oscuros abbas y blancos kafiyehs tenían manchas escarlatas.

Estaba a solas con los muertos. Malikar se había ido, llevándose al tigre. Lo mismo que los Beni Anz, los hombres de Fouad y los de Jacob Garth. Pero la tanqueta aún seguía allí, donde el rayo de frío la había detenido, en medio del wadi.

Con un pesado y embotado sentimiento de desesperación, Price comprendió que, una vez más, Malikar le había vencido. Recordó amargamente la piedra que se había movido bajo su pie. La suerte de Durand le había fallado de nuevo.

Sus aliados debían de haberse retirado de mala manera, a toda prisa; quizá habían conseguido vencer el encantamiento del espejismo, como él, y emprendido la huida. El abandono del tanque, de él mismo y de lo que quedaba en los cadáveres que en aquel momento le rodeaban, eran pruebas suficientes de la misma.

Sabía que después de aquel revés, los Beni Anz no volverían a seguirle. Iru habría caído en descrédito y Aysa —la adorable Aysa de los mil temperamentos, seria y sonriente, reservada y alegre, extraña y audaz fugitiva de la desolación del desierto— Aún seguía encerrada en la fortaleza de la montaña que tenía enfrente, más perdida y con menos esperanzas que nunca.

Sangre dorada
Jack Williamson

Un proyectil rozó la cabeza de Price y fue a estrellarse sorprendentemente en la desnuda lava. Oyó el ruido de unos pies que corrían, y después un grito de rabia y odio. Todavía aturdido, y lento de movimientos, Price se puso en pie con dificultad, y se volvió para enfrentarse al asaltante que se había acercado furtivamente hacia él a la luz del crepúsculo.

Con el amenazante yatagán en alto, el hombre cargaba hacia él en la penumbra, a una docena de yardas de distancia. Era un árabe alto, vestido con un extraño traje azul con capucha. Debía de ser, como Price, un superviviente de la batalla. Cojeaba mientras corría, o saltaba grotescamente. Y uno de los lados de su rostro era un horror rojo, en mitad del cual, un enloquecido ojo, milagrosamente ileso, ardía con odio fanático. En lo alto de la frente llevaba la reluciente marca amarilla de una serpiente enroscada.

EL ESCLAVO DE LA SERPIENTE

Cuando Price Durand se levantó, vacilante, el mundo comenzó a moverse y a dar vueltas a su alrededor. El dolor resonaba en su cabeza. Vaciló, y luchó para conservar el equilibrio, mientras el pétreo suelo del wadi, salpicado de cadáveres, le envolvía como un torbellino. La negra y basáltica masa de la Hajar Jehannum, con su corona de oro y mármol, lúgubre en el rojo atardecer, estaba ora a un lado, ora a otro. Una ola de negrura se elevó a su alrededor, y después se retiró. Entonces, el bailoteante desierto se quedó quieto.

Durante un momento, Price perdió de vista a su atacante. Cuando volvió a ver al árabe, éste avanzaba hacia él, con aire feroz, a pesar de su cojera, haciendo ondear su yatagán. Como llevaba a rastras una pierna, avanzaba con una serie de saltos. La mitad de su rostro era una tremenda herida, una mueca escarlata; en sus ojos se leía el ansia del asesino.

Price luchó para dominar su vértigo y retrocedió, titubeando, para ganar tiempo. La pesada hacha de oro descansaba en el suelo, detrás de él, pero en aquel momento no tenía tiempo ni fuerza para ir a cogerla y empuñarla.

Titubeó sobre el suelo de áspera lava, vaciló y recobró el equilibrio con dificultad. Entonces sintió que comenzaba a volver parte de su fuerza.

En un instante, el hombre-serpiente estaba encima de él, silencioso, respirando con rápidas y sonoras boqueadas, como si fuese un animal perseguido o le impulsara algún hado salvaje y fanático. El yatagán de doble filo se elevó en el aire, y Price se lanzó adelante, bajo la hoja, aferrando con una mano el brazo del árabe que tenía el arma.

La loca carrera emprendida por el herido le hizo chocar contra Price. A pesar de que el brazo de éste intentase apartar el yatagán, su hoja dorada le golpeó en el costado, rozando la cota de malla amarilla que llevaba. A continuación, rodeó con sus brazos al hombre-serpiente, y ambos cayeron enlazados en un abrazo al suelo de piedra.

Con demoníaca energía, el árabe intentó liberarse para usar su maligna espada. Price mantuvo desesperadamente su presa, mordiéndose los labios para vencer el mareo que sentía.

Sufriendo sólo contusiones y agotamiento, con los músculos relajados por el largo período de inconsciencia, Price iba recobrando sus fuerzas gracias a la acción. Y el hombre-serpiente, habiendo perdido mucha sangre, animado sólo por un odio ciego y demente, comenzaba a derrumbarse.

Sangre dorada
Jack Williamson

Sus esfuerzos fueron decayendo y, de repente, quedó inerte entre los brazos de Price, desvanecido. La herida del costado le sangraba, ya que se había abierto de nuevo al luchar.

Apropiándose del yatagán, Price se alejó un poco, permaneciendo de pie, sin resuello, observando con desconfianza al hombre-serpiente.

—¿Señor Durand?

Price se sobresaltó al escuchar, de improviso, aquellas dos palabras en tono de interrogación, muy cerca de él. Se dio rápidamente la vuelta y se encontró con el larguirucho Sam Sorrows, su amigo de Kansas, que llegaba por detrás, cargado de todo tipo de objetos.

—¡Hombre, Sam! —exclamó.

—Supuse que sería usted, señor Durand, a pesar de esa cota de oro. No sabía que quedara vivo nadie más.

—Ni yo, Sam. Pero éramos tres.

—¿Tres?

Price señaló al árabe, que aún seguía inconsciente.

—Átele —dijo Sam—, y véngase al tanque. Con este botín podremos cenar los dos —y señaló con la cabeza el cargamento que llevaba encima.

Price ató al hombre-serpiente en puños y tobillos con los kafiyehs que tomó de los guerreros Bení Anz que habían muerto, hizo un vendaje de circunstancias en la herida abierta de su costado, que era poco profunda y sin importancia, y siguió a Sam Sorrows al interior del tanque, donde el hombre mayor acababa de dejar su cargamento: saquitos de dátiles secos, harina sin refinar, carne de dromedario, con más polvo que otra cosa, y un odre lleno de agua fresca.

—Encontré todo esto en las trincheras —comentó, apuntando con la cabeza hacia el otro extremo del wadi.

Apoyándose en la mole gris de metal que se recortaba en el crepúsculo, comieron y bebieron.

—¿No le alcanzaron los espejos, cuando iba en el tanque? —preguntó Price al cabo de un tiempo.

—Sí. Mawson, el inglés, iba conmigo. Está muerto. Yo iba conduciendo. Supongo que estaba más protegido. Pero he debido de estar fuera de combate durante un buen rato.

“Me sentía terriblemente mal cuando volví en mí. Hacía más frío que en el Hades, y no hacía más que temblar. Mawson seguía allí, completamente tieso. Intenté arrastrarme y salir a la luz del sol. Saqué la cabeza por la escotilla y vi un montón de árabes alrededor del tanque. Todo estaba en calma. Y todos miraban al espejismo, a aquella maldita serpiente. La cosa oscilaba de un lado para otro. Los había embrujado a todos. ¡Sólo me atreví a echarle un vistazo, puede creermelo!

“Entonces vi al viejo tigre, allí cerca, tan grande como un elefante, con una silla en el lomo. Y un hombre amarillo, delante de él, que iba atravesando a los tipos que seguían mirando el espejismo.

“En ese momento usted saltó hacia el tipo amarillo y él le dejó inconsciente con una piedra.

Sangre dorada
Jack Williamson

“Me parece que, por aquel entonces, algunos de los demás ya habían conseguido liberarse del maldito encantamiento. Oí los cañones disparar una o dos veces y las granadas de fragmentación silbar sobre nosotros. El hombre amarillo volvió corriendo a su tigre y los árabes emprendieron la retirada. En aquel momento me volví a desvanecer.

—¿Y Jacob Garth? —preguntó Price—. ¿También se fue?

—Supongo que sí. Cuando me desmayé me dio la impresión de que se disponían a recoger la artillería. Imagino que ya había tenido bastante.

—¿Qué pensaba hacer usted?

—Me sentía bastante mareado cuando me desperté, hará cosa de una hora —el hombre mayor esbozó una sonrisa—. Así que fui a buscar comida. Pensaba dormir en el tanque esta noche e intentar alcanzar el oasis por la mañana. ¿Le parece bien? Así estaríamos en él a mediodía.

Price se contentó con mover la cabeza, asintiendo. Estaba pensando.

Volviendo al lado de su cautivo una hora después, Price descubrió que el hombre-serpiente había recobrado el conocimiento. Después de debatirse durante un momento contra sus ligaduras, permaneció inmóvil, mirando fijamente a Price con ojos llenos de odio.

—¿Quién eres? —preguntó Price en el árabe arcaico de los Beni Anz.

El otro no contestó, pero por el obstinado movimiento de su cabeza a la luz de la luna, Price supo que le había comprendido.

Regresó al tanque, donde Sam Sorrows revisaba el motor, en previsión de una salida anticipada, y cogió una cantimplora medio llena de agua. La agitó ruidosamente cerca del hombre y repitió la pregunta.

Después de media hora, el árabe se movió y una voz brotó de la roja ruina que era su rostro:

—Soy Kreor, un esclavo de la Serpiente, a las órdenes de Malika, Sacerdote de la Serpiente.

Y gimió, pidiendo la cantimplora.

—No —dijo Price—. Si quieres beber, tendrás que contarme más cosas y prometerme tu ayuda.

—He jurado fidelidad a la Serpiente —dijo el hombre, con un silbido—. Y tú eres Iru, el antiguo enemigo de la Serpiente y de Malika. Los ojos de la Serpiente me perseguirán y me matarán si la traiciono.

—Velaré para que seas mi dakhile, mi protegido —le aseguró Price—. Olvida la Serpiente, si quieres beber, y sírreme.

El árabe quedó en silencio durante un largo rato, siguiendo fijamente y con desprecio el recorrido en el cielo de la luna. Price comenzó a apiadarse de él, y estaba a punto de renunciar a sus planes, cuando el hombre-serpiente musitó:

—Así sea. Renuncio a la Serpiente y a servir a Malika en nombre de la Serpiente. Soy tu esclavo, Iru... ¿Y también tu dakhile?

Sangre dorada
Jack Williamson

—También —le aseguró de nuevo Price.

Pero la voz del árabe tenía una nota de astuta duplicidad que no le agradó. Le hubiera gustado que la luna diese más luz para poder ver el rostro de aquel hombre.

—Ahora dame agua, señor Iru.

Price reprimió nuevamente sus sentimientos.

—Antes tienes que probar tu fidelidad. Contéstame a esta pregunta: ¿Dónde está la joven llamada Aysa, a quien Malika se llevó de Anz?

El hombre-serpiente dudó, contestando a regañadientes:

—Aysa duerme en las brumas de oro, en la madriguera de la Serpiente.

—¿Qué significa eso? ¿Dónde está esa madriguera?

—Bajo la montaña. En el templo que se yergue sobre el abismo de las brumas de oro.

—Dices que duerme. ¿A qué te refieres? —el pánico asomó en su voz—. ¿Quieres decir que está muerta?

—No. Duerme el largo sueño del vapor dorado. Malika la honra. Irá a formar parte de la Gente Dorada.

—Mejor será que me lo expliques más detenidamente —dijo Price, en tono de amenaza—. Cuéntame una historia verosímil si quieres beber. ¿Qué es eso de la bruma dorada?

Nuevamente el árabe dudó, mientras le miraba fijamente con una mirada astuta, donde el odio aún no había muerto. Price agitó la cantimplora; el otro cedió.

—De las cavernas que hay bajo la montaña brota el vapor de oro, el hálito de la vida. Quienes lo respiran se duermen. Y mientras duermen se convierten en seres dorados, como Malika, e inmortales.

—Entonces, ¿Aysa está a punto de transformarse en uno de ellos? —preguntó Price, incrédulo.

—Sí. Su sangre pronto será dorada. Cuando despierte será la Sacerdotisa de la Serpiente. Así se explica que Vekyra esté furiosa al enterarse de que Malika ya se ha cansado de ella.

—¿Vekyra? —inquirió Price—. ¿Quién es?

—La antigua Sacerdotisa de la Serpiente. Una mujer dorada. Sacerdotisa... y amante de Malika.

—¿Será la que vi en el espejismo, encima de la montaña?

—¿En el cielo? Sí. También es la Dueña de la Sombra. Vekyra posee poderes que le son propios. Malika no se desembarazará fácilmente de ella.

Price no confiaba en aquel hombre. Apenas se puede esperar la verdad de un prisionero atado y reducido a la impotencia que, tan sólo una hora antes, saltó a la garganta de uno. Además, un tono de odio y de chanza, escasamente velados, se insinuaban una y otra vez en su voz. Pero, obviamente, el árabe no quería morir. Podría sacarle alguna ayuda, posiblemente alguna información verídica. Todo se reducía a un juego de voluntades.

¿Acaso Aysa estaba a punto de convertirse en otro monstruo dorado, gracias a alguna química diabólica? Era muy posible que se tratase de una mentira absurda del hombre-serpiente. Pero aquella

Sangre dorada
Jack Williamson

historia tenía cierta plausibilidad siniestra que alertaba y ponía los nervios de Price en tensión.

—¿Conoces algún camino por el que pudiéramos deslizarnos furtivamente en la montaña hasta el lugar donde se encuentra Aysa? —preguntó Price—. ¿Aquel túnel está siempre guardado?

Kreor permaneció en silencio; temblaba.

—¡Respóndeme! —exigió Price—. Dime si puedes conducirme hasta donde se encuentra la joven.

—La ira de la Serpiente y de Malikar... —rezongó el árabe.

—Recuerda que eres mi dakhile.

—Pero estoy herido —protestó el hombre-serpiente—. Jamás podré llegar hasta la montaña.

—Tus heridas no son serias —le aseguró Price—. Mañana podrás caminar, aunque quizá te resulte un poco doloroso. Habla.

—Jamás podrás franquear las puertas. Siempre están cerradas y guardadas.

—¿No hay otro camino?

El hombre dudó nuevamente y se retorció en el suelo.

Lo hay, señor Iru. Pero es muy peligroso.

—¿Cuál?

—En el extremo superior de la pared norte de la montaña hay una grieta que conduce a una gran cueva. De esta cueva sale un camino que lleva a los túneles que descienden a la bruma dorada. Pero el peligro es grande, Iru. La escalada no es fácil; por encima de la madriguera de la Serpiente hay guardias.

—Iremos a ese lugar —dijo Price, con voz templada—, en cuanto puedas caminar. Y que la desgracia caiga sobre ti si no me has dicho la verdad.

Entonces dejó que bebiera. Trajo alimentos del tanque, le quitó las ataduras de las manos para que pudiese comer, y volvió a atarle.

Aquella noche, Price y Sam Sorrows durmieron por turnos. Mientras Price estaba sentado, apoyado en el tanque, durante las largas horas de su guardia, con el punzante aire del desierto a su alrededor y las frías estrellas mirándole desde lo alto, meditó largamente sobre el curso que habían tomado sus aventuras en aquel mundo perdido, y sobre lo que debería hacer a la mañana siguiente.

Por la mañana, podría regresar a El Yerim con el tanque y la aventura habría terminado. Los Beni Anz, podrían jurarlo, no combatirían de buen grado bajo su mando; el viejo Yarmud recordaría que había negado ser Iru. Y difícilmente podría unirse al grupo de Jacob Garth, dado el odio que le profesaba Joao de Castro.

Si volvía, no le quedaba por hacer otra cosa que procurarse un dromedario, o dos, y partir en busca de la civilización. Jamás podría resolver los extraños misterios con los que se había enfrentado: el misterio del espejismo, el de la Gente Dorada. Y, lo que era infinitamente peor, jamás volvería a ver a Aysa.

Por otra parte, podía quedarse con Kreor hasta que se recuperase y asaltar, solo, la montaña. Era un plan desesperado. Era obvio que el

Sangre dorada
Jack Williamson

árabe le odiaba y que le traicionaría en cuanto se le presentase la ocasión. Y era seguro que no le faltarían ocasiones.

La probabilidad de salir vivo de la montaña parecía extremadamente escasa. Sin embargo, Price no tuvo ninguna duda. La decisión era inevitable.

—A mediodía volvemos al campamento —predijo con buen humor el larguirucho de Sam Sorrows, mientras se desayunaban.

—No iré con usted —comentó Price.

—¡Cómo!

—Voy a intentar penetrar en la montaña por mi cuenta. Obligaré a ese pajarraco azul a que me guíe. Nos esconderemos aquí hasta que pueda caminar.

—Pero, señor Durand... —protestó el buen hombre—. No..., no me resisto a dejarle que emprenda ese viaje, señor. Yo no me fiaría de ese tipo. Es... ¡una serpiente!

—No confío en él. Pero es mi única posibilidad.

Sam Sorrows se quedó mirándole fijamente, hizo una mueca y le estrechó la mano.

—Suerte, señor Durand. Es una empresa insensata, señor. Pero usted quizá lo consiga. Le dejaré el odre y los víveres. Posiblemente pueda encontrar más en las trincheras.

Media hora después, el tanque emprendió el camino de vuelta, pesadamente, hacia el oasis. Atando una larga cuerda al cuello de su prisionero, Price liberó sus tobillos y le condujo a un lugar a cubierto, entre las masas de lava caída, a media milla del wadi. Kreor cojeó y rezongó, pero fue capaz de caminar.

Atándole de nuevo, Price regresó al abandonado campo de batalla para buscar en él alimentos y agua, llevándose todo lo que pudo cargar.

Durante dos días, Price mantuvo atado al árabe, curando sus heridas con sumo cuidado. En los últimos momentos del atardecer del segundo día, mientras Price dormía, el individuo se soltó de sus ataduras.

Alertado por algún incierto aviso de peligro, quizá por algún débil sonido de las pisadas del hombre-serpiente, o por el ruido de su respiración, Price se despertó, levantó la vista y vio que Kreor estaba encima de él y sostenía con ambas manos una enorme y cortante piedra de lava.

ESCARCHA DE ORO

Empuñando la antigua hacha de combate, que siempre tenía a su lado, Price se echó al otro lado de la roca a cuya sombra se había echado. La piedra cayó, aplastándose en el lugar donde había estado su cabeza.

Con un simple movimiento elástico, Price se puso de pie y blandió el hacha. El árabe hizo ademán de saltar hacia él, pero, comprendiendo lo indefenso que estaba ante el hacha, se detuvo, se cruzó de brazos y miró fijamente a Price, con un odio demente en los ojos.

—Mátame, Iru —murmuró el árabe—. Hiere, para que sea bienvenido en el abismo de la Serpiente.

—No hay nada que hacer. Pero esta noche vas a llevarme hasta Aysa. Si eres capaz de matarme, también serás capaz de andar. Disponemos de la suficiente luz de luna. Si intentas cualquier nueva infamia, habrá llegado el tiempo de partirte en dos la cabeza.

El hombre asintió, con una aparente docilidad que a Price le pareció inquietante.

—De acuerdo, Iru. Hasta que los dioses te despierten, no intentaré nada más contra ti.

Price ató la cuerda alrededor del cuello del hombre, para prevenir cualquier intento de fuga por su parte. Se terminaron el agua y los alimentos que les quedaban y comenzaron a atravesar los campos de lava, en dirección hacia los macizos basálticos de la montaña, que adquirirían un aspecto siniestro a la luz de la luna.

Les faltaban cinco millas en línea recta para llegar a la montaña; quizá ocho o nueve por el camino que seguirían hasta la vertiente norte. Price no soltaba la cuerda, obligando a su guía a marchar delante de él. El hombre cojeaba ligeramente, de suerte que, cuando alcanzaron el precipicio, pasaba de la medianoche.

La luna estaba baja; en la sombra de la montaña no se veía nada. Sería imposible, apuntó Kreor, realizar una escalada a oscuras. Descansaron sobre la lava desnuda. El árabe respiraba con cierta fatiga y parecía dormir, mientras Price empuñaba con fuerza el hacha y luchaba contra el sueño.

Mantenía la cuerda tensa. Cerca del alba dejó de estarlo; supo que Kreor se le iba aproximando y dio un tirón de ella. El árabe quedó tendido encima de la roca que estaba cerca de él, exclamando, entre protestas, que sólo se había levantado para desentumecer los músculos.

Con la primera luz del día, comenzaron la peligrosa escalada por una estrecha chimenea que se encontraba entre unas columnas de basalto. El hombre-serpiente iba delante, Price le seguía, con la cuerda atada a la cintura para poder usar ambas manos.

Media hora de penosa ascensión los llevó hasta trescientos pies de altura encima de la cara de la pared más vertical de la montaña. Kreor, que seguía en cabeza, al llegar a un estrecho saliente que le permitió tener libres las manos, comenzó a intentar frenéticamente liberarse del nudo que le oprimía la garganta.

Con toda intención, había elegido el momento preciso en que Price precisaba de todos los dedos de sus extremidades para agarrarse a la roca. Era una carrera desesperada en la que se jugaba la vida; una vez libre de la cuerda, Kreor podría precipitar fácilmente a su captor desde una altura de varios cientos de pies.

Price escalaba con una prisa temeraria. El árabe deshizo el primer nudo; pero él, en previsión de que pudiese ocurrir algo parecido, había hecho varios más.

Al final, temblando y ahogándose por el esfuerzo, Price alcanzó una grieta, disponiendo así de una mano libre. Entonces, cogiendo la cuerda, tiró de ella, de suerte que poco le faltó al hombre-serpiente para caerse del saliente.

—Avanza —ordenó Price—, y mantén la cuerda tirante.

Gruñendo de rabia frustrada, el árabe se deslizó como un cangrejo dentro de una estrecha fisura de encima del saliente. Detrás de él, pero manteniendo siempre la cuerda tensa, Price alcanzó el saliente y penetró a través de la fisura en una caverna pequeña y oscura.

Kreor pasaba de una cámara oscura y húmeda a otra. La luz del día fue disipándose rápidamente; las tinieblas eran abisales. Paredes, techo y suelo eran de piedra tosca y desigual. A veces, casi no cabían por los túneles. En dos ocasiones, tuvieron que arrastrarse, ayudándose de pies y manos.

Una y otra vez, Price advirtió a su guía que mantuviese la cuerda tensa. Continuamente le hacía preguntas, para que sus respuestas, aunque contestadas como susurros, le revelasen dónde se encontraba.

Finalmente llegaron a una caverna mayor. Price no podía estimar su tamaño en aquella completa tiniebla, a pesar de que los débiles sonidos que ambos hacían al avanzar volvían a sus oídos en tensión como si reverberasen en las paredes de una vasta cámara.

Price contó doscientos sesenta pasos, mientras que el árabe, al otro extremo de la cuerda en tensión, le conducía a través de aquellas tinieblas misteriosas. Intentaba memorizar las distancias y la dirección de las vueltas, de forma que, si realmente llegaba a encontrar a Aysa, pudiese conducirla sin peligro hasta la salida.

—Por aquí entramos en los túneles, Iru —dijo Kreor.

—¿Habrás hombres cerca?

—No lo creo. Estos túneles están apartados.

—Vuelve aquí.

Y Price tiró fuertemente de la cuerda, trayendo al hombre de nuevo a la caverna. Kreor emitió un sonoro aullido.

—¡Silencio! —dijo Price, casi silbando—. No voy a matarte. ¡Échate!

Encendió una cerilla para comprobar que el otro le había obedecido. Entonces le maniató, tapándole la boca con un pañuelo y anudando un kafiye al alrededor de su cabeza.

Sangre dorada
Jack Williamson

—Levántate —ordenó—, y condúceme hasta donde está Aysa. Te soltaré si salgo de aquí con ella.

Hosco y a regañadientes, Kreor salió de la caverna tallada en la áspera roca a un túnel, de suelo liso. Un aire fresco y húmedo circulaba por él; debía de servir, pensó Price, para la ventilación.

Ciento ochenta pasos, y el hombre-serpiente giró hacia la izquierda. Entraron en un pasaje más amplio, aunque igual de oscuro. Con paso seguro, el árabe avanzó por él.

Una luz verde se reflejó súbitamente en la pared negra que se levantaba ante ellos; unas sombras bailaron en ella, aumentadas de tamaño, fantásticas.

Con un tirón de la cuerda, Price hizo que su guía se detuviese.

—¿Qué sucede? —preguntó. Entonces, viendo que Kreor era incapaz de responderle, añadió—: ¡Escondámonos! ¡Deprisa!

El hombre siguió inmóvil. Price se sentía desamparado. No tenía ni idea de adónde ir a esconderse. Y cualquier intento para conseguir que el árabe le obedeciese alertaría a los que se aproximaban.

Tres hombres encapuchados de azul entraron en el sombrío pasaje a unas cincuenta yardas de ellos, desde un pasadizo lateral. Dos llevaban unas largas picas de hoja dorada; el tercero, una antorcha que ardía con una extraña y vívida llama verde.

Kreor hizo un fútil intento de gritar a través de su mordaza. Price tiró salvajemente de la cuerda y apretó con más fuerza el mango del hacha.

Los tres recién llegados se detuvieron en el túnel, mientras el portador de la antorcha hacía algún comentario. Los dos piqueros se rieron brevemente, como si se tratase de algún chiste. Y entonces los tres tomaron el sentido contrario.

La luz verde, titilando sobre las paredes, el suelo y el techo, los enmarcaba. Figuras oscuras en un pequeño recuadro verde. El marco fue haciéndose más pequeño. Entonces la luz desapareció; el pasaje doblaba hacia algún lado.

—Tú delante —susurró Price—. Y no intentes otra vez dar la alarma.

De nuevo avanzaban en la oscuridad. El árabe no parecía necesitar luz. Price mantenía tensa la cuerda y contaba los pasos. Kreor dobló nuevamente hacia la izquierda, para tomar un pasadizo que iba en declive, con una pendiente muy pronunciada y que se curvaba progresivamente hacia la izquierda.

La pendiente, estimó Price, era de un pie cada cuatro. Contando los pasos, pudo calcular groseramente el número de pies que había descendido.

Cuando distinguió por primera vez la luz amarilla, habían descendido ochocientas yardas a lo largo del pasaje inclinado. Aquello significaba que el túnel en espiral les había llevado unos seiscientos pies hacia abajo, y quizá unos trescientos por encima del nivel de la llanura que rodeaba la montaña.

Había una difusa radiación dorada, al principio casi imperceptible. A medida que descendían por el silencioso pasaje, mientras el

Sangre dorada
Jack Williamson

malhumorado árabe seguía abriendo la marcha a la distancia que le permitía la cuerda que llevaba al cuello, se fue haciendo más densa, convirtiéndose en una niebla amarilla de minúsculos átomos dorados, que danzaban interminablemente.

En aquel momento podía ver las paredes del pasaje, excavadas en el basalto negro del antiguo corazón del volcán, cinceladas con tanta pericia que las marcas dejadas por las herramientas eran prácticamente indiscernibles. El túnel tenía, posiblemente, unos ocho pies de ancho, con una altura un poco superior, y se curvaba hacia abajo en una gran espiral.

Se encontraba, según estimaciones de Price, a unos doscientos pies por debajo del pasaje iluminado de amarillo, cuando pasaron por el extremo de un túnel horizontal. A pocas yardas de él, Price oyó voces que salían de dentro. Eran de un hombre y de una mujer. Cortantes, excitadas, airadas.

—Vuelve —regañó a Kreor.

Obligó al árabe a entrar en el túnel horizontal. Era de las mismas dimensiones que el otro. Una bruma amarilla, clara y centelleante lo llenaba con una radiación xántica y desprovista de sombra.

Bruma dorada. Ambas palabras acudieron repentinamente al cerebro de Price. El hombre-serpiente le había contado que Aysa dormía en lo profundo de la montaña, rodeada de un vapor dorado que iba cambiando su carne en metal viviente. ¿Sería aquella portentosa luz la bruma dorada? ¿Sería cierta aquella fantástica historia?

Mientras Price seguía al recalcitrante árabe, observó una cosa extraordinaria que se refería a las paredes. Estaban cubiertas de escarcha amarilla. Sobre el negro de jade del basalto, finamente tallado, había una película de cristales relucientes, un delicado encaje de copos dorados. Incluso el suelo estaba espolvoreado de ellos. ¡Escarcha dorada!

Era sorprendente. Los cristales resplandecientes, estaba seguro, debían de haber sido depositados por la bruma amarilla. Aquello significaba que la bruma estaba formada por algún componente volátil de auténtico oro metálico, formado probablemente en el laboratorio natural creado por las fisuras volcánicas que existían bajo la montaña.

Price comprendía, en líneas generales, el proceso de fosilización, durante el cual las células más pequeñas y los tejidos de un animal van siendo perfectamente reemplazados por minerales para convertirse en un registro geológico de una antigüedad de millones de años. Era fácil comprender cómo un proceso semejante podría convertir un animal —o un ser humano— en oro.

Pero, ¿podría tener lugar sin destruir la vida?

Obviamente no, si los tejidos fueran reemplazados por oro puro. Pero aquel vapor amarillo no podía ser de oro puro. Para existir en forma de vapor a temperatura ambiente, éste debiera haber sido tan volátil como el agua.

El agua es la base de la vida, de todos los componentes protoplásmicos. ¿No tendría aquella bruma amarilla algún

Sangre dorada
Jack Williamson

componente de oro, destilado en la enorme retorta natural del volcán, capaz de reemplazar el agua del cuerpo, sin perturbar el equilibrio químico? La idea, aunque sorprendente, no era imposible.

Absorto en aquella conjetura, Price casi había olvidado al hombre amordazado al otro extremo de la cuerda. Y, de repente, descubrió que ésta había dejado de estar tensa. Mientras se hallaba pensando, había salido del túnel y se encontraba en un estrecho balcón, con balaustrada de piedra. Más adelante, y por debajo, se encontraba el vacío, ocupado por la bruma de oro.

Desde uno de los lados de la entrada del túnel, el hombre-serpiente se abalanzó hacia él con silenciosa ferocidad.

19

LA LUCHA POR LA DOMINACIÓN DE LA SERPIENTE

Por simple instinto, Price soltó el extremo de la cuerda, hasta entonces atada al cuello del árabe, mientras daba un paso hacia atrás ante aquel ataque inesperado, y levantaba la gran hacha para defenderse. Kreor debió de haber pensado en una reacción semejante, pues interrumpió repentinamente su carga suicida y echó a correr por el pasaje escarchado de oro.

Price se lanzó de inmediato en su persecución, pero la cojera del hombre-serpiente parecía haberse curado milagrosamente. Éste penetró en el pasaje, ganado rápidamente terreno, y desapareció por donde iba a dar al túnel en espiral.

Al llegar, sólo unos momentos después, al túnel inclinado, Price miró arriba y abajo a través de las cambiantes brumas doradas. El árabe se había esfumado, sin hacer ruido.

Maldiciendo su descuido al dejar que Kreor se le escapase, Price no pudo evitar sentir cierta admiración por quien, hasta hacía poco, había sido su prisionero. No había duda de que el árabe era un acólito del insidioso Malikar, el adepto tatuado de un maligno culto a la serpiente; había intentado matarle a cada momento. Su auténtica determinación y el feroz empeño mostrado le habían valido la estima de Price, en tanto que adversario esforzado.

Aun sabiendo que aquel hombre se apresuraría a dar la alarma, Price no lamentó del todo que se hubiese escapado.

Durante un momento, permaneció en el extremo del pasaje, sin saber si debía volver al balcón, donde había notado la desaparición de Kreor, o proseguir por el camino inclinado. La curiosidad le llevó de nuevo al balcón; desde él, y durante los breves segundos que precedieron a la fuga del árabe y su persecución, había tenido una vista tan extraña como maravillosa.

El balcón tenía veinte pies de ancho y doce de largo, con una balaustrada baja de piedra. Más allá de la balaustrada se extendía un espacio ciclópeo, una sala circular, al menos de cuatrocientos pies de diámetro, excavada en la roca viva. El techo era una cúpula vasta y continua, cubierta de una corteza amarilla de escarcha de oro, igual que las paredes.

Aquella sala colosal, tallada en la roca, estaba llena de titilante bruma amarilla. Su inmensidad e irrealidad se impusieron a Price. Casi tímidamente, se acercó al balcón y miró al otro lado de la balaustrada.

El suelo estaba a varios cientos de pies más abajo. Cuajado de escarcha, como las paredes, y resplandeciendo por una infinidad de cristales amarillos, formaba frente a él un gran semicírculo. La parte de la sorprendente sala que iba a dar justamente debajo de la galería

Sangre dorada
Jack Williamson

no tenía suelo. La roca, escarchada de oro, terminaba en una línea abrupta. Más abajo se encontraba un espacio cavernoso, un inmenso vacío lleno de bruma amarilla. Debía de ocupar millas y más millas — o así lo parecía— y caer en las profundidades verde-doradas de un ilimitado abismo.

La sala circular estaba tallada en el basalto, por encima de la gran cueva. Y la mitad de aquella sala sólo tenía la caverna por suelo. Era un colosal templo, que dominaba el laboratorio natural en cuyos volcánicos crisoles nacía el enigmático vapor dorado.

Inclinándose sobre el parapeto de piedra, lleno de escarcha helada, Price vio el puente, una estrecha franja de piedra negra, que cruzaba aquel escarpado abismo verde y oro. Naciendo desde el muro, directamente bajo la galería, se lanzaba al encuentro del escarpado borde del suelo, cerca del centro de la vasta sala. Increíblemente estrecho, desde donde se encontraba Price, no parecía mayor que una simple línea negra.

La sala era como un teatro. La mitad del suelo era el escenario. El abismo que se encontraba bajo el estrecho puente era el pozo de la orquesta... al que se le hubiese hundido el suelo. El elevado balcón donde Price se encontraba, un palco que hubiera quedado en pie.

Mientras Price seguía mirando por encima de la balaustrada, los actores salieron a la escena para interpretar un drama sorprendente e irreal.

Codo con codo, salieron por la abertura cuadrada de un pasadizo tallado en la roca, para ir a dar al suelo tapizado de amarillo. Malikar y Vekyra. Tan lejanos que parecían muñecos.

Malikar, el hombre dorado con quien Price había combatido dos veces. Delgado de cuerpo, de barba amarilla, vestido de carmesí y tocado con un casquete rojo. Enrollado en una de sus grandes manos, llevaba un largo y grueso látigo.

Price no había visto antes a Vekyra, salvo en aquellas extraordinarias proyecciones en el cielo. Su exótica belleza, salvaje y apasionada, era casi apabullante. Grácil y aureolado de amarillo, su cuerpo estaba enfundado de verde. El cabello rojo-dorado lo llevaba recogido en una ancha banda negra. Los párpados de sus ojos, oblicuos y pardo-verdosos, estaban pintados de negro, mientras que los labios, las mejillas y las uñas de los dedos lo estaban de rojo.

Ambos caminaban ligeramente separados y parecían discutir; Price comprendió que eran sus voces las que había oído en el interior del túnel en espiral. En aquel momento le llegaban claras, la de Vekyra alta y cantarina, incluso a pesar de su cólera; la de Malikar, desagradablemente ronca.

Sin embargo, Price no comprendió lo que decían, pues hablaban muy deprisa; el sonido se perdía en medio del resonar de los ecos de la vasta sala. Ni siquiera estaba seguro de que hablasen un lenguaje familiar.

De repente, la mujer se apartó de Malikar y subió corriendo la rampa que conducía a una plataforma de piedra con aspecto de altar,

Sangre dorada
Jack Williamson

situada en un nicho al final del gran escenario. Price no había examinado detalladamente la plataforma antes de entonces. En aquel momento vio a la serpiente por primera vez. El auténtico reptil dorado cuyo espantoso reflejo había visto en el espejismo. Imponente, inmóvil, sus escamas doradas brillaban en aquella luz sin sombra. Enroscada en un cúmulo de resplandecientes y ondulantes anillos, el gracioso pilar de su refulgente cuello se erguía en medio de ellos.

Vekyra se detuvo al borde del altar que se encontraba delante del reptil y comenzó a cantar. Elevó sus desnudos brazos amarillos en la luz dorada. Su voz era clara, líquida y dulce hasta lo indecible. Y la canción poseía un ritmo extraño y arcaico.

La cabeza de la serpiente, maligna y triangular, oscilaba al ritmo de la canción de Vekyra, y sus ojos negro-púrpura la observaba, refulgiendo con llamas inmemoriales. Lentamente, la cabeza fue inclinándose hacia Vekyra, hasta llegar a la altura de sus hombros.

Entonces la canción cesó y ella corrió hacia el reptil. Sus brazos amarillos rodearon la inmóvil y horizontal columna de su cuello, en una extraña caricia, pasando la mano por la aplanada cabeza dorada.

En aquel momento, Price escuchó el grito de cólera de Malikar. Manifiestamente descontento de lo que estaba sucediendo, avanzó con aires de beligerancia hacia la plataforma, balanceando el pesado látigo.

Apartándose rápidamente de la serpiente, Vekyra bajó corriendo la rampa para ir a su encuentro, llamando a la serpiente que estaba a su espalda con un extraño grito, casi musical.

La serpiente desenroscó su brillante y ondulante cuerpo a todo lo largo y bajó la rampa tras ella. Era, como comprobó Price, del tamaño de la boa más larga; su longitud, por lo que estimó, alcanzaba no menos de cincuenta pies.

Vekyra se detuvo al pie de la rampa, y la serpiente se le adelantó para acercarse a Malikar. La cabeza triangular estaba levantada; las fauces abiertas; la brillante lengua se movía como un látigo; los dos largos colmillos dorados relucían malignos. Y la serpiente silbaba mientras atacaba a Malikar; un rugido silbante amenazador, sorprendentemente ruidoso, que despertaba ecos de irrealidad en el vasto templo.

Malikar permaneció valientemente en su camino, y le gritó con voz que sonó como un gong de bronce.

La serpiente se detuvo ante él, impresionada. Seguía silbando, colérica y tempestuosa. Vekyra corrió tras ellas, llamándola en un tono agudo y apremiante. Entonces la serpiente atacó, y movió su cabeza armada de colmillos hacia Malikar.

Con sorprendente prontitud, el sacerdote dio un salto hacia atrás e hizo restallar su negro látigo. Resonó como un pistoletazo. La cabeza plana retrocedió, como si estuviese herida. Malikar avanzó hacia delante, blandiendo el látigo. Comenzó a gritarle a la serpiente, con voz metálica y tonante.

La serpiente siguió huyendo y sus silbidos se redujeron a un incierto susurro de odio.

Sangre dorada
Jack Williamson

Vekyra corrió al lado del reptil. Sus delgados brazos amarillos acariciaron nuevamente sus escamas. Su voz resonó en notas líquidas y plateadas.

La serpiente cesó en su retirada. La enorme cabeza giró y frotó el dorado cuerpo de la mujer, acariciándolo. Ella le pasó la mano por encima.

Malikar avanzó. Vekyra habló a la serpiente, suplicándola, lisonjeándola, obligándola. La dorada masa que era su cabeza se apartó de su cuerpo y volvió hacia Malikar, temerosa e insegura.

El sacerdote seguía gritando. La serpiente pareció encogerse ante aquellas entonaciones roncadas, que sonaban como el bronce; el silbido lleno de odio murió. Se aprestó a salir huyendo. Malikar lanzó un aullido salvaje; el reptil se detuvo.

Avanzó hacia sus anillos retráctiles y la llamó con voz potente. La golpeó con el látigo. Un temblor recorrió a todo lo largo su cuerpo dorado; los mágicos ojos negro-púrpura seguían fijos en él. La azotó de nuevo y el reptil ni se movió.

Vekyra se lanzó hacia ella y comenzó nuevamente a acariciar sus anillos, suplicándole con voz llena de dorada elocuencia. Pero no le hizo caso y siguió con sus ojos negros a Malikar.

Finalmente, el sacerdote bajó el látigo y, ásperamente, dio una orden. Lentamente, y como con duda, la amarilla cabeza cubierta de escamas avanzó hacia él, manteniendo cerrada la boca, armada de colmillos. Entonces el hombre la abofeteó una docena de veces, tan fuerte que Price, en lo alto de la galería, pudo escuchar el ruido de los golpes.

A continuación, Malikar le dio una orden en un tono despótico. La gran cabeza se dirigió hacia la mujer, quien gritó, y sus tonos argentinos se quebraron, totalmente aterrorizada. El lento avance no cesó. La serpiente silbó nuevamente, como el susurro de un viento lejano. Vekyra lanzó un grito estrangulado, como si fuese presa de terror extremo. Salió huyendo a través del suelo cuajado de escarcha amarilla, hacia el pasaje por el que ella y Malikar habían entrado. La gran serpiente se deslizó tras ella, rápida y sibilante.

La mujer desapareció. La serpiente se detuvo. Malikar la llamó y ella llegó, ondulando, hasta su lado, en silencio. Una vez allí, se enroscó en un montículo de relucientes anillos dorados y bajó su plana cabeza, quedándose contemplando al sacerdote con ojos negro-púrpura.

Malikar comenzó a azotarla.

El látigo era largo, tan grueso cerca del mango como su puño, y después se iba adelgazando. Lo manejaba como un experto. Su delgado extremo tocaba a la serpiente y restallaba sonoramente. El animal temblaba; ondulaciones de dolor recorrían sus brillantes escamas, pero los ojos negro-púrpura no cesaban en su mirada impertérrita. A veces, el hombre amarillo se reía por lo bajo, con risa innoble y malvada, como si obtuviese un placer sádico con la tortura.

Al final se detuvo y quedó sin moverse durante largo tiempo, mirando fijamente a la serpiente. Entonces apuntó con el extremo del látigo hacia la plataforma en forma de altar y lanzó un grito metálico.

Sangre dorada
Jack Williamson

La resplandeciente serpiente amarilla se deslizó por la rampa y volvió a enroscarse en el interior del nicho, quedándose inmóvil.

Malikar recogió el látigo. Balanceándolo en una mano, cruzó el suelo hasta el borde del abismo verde-dorado y echó a andar por el estrecho puente. De más de doscientos pies de largo, sin barandilla, no tenía más de dos pies de ancho. Bajo él se encontraba el vertiginoso vacío, luminoso, de un verde xántico, vasto como el abismo entre los soles.

Con paso seguro, el sacerdote vestido de rojo avanzó por el espeluznante puente hasta que llegó a su mitad, directamente encima del abisal pozo. De repente se detuvo. Lo primero que pensó Price fue que el vértigo había podido con él. Pero se limitó a cambiar mecánicamente el látigo de mano y rascarse la cabeza, con aire ausente e indiferente.

Acto seguido, Malikar regresó rápidamente sobre sus pasos, como si hubiese olvidado algo. Llegó hasta el abrupto extremo del suelo y, cruzándolo, desapareció por el camino que había tomado Vekyra.

LA DURMIENTE EN LA NIEBLA

El extraño duelo entre Vekyra y Malikar, por el control de la serpiente dorada, había ocupado toda la atención de Price. Por el momento, había olvidado completamente al prisionero que se le había escapado, Kreor, quien era seguro que volvería tan pronto como encontrase ayuda. En cuando Malikar desapareció, Price fue consciente de que debía abandonar rápidamente la galería si deseaba continuar sus libres vagabundeos por el interior de la montaña.

Un simple vistazo le informó de que sólo había una manera de salir de la galería: el pasaje por el que había llegado. Así que se apresuró a recorrerlo, decidiéndose, mientras caminaba por él, a proseguir su exploración por los corredores iluminados por la luz amarilla.

Kreor la había dicho que Aysa yacía en alguna parte más abajo, dormida. Price no confiaba en la veracidad del hombre-serpiente. La historia tenía un elemento de fantasía que la hacía increíble; pero al menos, suponía él, la probabilidad de que la muchacha estuviese allí abajo era la misma de que se encontrase en cualquier otra parte.

Cuando Price había llegado al túnel en espiral y comenzado un descenso cauteloso, oyó ante él ruido de pasos y unos gruñidos en voz baja, teñidos de cólera. Retirándose rápidamente hasta el final del pasillo horizontal, entró en él y se pegó contra la pared.

Instantes después, Malikar pasaba delante de él, con el amarillo rostro fruncido, gruñendo para sus adentros. Preguntándose cuánto tiempo tardaría en volver, Price esperó hasta que dejó de oírle, y entonces entró nuevamente en el túnel en pendiente y bajó por él corriendo, con el oído atento al sonido de la alarma de Kreor debía de estar difundiendo.

Los átomos de oro que danzaban en el aire se hicieron más espesos a medida que descendía, hasta que comenzó a caminar a través de pálidos sudarios de reluciente bruma xántica. Entonces sintió una extraña sensación de picor en las fosas nasales, un leve sofoco. Pero preocupado como estaba por otros peligros, no hizo caso de la amenaza que suponía aquella bruma amarilla.

El túnel se enderezó y quedó horizontal. Price lo siguió hasta penetrar en la gran sala circular que había observado desde lo alto del balcón. Las paredes curvas, cubiertas de escarcha dorada, se levantaban a su alrededor hasta llegar a la cúpula, cientos de pies más arriba. En lo alto de ella, y a través de la calina dorada, distinguió el balcón.

El borde mellado del suelo espolvoreado de amarillo estaba a doscientos pies de él. Más allá de aquel borde se encontraba el puro vacío, con la simple cinta del puente para llegar hasta la pared que se encontraba debajo de la galería en donde había estado. En el otro

extremo del puente vio un gran nicho en la pared, una amplia plataforma encima del abismo.

A su derecha, en el suelo, a unas ochenta yardas, se encontraba el estrado con forma de altar en donde reposaba la reluciente serpiente en toda su longitud. En cuanto comprendió que había entrado en la madriguera de la serpiente, Price se retiró, lleno de aprensión, hacia el pasillo.

Pero la plana cabeza amarilla del reptil reposaba tranquilamente sobre los brillantes anillos. Los espantosos ojos negro-púrpura seguían cerrados. Parecía no haber notado su llegada.

El delgado puente ejercía sobre Price una especie de fascinación. Temía poner los pies encima de él; sabía que no podría guardar fácilmente el equilibrio en lo alto de aquel portentoso abismo de vapor verde y oro. Pero tenía la súbita convicción de que Aysa debía de encontrarse en el nicho que había al otro lado.

No era momento para andarse con titubeos. Malika, por lo que sabía, podía volver en cualquier instante. Sin duda, Kreor estaría pronto de vuelta, buscándole con una patrulla. O lo que era peor, la gigantesca serpiente podría descubrir su presencia.

Sin detenerse a deliberar sobre su actual situación, Price se deslizó tan silenciosamente como pudo por aquellos intensos bajíos, hasta el reborde irregular que se encontraba en su centro. La serpiente seguía inmóvil. Llegó hasta el puente y comenzó a cruzarlo.

Liso, sin barandilla, la pasarela tenía menos de dos pies de anchura. Por debajo se abría el puro y espantoso vacío, una vertiginosa inmensidad que relucía con tonos verde y oro.

Un acróbata profesional, con sentido del equilibrio bien desarrollado, no habría encontrado la travesía difícil. Pero Price vaciló. Sintió un momento de náusea y tuvo que cerrar los ojos para recobrar el equilibrio.

Intentó no mirar al pozo y mantener los ojos fijos en la piedra orlada de amarillo que se encontraba a sus pies. Pero el abismo atraía su mirada con siniestra fascinación.

Apretó el paso, llegando en ocasiones a correr. Sentía el estómago extrañamente ligero. Un sudor frío perlaba su rostro. Vaciló y apretó los puños, hasta que las uñas se le clavaron en las palmas de las manos.

El vértigo se apoderó nuevamente de él, en una onda cargada de náuseas. Se detuvo para recuperarse. Deseó con toda su voluntad olvidarse del amenazante y brumoso vacío. Intentó pensar en Aysa. En la noche en que los árabes la capturaron y vendieron a Joao de Castro. En su fuga a medianoche de la caravana. En los dulces, aunque fugaces, días transcurridos en el jardín oculto de Anz.

Con la cabeza de nuevo despejada, apretó el paso.

Cuando Price estaba a medio camino, percibió, ya sin género de dudas, que el sueño se apoderaba de él. Al llegar a la zona en que el vapor de oro se hacía más espeso, había sentido un curioso picor en las fosas nasales que le impedía respirar hondo.

Sangre dorada
Jack Williamson

En aquel momento, el sueño le sumergía como si fuese una especie de marea. Sus miembros estaban súbitamente entumecidos, tan pesados como el plomo. Le pesaban los párpados. Su cerebro trabajaba lenta y confusamente.

Alarmado, siguió avanzando a través de la niebla xántica.

Con un suspiro de alivio incierto pisó vacilante el suelo firme, cubierto de la escarcha de oro, a salvo ya del abismo. Había llegado al nicho. Pero el sueño inducido por aquella espesa niebla amarilla aún le asaltaba en oleadas. Tiraba de él hacia abajo..., hacia abajo..., hacia abajo...

Con un súbito conocimiento de lo que le estaba ocurriendo, comprendió que no podría seguir despierto para poder cruzar de nuevo aquel espantoso puente, donde un único paso en falso podría precipitarle a un espacio ilimitado.

Intentó seguir avanzando y examinó el gran nicho. Su suelo era semicircular, con un radio de quizá cuarenta pies; y la roca negra, escarchada de amarillo, se curvaba por encima de la cavidad.

En el interior se encontraban cuatro grandes losas oblongas escarchadas de oro, como enormes mesas. Tres de ellas se hallaban vacías. Pero sobre la cuarta descansaba una figura dormida, envuelta en ropajes que brillaban con el resplandor de finos cristales de oro.

Con un vívido dolor apuñalándole el corazón, Price corrió hacia la losa y miró con inquietud a la figura que respiraba profundamente.

La durmiente era Aysa.

El adorable rostro de la joven, lo mismo que sus ropas estaba cubierto de finos cristales de escarcha amarilla. Con el corazón latiéndole con súbita desesperación, Price le acarició tiernamente una mejilla. Para su consuelo, el polvo de oro se desvaneció, revelando la suave piel blanca.

Quizá estaba siendo transformada lentamente en metal vivo. Pero si tal cosa ocurría, aquel cambio misterioso no era aparente.

—¡Aysa! ¡Aysa! ¡Despierta! —dijo, mientras la zarandeaba; pero ella no se movió.

El vapor áureo era, obviamente, somnífero. La joven estaba sumida en un sueño innatural que él sintió descender sobre sí.

Levantó su cuerpo. Estaba completamente relajado, abandonado al olvido. Había calor en él, y su respiración era regular. Pero no conseguía despertarla.

Una negra desesperación se apoderó de él, que resultaba aún más punzante al coger en brazos a la adorable muchacha. La había encontrado... pero sólo para encontrarse también con que la había perdido. Sin la influencia cada vez mayor del vapor soporífico, habría podido sacarla fuera, al aire libre, donde habría recobrado la normalidad. Pero no se atrevía a cruzar el estrecho puente, corriendo el espantoso riesgo de que su anormal somnolencia los precipitase a ambos hacia la muerte.

Price seguía estando junto a la losa, manteniendo a Aysa levantada por los hombros, luchando contra el siniestro sueño de la bruma dorada y mirando fijamente el puente que no se atrevía a cruzar, cuando vio a Malika.

Sangre dorada
Jack Williamson

Con el látigo negro aún enrollado en la mano, el sacerdote de rojo caminaba por el suelo, al otro lado del abismo, hacia el extremo del puente.

El primer impulso de Price fue soltar a la joven para intentar ocultarse. Pero comprendió que el hombre dorado ya le había visto. Aunque si tal no era el caso, no tardaría en comprobar que Aysa no estaba en la misma posición que antes y que el polvo amarillo había desaparecido de su rostro.

Así que, con mucho cuidado, volvió a dejar a la joven, que seguía inconsciente, sobre la mesa de roca, y esperó de pie en uno de sus lados, apretando el mango de la antigua hacha. Malikar llegó hasta el puente y comenzó a cruzarlo.

Una desesperación funesta brotó en su pecho, una rabia, muda e impotente, contra el destino. ¿Por qué tenía que apoderarse de él aquel insidioso sueño, justo cuando acababa de abrirse camino hasta la joven? ¿Por qué tenía que volver Malikar en ese momento, para rematar el desastre? ¿La suerte de Durand... se reía de él?

Sintió el cuerpo muy pesado. Su respiración era lenta y dificultosa; la bruma amarilla aún le seguía picando en las fosas nasales. Se le cerraban los ojos. Y las olas del sueño seguían golpeándole desde el océano del olvido.

Hizo esfuerzos para mantener los ojos abiertos, para enfocarlos sobre el fornido sacerdote amarillo que con tanta confianza cruzaba el puente. Intentó dominar su cuerpo, al menos para poder abatir el hacha de Iru, aunque sólo fuese una vez. Pero las olas del sueño comenzaron a subir, cada vez más altas..., cubriéndole... y arrastrándole hacia el olvido.

21

A MERCED DE MALIKAR

Price despertó del sueño producido por la niebla amarilla en medio de una oscuridad total. Completamente desnudo, yacía encima de un pequeño montón de paja, o de hierba seca, que le hacía daño en la piel. Presagiando el peligro, se levantó de un salto y su cabeza chocó contra el cielo raso de piedra.

Aturdido, cayó de rodillas y exploró con las manos el estrecho espacio que le rodeaba. Estaba en una mazmorra bastante exigua, de unos cuatro pies de ancho por siete de largo, con un techo tan bajo que no podía ponerse de pie. Las paredes eran de piedra fría, toscamente talladas. La puerta era una vieja verja metálica, a través de la cual soplaba un aire estancado y viciado. Sus dedos, que no habían dejado de explorar, no encontraron nada más en aquella celda, salvo el montón de paja húmeda.

El cansancio de la desesperación se apoderó de él. Era un cautivo indefenso de Malikar. El hecho de que su infortunio fuese previsible desde el comienzo de su loca aventura en el interior de la montaña no hacía más llevadera la situación.

Intentó zarandear la reja metálica. Parecía inamovible; ni siquiera conseguía hacer que sonase. Entonces gritó a través de ella. Su voz resonó extrañamente por los sombríos corredores, hasta que fue tragada por el silencio.

Frustrado e impotente, se echó nuevamente sobre la paja. Estaba hambriento. Tenía la boca seca y amarga por la sed.

Era como si se encontrase en una tumba dentro de la montaña. Aparentemente olvidado de todos. Un hombre que hubiese naufragado en un planeta desconocido no habría estado más aislado, pensaba..., aunque al menos habría tenido la ventaja de contemplar paisajes interesantes con los que entretener su atención.

El tiempo fue arrastrándose lentamente, a lo largo de incontables y penosas horas, mientras resistía la tortura de la sed y del hambre y experimentaba la desesperación final de la desesperanza.

Volvió a dormirse, y la luz verde le despertó, filtrándose a través de los barrotes. Tres hombres de azul estaban fuera, armados con picas y yataganes; uno de ellos llevaba una antorcha que llameaba con fulgor verde.

Abrieron la verja y empujaron hacia el interior dos cuencos de cerámica, uno con agua y otro con un pedazo de carne rebozado en harina. Mientras esperaba, Price se bebió el primero y atacó ávidamente el segundo.

Cuando los cuencos estuvieron vacíos, los hombres-serpiente abrieron de nuevo la verja, que habían vuelto a cerrar con llave mientras Price estaba comiendo, y uno de ellos ordenó con voz seca:

—¡Ven!

Le condujeron a lo largo del sombrío corredor, después escalaron un empinado túnel, que avanzaba en espiral, similar al que había seguido antes de entrar en la madriguera de la serpiente, y finalmente pasaron por un amplio pasaje abovedado que conducía a una habitación, poco menos que sorprendente. Era una larga cámara, excavada en la negra masa volcánica de la montaña. De veinte pies de ancha y el triple de larga, tenía un techo abovedado. Lo primero que extrañó a Price fue que se encontrase iluminada con bombillas eléctricas instaladas en unas pantallas.

A lo largo de cada pared se encontraba una docena de hombres-serpiente, hieráticos, vestidos de azul, mirando impávidos al frente, armados con picas y yataganes.

Al otro extremo de la habitación estaba sentado Malika. Bajo un cúmulo de globos eléctricos cubiertos de escarcha dorada, descansaba detrás de un pesado escritorio de caoba que podía haber provenido de cualquier oficina de Manhattan. Encima de él se encontraba un ventilador eléctrico, que giraba ruidosamente; a su lado estaba el largo látigo negro con el que anteriormente había castigado a la serpiente.

Vestido de rojo y cubierto por un casquete del mismo color, el hombre amarillo descansaba sus pesadas manos doradas encima del escritorio. Los extraños ojos que asomaban en su rostro duro pardos y sin profundidad, observaron a Price desde el momento de su entrada.

A lo largo del muro de piedra que se encontraba a espaldas de Malika, podían verse archivadores metálicos pintados de verde, estanterías repletas de libros encuadernados al estilo occidental, y un largo banco lleno de instrumentos científicos: microscopio compuesto, balanzas, tubos de ensayo, reactivos, una cámara de fotos y un telescopio de latón.

Más arriba había un gran mapamundi mural, fechado en 1921, con el distintivo de una famosa editorial norteamericana.

Aquellos retazos de civilización occidental sorprendieron tanto a Price como cualquiera de las portentosas maravillas que había encontrado en el País Prohibido. Y Malika parecía leer su extrañeza, mientras los hombres-serpiente se detenían ante el escritorio.

—Sorprendido de descubrir que soy un cosmopolita, ¿eh? —preguntó el sacerdote amarillo, con su fuerte voz, carente de inflexiones. El lenguaje que utilizaba era el inglés.

—Sí —contestó Price—. Lo estoy.

—¿Es inglés, no?

—Norteamericano.

—¡Ah! Visité Nueva York hace diez años. Una ciudad interesante.

Price se quedó mirándole fijamente.

—He estado saliendo fuera con frecuencia... desde los tiempos de la caída de Roma —añadió el hombre amarillo—. Mi último viaje tuvo lugar de 1921 a 1922. Pasé algunos meses en Oxford y Heidelberg, para ponerme al corriente de los últimos descubrimientos de su civilización primitiva, y he dado la vuelta al mundo para regresar a este lugar, pasando por su país. Por supuesto que usé un disfraz, que

Sangre dorada
Jack Williamson

ahora no juzgo necesario en este lugar. Por cierto, creo que usted siguió la ruta que tomé cuando volví por el mar.

—¿Se refiere a la Ruta de las Calaveras?

—Precisamente. Los cráneos humanos resultan jalones ciertamente resistentes, son visibles desde muy lejos... Pero ahora desearía conseguir algunas informaciones respecto a usted y a las circunstancias a las que debo tan inesperada visita.

Price enrojeció ante la ironía sarcástica que subyacía bajo aquella voz fría, sin matices.

—¿Cómo se llama?

—Price Durand.

—¿Sabe que le han tomado por un antiguo caudillo llamado Iru..., cuya tumba al parecer ha violado?

—Podría ser.

Los ojos pardos, sin profundidad, miraron fijamente a Price.

—Señor Durand, podría explicarme el propósito de su visita.

Price dudó, y después se decidió a hablar. No tenía necesidad de andarse con cautela; nada podría hacer que su situación fuese más desesperada.

—Estaba buscando a Aysa. La joven que usted secuestró.

—Me alegra que al menos sea honesto —comentó con sorna el hombre de oro—. Pero, desafortunadamente para usted, esa joven ha sido elegida para cumplir un destino más alto que el que usted había previsto para ella. Será Sacerdotisa de la Serpiente... y mi consorte.

—¿La está convirtiendo en oro? —preguntó Price, controlándose, sin mostrar su estado de ánimo.

—La Serpiente no aceptaría como sacerdotisa a un ser humano corriente —explicó Malika, en tono de bufa—. Deberá ser de sangre dorada. ¿No conoce la transformación? La bruma amarilla que brota de la madriguera de la serpiente posee un raro componente aurífero, formado en el corazón volcánico de la tierra. Al condensarse en las paredes del templo forma una escarcha amarilla. Cuando es inhalado por un cuerpo vivo, este componente ocupa el lugar del agua protoplasmática, dando lugar a una sustancia viva, del color del oro, que es mucho más fuerte y resistente que la carne humana.

—¿Y espera que Aysa se entregue a usted? —preguntó Price, bastante airado—. Bien sabe que ella le odia... ¡y con razón!

—Me temo que sus sentimientos para conmigo no se excedan precisamente en amabilidad —dijo Malika, con tono cínico—. Pero cuando sea de sangre dorada, no se me escapará fácilmente. No podrá buscar refugio en la muerte. Domarla puede resultar una diversión placentera... y el tiempo no tiene importancia para los afortunados inmortales. Ella aprenderá a amarme.

Malika se echó hacia delante, riéndose en sus barbas con refinada maldad. Recogió del escritorio el negro látigo y acarició su delgado extremo con sus dedos amarillos, con delectación, casi sugiriendo algo.

La roja rabia reptó por el cuerpo de Price, al simple pensamiento de la adorable Aysa prisionera de un cuerpo dorado del que no podría

Sangre dorada
Jack Williamson

escapar, esclava y juguete de placer de aquel sarcástico demonio amarillo.

Fulminó a Malikar con una mirada cargada de cólera, desando ardientemente estrujar entre sus dedos el delgado cuello del sacerdote amarillo.

De repente, el hombre dorado se inclinó, abrió un cajón del escritorio y extrajo un delicado pincel y una redoma llena de lo que parecía ser oro líquido, fluido. Colocando el pincel y la redoma encima del escritorio, miró a Price con sus planos e inescrutables ojos amarillos.

—Señor Durand —dijo con voz suave—, voy a ofrecerle una oportunidad inusual. Podría utilizar sus servicios para exterminar a los estúpidos buscadores de oro que llegaron con usted hasta este lugar.

—Libere a Aysa... —comenzó a decir Price, apasionadamente.

—No —le interrumpió Malikar—. Pero le doy una oportunidad para salvar su miserable vida.

—Y consistiría en...

—Esto es lo que le ofrezco: jure fidelidad a la Serpiente y a mí, su sacerdote. Pintaré el símbolo de la Serpiente en su frente y le perdonaré la vida para que pueda emplearla en Su servicio.

—No haré nada parecido...

—Esto es lo que le ofrezco —repitió Malikar con siniestra ironía—: convertirse en esclavo de la serpiente y vivir, o ser el esclavo de esta serpiente... —y acogió los negros anillos del látigo—, ¡y morir en la mazmorra!

La autocomplaciente y sarcástica crueldad de aquella voz, dura y sin timbre, le hizo perder a Price los estribos. Una cólera roja le sumergió. Desnudo como estaba, se volvió hacia el hombre-serpiente que se encontraba a su lado, le arrancó la pica de hoja dorada, dejándole sin habla, y se lanzó salvajemente hacia el hombre vestido de rojo que se encontraba detrás del escritorio.

Dos de los guardias le apresaron antes de que hubiese dado tres pasos.

Malikar abandonó con viveza el gran escritorio, con un desagradable regodeo en su risa e hizo deslizar la fina cuerda del extremo del látigo a lo largo de sus dedos.

—Soltad al perro —dijo secamente a los guardias, en árabe.

Soltaron a Price y volvieron de un salto a sus puestos en las paredes.

De nuevo, él se lanzó hacia delante, con la pica levantada.

El largo látigo le alcanzó, temblando como un tentáculo que tuviese vida propia. No tocó a Price, sólo se enrolló alrededor del mango de madera de la pica.

El arma fue arrancada de la mano de Price, y recorrió el suelo de la estancia. Pero aquello no le detuvo, pues, con los puños cerrados e impulsado por una rabia loca y ciega hacia el impasible y sarcástico demonio amarillo, se lanzó contra él.

De nuevo se abatió el látigo, con un golpe seco. En su roja ira, Price no sentía el dolor. Pero la piel de su pecho quedó llena de cortes, como por obra de un cuchillo.

Sangre dorada
Jack Williamson

Siguió corriendo, con los puños crispados, para llegar hasta el cuerpo de Malika.

Como si estuviese animado de una vida maléfica, el látigo le alcanzó nuevamente y se enroscó alrededor de sus tobillos. Trabándose con él, tropezó y cayó pesadamente al suelo.

Mientras se ponía en pie, el látigo dibujaba una fría línea de dolor por todo su cuerpo desnudo. Nuevamente cayó al suelo.

El largo azote se enroscó una y otra vez alrededor de su cuerpo, atándole de brazos. Malika tiró de él y le envió rodando al suelo una vez más.

Mientras Price se levantaba con gran esfuerzo, vio que el tigre dorado había entrado en la amplia sala y se encontraba a sus espaldas. Sobre su howdah se sentaba Vekyra, la mujer amarilla, quien le observaba con sus ojos oblicuos, pardo-verdosos..., distantes, impersonales, inmisericordes.

Nuevamente el látigo cayó sobre sus hombros como una hoja aguzada. Price oyó a Malika regodearse en su risa, con un placer infame y sádico. Se volvió y avanzó titubeando hacia el sacerdote, intentando capturar con las manos, que sólo asieron el vacío, el látigo animado de vida que le torturaba.

EL INVITADO DE VEKYRA

La rabia salvaje que Price sentía contra su torturador acabó ahogándose en la sangre que manaba abundantemente a lo largo de su cuerpo. De repente comprendió que lo único que conseguiría sería darle a Malika el placer de matarle, inútilmente.

Interrumpió su última carga contra el hombre dorado y permaneció inmóvil en la larga estancia, bajo las apantalladas luces eléctricas, tan portentosamente incongruentes al lado de las sorprendentes maravillas de aquella tierra olvidada.

De nuevo el látigo le tocó, haciendo brotar su sangre como una hoja acerada; tembló sin quererlo. Pero cruzó los brazos y se quedó mirando a Malika.

—¿Le parece suficiente, señor Durand? —preguntó el hombre dorado, en tono de burla.

Price se mordió los labios y no dijo nada.

Malika hizo un gesto a los hombres-serpiente que le habían llevado hasta aquella habitación. Le rodearon... para conducirlo de nuevo al húmedo horror de la mazmorra, o al menos eso fue lo que pensó. Y supo que posiblemente jamás volvería a salir vivo de ella.

Price se volvió y vio nuevamente al tigre. Un colosal gato dorado, elefantino en el tamaño, que seguía inmóvil en medio de la habitación. La mujer amarilla, Vekyra, estaba inclinada en el borde de su howdah negro, observando a Price, con una curiosa especulación en sus ojos verdosos.

Una esperanza desesperada e ilógica se abrió paso en su cerebro. Sabía que la mujer y Malika se llevaban bastante mal. Había asistido a su duelo por el control de la serpiente dorada. Vekyra, sospechaba, no debía de estar maravillada por la pasión que Malika sentía por Aysa.

Así que, de repente, se escapó de sus guardias y echó a correr hacia el tigre, gritando:

—Vekyra, ¿quieres ayudarme? ¿Puedes ver cómo me entierran vivo?

Era un ruego sin esperanza. Ella había estado contemplando la escena mientras Malika se ensañaba con él. Y no había mostrado piedad en su rostro ovalado.

Cansado por el dolor de las heridas que sangraban, aturdido, titubeante, Price seguía aferrándose a la última y fútil brizna de esperanza.

—¡Oh, Vekyra, ayúdame! ¡Oh, hermosa...!

Finalmente, ella acabó por sonreír, radiante y enigmática. Sus ojos verdosos mostraron interés, pero no compasión por él.

Sangre dorada
Jack Williamson

Los guardias que llevaban a Price, dudaron sin saber qué hacer, manteniéndose a respetuosa distancia del tigre amarillo. Malikar les ordenó con un rugido:

—¡Arrojad al perro a su mazmorra!

Aquella áspera orden hizo en Vekyra el efecto que Price había intentado en vano. Los ojos oblicuos relampaguearon de malicia verde. Ella sonrió de nuevo.

—Extranjero, eres mi invitado —dijo con su voz argentina—. Sube a mi lado.

Y lanzó una venenosa mirada a Malikar.

—El hombre es mío —exclamó el sacerdote dorado—. Y si ordeno que se pudra en las mazmorras, se pudrirá.

—No —Vekyra siguió insistiendo, con su venenosa mirada—, si le llevo conmigo a mi palacio.

—¡Adelante! —aulló Malikar—. Coged a ese hombre.

Tímidamente, los individuos de azul avanzaron.

—Tocadle —aseguró dulcemente Vekyra—, y esta noche el tigre tendrá una magnífica cena.

Se detuvieron y miraron temerosos a Malikar.

El sacerdote dorado atravesó la sala con su látigo, rojo por la sangre de Price, que se retorció y silbaba como una serpiente de verdad. Los hombres-serpiente se apartaron y se fueron a las paredes.

Vekyra rió, y su risa fue musical, argentina, burlesca.

—Quizá tu látigo pueda amaestrar a la serpiente, oh, sacerdote —dijo—, pero no a Zor, o así me lo parece. El tigre lleva a mi lado mucho tiempo.

Malikar dudó visiblemente; pero siguió avanzando hacia Price, con el látigo retorciéndose y restallando furiosamente ante él.

A duras penas capaz de mantenerse en pie, Price se acercó, titubeando, al tigre. Sus heridas abiertas le escocían terriblemente. La náusea y la debilidad estaban a punto de dejarle fuera de combate, como resultado de tantos días de duras pruebas, así como del dolor del momento presente y de la pérdida de sangre. El suelo de la gran sala daba vueltas y más vueltas, y las bombillas eléctricas situadas en las alturas se movían salvajemente en círculo.

Vekyra se inclinó hacia delante en el howdah, murmurando algo al tigre, que inclinó hacia atrás una gran oreja para escuchar mejor.

Entonces, la colosal fiera dorada avanzó al encuentro de Malikar y se echó en el suelo, sentándose sobre las patas posteriores. Gruñó amenazadoramente. El sonido era como un rugido sordo, que llenó la amplia estancia con ardiente furor.

Malikar se detuvo; el silbante látigo golpeó el suelo.

—¡Mujer! —chirrió su voz, poderosamente cargada de odio—. Pagarás por esto. ¿Acaso piensas que no puedo azotarte porque seas de sangre dorada?

—Sé que no me azotarás..., ¡porque no puedes!

—Has de saber que ya no eres la Sacerdotisa de la Serpiente... y que no volverás a serlo. Otra ocupará tu lugar.

Aquella otra, como Price bien sabía, era Aysa.

Sangre dorada
Jack Williamson

—Ya estaba al corriente —respondió la mujer, con voz teñida de cólera—. Pero quizá haya encontrado a alguien capaz de convertirse en el Sacerdote de la Serpiente y señor de la Gente Dorada. ¿Acaso no fue Iru, antaño, tan grande como Malikar?

Y señaló a Price con uno de sus delgados brazos dorados.

—Ese cachorro no es Iru —rugió el sacerdote—. Sólo es un usurpador que ha saqueado la tumba del rey.

—¿No fue Malikar un usurpador como él? —preguntó, acerba, la voz plateada. Y añadió con una nota de advertencia—: Guarda bien a tu nueva sacerdotisa, Malikar, no vaya a ser que se caiga al pozo o, quizá, sirva de alimento a la serpiente, en lugar de ser la oficiante de su culto.

Una vez más, Vekyra se inclinó hacia delante, susurrando algo en la oreja del tigre. La gigantesca fiera amarilla se echó hasta que su vientre pardusco tocó el suelo. Con gracia y desenvoltura, la mujer saltó del howdah.

Corriendo al lado de Price, se despojó de la túnica verde que cubría su vestido adherente y rodeó con ella sus ensangrentados hombros.

—¡Ven! —susurró a su oído con voz urgente—. ¡Sube antes de que ese gobernante de esclavos cometa una nueva maldad!

Vacilando, sin saber qué hacer, Price se apoyó en ella y se dirigió hacia el tigre, que seguía echado. Un delgado brazo amarillo, desnudo, rodeó sus hombros doloridos. Vekyra, sorprendentemente fuerte, la subió hasta el gran howdah, donde él se hundió, agradecido, entre cojines.

Malikar corrió rápidamente hacia su escritorio y comenzó a hacer sonar un enorme gong de bronce que estaba a sus espaldas, cuyas vibrantes reverberaciones llenaron la estancia con el insistente clamor de la alarma. Vagamente, con la cabeza que le daba vueltas de dolor y agotamiento, Price fue consciente de los gritos y del sonido de las armas que se agitaban en los pasillos cercanos.

Vekyra, saltando con facilidad al howdah y sentándose junto a Price, volvió a musitar algo en la oreja del tigre. La gran fiera se puso en pie con fuerza irresistible, como si no le costase trabajo, todo lo contrario del sobresalto desmañado de un dromedario al levantarse.

Vekyra gritó de nuevo, y el animal giró hacia un lado y echó a correr en dirección a la salida, con el howdah bailoteándole sobre el lomo, como un barco aspirado por una poderosa corriente. Tras ellos, Malikar gritó ominosamente:

—Mujer, por esto probarás mi látigo. Y el perro con el que ensucias tus manos será...

No tardaron en salir y llegar a un negro pasaje, iluminado sólo por ocasionales tederos encendidos: la luz eléctrica parecía hallarse restringida a una habitación. Era de ocho pies de ancha por cerca del doble de alta; pero aquello no era demasiado espacio para el tigre, que seguía corriendo.

Sangre dorada
Jack Williamson

—Debemos apresurarnos —murmuró Vekyra, con un leve toque de alarma en la voz—, o Malikar cerrará las puertas y nos impedirá llegar a mi palacio.

Una enorme oreja, ribeteada de amarillo, apuntó hacia atrás para escuchar, en el momento en que Vekyra dio otra orden. El tigre apretó el paso, hasta que Price tuvo la sensación de volar. Dobló a toda velocidad una esquina y comenzó a subir una pendiente.

Enfrente de ellos, Price vio un rectángulo incandescente de cielo, de un azul casi cegador para sus ojos, sensibilizados por la oscuridad que le rodeaba.

Vekyra hundió una mano entre los cojines y sacó un pequeño arco metálico de extraña factura. Tomando una flecha de la aljaba llena de ellas que se encontraba en uno de los rincones del howdah, la montó en el arco y esperó, alerta.

Unas sombrías siluetas que se apresuraban aparecieron de repente en el brillante rectángulo que se iba haciendo cada vez más grande. Entonces comenzó a empequeñecerse. El desagradable chirrido de unas poleas llegó a los oídos de Price. Vio que unas grandes valvas de metal amarillo se cerraban rápidamente.

Vekyra lanzó la flecha a una de las cabezas. Price escuchó el cantarín tañido de la cuerda del arco y, más adelante, un grito agudo. El chirrido de las poleas cesó.

El tigre se deslizó en el espacio que quedaba entre las puertas medio cerradas, tan escaso que los jaeces del howdah rechinaron. Entonces emergieron a una luz del sol tan brillante, que durante unos instantes Price no vio nada.

Débil y mareado, cayó de espaldas entre los cojines, protegiéndose los ojos con un brazo. Entonces sintió los suaves brazos de Vekyra deslizarse sobre sus hombros.

—Sé bienvenido —susurró ella— a mi castillo de Verl. Descansa y no temas nada, pues eres el invitado de Vekyra.

Le levantó y su susurro se hizo suave, seductor y acariciante, mientras añadía de manera extravagante:

—Y yo soy tu esclava.

23

LA GENTE DORADA

Durante unos pocos minutos Price yació, completamente relajado, en los brazos de Vekyra mientras el tigre proseguía hacia delante su marcha cabeceante. El calor y la cegadora luz del sol se vertían sobre él, con una sensación sorprendentemente deliciosa para alguien que se había salvado, de manera tan inesperada, de las negras mazmorras de Malikar. Su penetrante fuerza resultaba agradablemente estimulante. Así pues, no tardó en incorporarse sobre su asiento, impulsado por la curiosidad de ver aquel extraño palacio que coronaba una montaña.

Las suntuosas maravillas de los jardines orientales aparecieron ante él. El tigre atravesaba un amplio patio, rodeado de paredes y columnatas de refulgente oro y de un mármol que resplandecía en su blancura. Una hierba sombría y lujuriente bordeaba los estanques cristalinos, donde las palomas blancas chapoteaban alegremente en el agua. Unas graciosas palmeras elevaban al cielo sus empenachados troncos esmeralda. Arbustos de flores brillantes embalsamaban el aire con frescas fragancias.

Alrededor del patio se erguían las torres oro y alabastro de Verl. Balcones de arabescos que dominaban jardines siempre verdes, sostenidos por esbeltas columnas retorcidas. Altas ventanas, de arcada trilobulada, que contemplaban cúpulas y apuntados minaretes. La arquitectura era típicamente arábiga; pero toda era de mármol nevado y de oro resplandeciente.

Bajo el blanco restallido del sol de mediodía, los esplendores del palacio habrían resultado dolorosos si no hubiera sido por las frescas sombras verdes de los jardines.

Deliberadamente, el tigre dorado llevó el traqueante howdah a lo largo de un camino de grava, bajo una arcada de palmeras. Price miraba a su alrededor, en un maravillado silencio. La escena era tan parecida a la que había visto en sueños a lo largo de tantos días crueles, que de repente tuvo la sensación de que todo aquello no era sino ilusión, locura, espejismo.

¿Estaría delirando de nuevo?

Haciendo desesperado acopio de todas sus fuerzas, se volvió con salvajismo hacia la mujer que se sentaba a su lado dentro del howdah, cogiéndola de uno de sus desnudos y dorados brazos y mirando fijamente a su rostro. Su piel brillaba como el oro pálido, y parecía levemente metálica al tacto. Pero había calor y elasticidad en sus dedos; y bajo ellos sintió músculos firmes y vibrantes.

—Mujer de oro —preguntó—, ¿eres real?

Sangre dorada
Jack Williamson

El rostro era extraño. Ovalado. Exóticamente adorable. Del color del oro pálido, enmarcado en cabellos de oro rojizo. Los ojos levemente oblicuos, verdosos, como los del tigre. Detrás de sus pestañas de un fuerte color de oro, eran enigmáticos, inescrutables.

—Más real que tú, Iru. Pues soy de oro, mientras que tú sólo eres de frágil carne: cuando Anz aún vivía y su gente se contaba por millones, yo estaba como ahora. Y así seguiré cuando tus huesos estén como los huesos de Anz.

Sonrió y él leyó en sus ojos un extraño desafío.

—Ya lo veremos, abuelita —rezongó Price en inglés—. Pero acepto tu desafío y te seguiré el juego.

Su fuerza de voluntad no pudo mantener alejado por más tiempo el deseo de olvidarlo todo. Un mar de noche cayó sobre él y volvió a desplomarse entre los brazos de Vekyra.

Price se despertó en la estancia más magnífica —aunque quizá no la más confortable— que jamás había ocupado, inmensa y muy alta, con una amplia arconada a la entrada y cortinas de seda. El suelo de mármol estaba cubierto de alfombras, unas encima de otras, de colores rojo oscuro y azul. Las altas paredes eran de alabastro lechoso, con artesonado de oro.

Desde su historiado lecho de baldaquín, podía ver a través de las ventanas desprovistas de vidrios, por encima de las paredes basálticas de Verl, la llanura de lava negra que se encontraba a media milla debajo y que se estiraba hasta más allá del trazo verde que era el oasis del El Yerim, y, más lejos, las rosáceas soledades del desierto rojo, desprovisto de accidentes, y los relucientes horizontes que rielaban a lo lejos a causa del calor.

Price se sintió sorprendido por una sensación de bienestar y por el hecho de que los cortes de los latigazos estuviesen completamente curados. Aquella recuperación no era cosa de un día. Supuso —y Vekyra más tarde lo admitió— que había permanecido durante algunos días en el olvido inducido por sus drogas salutíferas. Pues, al parecer, ella tenía conocimientos de química y de medicina.

Para aumentar aún más su confusión, el día en que despertó se encontró en la amplia estancia a seis asistentes personales que estaban velándole. Todas eran mujeres jóvenes, altas, más bien atractivas, de cabello negro, labios delgados y nariz aguileña que delataba en ellas la sangre árabe. Vestían túnicas cortas de color verde y cada una llevaba al talle un jambiyah de oro, largo y curvado. En su frente podía apreciarse la marca amarilla de la Serpiente.

Le llevaron ropajes de seda blanca (los suyos aún seguían en poder de Malika) y le ofrecieron alimentos, agua y vino. Intentó mantener una conversación con ellas; pero aunque pareciesen patéticamente ansiosas de servirle, evitaron sus preguntas.

Sintiéndose aún débil, sin energía, no hizo esfuerzos para abandonar la gran sala hasta últimas horas de la tarde, cuando Vekyra fue a visitarle. Su delgada silueta de oro pálido estaba moldeada en una oscura túnica, verde bosque; su cabellera, oro rojo,

Sangre dorada
Jack Williamson

le caía en llameante cascada. El sesgo de sus ojos de párpados sombreados daba un toque de misterio a su faz ovalada.

Price se levantó para saludarla. Ella le devolvió el cumplido llamándole Iru, le preguntó por su salud y terminó sentándose en un sofá cubierto de cojines. Las jóvenes —Price no estaba muy seguro de si eran sirvientas o carceleras— se retiraron discretamente.

—Tengo que decirte una cosa —comenzó a decir Price, casi de sopetón, deseoso de no adjudicarse atributos que no le correspondían—. Me has llamado Iru, pero no soy él. Mi nombre es Price Durand. Nací en el otro extremo del mundo.

Lentamente, aquellos ojos, verdes y oblicuos, estudiaron su rostro y sus miembros, esbeltos y musculosos. Price, acusando aún la laxitud de la convalecencia, se sentó frente a la mujer dorada.

—Tú eres Iru, rey de Anz —acabó por decir Vekyra con suma lentitud—. Pues yo conocí bien al antiguo Iru... mejor que nadie. Tú eres él. No importa que hayas nacido de nuevo y en un país lejano.

—¿Así que le conociste? —preguntó Price, interesándose por el tema. Sentía una vívida curiosidad por el antiguo gobernante con quien había sido confundido en varias ocasiones. Y estaba dispuesto a no mostrar ningún temor ante Vekyra.

—¿Ya no te acuerdas de mí? Entonces tendré que contarte la historia del antiguo Iru, que sólo es el comienzo de la misma historia que estamos viviendo de nuevo... Tú y yo, y Malika y Aysa.

Al oír el nombre de la joven, Price se sobresaltó visiblemente.

Vekyra insinuó una sonrisa oblicua y murmuró:

—¡Ah, veo que te acuerdas de ella!

—Conozco a una joven que se llama como ella —admitió Price.

Intentó dar a su voz un tono impersonal, pero la mujer debió de adivinar sus sentimientos, ya que su rostro ovalado se endureció repentinamente, presa de ira.

—¡Aysa, como tú, ha renacido! —dijo entre dientes—. De nuevo estamos juntos los cuatro para terminar la historia que comenzó cuando Anz era joven.

La pasión desapareció de su rostro dorado tan rápidamente como había nacido. Extendió su flexible y brillante cuerpo sobre los cojines y echó hacia atrás la abundante y rutilante cabellera.

—Cuando era una muchacha, y mi sangre aún no era dorada, Iru reinaba en Anz. La gente le amaba, porque era bello y fuerte, famoso por su valentía y su destreza con el hacha dorada. ¡Y tú eres igual que él!

Price negó con la cabeza.

—Tienes su misma figura, alta y delgada, sus ojos azules, su cabello rojo..., peculiaridades muy raras en nuestro pueblo. Además... ireconozco tu rostro!

“Por aquel entonces, Anz era grande, y su gente se contaba por millones. Las reptantes arenas aún estaban lejos. Las lluvias llegaban todos los inviernos; los lagos y los depósitos siempre estaban llenos, las cosechas y pastizales eran abundantes.

“En aquella época no había seres dorados, excepto la Serpiente. Había vivido en la montaña desde antes del alborar del hombre. En

Sangre dorada
Jack Williamson

ocasiones salía de ella a cazar y pasaba por una caverna. La gente de Anz pensó que era un dios —por la extraña fascinación de sus ojos— y le construyó un templo bajo la montaña.

“Por la época de Iru, Malikar era sacerdote de la Serpiente. Hombre audaz, siempre estaba en busca del saber. Como otros tantos sacerdotes, supo la verdad acerca de su dios. Penetró hasta muy dentro de la cueva y encontró el abismo de vapor de oro, que brota de los fuegos del interior de la tierra, convirtiendo a todos los seres que lo respiran en dioses inmortales.

“La Serpiente no era más que un reptil común y corriente que había hecho su madriguera en el interior de la montaña y había respirado la bruma. No era más dios que cualquier serpiente. Malikar hizo unas pruebas y descubrió el secreto de la sangre dorada.

“Tú —o Iru— eras un guerrero, y también cazador. No conocías el secreto de la Serpiente, pero estabas convencido de que era un ser malvado. Así que decretaste que, en adelante, los esfuerzos y las vidas de los Beni Anz no fueran malgastados en los sacrificios. Ordenaste a los sacerdotes que abandonasen el templo. Malikar te odió por eso y decidió destruirte, para poner a su dios por encima de los demás y gobernar él mismo como sacerdote y rey.

“Pero había otro motivo de disputa entre tú y el sacerdote; yo, Vekyra, quien, como ya dije, era una joven princesa de Anz, y mi sangre aún no era dorada como ahora. Tú me amabas. Entonces dijiste que era hermosa. Nos habíamos prometido en matrimonio. Pero Malikar también me deseaba.

“Iru condujo a sus soldados al templo. Los sacerdotes salieron huyendo ante su hacha dorada. Destruyó el templo y selló la caverna de la Serpiente.

“Malikar huyó cuando vio que la batalla estaba perdida, abandonando a los demás sacerdotes. Por un camino secreto, llegó al interior de la montaña y se adentró en la bruma dorada. Allí durmió durante varios días, hasta que el vapor de oro penetró en su cuerpo y cambió sus tejidos en oro resistente e inmortal.

“En lo que concierne a la joven Aysa, te diré que era una esclava. Yo la había comprado a unos mercaderes del Norte, como sirvienta. Un día, Iru la vio y la deseó. Y como estábamos a punto de casarnos, aquello no me agradó. Le dije que podría tener a la muchacha..., siempre que me diese a cambio un tigre domesticado.

“Mientras Malikar dormía entre la bruma dorada, Iru se fue a las montañas y luchó con una tigresa, para volver cargado con su cría. La domesticó y me la entregó, por lo que me vi obligada a concederle la esclava. ¡Pero mejor habría sido para él quedarse con la fiera!

Aquellos ojos oblicuos llamearon con destellos verdes.

—Malikar se quedó en la montaña hasta que fue un hombre completamente de oro. Entonces salió con la Serpiente y fue a predicar su nueva religión a los clanes del desierto que se asentaban más allá de Anz. Dijo que había muerto y renacido... liberado de la Serpiente, en un cuerpo de oro.

“La gente del desierto le creyó. Pues, ¿acaso su cuerpo no era de oro y tan resistente que dejó que le hiriesen con sus espadas? Malikar

Sangre dorada
Jack Williamson

los condujo contra Anz, con la Serpiente a su lado, para paralizar a los hombres con el hielo de su mirada.

“Pero tú eras un gran guerrero. Ordenaste que el ganado y los campesinos se refugiasen en el interior de las murallas. Entonces saliste fuera de ellas, acompañado de tus guerreros y de Korlu, tu hacha, y dispersaste a los hombres del desierto, haciéndolos retroceder a sus soledades.

“No pudiste matar a Malikar y a la Serpiente, porque eran de oro. Lo único que pudiste hacer fue regresar a Anz y cerrar las puertas ante ellos.

“Entonces Malikar decidió utilizar la astucia. Ordenó a la Serpiente volver a la montaña. Pintando su cuerpo dorado para hacerse pasar por un hombre —como todavía sigue haciendo cuando viaja por el mundo—, se deslizó en el interior de Anz para matarte.

“Pero tú estabas rodeado por tus guerreros, y la gran hacha siempre estaba a tu lado. Así pues, Malikar no podía acercarse hasta ti y sorprenderte.

“Por eso ideó un nuevo plan. Fue a ver a Aysa, la esclava. Cómo consiguió ganársela es algo que ignoro. Quizá con la promesa del oro que llenaba a rebosar la caverna de la Serpiente. Quizá asustándola con el dios-serpiente. O quizá con unos simples besos.

“Aysa depositó su veneno en tu copa y tú te lo tomaste con el vino. Moriste. Pero la esclava ganó bien poco por su traición. Iru percibió el sabor del veneno, y supo lo que ella había hecho, así que la mató con su propia hacha antes de caer.

“Acto seguido, Malikar se presentó como el Hombre de Oro y el vengador de la Serpiente. Sin jefe, los Beni Anz se inclinaron ante él. Le enviaron ofrendas de esclavas para la Serpiente y él los gobernó, como rey y sacerdote.

“Cuando Iru hubo muerto, Malikar me llevó por la fuerza a la montaña y me dejó durmiendo en el vapor amarillo hasta que me convertí en oro. Le había gustado convertirme en su esclava para siempre, pero la cría de tigre que Iru me había entregado a cambio de la joven esclava me siguió, tras domesticarla, al interior de la montaña.

“Una vez allí, fue presa del sueño y al despertar ya se había convertido en un animal de oro. Malikar no pudo matarlo, y el animal me amó y me sirvió. Y año tras año fue creciendo en tamaño —quizá porque aún no era adulto cuando se quedó dormido—, hasta tal punto que incluso la Serpiente le teme.

“Y ésta es la historia de la Gente Dorada.

Price permanecía mudo de estupor. No creía en la reencarnación; pero tampoco la negaba. Sabía que cientos de millones de personas la habían convertido en la base de su religión.

La historia de Vekyra era interesante. Buena parte de ella resultaba extrañamente plausible. Parecía explicar muchas de las cosas que se había estado preguntando. Estaba dispuesto a admitirla globalmente como posiblemente auténtica... excepto en lo que concernía al hecho de que Aysa fuese el avatar de una asesina.

Sangre dorada
Jack Williamson

Vekyra se levantó del sofá y se acercó hasta donde se encontraba Price. Se inclinó en el brazo de su silla, y su perfumada cabellera cayó como un torrente de llamas rubicundas sobre sus hombros, y poco faltó a su esbelto cuerpo, ceñido de verde, para tocar el suyo.

—Ésta es la historia, Iru. Durante cien generaciones he vivido en este palacio de Verl que Malikar construyó para mí, sufriendo una vida sin amor, desprovista de la misericordia de la muerte..., esperándote a ti, a mi Iru. En muchas ocasiones he deseado arrojarme al abismo dorado. Pero sabía que algún día nacerías de nuevo y volverías a mí... incluso aunque del mar surgiesen nuevas tierras, y nuevos desiertos te cerrasen el camino.

La mujer dorada se deslizó al lado de Price, su cálido cuerpo vibrando contra el suyo. Sus delgados brazos amarillos le rodearon, suaves y al mismo tiempo fuertes. Levantó el óvalo de su rostro enigmático, sus ojos verdosos brillaron de ardor, sus labios rojos se entreabrieron en una ávida invitación.

Durante un momento, él dudó, casi como acobardado. Después, la ardiente promesa que brotaba de todo su ser le sumergió. Se inclinó hacia ella, y pasó un brazo alrededor de su esbelto cuerpo. Los cálidos labios de Vekyra se posaron en los suyos, prendiéndose en ellos, ávidos... y su contacto le hundió en una llama blanca, toda delicias.

LAS ARTES DEL ESPEJISMO

Cuando Vekyra se marchó, Price se sintió turbado y un poco culpable al pensar en Aysa. Pero la mujer dorada le había salvado la vida, sin lugar a dudas, se dijo. Y unos pocos besos no constituían un precio excesivo.

Pudo haber encontrado otras excusas para el momento en que se rindió a los encantos de la belleza dorada. Sus buenos oficios parecían ser el único medio posible de socorrer a Aysa..., aunque un tanto incierto, visto el odio que Vekyra profesaba a la infortunada joven. Desagradar a Vekyra podría significar el rápido, y posiblemente permanente, regreso a las mazmorras de Malikar. Pero, siendo honesto consigo mismo, Price admitió que ninguna consideración de ese género se le había ocurrido en los momentos de ardor en que se encontraba en los brazos de Vekyra.

A la mañana siguiente, después de desayunarse, Price salió para dar un paseo por el palacio, escoltado por cuatro miembros de su séquito femenino, que llevaban sus jambiyahs de oro. Mientras marchaba a su cabeza, pasando por suntuosos jardines y columnatas de oro y mármol, estaba ojo avizor ante cualquier posibilidad de escapatoria.

Había decidido abandonar Verl, si es que tal cosa era posible. Ciertamente, Vekyra no le ayudaría, conscientemente ni de grado, a rescatar a Aysa. Sospechaba que la mujer dorada albergaba proyectos respecto a él, un tanto cuestionables. Pero la huida le parecía un asunto desesperado, desarmado como estaba y vigilado sin cesar por las mujeres marcadas con el signo de la serpiente.

—¡Effendi Durand!

El saludo, expresado en voz que le resultaba familiar, le sobresaltó. Al volverse, vio al jeque Fouad el Akmet acercándose a él por una avenida de palmeras. El viejo beduino estaba desarmado, y a su lado, con una proximidad más que familiar, marchaba una de las jóvenes de Vekyra, con un curvo jambiyah a la cintura.

—Que la paz sea contigo, oh, jeque —dijo Price, a guisa de saludo, y caminó a su encuentro—. ¿Así que también eres huésped de Vekyra?

El viejo árabe llevó a Price a un lugar apartado de las jóvenes guerreras y musitó, a través de su negra y rala barba:

—¡Aywa, Sidi! —miró precavidamente con sus huidizos ojos negros a las jóvenes que los contemplaban y añadió—: Hace tres días, el Howeja Jacob Garth me envió, junto con mis hombres, a explorar la montaña. La maligna mujer dorada, la yinni que cabalga el tigre dorado, nos atacó por sorpresa. La fiera mató a tres de mis hombres. Y ella me llevó a este castillo de Iblis.

Sangre dorada
Jack Williamson

El viejo jeque echó nuevamente un vistazo a sus espaldas y bajó la voz aún más.

—Pero todavía puedo escaparme. La mujer que está conmigo sabe lo que es un hombre —esbozó una sonrisa llena de fatuidad—. Se llama Nazira. La última noche prometió que me ayudaría. Sé tratar bien a las mujeres, ¿eh?

Price hizo una mueca, a modo de contestación. Fouad susurró nuevamente:

—Effendi, cuando llegue el momento... ¿Vendrás conmigo? ¡Bismillah! No me gusta estar solo en este país de ifrits.

—Sí —contesto Price, aunque no confiaba demasiado en la habilidad del viejo árabe para seducir a su carcelera y menos aún en que, incluso con la ayuda de aquella mujer, la escapatoria pudiese tener éxito.

El beduino se volvió, sonriendo con familiaridad a la joven que le esperaba. Price, junto con su escolta, prosiguió su recorrido por los esplendores de Verl.

Poco después Vekyra, montada en el tigre, se reunió con él. Obligó a la fiera dorada a tenderse a su lado y alargó un esbelto brazo dorado.

Vekyra había cambiado sus ropajes verdes por una túnica ceñida de un violeta luminoso, que relucía como el metal cuando cimbreaba su flexible cuerpo. Su cabello rojizo, que llevaba peinado hacia atrás gracias a una ancha diadema del mismo tejido que el vestido, adquiriría un brillo deslumbrante al contrastar con él.

—Iru —dijo—. Me gustaría que esta mañana cabalgases a mi lado a lomos del espejismo.

—¿A lomos del espejismo?

—Sí. Soy la Artífice de la Ilusión. Tú ya lo has visto. Se trata de uno de los secretos de la antigua Anz. Sus viejos sabios dominaron las leyes de la ilusión e inventaron espejos, y otras cosas más, para controlar el espejismo.

—¿Cómo...?

—No tardarás en verlo en la Sala de la Ilusión.

Dijo algo al tigre, y el gigantesco felino, que no llevaba brida ni freno, se puso rápidamente en marcha, llevándolos bajo una magnífica columnata de mármol blanco y oro.

La mujer arregló los cojines del howdah y atrajo a Price hacia ella, de suerte que sintió la elástica y cálida fuerza de su cuerpo, y respiró el denso y embriagador perfume de su cabellera.

El tigre los condujo hasta el edificio central del castillo y subió por una pendiente en espiral que, como Price bien sabía, conducía a la gran torre central de rutilante oro. A través de las aberturas desprovistas de vidrio en las paredes, vislumbró las alas blanco y oro del edificio y, más abajo, el siniestro e ilimitado mar del sombrío desierto, azul en la calina producida por el calor.

Finalmente, entraron en una extraña habitación que se encontraba en la mismísima cúspide de la torre. Al acabarse la pendiente por la que habían subido, el tigre avanzó, silenciosa y precavidamente,

hacia un vasto espejo, una placa continua de cristal que constituía el suelo.

Price contempló, asombrado, la Sala de la Ilusión. No sólo por el hecho de que el suelo fuese de cristal, sino porque las paredes también eran espejos, de formas singulares y curvaturas aún más extrañas. De tal suerte, al sufrir las imágenes infinitas reflexiones, dando una impresión engañosa de lo que se reflejaba en los espejos, resultaba imposible determinar las dimensiones reales de la habitación. La mitad del techo daba al cielo turquesa y la otra mitad era un brillante plano de cristal inmaculado.

Mil veces —cien mil veces—, en los espejos de las paredes, del suelo y del techo, Price vio los reflejos de sí mismo y de Vekyra montados en el tigre. La imagen se repetía al infinito, a veces alcanzando un tamaño gigantesco, otras reducida tanto que llegaba a convertirse en un punto, perdiéndose.

Vekyra alargó la mano y tocó cinco discos minúsculos. Price no los había visto antes; parecían suspendidos en el espacio que rodeaba al tigre. En aquel momento observó que se proyectaban a través de una lámina de cristal que se hallaba cerca de ellos, tan pulimentada que era invisible.

Vekyra oprimió un botón carmesí. Price escuchó bajo sus pies el latido regular de una maquinaria oculta. Los espejos se desplazaron y giraron; los reflejos bailaron a su alrededor de manera molesta.

Las mil imágenes desaparecieron repentinamente. Un suelo plano de cristal azul y reluciente se extendía en todas direcciones, hasta el infinito. Sobre aquella llanura luminosa corrieron las imágenes reflejadas del tigre, se redujeron a minúsculos puntos oscuros y desaparecieron.

Sólo la luz azul del cielo fue reflejada por los cristales; Price se sintió raro, como si el tigre estuviese suspendido en medio de un vacío azul.

Vekyra tocó un disco verde. El gemido agudo de otro mecanismo oculto subió hasta ellos. De repente, la atmósfera estaba cargada, tensa. Price notó el olor picante del ozono y supuso que a su alrededor debían de estar actuando poderosos campos eléctricos.

—¡Contempla —exclamó Vekyra— el sometimiento de la luz y el nacimiento de la ilusión!

Price vio aparecer en los espejos unos puntos negros, allí donde sus reflejos se habían desvanecido; y vio los puntos negros expandirse en líneas oscuras de lejanos horizontes: Retazos del distante desierto, que se hicieron rápidamente más próximos, de suerte que lo primero que distinguió fue una calima azul en lo alto, y después las ondulantes filas de dunas amarillo-rojizas; manchas singulares del desierto; atisbos de arena y de cielo zafíreo. Y todo ello mezclado fantásticamente en un rompecabezas demente de ilusión, expandiéndose rápidamente, precipitándose hacia ellos.

De repente, aquella confusión cobró forma. Los retazos del desierto se fundieron en un todo. Como si estuviese cientos de pies más abajo, una marcada pendiente de arena suelta levantaba su árida cresta

Sangre dorada
Jack Williamson

amarillo-rojiza. A lo lejos, las dunas en forma de media luna parecían alejarse hacia los cálidos y rutilantes bordes del mundo.

La ilusión era increíblemente real.

Price podía ver su propio cuerpo, la mujer dorada echada a su lado en el howdah tapizado de cojines... y abajo, a lo lejos, el desierto de arena. La montaña. Las coladas de lava negra que la rodeaban habían desaparecido.

Vekyra le sonrió, como si experimentase un malicioso placer ante su sorpresa, y oprimió un disco amarillo. Y entonces, aunque Price no sintiese desde luego ninguna sensación de movimiento físico, el desierto pareció desfilarse rápidamente bajo ellos. Vastas placas de sal, relucientes bajo el sol, brillaron como lagos vestidos de nieve. Floraciones amarillas de piedras calizas. Llanuras áridas de pedernal y arcilla. Negros campos de lava.

Price aventuró una mano hacia los discos, a guisa de exploración. Donde sus ojos le decían que sólo había aire, sus dedos tocaron cristal pulimentado. Un extraño estremecimiento le hizo retirar involuntariamente el brazo.

—Cuidado —advirtió Vekyra—. Toda la torre está cargada con la energía que dobla la luz. Y no eres inmortal..., aún.

Y tocó un resalte verde. A Price, quien se inclinaba de nuevo hacia fuera del howdah, le pareció que estaban suspendidos, inmóviles, sobre el oasis de El Yerim.

Una ancha franja verde por las palmeras datileras y los campos de césped, cruzando la llanura de lava. El pequeño lago, bordeado de verde. Las casas cuadradas de adobe, pegadas unas junto a otras, del pueblo. Al otro lado del lago, el campamento de sus recientes aliados.

Tiendas blancas, agrupadas a lo largo de la orilla. La masa gris del tanque... Sam Sorrows había conseguido volver a salvo. Provisiones amontonadas, cubiertas con telas impermeabilizadas. Las tiendas negras de los beduinos de Fouad, los rebaños de dromedarios.

Y dos cosas sorprendentes. La primera, una serie de hilos metálicos tendidos paralelamente, que brillaban al sol y que partían de unos postes que antes habían sido troncos de palmera: una inconfundible antena de radio. La segunda era un campo liso y exento de obstáculos en la gravera detrás del campamento, con dos aviones inmóviles en él. Eran dos biplanos de combate en excelente estado, de fuselaje gris, cuyas ametralladoras se veían amenazantes encima de las carlingas, que cargaban bombas ligeras en los soportes que al efecto tenían bajo las alas. Cerca del fuselaje de uno de ellos vio a Jacob Garth, inconfundible en su descolorido uniforme caqui y su blanco topi, mientras los miraba, con los ojos puestos en el cielo.

Durante un momento, Price se sintió aturdido. Después, la explicación de todo aquello se abrió paso en él. Garth había insistido, con demasiada insistencia, en la obligatoriedad de no llevar aeroplanos en la expedición, con el simple pretexto de la dificultad del aterrizaje en un desierto de arena.

Pero en secreto había hecho otros planes, dejándolos en manos de aliados insospechados. Debía de haber escondido un transmisor de radio portátil entre la impedimenta, oculto para todos los miembros

Sangre dorada
Jack Williamson

de la expedición. Una vez preparado el campo de aterrizaje, había enviado sus órdenes por radio.

Entonces Price comprendió por qué Garth no había dudado en dinamitar la goleta. Con los aviones ya no la necesitaba. Así se explicaba, además, el hecho de que Malika buscara su ayuda para luchar contra los buscadores de tesoros.

—¿Son máquinas de guerra? —preguntó Vekyra, señalando a los aviones.

—Sí. Los hombres vuelan en ellos... para ir a luchar.

—¿Crees que los utilizarán para atacar esta montaña?

—Te lo puedo asegurar. Jacob Garth no es de los que renuncian.

—Jacob Garth... ¿Era tu jefe?

—No lo era. Pero ahora es el que manda.

—¿Puedes verle?

—Es ese individuo grande, al lado de aquella máquina —señaló Price.

Vekyra le estudió atentamente y asintió.

—Esto era lo que quería saber.

Sacó un esbelto brazo fuera del howdah y tocó el disco central.

El vibrante gemido de los mecanismos ocultos, que Price había olvidado para centrarse en lo que estaba viendo, murió bruscamente. La escena a sus pies se dislocó en mil fragmentos, en los reflejos deformados de mil espejos.

El brillo de los fragmentos de las imágenes se desvaneció. Durante un instante, los espejos se quedaron en blanco, reluciendo con el brillo ultramar del cielo. Acto seguido, un millar de puntos negros apareció ante ellos. Motas que crecieron se acercaron hasta ellos y se expandieron en la imagen del tigre y de sus jinetes.

Con suavidad, el tigre atravesó el suelo de cristal y salió de la Sala de la Ilusión.

LA CORONA DE ANZ

A la mañana siguiente, Price se levantó al amanecer, para encontrarse con que tres de sus seis sirvientas —o guardianas— le estaban esperando en su grande y espléndida estancia. Le llevaron el desayuno; y, cuando se lo hubo tomado y salido de la pieza, ellas le siguieron discretamente, a una distancia de diez yardas.

De nuevo vagó por el amplio edificio, con la esperanza de descubrir algo que pudiese suponer una forma de escapar. Dado que Jacob Garth disponía de aviones, seguramente volvería a atacar la montaña, y en esa ocasión con cierta probabilidad de éxito. Price deseó ardientemente poder estar libre para unirse a él y ayudar a Aysa, de manera definitiva.

Durante dos horas merodeó por el castillo. Las tres muchachas, con sus jambiyahs amarillos, no se separaron de él. Y las murallas de gigantescos bloques de basalto que ceñían la plana cúspide de la montaña tenían cuarenta pies de altura, estando guardadas por otras mujeres armadas que se encontraban en las torres que las remataban. Parecía imposible, hasta el punto de sentir que se le rompía el corazón, abandonar Verl sin el permiso de Vekyra.

Una vez más, mientras volvía a sus aposentos, se encontró con el jeque Fouad el Akmet, que marchaba con gran intimidad al lado de la joven tatuada con la marca amarilla.

Fouad movió la cabeza hacia ella y lanzó un guiño bastante artificioso a Price. Rozándole mientras pasaba a su lado, susurró:

—A medianoche, Effendi, en el lado este del patio central.

La joven siguió a su lado mientras hablaba; él la miró de reojo, dándole un amistoso codazo. Ella sonrió con aire travieso.

—¿Estarás allí, Sidi?

Price asintió y el viejo beduino hizo una mueca de astucia bajo su barba.

Su sospecha de que la joven tenía encandilado al viejo árabe fue en aumento. Pero, incluso si era sincera, Price no veía cómo podría prepararse una fuga. Ciertamente no a través de los pasadizos del interior de la montaña, guardados por Malika y sus hombres-serpiente. Y él no había visto ningún camino para evitar los precipicios de media milla que se abrían al otro lado de las murallas. Pero decidió encontrarse con el viejo..., si es que podía librarse de sus propias guardianas. No había ninguna razón para que no debiera. Existía una posibilidad...

Vekyra fue a sus aposentos aquella tarde, seguida de una esclava que llevaba las ropas de las que le había despojado Malika, la rodela de oro, la cota de malla y la gran hacha que había sido de Iru.

—Hice que Malika me lo entregase —explicó—. ¿Deseas quedarte con el hacha?

Sangre dorada
Jack Williamson

—Claro que sí —dijo Price, desconcertado, extrañado y deleitado por aquella inesperada devolución de lo que le pertenecía.

—Entonces, prométeme que no la usarás en Verl.

—Lo prometo.

—La palabra de Iru es tan poderosa como los muros de Anz —comentó. Y, sonriendo provocativamente, añadió—: Iru, quisiera que cenases conmigo al ponerse el sol. Las esclavas te llevarán la ropa que habrás de ponerte.

Y casi al momento, declinando la ayuda que le proponía una de las jóvenes armadas, Price se atavió con espléndidos ropajes bárbaros. Kamis de pura seda blanca y diáfana finura. Abba de hilo de plata y seda carmesí, bordado de rojo brillante. Y pensó que algo extraordinario iba a ocurrir.

Cuando estuvo listo, las jóvenes le condujeron fuera de sus aposentos y le guiaron por una larga arcada, cuyas retorcidas columnas eran de mármol y oro alternativamente, hasta una larga sala que no había visto anteriormente.

En las altas paredes barnizadas de oro se habían intercalado grandes paneles de níveo alabastro, embellecidos con motivos fantasmagóricos en colores negro y carmesí. En las paredes, tederos de plata llameaban con resplandores verdes y violetas.

El día comenzaba a desvanecerse y las luces de colores se veían tenues; unas sombras misteriosas se agazapaban en la gran sala. El aire sorprendía por lo delicioso de su frescor; flotaba en él el efluvio punzante de una fragancia poco familiar, como si en los tederos se estuviese quemando incienso.

Las jóvenes armadas se detuvieron ante la entrada cubierta por una cortina. Price avanzó en solitario sobre las suaves alfombras, hasta el lugar donde le esperaba Vekyra. Durante un momento, fue consciente de hallarse incomodo con aquellas prendas desacostumbradas; el manto plateado le pesaba y le hacía moverse con rigidez.

Dos triclinios habían sido dispuestos en el otro extremo de la sala, amplios y bajos, de alguna oscura madera lacada de carmesí. En uno de ellos se encontraba Vekyra, apoyada en unos lujosos cojines que se hundían bajo su peso. Con gracia felina, se levantó, fue al encuentro de Price y le tomó de las manos.

Su ajustado vestido escarlata moldeaba su cuerpo oro pálido hasta el punto de dar casi un tono blanco a su piel. Una ancha diadema negra que ceñía su cabeza realzaba el resplandor rojizo de su cabello rebelde. No llevaba joyas; su vestido era de una rica simplicidad. Unas luces peligrosas llameaban en sus ojos orientales.

Silenciosamente, le condujo a uno de los lechos e intentó atraerle hacia sí. Él se apartó rápidamente y se sentó enfrente de ella.

La mujer se agitó, airada.

—Escúchame, Vekyra —comenzó a decir Price, sin más prolegómenos—. No quiero discutir contigo. Pero quisiera que

Sangre dorada
Jack Williamson

comprendieras que no intento concluir una vieja historia de amor que comenzó hace dos mil años. Lo que yo quiero...

Imperiosamente, ella hizo un gesto con uno de sus gráciles y desnudos brazos, que parecía mucho más blanco en contraste con su túnica carmesí, y preguntó:

—¿Acaso no soy hermosa?

Él la miró. Esbelta y de graciosas curvas, ceñida de seda escarlata, era hermosa. Pero su belleza era tan radiante como cruel y terrible.

—Lo eres —admitió.

—¿Qué es lo que deseas, Iru, que yo no puedo darte? —dijo en un susurro.

—Mira, Vekyra, hay algo que no puedes comprender...

Ella le interrumpió, moviendo airada la cabeza.

—¿Qué es lo que los hombres desean más que cualquier otra cosa? —preguntó con una voz que pasaba de la suavidad a la fiereza—. ¿El amor? ¿La juventud? ¿La riqueza? ¿El poder? ¿La gloria? ¿La sabiduría? Iru, yo no te ofrezco una cualquiera de esas cosas..., isino todas!

—¡Oh, pero no ves...!

Ella se encogió impacientemente de hombros.

—Dices que soy hermosa. Te entrego un amor que ha perdurado a lo largo de cien generaciones. ¡Un amor que te ha hecho volver de la muerte, por la simple fuerza de su poder!

Price pensó responder, pero vio que no podría decir nada que no la hiriera, así que escuchó en silencio.

—¿Juventud? —preguntó, con su voz argentina—. Cuando tengas la misma sangre dorada que yo, serás joven para siempre. Unos pocos días en el vapor amarillo... ¡y tu juventud durará para siempre!

Sus ojos sesgados ardían mientras proseguía sus argumentos con extraña elocuencia.

—¿Riqueza? Mira a tu alrededor. Mi castillo es tuyo si lo quieres, y todo el oro que haya en la madriguera de la serpiente. ¿Acaso es poco? ¿Gloria? Será tuya si la buscas, cuando te conviertas en el más fuerte de los hombres y el más poderoso, y seas inmortal. ¿Sabiduría? ¿No te preocupa conocer los antiguos secretos de Anz? Tengo los libros que escribieron sus sabios. La Sala de la Ilusión. Los espejos de oro. Muchas cosas más. ¿Desprecias la sabiduría?

—No ves... —intentó hablar nuevamente Price, pero ella seguía sin escucharle.

—Y, sin embargo, te ofrezco aún más. Aquello que los hombres desean más que nada en el mundo. Aquello por lo que darían alegremente todo lo demás. ¿De qué se trata? ¡Del poder! Te entrego las armas de la antigua Anz. El poder mandar sobre el Tigre y la Serpiente. ¡Poder para conquistar todo el mundo!

Vekyra batió palmas enérgicamente con sus pequeñas manos, y una esclava penetró en la habitación, llevando un cojín de seda roja, sobre el que descansaba una corona, hecha de un metal blanco, engastado de perlas y de gemas rojas y amarillas, enormes y toscamente talladas.

—¡La corona de Anz! —exclamó Vekyra—. Es tuya Iru. Una vez la llevaste. Te la devuelvo.

Tomó la corona entre sus manos; la joven desapareció en silencio. Price hizo un gesto solemne.

—Lo siento, Vekyra, pero escucha mis razones. No he dicho que no seas hermosa, pues lo eres. Y comprendo que me ofreces muchas cosas. Probablemente, habría muchos hombres que se sentirían contentos de vivir contigo.

Ella se levantó, enfurecida, con la corona entre sus manos. Price hizo un gesto de que volviera a su triclinio.

—Mejor será que sepas la verdad, aunque te duela. Amo a Aysa..., y no me importa que digas que es la reencarnación de una asesina. Y pienso arrancársela a Malikar, aunque me lleve el resto de la vida. Si aún es humana, tanto mejor. Pero si ya ha sido cambiada en oro, entonces será mi turno de irme a dormir en medio de aquella bruma. Lamento que haya podido hacerte daño. Pero me ha parecido mejor que lo supieras.

Vekyra había estado escuchándole atentamente, con el busto agitado y los ojos leonados relampagueándole. Intentó ponerse en pie y tuvo que sentarse de nuevo. La cólera desapareció de su rostro, como si se hubiese arrancado una máscara. Sonrió sesgadamente a Price, con una dulzura capaz de desarmar a cualquiera, cargada de peligro.

—Iru, mi señor —dijo con voz musical y melosa—, no discutamos. El festín está a punto.

Batió nuevamente palmas, y unas sirvientas entraron por la cortina de la puerta. Los platos que llevaban ofrecían una sorprendente variedad de alimentos. Dátiles frescos. Granadas escarlata. Enormes racimos de uvas violetas. Pequeñas nueces sin cáscara de fragante aroma, que Price no conocía. Carne asada. Pasteles con especias, de muchas formas y sabores. Distintas variedades de queso. Gran diversidad de vinos, en grandes botellas, fluidos o espesos como jarabe, dulces o acres, rojos, blancos y púrpura.

Price observó a Vekyra y vio que hacía como que comía. Elegía un bocado de cada uno de los platos; pero raramente se lo llevaba de veras a los labios. Lo mismo pasó con el vino. Se preguntó si realmente necesitaba la comida. Quizá lo único que precisasen los seres dorados para vivir fuese respirar la bruma amarilla.

Así pues, decidió comer y beber con la misma parsimonia que Vekyra. Una intuición le previno de que se acercaba una crisis; se negó a drogarse con la comida. Como ella, se limitó a catar y gustar, hasta que los platos dejaron de llegar.

Vio un atisbo de contrariedad en los ojos de Vekyra y se felicitó por haberse abstenido.

—Escuchemos un poco de música —musitó ella finalmente, y volvió a batir palmas.

Entonces se escucharon suaves acordes, procedentes de músicos ocultos, extraños y cautivadores. Graves, sordos, insistentes, bárbaros como los tam-tams de la jungla.

Sangre dorada
Jack Williamson

—Ahora que ya has cenado —y los sesgados y leonados ojos lanzaron una mirada maliciosa—, bailaré para ti.

Avanzó como si flotase sobre una alfombra de tonos azul intenso y carmesí oscuro y se detuvo, oscilando con el ritmo ondulante y lento de una danza arcaica. A través de sus pestañas doradas, sus ojos sesgados observaban a Price, misteriosos y enigmáticos.

Él intentó desviar su mirada un instante, para conseguir el dominio de sí mismo, pues sentía que un encantamiento maléfico se tejía deliberadamente a su alrededor.

Todo aquello parecía una puesta en escena con el único propósito de influir en él. La larga y extraña sala, incierta en la coloreada e irreal luz de los llameantes tederos, llena de un perfume embriagador. La singular música, que parecía hecha de sollozos, y Vekyra bailando, esbelta y élfica en su túnica carmesí, con su cabellera de oro rojo suelta, como una red con la que quisiera atraparle.

En aquel momento comenzó a entonar una extraña canción, sencilla y obsesiva:

Las rojas llamas bailan, llamas de la jungla...
bailan y llaman.
Los tambores retumban, tambores de la jungla...
retumban y llaman.
La luna resplandece de blancura, la luna de la jungla...
resplandece y llama.

Raudo late el corazón, mi corazón...
late como un tambor.
Corre ardiente la sangre, mi sangre...
ardiente como la llama.
La pasión resplandece en mi pecho...
resplandece como la luna.

La luna palidece; las rojas llamas menguan; el tambor se calla.
Sin embargo, yo aguardo —siempre aguardo— a mi amor.
Pasan las eras; la Tierra envejece... pero yo aguardo.

Violeta y verde era la llama de los tederos, arrojando fantásticas sombras sobre las paredes de oro y mármol. Una misteriosa opacidad ocupaba los rincones de la sala y una música misteriosa gemía, mientras Vekyra se contorsionaba, gemía y cantaba. El frío aroma de incienso que llenaba la atmósfera era como un vino embriagador.

De repente la música adoptó un ritmo más rápido. Vekyra giraba con ella, ligera y graciosa como una llama. Y mientras bailaba se despojó de la túnica carmesí que cubría su brillante y espléndido

Sangre dorada
Jack Williamson

cuerpo, arrojándola al suelo y girando, como un torbellino, a su alrededor.

La música casi murió, quedándose en unos obsesivos acordes lejanos, mientras ella se acercaba a Price. Casi desnuda. Como una estatua de oro pálido que hubiese cobrado vida y caminase. Sus ojos pardo-verdosos ardían de pasión.

Se dejó caer cerca de donde estaba Price y le rodeó con sus brazos desnudos. El deseo recorrió rápidamente su cuerpo, como un viento ardiente. Involuntariamente, Price pasó un brazo alrededor de sus hombros, delicadamente moldeados, atrayendo hacia sí aquel cuerpo palpitante. Ella levantó un rostro pálido y ovalado, mientras sus ojos almendrados llameaban de apasionada exultación.

Durante un instante, miró fijamente a aquellos ojos verdosos, dementes, y experimentó un súbito sentimiento de terror. Apartó su rostro de sus labios ávidos, intentando huir de ella. Pero los desnudos brazos amarillos se agarraron a él con una fuerza sorprendente. Le atrajo hacia su cuerpo y lanzó un grito.

Una esclava entró en la habitación, con una copa de cristal llena de vino púrpura.

—Bebe, mi señor Iru —susurró Vekyra, mientras Price se debatía en sus brazos dorados—. Bebe y olvida.

Se aferró a él y la joven le puso la copa de vino en los labios.

Él no quería golpear a una mujer... pero aquella vampiresa dorada no era una mujer.

Liberando uno de sus brazos, tiró el vino al suelo, donde se derramó como si fuese sangre. Vekyra seguía aferrada a él, por lo que dirigió su puño hacia sus labios llenos de carmín.

Ella cayó hacia atrás en el reclinatorio, con los fuegos del infierno brillándole en los ojos.

—¿Golpeas a Vekyra? —silbó—. ¿A mí? ¿A Vekyra? ¿Reina de Anz y Sacerdotisa de la Serpiente?

Price se levantó, titubeando, y se dirigió hacia la entrada tapada por la cortina.

—¡Vete! —exclamó, enfurecida—. ¡Y no imploras la clemencia de Vekyra para ti... o para la miserable esclava a la que amas!

Deliberadamente, Price avanzó sin prisa a todo lo largo de la sala. Ya casi estaba en la cortina de la entrada cuando Vekyra le llamó:

—¡Iru! ¡Quédate, mi señor Iru!

Miró hacia atrás y vio que ella corría a su encuentro por encima de las ricas alfombras, pálida y hermosa en las tenues y palpitantes luces verdes y violetas. Dejó caer la cortina y oyó, al otro lado, un grito apagado de rabia y odio.

Mientras atravesaba la espléndida arcada que conducía a sus aposentos, en el palacio bañado por la luz de la luna, Price recordó una cita que le sumió en gran inquietud:

“La ira del Infierno no es comparable a la de una mujer desdeñada.”

26

LA VENGANZA DE VEKYRA

Incluso en aquellos momentos, Price se hallaba bien lejos de conocer lo sutil de la naturaleza de Vekyra. Mientras regresaba a sus aposentos, escoltado por las jóvenes armadas, y cambiaba los resplandecientes ropajes ceremoniales por sus propias vestiduras, que ella le había devuelto, esperaba que en cualquier instante cayera sobre él su furia destructora. Estaba seguro de que la enfurecida mujer intentaría vengarse, pero no conseguía vislumbrar de qué manera.

Las jóvenes, con sus jambiyahs, se habían retirado a la entrada de la habitación. Una vez que hubo terminado de cambiarse, se puso por encima la cota de malla de Iru y se echó sobre la cama, con la rodela y el hacha dorada del antiguo rey al alcance de su mano.

No se durmió. Esperaba que en cualquier momento fuese a ocurrir algo. Desconocía cómo se vengaría Vekyra de él. ¿Acudiría personalmente a matarle? ¿Enviaría el tigre en pos de él? ¿O, simplemente, lo entregaría de nuevo a Malikar?

La luna brillaba, pero como las amplias ventanas de su habitación, desprovistas de cristales, daban al sudoeste, la luz plateada no entraba por ellas. Las guardianas de la entrada se alumbraban con una antorcha, que arrojaba escasa luz, hasta que comenzó a palpar y acabó por apagarse. Price prestó atención a lo que decían las jóvenes. Durante algún tiempo estuvieron hablando en voz baja. Pero, más tarde, las voces cesaron y Price pudo oír el sonido de respiraciones profundas, por lo que dedujo que se habían quedado dormidas.

De repente, recordó la promesa que había hecho al viejo jeque de reunirse con él a medianoche, en el patio central. No cifraba grandes esperanzas en que resultase nada positivo del encuentro, pero en todo caso sería una manera interesante de pasar la noche, o al menos algunas horas. Y si podía salir del castillo y utilizar nuevamente el hacha de oro...

Las jóvenes de la puerta ni se enteraron cuando se levantó silenciosamente de la cama y cruzó la habitación a oscuras hasta las ventanas que no tenían cristal. Sin hacer ruido, se subió al alféizar y, cogiéndose de él con ambos brazos, cayó suavemente en el paseo de grava. No hubo ningún ruido de alarma; todo resultó sorprendentemente fácil.

El castillo aparecía extrañamente iluminado. La luz de la luna reverberaba al incidir en el mármol brillante y el oro pulimentado, llenando los patios y las columnas con esplendor silencioso y espectral.

Un hombre no habría podido ocultarse fácilmente ante tanta claridad. Pero, al parecer, no había nadie por los alrededores. Price se

Sangre dorada
Jack Williamson

deslizó a lo largo de las dormidas avenidas, hasta que llegó al patio central. También estaba vacío y anormalmente tranquilo bajo el portento del claro de luna.

Se sintió casi como un tonto por haber llegado hasta allí; era ridículo confiar al viejo beduino nakhawilah el plan de su escapatoria. Price dudaba entre volver a sus aposentos o acometer un intento suicida de escalar los muros del castillo y bajar por los precipicios.

—¿Eres tú, Effendi? —preguntó Fouad, en un susurro, desde las sombras de un macizo de arbustos.

Price se dirigió hacia él. El viejo árabe salió a la luz de la luna. Estaba armado con una larga jabalina. La mujer que había sido su guardiana se encontraba a su lado, jambiyah a la cintura y un rollo de cuerdas al hombro.

—iWallah, Sidi! —barbotó el jeque—. ¡Me alegro de verte! Mal lugar es éste a la luz de la luna. ¡No me gusta la yinni dorada!

—Guardad silencio —murmuró la joven.

Y los condujo por una arcada de palmeras, cubierta por las sombras, hasta el muro este del castillo. Colgada de la barrera de basalto se encontraba una escala de cuerda, justo al norte de una de las torres que sobresalían de las murallas.

—Subid —susurró—. No hagáis ruido. Y esperad en la sombra de la torre.

Price subió por ella, seguido de Fouad. La joven fue tras ellos, siempre con las cuerdas. Se detuvieron en el extremo superior de la pared, que tenía seis pies de anchura. Hacia un lado se encontraba Verl, plateada, gloriosa bajo la luz de la luna; hacia el otro, media milla de vacío, encima de la llanura de lava que no era sino siniestra desolación.

La muchacha ató el extremo de la cuerda a los ganchos de metal que sostenían la escala de cuerda, dejándola caer después sobre la cara exterior de la muralla.

—Bajad deprisa —dijo, en un susurro—. Encontraréis un camino tallado en la roca. No hagáis ruido. Y apresuraos antes de que el ama despierte.

Fouad avanzó hacia la joven, como si fuese a abrazarla. Ella se encogió de hombros, impaciente, y le empujó hacia la cuerda. La cogió y desapareció al otro lado del muro. Price esperó a que la cuerda dejase de estar tensa. Se sentía turbado. Aquella fuga parecía demasiado fácil. Había algo que no marchaba, pero exactamente el qué... eso era lo que no sabía.

Bajó a su vez por la cuerda, dejándola deslizar entre sus manos. Las de Fouad le cogieron y le guiaron hasta una cornisa estrecha. Soltó la cuerda. No tardó en ser subida.

La cornisa iba en pendiente hacia su derecha, hasta llegar a un camino de dos pies de ancho, cortado en la roca. Era liso; el granito sobresalía por ambos lados. Price comenzó a recorrerlo sin perder tiempo, con Fouad detrás de él.

Seguía preocupándole la fuga. Todo había sido demasiado sencillo. Pero de una cosa sí estaba contento. Se hallaba fuera del castillo. Ya no debería mantener su promesa de no usar el hacha dorada.

El camino zigzagueó a través de la cara este de la montaña. Al llegar a una pendiente lisa y abrupta se terminó, y medio escalando, medio deslizándose, llegaron a la llanura de lava.

Codo con codo, se alejaron corriendo de la montaña.

—Wallah, Effendi —dijo Fouad, sin resuello—. Estaremos en El Yerim al amanecer.

Cuando habían recorrido una milla, Price miró hacia atrás. La negra masa de la montaña se levantaba a su espalda, funesta y amenazante. Divisó el cuadrado amarillo de las puertas ante las que, antaño, había pedido en vano que le dejaran entrar. Arriba, a lo lejos, se levantaba el castillo, una reluciente y opalescente corona bajo la luna.

No habían dejado de correr. Price estaba asustado. Aún no comprendía cómo habían podido escapar. Había algo que no iba bien.

—¡Ya Allah! —gritó de repente Fouad, cuando ya habían recorrido cerca de unas dos millas del campo de lava que los separaba del oasis. Su voz estaba tensa y distorsionada por el miedo.

Miraba a su espalda. Price se volvió, a su vez, y observó la ominosa masa negra de la montaña, al otro lado del desierto inundado de luz de luna. El cuadrado dorado había desaparecido. ¡Las puertas del túnel estaban abiertas!

Entonces vio al tigre, un monstruo dorado, avanzando en medio de los campos de lava, con el howdah sobre su lomo. Ya había recorrido media milla. Podía distinguir la silueta menuda de Vekyra encima de la vacilante fiera.

Entonces supo por qué la evasión había sido tan simple y tan fácil. Y conoció el sutil horror de la venganza de Vekyra. Había planeado todo aquello. ¡Una trampa! Fouad no había causado a su carcelera una impresión tan grande como suponía; no era extraño que ella se sintiese impaciente de que bajase por la cuerda.

Todo aquello había sido planeado, incluso antes de que su hubiese ganado la ira de Vekyra. Ella le había perdonado, por el momento, porque ya había puesto el cebo y dado los pasos para comenzar el sutil juego de su venganza.

—¡Ya Allah! ¡Ya gharati! —se quejó a gritos el viejo jeque—. ¡La yinni sólo nos engañó para poder cazarnos de nuevo!

Su voz se hizo ronca y murió en sus labios. Sobre el desierto, a través de la tranquila lluvia de plata de la claridad lunar, resonó el rugido ululante de un tigre cazando.

EL CAMPAMENTO DEL WADI

Price y el viejo beduino siguieron corriendo, a pesar de los rugidos del tigre dorado. En su punzante y desacostumbrado tono había algo que alteraba los nervios y despertaba terrores ciegos y atávicos. Ya habían dejado de ser seres racionales. Aquella nota aguda, con todo lo que significaba, hacía de ellos simples animales asustados.

Seguían corriendo juntos a través de los lívidos campos de lava, bañados por la luz de la luna, impulsados por el miedo, en un esfuerzo sobrehumano. Cuando Price se recobró, un dolor espantoso quemaba sus pulmones extenuados; cada inspiración se convertía en una boqueada estrangulada. Estaba bañado de sudor ardiente; la noche le pareció súbitamente opresiva; sus miembros se encontraban tensos y pesados como el plomo.

Hizo un esfuerzo y se detuvo. El oasis estaba a una docena de millas; llegar a él corriendo delante del tigre era algo obviamente imposible. Aquella fuga alocada no le serviría para nada, Sólo para aumentar el placer de Vekyra en su diabólico plan de venganza.

Price se tumbó boca abajo, jadeando, detrás de una protuberancia erosionada de lava negra. Fouad siguió corriendo, invocando a cada paso a Alá y a su Profeta.

Amparado en la sombra de la roca, Price miró hacia atrás, sobre la oscura y estéril llanura iluminada de plata, en dirección a la montaña, viendo cómo la incierta forma amarilla aparecía y desaparecía en el espectral manto de luz de la luna. Zor, el tigre dorado; Vekyra siguiéndole la pista.

Se quedó quieto, acariciando el mango del hacha dorada. Era una locura, desde luego, pensar en batirse contra el elefantino tigre, pero no más suicida que salir huyendo; y siempre se había sentido mejor luchando que corriendo.

Observó al tigre, que corría con paso suave, como si no le costase esfuerzo, como si flotase en las ondas del blanco claro de luna. Se dirigió derecho hacia él y después viró ligeramente. Escuchó el triunfante grito de guerra de Vekyra, con acordes plateados.

Ella le había visto. No. Debía de haber visto a Fouad. Al amparo de la sombra de la roca aún debía de ser invisible para ella. Pero, ciertamente, le descubriría en cuando se le acercase. Y si el gran felino amarillo se guiaba por el olfato...

Sus pensamientos se vieron interrumpidos por las súbitas detonaciones de varios fusiles, que procedían de la dirección que había tomado Fouad. Las balas zumbaban y silbaban sobre su cabeza, dirigiéndose, cantando, hacia el tigre.

La fiera, lanzada al galope, se detuvo al punto y permaneció inmóvil. Estaba a menos de quinientas yardas de él. Price podía ver el

Sangre dorada
Jack Williamson

howdah y a Vekyra sentada en él. Ella se levantó, mirando un momento hacia Fouad, mientras las balas silbaban a su alrededor.

Acto seguido, volvió a sentarse; el tigre dio media vuelta y huyó. Su silueta amarilla se detuvo un instante sobre la cresta lejana; y después pareció disolverse en la luz de la luna.

Price se puso en pie, lanzando juramentos de alegre incredulidad. La brusca reacción a la extrema tensión nerviosa a que se había visto sometido momentos antes le había hecho sentirse curiosamente débil y tembloroso. Tenía unas extrañas ganas de reír.

Por astuto que hubiera sido el plan de Vekyra, de suscitar la esperanza de sus víctimas al permitirles realizar tan milagrosa fuga para después correr tras ellos montada en el tigre, había fracasado. Pues les había dado la libertad con la que tanto había querido infligirles el suplicio de Tántalo.

Caminando en la dirección en que Fouad había huido, Price no tardó en ver media docena de hombres, fusil en mano, que rodeaban al viejo jeque. Uno de ellos le dijo que se identificase; él anunció a gritos su nombre, y el viejo Sam Sorrows, el aventurero de Kansas de cara larga, fue corriendo a su encuentro.

—¿Qué tal, señor Durand? —dijo, sorprendido. Y, cuando estuvo más cerca, añadió—: Bueno, ¿qué tal le fue?

—La dama que iba en el tigre había salido a hacer un poco de deporte, caza mayor, con Fouad y un servidor como blanco. Por fortuna llegamos hasta ustedes.

—Puede ser —Sam Sorrows bajó la voz hasta convertirla en un susurro—. Mejor hará en no quitarle el ojo de encima a ese mestizo de De Castro, señor. Ese canalla no le tiene en gran aprecio desde que le arrancó aquella joven de sus manos amarillas. Dígame, ¿encontró algo...?

—Sí, Sam. Pude verla. Está en el corazón de la montaña. Aquel diablo dorado, Malikar... la está convirtiendo en oro. Pero, ¿qué ocurre con el de Macao?

—Bueno, no creo que bese la tierra que usted pisa. Y todos los hombres se llevan bien con él. Y... bueno, ya ve..., o sea...

El hombre mayor hizo una pausa, dudando, mientras daba unos golpecitos sobre su Lebel a la luz de la luna.

—¿Qué ocurre, Sam?

—Bueno, señor Durand, verá... es que no sé cómo, ayer le vimos en el espejismo.

—¡Oh! —Price recordó su alucinante experiencia en la Sala de la Ilusión—. ¿Y qué?

—Bueno, señor. No me agrada decirlo. Pero se veía a las claras que usted y la mujer amarilla nos estaban espiando. Daba la impresión de que ella se encontraba en muy buenos términos con usted. Los hombres decían...

—¿Qué es lo que decían? —insistió de nuevo Price.

—Desde luego yo no dudo de usted, señor Durand —a Price le extrañó percibir un atisbo de incertidumbre en la entonación del viejo aventurero, como si no estuviese convencido de lo que decía—. Pero los hombres piensan que usted nos ha vendido. De Castro estaba

Sangre dorada
Jack Williamson

haciendo algunas observaciones desagradables respecto a lo que sucedería si llegábamos a echarle la mano encima. Por eso he pensado que sería mejor ponerle en guardia.

—Gracias, Sam —dijo Price, y estrechó su nudosa mano.

—Tendrá que explicarles bastantes cosas, señor. Puede parecer extraño que apareciese de repente de esta manera, con la mujer persiguiéndole. Los hombres pensarán que usted lo planeó para volver de nuevo al campamento y ver lo que estábamos preparando.

—Pero Fouad también estaba conmigo.

—¿Y eso qué importa? —el curtido norteamericano se volvió para regresar con los demás—. Buena suerte, señor. Y recuerde que yo estoy con usted.

En un wadi poco profundo, detrás de la cresta, Price descubrió un pequeño campamento, sin fuegos ni tiendas. Los occidentales, en número de una veintena, estaban por lo general tumbados o acurrucados cerca de la impedimenta. Los árabes de Fouad, de los que quedaban poco más de treinta, se habían congregado en un ruidoso grupo alrededor de su recién recuperado jeque. Cerca de ellos estaban los dromedarios, arrodillados o tumbados por las buenas. Y también la masa gris y silenciosa del tanque.

Jacob Garth fue al encuentro de Price cuando éste, en compañía aún de Sam Sorrows, dejó atrás el pequeño grupo de centinelas de la cresta. Tan inmenso y grueso como siempre, llevaba su adiposa cabeza descubierta para recibir en ella la brisa de la noche, y el topi colgado al cuello.

—No confíe demasiado en él —susurró el delgado norteamericano—. Haría cualquier cosa con tal de agrandar a De Castro y a los demás... ¡hasta que tenga el oro en sus grasientas manos!

Como aquél de quien hablaban estaba cerca, Price no respondió.

—Así que ha vuelto de nuevo, ¿eh, Durand? —retumbó la voz de Garth, tan sonora y desprovista de emoción como siempre.

—Sí.

—¿No se le ha ocurrido pensar que suele desertar y volver con demasiada frecuencia para que se le tome en serio?

—No lo había pensado. Puedo explicarlo.

—¿También puede explicar por qué le vimos en el espejismo ayer por la mañana, y en términos tan evidentemente íntimos con la mujer dorada..., de la que ahora pretende estar huyendo?

—Sí.

—Adelante.

—Escuche, Garth. Podrá pensar que soy un traidor. Admito que he tenido una oportunidad —o mejor dos— de jugar con usted un doble juego. Si estaba huyendo de ese tigre es porque no quise aprovecharlas. Garth, he estado de veras en el interior de la montaña y conozco un montón de cosas que, así me lo parece, podrían serle muy útiles si planease otro ataque a ella..., como supongo que piensa hacer.

—Veo que está jugando a varias bandas, ¿no?

Sangre dorada
Jack Williamson

Price enrojeció e intentó controlar el tono de su voz.

—Garth, no le he dado ningún motivo para dudar de mi honor. Le contaré con toda sinceridad lo que conozco de nuestros enemigos. Pero antes debe asegurarme que usted, y sus hombres, respetarán mi vida y mi libertad.

Pálidos y helados a la luz de la luna, los ojos del hombre observaron a Price desde la gran máscara blanca de su hinchado rostro.

—Muy bien, Durand —dijo finalmente—. Le diré lo que es inminente: vamos a atacar en cuanto salga el sol. Dentro de pocos minutos, Sam Sorrows volverá a El Yerim con órdenes para los aviones. Van a bombardear el castillo. ¿Se conseguirá con ello acabar con ese maldito espejismo?

—Sólo si alcanzan su maquinaria. Un complicado dispositivo de espejos y demás que se halla instalado bajo la cúpula de la torre más alta.

—Bien. Su información puede sernos útil después de todo. Con los aeroplanos, el tanque y los cañones podremos aplastar cualquier oposición. Con la dinamita nos abriremos paso en la montaña. Tiene que contarme lo que sepa. Venga conmigo en uno de los aviones. Le prometo que estará a salvo. Pero tendré que mantenerle vigilado hasta que comience la batalla.

—Otra cosa... —comenzó a decir Price.

—¿Todavía se acuerda de la chica? Bueno, Durand, debiera comprender que se la he prometido a De Castro si volvíamos a verla. Tendrá que olvidarla.

—Me resulta injusto...

—La justicia es algo que no me preocupa, Durand. Lo que voy buscando es el oro. Cuénteme lo que sabe, si quiere, y le protegeré de los hombres. Si no, le entregaré a De Castro. Creo que le gustaría muchísimo meterle un cuchillo en el cuerpo. Está despierto. ¿Quiere que le llame?

Después de haber luchado en vano, a Price no le quedó más remedio que rendirse. Cuando aún seguía relatando sus aventuras y describía los túneles y pasadizos del interior de la montaña, se organizó un súbito revuelo entre los centinelas de la cresta que dominaba el campamento. Un disparo de advertencia y un grito que pedía el santo y seña.

—¡Jacob Garth! ¡Jacob Garth! ¡Jacob Garth!

Una voz plateada resonaba en el claro de luna. La voz de Vekyra. El corazón de Price comenzó a latir más fuerte. ¿Qué podía significar aquello?

—Venga conmigo —dijo Garth, cogiéndole del brazo.

Ambos se dirigieron a la cresta. Doscientas yardas en el interior de la lava bañada por la luna estaba Vekyra, una figura incierta, casi espectral en la luz argenta. Iba a pie; no se veía al tigre por ninguna parte.

—¿Es ella? —le preguntó Garth a Price.

—Sí. La mujer dorada. Se llama Vekyra.

—¿Qué deseas? —gritó Garth en árabe.

Sangre dorada
Jack Williamson

La voz líquida volvía de nuevo:

—¡Jacob Garth! ¡Jacob Garth!

El hombre obeso dudó. Miró hacia atrás, donde estaba el campamento, y nuevamente hacia el rosáceo desierto iluminado de blanco. De repente, su voz sonó tranquila, tan imperturbable como siempre:

—Me voy a hablar con ella. Si ocurre algo fuera de lugar, disparad. Y guardadle a buen recaudo —dijo, señalando con la cabeza a Price—. Cuidadle bien; puede sernos útil.

Jacob Garth penetró en el desierto. Los centinelas seguían sobre la colina, Price entre ellos. Vieron a Garth detenerse cuando se encontró cerca de la mujer y oyeron un débil murmullo de voces. Al cabo de un momento, ambos se apartaron un poco y se sentaron en el suelo, frente a frente.

Se levantaron cerca de una hora más tarde. La espectral forma de la mujer se alejó rápidamente hasta disolverse en el claro de luna, volvió a aparecer y ya no se la vio más. Jacob Garth regresó caminando lentamente hasta donde se encontraban los centinelas. Aunque todos ellos ardían de curiosidad, ninguno se atrevió a dirigirle la palabra.

—¿Se ha enterado personalmente de cuáles eran mis relaciones con esa mujer? —preguntó Price.

Garth le miró y habló lentamente.

—Sí, Durand. Ha debido de comportarse como un loco con ella. Acérquese.

Le condujo a un lugar apartado de los guardias y bajó la voz:

—Durand, ya no necesitaremos sus servicios. Y estoy convencido, por lo que me ha dicho esa mujer, de que no nos causará (no podría causarnos) ninguna molestia. Así que puede irse.

—¿Irme? —preguntó Price, atónito.

—Irse del campamento, lo mismo que vino. Y cuanto antes mejor. Joao de Castro no le tiene ninguna simpatía. Ni la mujer. Así que lo mejor será que se vaya mientras pueda.

Se volvió a los centinelas y dijo con voz tonante:

—El señor Durand nos abandona, caballeros. Denle diez minutos para ponerse fuera de tiro.

EL CENTINELA SERPIENTE

—Lamento que todo haya ocurrido de esa manera, señor Durand —dijo Sam Sorrows, haciendo una mueca—. Pero podría haber sido peor.

Se había acercado a su dromedario, que estaba arrodillado. Entregó a Price una pequeña cantimplora llena de agua y una bolsa llena de dátiles, carne de dromedario y galletas de munición.

—Con esto tendrá suficiente hasta que llegue al oasis, señor. Y buena suerte.

Las lágrimas asomaron a los ojos de Price mientras estrechaba la mano del viejo aventurero de Kansas y echaba a andar bajo la amenaza de los fusiles de los centinelas.

Media milla más lejos, una cresta de lava se interpuso entre él y el campamento y los centinelas, ocultándole de su vista. Caminaba apesadumbrado, a través de la soledad, oscura y hostil, del desierto de lava iluminado por la luna. Lo había intentado todo; su última oportunidad acababa de desvanecerse.

Pero el renunciar no estaba en la naturaleza de Price. Jamás había tenido la intención de regresar tranquilamente al oasis, como los demás habían supuesto. Y un plan desesperado relampagueó súbitamente en su mente.

Conocía un camino que conducía al interior de la montaña..., el camino por el que antaño le guiara Kreor, el poco voluntarioso hombre-serpiente. Todavía recordaba de él lo suficiente para poder seguirlo solo. Podría hallarse vigilado, pero ése era un riesgo que tenía que correr. Y todavía seguía llevando el hacha de oro.

En el interior de la montaña había peligros que no le resultaban agradables. Los fanáticos acólitos de Malikar. El mismísimo hombre de oro, lleno de insidia. La serpiente amarilla, ante la que debía pasar para llegar hasta Aysa... Se estremeció una vez más, al recordar la fría y antigua maldad que ardía con fuego hipnótico en los ojos de la serpiente.

Pero lo que más temía era la bruma áurea. El siniestro sueño de vapor dorado ya le había vencido anteriormente. Incluso si conseguía escapar a los demás peligros, no tendría tiempo para llegar hasta Aysa y sacarla fuera antes de que el sueño le venciera.

¡Pero quizá pudiese idear algún medio de protección! Una improvisada máscara de gas. Rebuscó frenéticamente en su memoria lo que conocía sobre la materia. Las máscaras que al principio habían sido usadas en Ypres, para defenderse de los primeros ataques alemanes con gas, no eran más que simples paños mojados. Podía intentarlo con un trapo húmedo. A fin de cuentas, si el gas amarillo se mezclaba con el agua o la reemplazaba en el cuerpo humano, era porque debía de tener una especial afinidad con ella.

Sangre dorada
Jack Williamson

Lleno de una nueva esperanza que ignoraba la abrumadora posibilidad en contra de culminar con éxito su nueva empresa, se encaminó hacia el Oeste, contorneando el correspondiente flanco de la montaña. Agotado, después de una noche tan agitada, se echó al suelo cuando alcanzó el punto donde Kreor había comenzado la escalada del precipicio del Norte, cortado a pico, y reposó durante una hora, aunque no se atrevió a quedarse dormido.

A la salida del sol ya estaba escalando penosamente la pared, expuesto a mil peligros. El zumbido de los motores de los aeroplanos llegó a sus oídos y, más tarde, el retumbar de varias explosiones de gran potencia que parecían provenir de la mismísima roca de la montaña.

Así que Garth había comenzado el ataque; con Vekyra probablemente como aliada. El corazón se le encogió al imaginarse lo que podría suceder en el caso de que llegaran a la madriguera de la serpiente antes que él. Aysa, odiada como lo era por Vekyra, podría correr una suerte peor que el abrazo de Joao.

Finalmente llegó a la fisura y se deslizó por ella en las sombrías y tortuosas cavernas del interior de la montaña. No tardó en encontrarse en una completa oscuridad, sin más guía que su memoria. Muchas veces tropezó dolorosamente contra piedras ásperas, de cortes afilados. Pero al fin llegó a una caverna más amplia y, a través de ella, al primero de los pasajes excavados en la roca.

Siguiendo hacia delante, encontró el camino con relativa facilidad, tras contar los pasos y girar donde él y Kreor lo habían hecho. Finalmente, llegó hasta el túnel en espiral y se apresuró a bajar por él, en medio de las más completas tinieblas.

De nuevo, la masa rocosa se estremeció por una explosión. Después, durante unos instantes, oyó un confuso griterío y el tableteo distante de armas ligeras, que debía de provenir de algún corredor situado más abajo.

Había esperado encontrarse con algunos guardias. Pero quizá todas las fuerzas de Malikar estaban concentradas en otra parte del pasaje, para enfrentarse a la entrada de Jacob Garth y de Vekyra. Mas, como no tardaría en descubrir, Malikar había dejado un centinela más terrible que cualquier ser humano.

El ruido del combate cesó y Price llegó finalmente a una atmósfera teñida de una leve pincelada de luz amarilla. A medida que fue descendiendo se hizo cada vez más fuerte, hasta que llegó al extremo del túnel que conducía a la galería desde la que había visto por primera vez la madriguera de la serpiente.

Una vez allí, la luz de los rutilantes y bailarines átomos de oro se hizo mucho más intensa, y todas las paredes del túnel resplandecieron con el rocío de los cristales amarillos, élfica tracería de escarcha xántica.

El túnel se hizo horizontal y derecho y él penetró, una vez más, en la vasta sala del templo. Aquella maravilla le impresionó nuevamente.

Sangre dorada
Jack Williamson

De planta circular, con una alta cúpula, llena de un resplandeciente vapor amarillo, sus paredes de piedra negra se hallaban cubiertas de una corteza de oro.

Un furioso silbido, que alcanzaba la sonoridad de un rugido, le recibió cuando pisó el amplio suelo, escarchado de amarillo, que se extendía entre la entrada y el estrecho puente que salvaba el vertiginoso abismo verde-dorado.

Retrocediendo alarmado, de un salto, vio a la serpiente de oro, enroscada entre él y el puente que debía conducirlo hasta Aysa.

Los espesos anillos del reptil estaban recogidos en una forma vagamente cónica. Cada escama brillaba con tonos amarillo-dorados, resplandecientes, metálicos. La ahusada columna de oro de su cuello se erguía. Diez pies por encima del suelo, su vasta cabeza plana se balanceaba de un lado para otro mientras silbaba.

Price la miró fijamente durante un momento, fascinado una vez más por aquellos terribles ojos. La fea cabeza parecía un capirote triangular de oro. Las vastas fauces, de colmillos amarillos, permanecían abiertas mientras silbaba con una sonoridad sorprendente por lo elevada.

Los ojos le traspasaron. Ojos espantosos, negro-púrpura, que relucían con el extraño fuego de una antigua era y de una sabiduría diabólica. Duros y fascinantes como gemas gigantes. Price se sorprendió de encontrarse oscilando, inconscientemente, al ritmo que le dictaban aquellos ojos, mientras sentía el frío que emanaba de ellos derramarse en su cuerpo, congelando sus miembros, sofocándole, oprimiendo su respiración y paralizando los latidos de su corazón.

A la desesperada, luchó contra el poder de la serpiente. En una ocasión, cuando el reptil se le había aparecido en el espejismo, pudo liberarse de él. ¡Podría repetirlo! Y había visto a Malikar dominar a la serpiente, azotándola hasta someterla. La propia serpiente no era inmune al miedo.

Haciendo acopio de todos los átomos de su voluntad para mover cada uno de sus pies, Price caminó envarado, con dificultad, como un autómatas, dirigiéndose hacia la serpiente. De manera desmañada, levantó el hacha dorada con sus manos dormidas y sin fuerza. Malikar, lo recordó de repente, había gritado a la serpiente.

Price encontró que tenía la garganta seca, y al hablar, más parecía que croase de manera ronca. Pero, a pesar de todo, comenzó a entonar en frases cortas y secas la "Canción del Hacha" de Iru.

El ondulante movimiento de la cabeza plana cesó. Ésta fue hacia atrás y, sin dejar de silbar, se lanzó contra Price, que llamó en su ayuda a sus debilitados músculos para levantar la rodela y protegerse el rostro.

Pero la cabeza amarilla no llegó a tocarle. La serpiente estaba asustada. Retrocedió nuevamente y sus movimientos fueron inciertos, temerosos.

El frío causado por la extraña fascinación abandonó el cuerpo de Price. Entonando más alto la "Canción del Hacha", continuó su deliberado avance.

Sangre dorada
Jack Williamson

La cabeza en forma de cuña retrocedió nuevamente. Reposó sobre los xánticos anillos y quedó inmóvil. Los ojos negro-púrpura miraron a Price con un brillo extraño, hostil..., pero aún teñido de miedo.

Él se movió nuevamente hacia delante, dispuesto a luchar, intentando disimular el desnudo horror que embargaba su alma asqueada.

Sus piernas tocaron las frías escamas del anillo más próximo a él. La cabeza plana, encapuchada de amarillo, estaba a su misma altura, con sus extraños ojos observándole con resplandeciente ahínco, ardiendo maléficos con sobrenatural inteligencia, terrible porque encerraban un saber más antiguo que el hombre.

Estremeciéndose, Price abofeteó la espantosa cabeza, como había visto hacer a Malika, con la palma de su mano. Estaba enfermo de miedo, débil y tembloroso. Cada fibra de su cuerpo se encogía, temblando ante el contacto con la serpiente. Pero de lo que tenía miedo era de lo que podría pasar si dejaba de abofetearla.

El grueso cuerpo que se apoyaba contra sus piernas tembló ligeramente, pero la gran cabeza de siniestros y refulgentes ojos no se movió.

Con la mano abierta, golpeó la fría cabeza de escamas metálicas una docena de veces, tan fuerte que los dedos le dolieron, mientras seguía entonando el "Canto del Hacha".

Entonces se volvió, obligándose a caminar sin demostrar recelo y a no mirar hacia atrás. Avanzó hasta el extremo del estrecho puente, y pisó sobre el vertiginoso camino que cruzaba el cavernoso abismo de luminosidad verde-dorada, hasta el nicho donde había encontrado a la durmiente Aysa.

SANGRE DORADA

Curiosamente, Price no sintió mareos ni miedo de caerse, mientras cruzaba una vez más aquel vertiginoso puente, inmerso en la espesa y rutilante bruma de oro. Un único arco de roca negra escarchada de oro, que abarcaba de uno a otro lado el vacío infinito, de tonalidades amarillo-verdosas, sin barandilla, y que no tenía ni dos pies de anchura. En su preocupación por la joven durmiente, no tenía consciencia de ningún peligro.

Mientras había estado bajo tensión, durante su extraordinario combate contra la serpiente, se había olvidado del efecto soporífero del vapor de oro. Casi había cruzado la mitad del abismo, cuando le vino a la memoria al sentir una súbita e irresistible laxitud, un aturdimiento de la razón y un cansancio de la vista.

Retuvo el aliento para recorrer a la carrera los cien pies que le quedaban hasta llegar al gran nicho, con sus cuatro losas encima del abismo. A salvo ya, en el otro lado, buscó apresuradamente su pañuelo, lo humedeció con el agua de la cantimplora que tan generosamente le había entregado el bueno de Sam Sorrows, y lo anudó alrededor de la parte inferior de su cabeza, de suerte que le cubriera nariz y boca.

Aysa reposaba, inmóvil, sobre la losa. De nuevo contempló su adorable rostro, reluciendo por el polvo de oro. Seguía sumida en un sueño profundo, respirando regular y pausadamente. Lleno de miedo, frotó su frente y sus mejillas, sus pequeñas manos... ¡y lanzó un grito de profunda alegría! Bajo el polvo amarillo, sus manos y rostro seguían siendo suaves y flexibles, y no habían perdido su color blanco. El terrible cambio aún no había tenido lugar. Debía de requerir meses, quizá incluso años.

Intentó despertar a la joven. Totalmente inerte, completamente relajada, ni se movió cuando la zarandéo, ni respondió cuando pronunció su nombre.

En aquel momento, un poderoso silbido resonó en el interior del templo. La serpiente, enroscada ante la entrada de la ciclópea sala, había vuelto a silbar encolerizada. Y Vekyra se dirigía hacia ella, a lomos del tigre dorado.

Silbando salvajemente, el gigantesco reptil amarillo se lanzó contra los invasores. Vekyra, saltando ágilmente del howdah, corrió a su encuentro, mientras el tigre se sentaba, rugiendo ferozmente.

La rica voz de la mujer dorada comenzó a desgranar extrañas y misteriosas sílabas. Se aproximó sin miedo a la sibilante serpiente. El reptil no la atacó, sino que se enroscó nuevamente ante ella, bajando la cabeza que tenía levantada.

Vekyra permaneció un momento frente al reptil, mientras su voz seguía sonando, hasta que finalmente la serpiente bajó la cabeza, de

Sangre dorada
Jack Williamson

suerte que se encontró a la misma altura que la de la mujer, quien dio un paso adelante, la acarició y rodeó con sus brazos amarillos la gran columna de su cuello. Su voz se redujo a un murmullo.

Se volvió bruscamente, dejando al reptil enroscado y quieto. El tigre seguía rugiendo, incómodo; ello lo hizo callar con una simple palabra. El felino se apoltronó sobre sus patas y continuó vigilando a la inmóvil serpiente.

Sacando de su túnica una resplandeciente hoja de oro, tan fina y afilada como un estilete, echó a correr, dejando atrás a la serpiente y acercándose al estrecho puente. Price comprendió que había venido para matar a Aysa, la joven durmiente que inocentemente se había ganado sus celos y su cólera.

Aferrando el hacha dorada, Price se precipitó sobre el puente para encontrarse con ella. Sabía que la pasión que sentía por él se había mudado en odio. Tendría que luchar por su propia vida, así como por la de Aysa.

Las mieles del triunfo que no ocultaban el maquillado rostro dorado de Vekyra se trocaron en la incredulidad de la sorpresa. Y la sorpresa dio paso a un siniestro regocijo.

Se encontraron a cien pies del extremo del puente escarchado de oro. Vekyra se detuvo a una distancia de doce pies de Price, recibéndole con una sonrisa de desprecio, mientras sus sesgados ojos pardo-verdosos brillaban maliciosamente.

—La paz sea contigo, Iru —dijo con su sedosa voz cargada de desafío—. La paz... siempre que la desees.

—Que contigo también esté —replicó Price con solemnidad—, siempre que te vayas.

—¡Lah! Pero, Iru, ¿no has cambiado de parecer? —su tono indicaba que se estaba riendo de él—. Sabías que la última noche estuve hablando con Jacob Garth. Le prometí todo lo que te prometí a ti. Aceptó; entramos juntos en la montaña. Ahora está luchando contra Malikar en los niveles superiores. Yo misma me he abierto camino y he venido hasta aquí con intención de despedazar a esa miserable esclava y arrojarla al abismo, para que no pueda causar más molestias.

Price la maldijo, con palabras dictadas por la ira.

Ella le sonrió, enigmática.

—Y bien, Iru, ¿has cambiado de parecer? ¿Olvidarás a la esclava y aceptarás la corona de Anz?

—¡En absoluto! —contestó Price, con fiereza—. ¡Márchate... o pelea!

Vekyra se rió. Con su hoja dorada que parecía un estoque, apuntó a la reluciente sima que se abría bajo ellos. Involuntariamente, Price contempló el iluminado pozo verde-dorado; la cabeza comenzó a darle vueltas por la enorme vastedad del abismo que se encontraba bajo el vertiginoso puente.

—Entonces, tú y tu apreciada esclava estaréis unidos para siempre —se mofó de él—, ¡ahí!

Y se lanzó ágilmente contra él, y la hoja amarilla silbó.

Sangre dorada
Jack Williamson

Price detuvo su punta con la rodela dorada, y blandió la antigua hacha. Vekyra retrocedió con elegancia y el impulso que Price llevaba le hizo perder el equilibrio y estar a punto de caerse del puente.

Mientras luchaba desesperadamente para recobrarlo, la mujer amarilla se lanzó de nuevo, y su espada relampagueó cerca de su garganta. Price tuvo que ceder terreno para salvarse y uno de sus pies sobresalió del puente.

Vekyra lanzó una carcajada a causa de la súbita desesperación que el hombre no pudo borrar de su cara.

—Recuerda, Iru, que la Gente Dorada no puede morir —dijo, chanceándose de él—, y que eras mortal..., aunque hayas podido nacer de nuevo para venir a matarme.

Nuevamente se echó hacia delante, lanzó una estocada, retrocedió y volvió a repetir el proceso, con rapidez pasmosa. La antigua cota de malla paró el golpe. Pero cada vez se iba haciendo más evidente para Price que se había encontrado con un oponente formidable.

La cota y la rodela le daban una ventaja que sólo era aparente, pues su peso hacía más lentos sus movimientos, impidiéndole mantener el equilibrio. Y no podía manejar de manera efectiva la gran hacha, por miedo a que la fuerza del golpe le hiciese salirse del puente.

Vekyra, al parecer dotada de un perfecto sentido del equilibrio, danzaba de delante a atrás de la longilínea roca escarchada de oro, lanzando estocadas, rápida como el rayo, con su estrecha hoja, y esquivando fácilmente los golpes que su contrincante le asestaba.

Una y otra vez, Price se vio obligado a retroceder peligrosamente a lo largo de tan estrecho camino. Casi lamentaba el impulso que le había llevado hasta el vertiginoso puente; sin embargo, no se habría atrevido a enfrentarse con Vekyra en la plataforma, por miedo de que se le escapara y apuñalase a la joven dormida.

Así pues, decidió alcanzar el otro extremo del puente, donde podría tener mayor juego de piernas y mantener apartada a Vekyra del acceso a Aysa.

Desviando una veintena de relampagueantes estocadas, mientras se retiraba, se encontró finalmente en el reborde de la plataforma.

La bruja dorada, Vekyra, aún seguía bailando encima del puente. Desde donde él se encontraba, podía manejar la enorme hacha sin preocuparse de que su peso le precipitase en la espantosa sima verde-dorada.

Vekyra atacó una vez más, apuntando con su hoja amarilla a la garganta de Price. Ésta, agarrando con fuerza el hacha, la descargó con furia.

El hacha mordió el hombro de la mujer. El brazo que aferraba la espada quedó inerte. La hoja cayó de él, resonó con rumor metálico al borde del abismo, y se hundió silenciosamente en la llama de oro verde.

Con un grito sordo de rabia y odio, Vekyra retrocedió por el estrecho camino, apretando con una mano pálida la herida. No era

Sangre dorada
Jack Williamson

profunda, pero la sangre manaba abundantemente de ella, cayendo en pequeñas gotas relucientes sobre el puente.

Se detuvo durante un momento sobre el puente, fulminando malévolamente a Price con su sesgada y leonina mirada. Después, saltando con la silenciosa ferocidad de una tigresa, se lanzó para atacarle con las manos desnudas.

Price permanecía de pie, con mirada funesta, guardando el extremo del puente, el hacha en lo alto. Intentó herir nuevamente a Vekyra mientras ésta saltaba hacia él, pero comprobó que no podía. Alguna fuerza ciega, en lo más profundo de su ser, se rebelaba ante la idea de atacar a una mujer desarmada..., aunque aquella mujer fuese Vekyra.

Dejando caer el hacha tras él, dirigió su puño hacia la bruja dorada. Con increíble agilidad, ella esquivó el golpe y le atacó. Había recobrado el uso del brazo, momentáneamente paralizado por la herida.

Price lamentó al instante el ciego e instintivo impulso caballeresco que le había hecho arrojar el hacha. ¡Aquella bruja dorada no era una mujer! Hecha una tigresa, se arrojó sobre él, arañándole con sus uñas amarillas y mordiéndole.

Ante su empuje, él cayó al suelo, arrastrándola consigo sobre la escarcha dorada, hasta llegar al borde del abismo.

Durante algunos momentos, rodaron y se retorcieron en el suelo, como resultado de una lucha encarnizada. La mujer dorada era más fuerte de lo normal; luchaba con salvaje y demoníaca energía. Después se levantaron, titubeando, aún enlazados en un abrazo de desamor.

Price conocía algo de lucha, pero no lo suficiente para vencer la demencial fuerza de la mujer. Estaba cubierto de sudor; su respiración entrecortada silbaba a través del trapo que le cubría el rostro, y sentía que comenzaba a ahogarse. El cuerpo le dolía y el cansancio oprimía todos sus miembros.

También Vekyra respiraba de forma entrecortada, echándole encima su agitado aliento. Su cálido cuerpo estaba empapado con su propia sangre dorada. Pero una y otra vez eludía sus manos, clavándole en cambio las suyas amarillas, en una presa invencible.

Lenta e inexorablemente, le iba empujando al borde del abismo. Entonces él le echó una zancadilla y ambos volvieron a caer al suelo. El afilado borde del pozo le mordió en la espalda. Su cabeza colgaba encima del vacío. Tuvo una momentánea visión de las resplandecientes profundidades verde-doradas.

Instintivamente, estrechó el abrazo con el que se agarraba a aquel cuerpo dorado. Si caía al abismo, no iría solo.

La mujer amarilla gritó, luchando desesperadamente para liberarse. Aún juntos, dieron lentamente varias vueltas en el borde de la sima. Vekyra le soltó, en un último esfuerzo frenético para salvarse.

Viendo que ella no se podría agarrar a nada, Price la soltó y se aferró desesperadamente al borde del precipicio. Sus dedos se clavaron en la afilada arista de la roca y un instante después quedó

Sangre dorada
Jack Williamson

suspendido de ella, con todo su peso, mientras sus músculos, fatigados por tanto esfuerzo, se tendían a punto de romperse.

La mujer dorada cayó al vacío. Un único chillido de terror agónico subió hacia lo alto, mientras iba siendo engullida por el vapor verde-dorado del pozo.

Con un mudo agradecimiento al hecho de que fuese él, y no Vekyra, quien se encontrase más próximo al borde de la roca, y por eso con posibilidades de cogerse a él en aquel instante de frenesí final, Price quedó suspendido precariamente de sus brazos. Lentamente, con esfuerzo infinito, izó su cuerpo sobre el borde de la negra roca y se dejó caer, temblando, en ella.

Mientras se ponía en pie, respirando dificultosamente y sin dejar de temblar, escuchó el estruendo de los cañones y el sonido metálico del tanque y el rugido de su motor. Observando a través de la bruma dorada que cubría el abismo, vio un pequeño grupo de hombres-serpiente, vestidos de azul, que, sin dejar de luchar encarnizadamente, a pesar del fuego de los fusiles que tenían en su contra, se estaban retirando por la gran sala.

HIERRO Y ORO

Con el corazón en un puño, Price observó la batalla que tenía lugar al otro lado del abismo. Poco le importaba su resultado. Si los hombres-serpiente vencían, él y Aysa estarían de nuevo a merced de Malikar. Si los victoriosos eran los invasores, su suerte no mejoraría en manos de Joao de Castro y de los demás. Apenas más que un puñado, cada vez más menguado, los sacerdotes de azul se habían hecho fuertes a la entrada, oponiéndose salvajemente al avance de los invasores con picas y lanzas. Poco después, la abultada silueta gris del tanque se lanzaba rugiendo contra ellos, mientras sus ametralladoras entonaban su canción de muerte.

Los hombres-serpiente —los pocos que habían sobrevivido— se dispersaron en desorden por el amplio suelo de la caverna, cubierto con la escarcha de oro. Pero los invasores aún no podían considerarse vencedores. La serpiente gigante, silbando nuevamente, se lanzó hacia ellos desde el lugar donde la había dejado Vekyra.

El tanque se paró en seco, lo mismo que el pequeño grupo de occidentales que avanzaban tras él. Price vio cómo la cabeza del reptil comenzaba a oscilar de un lado para otro y supo que los atacantes debían de estar experimentando la mortal fascinación de sus terribles ojos.

Apartando la mirada de la batalla, Price volvió al lado de Aysa e intentó nuevamente despertarla. Era evidente que su improvisada máscara de gas le estaba protegiendo de la somnífica influencia del vapor dorado. Quizá la joven pudiese llegar a recuperarse si llegaba a respirar por otra similar. Al menos podrían estar juntos durante algunos minutos antes del fin.

Le quitó el kafiye, lo limpió del amarillo polvo metálico que lo cubría, lo empapó en agua y lo extendió sobre el plácido rostro de la joven. Estaba a punto de humedecer nuevamente su propio pañuelo, cuando un espantoso coro de furibundos gruñidos y silbidos hizo que su atención volviera a centrarse en lo que ocurría al otro lado del abismo.

El tigre dorado había atacado a la serpiente. Ambos seres monstruosos rodaban en colosal combate sobre el suelo cubierto de amarillo. El tigre, tan enorme como un elefante, y más fuerte, que seguía ensillado con el howdah negro, producía con garras y dientes tremendas heridas al reptil.

Pero la serpiente no era un oponente fácil. Mientras Price estaba mirando, el reptil lanzó, con la fuerza de un látigo, uno de sus anillos sobre el grueso cuerpo del tigre, después otro, y luego otro, constriñéndole con fuerza demoledora. Sin dejar de silbar, le hirió una y otra vez con sus colmillos amarillos.

Sangre dorada
Jack Williamson

Un conflicto titánico entre gigantes semimetálicos, cada uno de ellos preternaturalmente fuerte y poderoso y con una edad de varios siglos. Los insignificantes hombres que se encontraban ante ellos, empequeñecidos por aquel espectáculo, se detuvieron durante un momento para contemplar, atónitos, aquella regia batalla.

Entonces el tanque volvió nuevamente a su agitada vida. Rechinó sobre el vasto suelo. Las crepitantes ametralladoras se movieron a uno y otro lado y los últimos hombres-serpiente, que contemplaban, pasmados, la gigantesca batalla que tenía lugar entre sus dioses, cayeron sobre la escarcha xántica.

Fiera y reptil parecían hallarse parejos; por el momento, los antiguos aliados de Price eran dueños de la situación. Vio cómo se agrupaban alrededor del tanque..., pigmeos en tan colosal lugar. El grueso y enorme Jacob Garth. Joao de Castro, alerta, activo. El inmenso y simiesco Pasic, el montenegrino. Y una docena de otros más.

Sam Sorrows, el leal amigo de Price, que habría podido ayudarle de nuevo, no estaba entre ellos. Sam, como recordó, había vuelto al oasis con órdenes para los aviones. Müller, quien estaba asomado por la escotilla. El austriaco se encogió de hombros y se metió en el tanque. El motor rugió de nuevo y el tanque avanzó pesadamente a través de la espesa bruma amarilla.

El resultado de la ciclópea batalla seguía siendo incierto. Los anillos de la serpiente seguían constriñendo cada vez con más fuerza el cuerpo del tigre. El reptil había dejado de silbar; pero los colmillos amarillos seguían relampagueando.

El tigre, lejos de estar vencido, rodaba sobre el suelo espolvoreado de oro, tajando desesperadamente los anillos de la serpiente con sus salvajes garras amarillas. El cuerpo de la serpiente, resplandeciente y cubierto de escamas que parecían metálicas, había sido desgarrado en muchas partes, que exudaban una brillante sangre dorada.

El tigre, evidentemente alarmado por el hecho de que el tanque rugiese, se incorporó del suelo, levantando consigo a la serpiente que seguía enroscada en su cuerpo. Pero el tanque chocó contra él antes de que pudiese hacerse a un lado. La fuerza de la colisión le envió a rodar, dando tumbos, hacia el abismo. Cayó de nuevo, con los inexorables anillos de la serpiente apretándole cada vez más.

El tigre había caído peligrosamente cerca del borde del abismo. Y, al parecer, se dio cuenta del peligro, pues, olvidándose de los esfuerzos que hacía para librarse de la serpiente, luchó arduamente para levantarse una vez más, ya casi medio muerto por la presión de los anillos dorados.

El motor del tanque se había calado. Durante un breve intervalo de tiempo, la máquina de guerra pintada de gris quedó inerte; después, volvió a la vida con un rugido. Cuando el tigre, cargado con el peso de la serpiente, acababa de ponerse sobre sus cuatro patas, el tanque le golpeó de nuevo. El impacto le envió una vez más, rodando, hacia el borde de la sima. El tanque se quedó parado durante un momento y le persiguió.

Sangre dorada
Jack Williamson

Nadie supo si el conductor perdió momentáneamente el control del tanque, aunque también pudo ocurrir que no viera el abismo. En cualquier caso, tanque, tigre y serpiente franquearon juntos su borde, como un único cuerpo. Price los vio caer libremente dentro del gran vacío verde-dorado, girando lentamente sobre ellos mismos, el tigre aún prisionero del abrazo mortal. El vapor amarillo los ocultó...

El rugido del enloquecido motor murió en las profundidades y Price volvió a mirar al otro lado del abismo.

Sus aliados de antaño eran victoriosos, dueños por fin del tesoro por el que habían luchado durante tanto tiempo. Escuchó débilmente sus voces, febriles y excitadas, vio cómo caían de rodillas, para arrancar con las manos desnudas los gruesos cristales de oro del suelo.

Observó a Joao de Castro y a Pasic, afanándose frenéticamente en llenar un pequeño saco de tela, que antes había contenido comida, de polvo amarillo. Cuando estuvo lleno, ambos se lo disputaron. Pasic lo cogió; el eurasiático se le echó encima, sacando a relucir un cuchillo. Lucharon, sin darse cuenta de que el oro volvía a derramarse sobre el suelo amarillo. Lenta y deliberadamente, Jacob Garth desenfundó su automática y les disparó con fría brutalidad.

Enloquecidos por el ansia del oro, los demás no le prestaron atención. Siguieron arrancando el polvo xántico, hasta que el siniestro sueño del vapor dorado hizo presa de ellos. Jacob Garth, advirtiéndolo alarmado, se dirigió hacia la salida, con un ronco grito de advertencia. Pero ya era demasiado tarde...

No, aquellos individuos no se habían convertido en dueños del oro... Él se había adueñado de ellos. Yacían tirados por el suelo, donde habían caído, inmóviles, en el sueño que duraría hasta que fuesen hombres de oro.

El corazón de Price por poco no se salió del pecho, de incrédula alegría, cuando comprendió lo que aquello significaba. En aquel momento, el camino estaba despejado para sacar a Aysa fuera. Cuando estuviese a salvo, regresaría para dar a aquellos hombres toda la ayuda que pudiese. Pero la esperanza de aquel glorioso momento quedó brutalmente reducida a nada.

Malikar penetró en la enorme sala, siniestro, diabólicamente gigante en sus ropajes carmesíes, con una maza dorada, erizada de púas, encima del hombro. Con una precaución digna de su antigüedad, se había mantenido apartado de sus enemigos, esperando a que se hubiesen dormido y quedaran indefensos.

Uno a uno, se acercó a los hombres que yacían inertes. Implacable y metódicamente, cambió su sueño por uno que no tendría fin. Al terminar, permaneció entre ellos durante unos instantes, apoyándose en la gran maza —que ya no era amarilla sino carmesí, de tanta sangre y sesos—, como un dios vengador, dorado y vestido de rojo.

Después, volviéndose a echar al hombro la ensangrentada maza, comenzó a cruzar el puente.

31

KISMET

Había sido un error táctico encontrarse con Vekyra en el puente, pensó Price, porque había sido más rápida y ágil que él. Pero en el caso de Malika, los mismos argumentos no eran aplicables. Vekyra había demostrado ser sorprendentemente fuerte; el cuerpo de Malika, mucho más voluminoso, sin duda era más fuerte. En una confrontación basada simplemente en la fuerza, Price podía estar seguro de perder; así pues, su lucha debía apoyarse en la destreza. Y destreza y rapidez contarían aún más sobre la vertiginosa pasarela.

Una negra premonición de desgracia le oprimía el corazón. Tres veces antes se había encontrado con Malika; y las tres veces había sido vencido.

Se inclinó y quitó con sus labios el rocío dorado que cubría los de Aysa. Poco antes se había visto llevando a la joven a la luz del sol y al aire abierto, donde era seguro que despertaría. Pero en aquellos momentos, su breve copa de felicidad se había roto. Malika, desaparecidos ya el resto de sus enemigos, era más peligro que nunca.

Un rugido de rabia y de sorpresa informó a Price que Malika le había visto a través de la bruma. Blandiendo la ensangrentada maza, el gigante amarillo llegaba a la carrera. Reemplazando el paño mojado que cubría el rostro de la joven, aferró la antigua hacha y corrió al encuentro del sacerdote.

Al reconocerle, Malika se detuvo. Apoyando descuidadamente la maza sobre la estrecha pasarela, lanzó una risotada de maléfico triunfo.

—¿Otra vez tú, Iru? —exclamó—. ¡Loco! ¿Acaso no sabes que soy un dios y que jamás podré morir?

—No, no lo sé —replicó Price, sin dejar de avanzar.

—¡Jamás podrás vencer al kismet! —el sacerdote amarillo se rió obscenamente, mientras la impudicia del mal asomaba a sus ojos pardos y poco profundos—. Nos hemos encontrado en tres ocasiones. Y las tres veces has tenido al destino en contra tuya. En las catacumbas de Anz, el kismet quiso que se rompiera el mango de tu hacha. Cuando luchamos en el wadi, nuevamente el kismet puso una piedra suelta bajo tu pie. Después luchamos aquí mismo, y el kismet envió el sueño contra ti. No sólo luchas contra mí. ¡También lo haces contra el kismet!

Consciente de que las palabras de Malika sólo intentaban socavar su moral, Price dio un paso adelante para comenzar el combate, pero las burlonas palabras del sacerdote ya habían cumplido su propósito. Le habían proporcionado la idea sin fundamento, pero no por ello menos turbadora, de que toda su aventura no había sido nada más que el juego de fuerzas invisibles, de dioses que jugaban a tirar de las

Sangre dorada
Jack Williamson

cuerdas de las marionetas, la idea de que él sólo era el juguete de un destino cruel.

Mientras se aproximaba, Malika levantó la ensangrentada maza y la hizo describir un arco de arriba abajo. Alzando la rodela, Price paró el golpe. Éste empujó el escudo hacia su cabeza con tremenda fuerza, que le adormeció el brazo y los hombros.

Durante un instante, vaciló. Las profundidades verde-doradas que se abrían bajo el estrecho puente giraron como confusos torbellinos. Hizo un desesperado esfuerzo para que se le aclarasen las ideas.

Korlu, la antigua hacha, estaba en lo alto. Malika no había levantado aún la pesada maza, después de su tremendo golpe. Price hizo acopio de toda su fuerza y la transformó en un tremendo hachazo dirigido al rojo casquete del sacerdote.

Malika se agachó, pero la cortante hoja le alcanzó en un hombro.

El golpe había sido extraordinario; habría hendido hasta el abdomen a un hombre corriente. Pero Malika era casi metálico. Su piel presentaba un corte que rezumaba sangre dorada, pero la herida era insignificante.

La violencia del embate estuvo a punto de lanzar a Price fuera del puente. Titubeó a duras penas para volver a recobrar el equilibrio, mientras Malika blandía la erizada maza para asestar otro golpe.

Price recobró el equilibrio, dio un paso hacia atrás y dejó pasar la maza ante él. Cuando la inercia de su maza arrastró a Malika hacia el borde del puente, Price atacó rápidamente con su hacha, con la esperanza de que su contrincante se descontrolase. Pero Malika niveló fácilmente su cuerpo y escapó al hacha.

Price tuvo que luchar contra un sentimiento de lúgubre desesperanza. Los músculos y los huesos de un hombre no podrían resistir muchos más golpes como los que había recibido, tan terribles; además, el hacha, a pesar de que la manejaba con todas sus fuerzas, no había conseguido herir seriamente al hombre dorado. Como Price sabía muy bien, en un simple intercambio de golpes estaría condenado. Sólo tenía una única posibilidad de vencer: llevar a Malika a una posición crítica y hacer que, desde el puente, cayera en las fauces del abismo. Pero el sacerdote parecía dotado de prudencia y de un sentido felino del equilibrio.

Obligado por las circunstancias, Price tuvo que cambiar de táctica. Evitó el combate cuerpo a cuerpo. Guardaba las distancias, incitando a Malika a que le golpease, esquivando —cuando podía— la demoledora maza, aguardando el momento en que bastase un golpe rápido para precipitar al sacerdote al abismo.

El gigante amarillo avanzaba continuamente, de suerte que Price se veía obligado a ceder terreno a cada golpe, retrocediendo a riesgo de perder pie sobre el vertiginoso puente. Sin embargo, cada paso acercaba a Price al nicho donde descansaba Aysa, reduciendo sus posibilidades de victoria. Pues, en cuanto Malika ganase la plataforma, la batalla estaría perdida.

En otras dos ocasiones, el hacha llegó a su objetivo. Goteaba sangre dorada; pero Malika no parecía molesto por sus heridas.

Sangre dorada
Jack Williamson

Price vacilaba. Una y otra vez, la maza había caído sobre su rodela a pesar de sus esfuerzos por esquivarla. El brazo y el hombro izquierdos le dolían por tan terroríficos choques. La cabeza le zumbaba por las contusiones, oprimida por las rojas brumas del dolor.

El agotamiento estaba a punto de llegar. La fatiga acumulada durante tantas horas se abatía sobre él. Los esfuerzos que hacía en aquellos momentos no eran, en absoluto, ligeros...: echarse rápidamente hacia atrás para esquivarla, hender el aire con el hacha dorada cuando se presentaba la ocasión.

Price no se atrevía a mirar detrás, para no ver lo que le quedaba de puente. Pero no tardó en observar a sus pies las relucientes gotas de sangre dorada que había vertido Vekyra. Entonces supo que sólo unos pocos pies le separaban de la plataforma, donde se hallaría a merced de Malikar.

Desesperadamente se aferró a su posición, mientras la maza subía y bajaba una vez más, lanzando la rodela contra su cabeza con asombrosa fuerza. La antigua hacha se lanzó de nuevo hacia el grueso cuello de Malikar, impulsada por toda la fuerza que le quedaba a Price.

La fatiga y la debilidad de las conmociones entorpecían su brazo. Malikar retrocedió. La hoja amarilla relampagueó fútilmente ante su cuello.

Medio aturdido, Price titubeó hacia el borde del puente, impulsado por la inercia de su hacha. Osciló un momento en el extremo de la estrecha pasarela mientras el vacío verde-dorado que se encontraba bajo él daba vueltas alocadamente.

Antes de que pudiese recobrar el equilibrio, Malikar golpeó a su vez con la dorada maza erizada de púas. Aunque su golpe fue apresurado y relativamente poco enérgico, su impacto fue tremendo.

Le alcanzó en el hombro derecho. Un doloroso entumecimiento le corrió por el brazo. Sus dedos, paralizados, soltaron la presa que hacían sobre el mango del hacha, que pendía sobre el vacío. El arma dorada cayó de su mano y se adentró, dando vueltas, en la bruma verdoso-amarillenta.

La aturdida mente de Price vaciló al comprender el alcance del desastre, como si acabase de recibir un segundo golpe. Una vez más, el hado había entrado en escena, para derrotarle.

—¡Kismet! —exclamó Malikar, con una mueca de triunfo.

Y se abalanzó sobre él, con la erizada maza en alto. Indefenso, Price retrocedió, sin saber qué hacer, luchando consigo mismo a fin de mantener su mente lo suficientemente clara para seguir estando encima de la estrecha pasarela.

El brillante charco formado por la sangre de Vekyra estaba justo delante de Malikar, resplandeciendo como una enorme gota de oro fundido. Y cuando dio un paso hacia delante, el kismet intervino nuevamente en la batalla.

Aquella pisada cayó encima de la sangre dorada de la mujer. Como si la maliciosa mano de la mismísima Vekyra le hubiese cogido del

Sangre dorada
Jack Williamson

tobillo, su pie resbaló. Dio un traspié hacia delante y orientó la pesada maza de suerte que le ayudase a mantener el equilibrio.

Así se presentó la oportunidad por la que Price había estado luchando tan desesperadamente. Con todo el cuerpo aturdido por la fatiga y el dolor, se preparó y lanzó un puñetazo a la cabeza del sacerdote de oro.

En aquel gancho iba concentrado el último y convulsionado esfuerzo de su torturado cuerpo. Cuando sintió que su puño encontraba carne y hueso, y no el vacío, unas luces parpadeantes y brillantes brotaron del vacío verde y oro, y las tinieblas le sumergieron.

Cayó a todo lo largo sobre el estrecho puente, estirando las manos para agarrarse a la roca escarchada de amarillo.

LA ANTIGUA AYSA

—¡M'almé! ¡M'almé!

Aquella voz, dulce y familiar, llegó a los oídos de Price sobre alas plateadas, a través de nubes opacas, cargadas de dolor. Unas manos delicadas, estaban amoldando sobre su frente un frío trapo humedecido. Su memoria estaba en blanco; su mente, lo mismo que su cuerpo, estaba contusionada, rígida, inerte.

—¡Amo! ¡Amo! —seguía llamándole en árabe aquella voz insistente.

Con una impresión vaga y confusa de que una emergencia grave, algún desastre, se había cernido sobre él, Price hizo esfuerzos para abrir los ojos.

Yacía encima de una larga plataforma de piedra, completamente lisa y extrañamente cubierta de la escarcha formada por brillantes cristales amarillos. Estaba apoyado contra una enorme losa de basalto. Ante él se encontraba un pozo insondable de luz verde-dorada, surcado por un pozo fantásticamente estrecho. La atmósfera estaba cargada con una espesa bruma áurea que parecía danzar... aquella bruma, según podía recordar de manera incierta, tenía algo de amenaza.

A su lado, arrodillada, se encontraba una joven. Volvió dolorosamente la cabeza y la miró. Una joven adorable. Su cabello era moreno y ondulante, su piel una lisa y cálida oliva. Plena y delicada, su boca era roja como una granada.

Sus ojos eran maravillosos. En cierta forma, le hacían sentir que la conocía. De iris azul-violeta, eran profundos y misteriosos bajo unas largas pestañas. Una viva piedad se leía en aquel momento en sus sombrías profundidades y, también, cansancio.

Como las rocas que los rodeaban, las vestiduras de la joven brillaban a causa de la escarcha amarilla. Manchas de polvo dorado relucían en rostro y brazos.

Ella le había hablado insistentemente en árabe, llamándole “amo”. ¡Era imposible que pudiese tener derecho alguno sobre ser tan adorable! Pero si lo tenía... ¡la circunstancia sería singularmente afortunada!

Cerró los ojos, escarbando en su memoria. Aquel lugar irreal, lleno de vapores de oro, fantástico hasta lo imposible, le resultaba vagamente familiar. Y estaba seguro de que conocía a la joven de antes, no sabía cómo. El hecho de verla suscitaba en él una cálida llama de placer.

Conocía su nombre. Se llamaba —sondeó las opacas brumas de sus embotados recuerdos—, se llamaba... ¡Aysa!

¡Aysa! Sus labios apenas habían pronunciado su nombre. Al oírlo, la joven lanzó un grito de alegría. Se dejó caer a su lado y le rodeó con

Sangre dorada
Jack Williamson

sus brazos. ¡Qué extraño que aquel abrazo le resultara tan agradable! Una joven deliciosa. Le gustaba que estuviese a su lado; no debía de separarse de ella jamás. Su proximidad le llenaba de súbita y estremecedora alegría.

Era bueno seguir echado allí, mientras ella le rodeaba con sus brazos. Pero no debía. Había algún peligro: la bruma amarilla... Luchó contra aquella idea: bruma dorada..., eso era; la bruma transformaba a la gente en oro. Los convertiría a él y a Aysa en cosas doradas. Y él no quería que eso ocurriese.

Buscó a tientas el trapo húmedo que la joven le había aplicado encima de la frente y le hizo señas de que debía de taparse con él el rostro. Ella lo comprendió en seguida y le tapó a él con otro. Los brazos le dolieron cuando se movió... Debía de haber estado luchando, para sentirse tan dolorido y aturdido... Sí, recordaba haber golpeado a un hombre amarillo.

Respiró a través del trapo mojado y cerró los ojos para sondear los recuerdos que hacían referencia al hombre dorado..., un gigante de oro, vestido de escarlata... Tenía que recordar su nombre... ¡Malikar! Tenía que preguntarle a la joven por él; ella hablaba árabe.

—¿Dónde está Malikar? —susurró.

Ella señaló al abismo resplandeciente.

—Me desperté, m'almé, con un trapo mojado encima del rostro, y te vi luchando. Malikar te golpeó con su maza. Después tú le diste un puñetazo, y él se precipitó en el abismo. Tú quedaste tendido sobre el puente y yo te traje hasta aquí.

Las ideas se le habían ido aclarando desde el momento en que había comenzado a respirar a través de la tela.

—¿Pero cómo has podido llegar tan deprisa desde Anz, m'almé? Fue justo la pasada noche cuando Malikar te encerró en la tumba de Iru y me dijo que habías muerto.

Un brillo de extrañeza llenaba sus ojos violetas.

El conocimiento se abrió camino en su cerebro, disipando las pesadas brumas del olvido. En aquel momento, todo estaba claro.

Y Aysa estaba con él, despierta y libre. La querida Aysa, por quien había luchado tanto. No había sido encerrado en las catacumbas de Anz la última noche, sino mucho antes. Pero no había ninguna necesidad de sacarla de su error, por el momento.

Deslizó un brazo dolorido alrededor de sus hombros. Ella se arrimó a él, contenta, y miró hacia arriba con sus ojos violetas, que brillaban de contento...

No debían quedarse allí. El sueño del vapor dorado podía sorprenderlos de improviso, con su extraña transmutación. Aysa aún no había sido transformada. Pero debían irse, mientras pudieran...

—Estás cansado, m'almé —musitó Aysa—. Reposemos un poco aquí.

El sol estaba bajo, y la negra masa basáltica de la Hajar Jehannum estaba tres millas a sus espaldas, al otro lado de las lisas coladas de lava, con el oro y el alabastro del palacio de Ver reluciendo

mágicamente en el rojo atardecer. Hacía dos horas que habían franqueado las puertas de oro, retorcidas por la explosión, por donde había entrado Jacob Garth, para dar comienzo a su larga marcha hacia el oasis.

—No sigas llamándome amo —dijo Price, mientras estaban sentados, masticando las galletas de munición y la carne y los dátiles que el viejo Sam Sorrows le había entregado.

—¿Por qué no? ¿Acaso no soy tuya? ¿Y no me compraste antaño por la mitad de mi peso en oro? —se rió—. ¿Acaso no deseo otra cosa que ser tuya?

—¿Qué quieres decir, cariño? ¿Qué te he comprado?

—¿No lo recuerdas? ¿No recuerdas la historia de Aysa e Iru, en la antigua Anz? ¡No me digas que nunca la has oído! Tengo que contártela.

—¿Entonces, cuando Iru era rey, hubo en Anz una mujer llamada Aysa?

—Claro que sí, m'almé. Me llamaron como ella porque mis ojos son azules, como los suyos. Muy pocos, como bien sabes, de la gente de los Beni Anz tienen los ojos azules. La antigua Aysa era una esclava; Iru la compró en el país del Norte.

Price se sintió extrañamente turbado. ¿La extraña narración de Vekyra iba a ser, a fin de cuentas, cierta? ¿Era Aysa —su enamorada e inocente Asa—, el homónimo, si no el avatar, de una asesina?

—¡Pero no te preocupes de eso, amada! —dijo Price.

Posó uno de sus doloridos y cansados brazos sobre sus esbeltos hombros y la atrajo con firmeza hacia sí. Ella se rió levemente, como una niña, con una risa llena de felicidad, y sus ojos violetas le miraron resplandecientes.

No iba a permitir que nada le alejase de ella. De ninguna parte de ella. Iba a olvidar la estúpida historia de Vekyra. Además, no creía en todos esos cuentos de la reencarnación... Bueno..., no demasiado...

—Te voy a contar la historia, m'almé —susurró Aysa, en sus brazos.

—No, dejémoslo. No me importa. Somos tan felices que no quiero que nada enturbie...

—Pero, m'almé, si la historia no puede arruinar nuestra felicidad.

—Bueno, pues entonces cuéntamela.

—Desde que era un niño, el rey Iru, según la voluntad de su madre, había sido prometido a Vekyra, quien era la hija de un poderoso príncipe... Añadiré que, por aquel entonces, aún no era de oro. Según la leyenda, Iru amó a la esclava Aysa. Y Vekyra sintió celos. Una noche emborrachó al rey y le ganó la esclava en un juego de fortuna.

—Comprendo perfectamente que pudiera hacerlo —dijo Price, recordando su propia aventura en el castillo de Verl.

—Cuando Iru estuvo sobrio, pidió a Vekyra que le devolviera la esclava. Ella no se atrevió a negarse. Pero exigió el precio más elevado que pudo ocurrírsele. Dijo a Iru que le entregaría la joven a cambio de un tigre perfectamente domesticado para la monta. De tal suerte, Iru se fue a las montañas, capturó una cría de tigre y lo domó. Cuando hubo crecido, se lo dio a Vekyra, y ella tuvo que entregarle la esclava... pero siguió odiando a Aysa.

Sangre dorada
Jack Williamson

La inquietud se apoderó nuevamente de Price. Era la misma historia que le había contado Vekyra, de la esclava mimada y adorada... que iba a matar a su adorador. Se resistió al impulso de interrumpir a la muchacha. Después de todo, lo que había ocurrido hacía veinte siglos no podría interponerse entre ellos en el presente.

—A Iru no le gustaba el cruel culto de la serpiente. Destruyó los templos de la serpiente y mató en combate a sus sacerdotes. Pero Malikar, cuando todos le creían muerto, regresó, convertido en un hombre de oro, para vengar la profanación del templo. En vano hizo la guerra a Iru, por lo que, al final, se disfrazó y se deslizó en el interior de Anz, para matarle a traición. Y encontró a una mujer que lo haría por él.

A Price se le encogió el corazón. Era la misma historia llena de maldad.

—Ignoro lo que le contó a Vekyra. Debió ofrecerle la vida inmortal del oro, que más tarde hizo efectiva, y el gobierno de Anz a su lado. Vekyra aún debía de odiar a Iru, a causa de la esclava. Y por eso, Vekyra envenenó el vino de Iru...

Un peán de alegría brotó del corazón de Price. Atraído repentinamente hacia sí a Aysa y acalló sus palabras con besos.

—¿Por qué estás tan contento de que Vekyra envenenase el vino? —preguntó ella inocentemente.

—No importa, cariño. Sigue con la historia.

—La mismísima Vekyra tendió a Iru la copa. La esclava se hallaba cerca. Vio la expresión del rostro de Vekyra y avisó, gritando, a Iru de que no bebiera. Entonces Vekyra, para salvarse, dio a entender que estaba muy enfadada. Maldijo a la esclava. Y dijo que ella misma se bebería el vino si Iru le devolvía a la joven. Pero Iru se negó. Era demasiado valiente para comprender que alguien pudiese hacer una cosa semejante. En la precipitación de su cólera, se llevó la copa a los labios. Aysa intentó quitársela de las manos, pero él la rechazó. Entonces Aysa imploró al rey que le dejase beber a ella. Pero él apuró hasta la última gota y se derrumbó al instante. Empleó su último aliento para prometer que volvería para destruir a Vekyra. La esclava se arrojó sobre su cadáver. Vekyra los atravesó a los dos con una larga daga que había ocultado entre sus vestiduras, por si el veneno fallaba. Abandonándolos de tal suerte, se fue del palacio en busca de Malikar, quien la recompensó por lo que había hecho.

Price guardó silencio. La narración había disipado la última duda involuntaria, la última barrera que los separaba. En aquel momento eran una sola persona. A Price le daba la impresión de que acababa de cumplirse un vasto designio. Una unidad, una plenitud total acababa de surgir del confuso y doloroso conflicto que, hasta entonces, había sido su vida. Supo que cada uno de los incidentes de sus años de descontento vagabundeo no había sido más que un paso hacia el momento de su encuentro en el desierto con Aysa.

El sol comenzaba su ocaso, enrojeciéndolo todo. Océano púrpura, la vasta sombra de la Hajar Jehannum inundaba la erosionada llanura basáltica que quedaba tras ellos. Un aire más fresco rozó con su

Sangre dorada
Jack Williamson

aliento sus rostros cubiertos de ampollas; la salvaje violencia del día se rendía a la misteriosa paz del crepúsculo.

Aysa se agitó ligeramente, suspirando de felicidad, y se distendió contra él. El brazo de Price sirvió de almohada a su hermoso rostro. El inmóvil desierto los envolvió con una paz más profunda que todo lo que Price había conocido, con una felicidad tranquila que llegó a ser tan inmutable y duradera como el propio desierto.

Aquella nueva paz no se rompió cuando Aysa se envaró repentinamente entre sus brazos, escuchando, y acto seguido preguntó:

—¿Qué es eso que zumba como una gran abeja?

Price escuchó el zumbido distante. Señaló el punto gris que iba aumentando de tamaño sobre el profundo color azul del cielo meridional. Comprendió que era uno de los aviones de combate del grupo de Jacob Garth. Se dirigía hacia el Norte, siguiendo la pista. Price y Aysa se levantaron cuando se aproximó; Price se quitó la camisa y la agitó. El aparato gris los localizó y pasó rugiendo sobre sus cabezas. Price vio cómo Sam Sorrows, el viejo aventurero de Kansas, que iba a cabeza descubierta, se inclinaba temerariamente en la carlinga y les hacía señales con los brazos. Él agitó los suyos en respuesta y el avión regresó al oasis.

—Es una máquina voladora de mi gente —dijo a Aysa—. Si quieres, podremos viajar en ella hasta mi tierra. El hombre que nos hacía señales es amigo mío. El suelo es tan duro que no podía posarse aquí. Pero mañana volverá a buscarnos.

Con las pupilas dilatadas por tanto portento, ella le hizo muchas preguntas, mientras el ronroneo del aeroplano moría en el atardecer púrpura. Price le respondió, mientras la antigua paz del pétreo desierto volvió al lugar y el amplio disco dorado de la luna despuntaba sobre el descarnado horizonte.

Aysa se sentía llena de pasión, excitada. Pero la reciente paz de Price, plena de alegría, se asentaba en un mundo de luz plateada y de sombras púrpuras, que se aunaba con un misterio y un silencio que habían durado un millón de años. Ella se sentó a su lado bajo la luz de la luna y él se sintió contento.